Los Misterios de las Joyas de la Corona



El Diamante Perdido

Lynn Morrison
& Anne Radcliffe

El Diamante Perdido

Los Misterios de las Joyas de la Corona

Libro 1

Lynn Morrison

Anne Radcliffe

Marketing Chair Press

Derechos de autor

Derechos de autor © 2024 por Lynn Morrison y Anne Radcliffe

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de los autores, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

La historia y los personajes de esta novela son ficticios. Se mencionan algunas instituciones, agencias y oficinas públicas de larga data, pero la historia es completamente imaginaria. Algunos personajes se han inspirado en figuras históricas reales y respetan los hechos generalmente conocidos sobre estos individuos y sus períodos históricos relevantes. Sin embargo, sus acciones y conversaciones son estrictamente ficticias. Todos los demás personajes y eventos son producto de nuestra imaginación.

Diseño de portada por Melody Simmons

Publicado por

The Marketing Chair Press, Oxford, Inglaterra

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

La daga de rubíes
Notas históricas
Agradecimientos
Acerca de Anne Radcliffe
Acerca de Lynn Morrison

A Harriett, que amaba tanto Inglaterra que existe una historia familiar que cuenta cómo trajo de contrabando porcelana de allí.

Prólogo
1813



En vida, Thaddius Percy, heredero del duque de Northumberland, había sido algo borracho y disoluto, propenso a todos los excesos. Era, por tanto, un curioso giro del destino que el mensajero de su muerte fuera un hombre tan poco notable. El maestro de establos de la finca, nada menos.

Con su chaleco marrón robusto, desgastado y remendado muchas veces, el maestro de establos hacía una pobre figura, especialmente en comparación con la librea del mayordomo. El maestro de establos apretó los labios, esforzándose por no dejar traslucir nada, pero el porte de sus hombros revelaba una tensión palpable.

El duque había empleado a estos dos hombres durante años, y sabían que incluso cuando se trataba de anunciar terribles noticias, su señor esperaba que se respetaran ciertos protocolos. El silencio se prolongó entre ellos mientras el maestro de establos se detenía para cambiar sus botas de montar por zapatos de cuero de suela blanda. Para proteger mejor las alfombras.

Juntos, recorrieron los suntuosos corredores principales en lugar de los habituales pasajes reservados para los sirvientes. El hermoso azul verdoso de las paredes, normalmente tan apacible, no ofrecía consuelo alguno mientras se dirigían hacia el despacho.

Al final del largo pasillo, la puerta de caoba del despacho estaba abierta. Su señor se encontraba junto a la ventana como una sombra negra marchita, frunciendo el ceño ante la brillante luz del día. El Quebrantador de Northumberland ya no era tan intimidante como décadas atrás, pero ambos sabían que la lengua y la mente de Su Gracia aún eran lo suficientemente afiladas como para maltratar a los imprudentes.

Esa lengua —esa crueldad— le había valido al duque su apodo.

Se detuvieron antes de cruzar el umbral del despacho, tomándose un momento para recomponerse. Era realmente vacilación, y no una reflexión sobre su deber. Con el sol alegre e inapropiado que inundaba la habitación, casi parecía que los mismos cielos celebraban la funesta noticia de la muerte de un hombre.

Quizás fuera así.

—Su Gracia —dijo educadamente el maestro de establos, infundiendo una nota de pesar en su voz.

Incluso hizo una apropiada media reverencia a la espalda del señor, aunque el duque no se dignara a darse la vuelta para mirarlos.

—Su hijo, el conde Percy... Lamento su pérdida...

Gideon Percy, duque de Northumberland, levantó rápidamente la mano para interrumpirlo, secretamente satisfecho de que no lo traicionara con un temblor, como sucedía tan a menudo últimamente. En lugar de tentar a la suerte, la apoyó prontamente sobre la otra, en la parte superior de su bastón.

—Me importan poco las trivialidades. Lo que me interesa es saber cómo ocurrió.

—Un accidente durante la cacería, Su Gracia. A galope tendido, Lord Percy calculó mal un salto que intentó. El suelo estaba resbaladizo por el barro y su montura tropezó, lanzándolo cuando no logró salir de la trampa. El cuello del conde se rompió en la caída. Murió rápidamente —explicó el maestro de establos.

Fue solo a costa de un gran esfuerzo que Gideon resistió el impulso de arremeter contra sus sirvientes. En su lugar, inclinó brevemente su canosa cabeza, luchando por mantener la calma, temeroso de que su cuerpo decadente lo traicionara.

—¿Y el caballo?

—Una pata gravemente fracturada.

Una pausa.

—Nos vimos obligados a sacrificarlo.

—¿Qué bestia montaba ese necio?

El maestro de establos lanzó una mirada al mayordomo, quien se encogió ligeramente de hombros y permaneció en silencio.

—Montaba a Sovereign, Su Gracia.

Ante estas palabras, el duque se dio la vuelta, perdiendo la compostura. Fue únicamente porque necesitaba el apoyo de sus dos manos sobre la parte superior de su escritorio para mantenerse en pie que no utilizó su bastón para barrer todo lo que había sobre él.

—*¡Le permitieron tomar a Sovereign!* —dijo, su voz de bajo crepitando de furia.

El rostro del maestro de establos adquirió un tono ceniciento, pero hay que decir en su favor que no se encogió ni gimoteó.

—No pude convencerlo de que tomara una montura más experimentada, Su Gracia. Lo intenté, se lo juro.

Gideon no dudaba de su caballerizo, pero la verdad no enfrió su ira. El duque sabía que Thaddius probablemente había abusado de los licores antes de su cabalgata. Una mueca crispó su mandíbula.

Por supuesto, Thaddius habría muerto como había vivido: de la manera más inoportuna y decepcionante que pudiera imaginar. Que lo hubiera hecho a lomos de la joya del programa de cría de Northumberland —un semental joven bastante inexperto que no había pasado suficiente tiempo como reproductor para rentabilizar la inversión— solo añadía el insulto a la injuria.

—Salgan —dijo secamente el duque, e hizo un gesto al mayordomo para que cerrara la puerta del despacho, volviéndose de nuevo.

Detrás de él, el mayordomo y el maestro de establos intercambiaron otra mirada. Luego el maestro de establos se marchó con el aire de un hombre indultado de la horca. Varios minutos después, una vez que pudo ver al maestro de establos cruzando el césped afuera, el duque finalmente se volvió hacia su mayordomo.

—Cuento con usted para encargarse de la mayoría de los arreglos necesarios.

Estos hombres habían pasado más de la mitad de sus vidas juntos como amo y sirviente, sin embargo, el duque se había asegurado de que la brecha entre sus condiciones nunca disminuyera. Si no habían cruzado esa distancia durante la muerte del hijo mayor favorito del duque unos treinta años antes, el mayordomo sabía perfectamente que ciertamente no lo harían ahora. Habría

poco duelo por Thaddius.

—Por supuesto, Su Gracia —asintió el hombre.

No necesitaba más instrucciones. Después de todos estos años, conocía a su señor tan bien como a sí mismo. El mayordomo a menudo había tomado decisiones por su cuenta, encontrando más fácil manejar los asuntos que obligar al volátil Rompedor de Northumberland a enfrentarse al hecho de que se estaba volviendo cada vez más inválido. Ahora, parecía que el mayordomo tendría que retomar los viejos hábitos un poco más ya que el otro hijo, el heredero presunto, había logrado matarse.

—¿Desea que envíe un mensaje al frente, al joven Lord Roland?

Gideon probó subrepticiamente la estabilidad de su mano derecha, cerrándola en un puño.

—Puede redactar el mensaje para asegurar su desmovilización. En cuanto al mensaje para el hijo... me encargaré yo mismo —respondió mientras se giraba para sentarse en el gran escritorio.

El mayordomo se inclinó y dejó a su señor con su tarea.

Reflexionando un momento, el duque mojó su pluma y escribió lacónicamente al hijo de Thaddius. Su nieto. El joven que ahora era el siguiente en la lista para heredar Northumberland.

Roland:

Debo informarle que su padre ha fallecido. El suceso es tan lamentable como previsible. Por falta de mejor carácter y juicio en ese hombre, nos encontramos en esta situación. Usted está llamado a asumir un manto de responsabilidad antes de lo previsto.

Acompañando esta carta se encuentra una comunicación destinada a su oficial al mando. Es imperativo que sea liberado del servicio sin demora para atender las obligaciones familiares, y que regrese a Northumberland a la mayor brevedad posible para prepararse adecuadamente para reintegrarse a la sociedad.

Supongo que se entiende el meollo del asunto.

Gideon Percy

Duque de Northumberland

1

El sol se ponía sobre Mayfair, y los faroleros ya estaban trabajando, luchando contra las crecientes sombras de Grosvenor Street. Los dos hombres a caballo atraían algunas miradas curiosas a su paso. Algunos podían atribuirlo a su atuendo militar. Más probablemente, era porque estos dos hombres de rangos tan evidentemente desiguales cometían la indiscreción de cabalgar uno al lado del otro.

—No tienes que acompañarme —dijo Roland Percy con irritación a Thorne.

Se mantenía con la rigidez de alguien demasiado ebrio para estar en la silla sin riesgo de caerse. Afortunadamente, Arion era un caballo de guerra, estable como una roca, a pesar del estado de su amo.

—Eres un criado, no mi niñera.

—¿En su estado? —respondió Thorne con tono ecuánime—. Sería muy tonto si no lo hiciera. No está obligado a salir esta noche. Ya está bien empapado, y ha llevado tal ritmo hasta Londres que hemos llegado días antes que nuestro propio equipaje. Supongo que los dandis del gran mundo pueden esperar hasta mañana.

En efecto, Roland Percy, ahora conde Percy, había llegado a Londres esa misma tarde. Ya por la noche, encontraba las paredes de la mansión demasiado sofocantes para soportarlas. Después de una década de servicio, aunque fuera oficial, la mansión se parecía más a un santuario de vanidad y desenfreno que a un hogar.

Era la mansión de su padre. O más bien, era la propiedad vinculada que Thaddius había mantenido como su residencia principal en Londres. El duque había permitido a Roland ocupar la propiedad ahora en lugar de su difunto padre, y usar o deshacerse de los efectos personales de su padre como mejor le pareciera, de hecho.

Las cortinas eran ostentosas, el mobiliario y los adornos caóticos. Esto le había dado instantáneamente dolor de cabeza a Roland, y quería deshacerse de todo. Al amanecer, le pediría a Thorne que se deshiciera de todo lo que pudiera y escondiera lo que no pudiera.

Todo lo que la casa tenía a su favor era una bodega muy bien surtida. Roland la había utilizado pronta, y quizás imprudentemente, para fortalecer su espíritu después del viaje. Después de la mayor parte de una botella de oporto, parecía de alguna manera más sensato dirigirse al White's en lugar de ir directamente a la cama. Luego, considerando el hecho de que iba a reintroducirse en el gran mundo, decidió que no podía soportar emprender el viaje tan sobrio como estaba. Había terminado la botella y parte de otra.

—Venga. Podemos dar un paseo y tomar el aire, y luego volver a casa —animó Thorne cuando Roland no respondió inmediatamente.

El estado de embriaguez de Roland era tan inusual como la duración de su último mal humor. Evidentemente, su empleador estaba más perturbado de lo que nunca había estado.

La carta del duque los había encontrado en su campamento de invierno cerca de Ciudad Rodrigo. Su ubicación era el resultado de meses de frustrantes retiradas hacia una posición defendible después del desafortunado asedio de Burgos. Roland había parecido descontento de verse dividido entre dos deberes. Abandonar la línea en un momento tan crucial probablemente había parecido casi una deserción, pero por supuesto, la familia debía tener prioridad.

Si había parecido sombrío desde Portugal hasta Northumberland, el siguiente viaje hacia el sur hasta Londres había sido peor. Thorne solo sabía que Roland había recibido la orden de participar en la temporada y que debía esforzarse por casarse antes de que esta terminara. Thorne no sabía, no exactamente, qué más le había dicho El Rompedor a Roland. Roland no hablaba de ello, pero pesaba mucho sobre él.

—Todo esto —dijo Roland agitando vagamente la mano hacia Grosvenor Square y las casas circundantes—, no es más que otra misión. Debemos examinar la posición del enemigo y dedicarnos a formar una estrategia. La temporada comienza esta semana y no hay tiempo que perder.

—¿El *enemigo*? —repitió Thorne, apartando el mechón de su cara para poder lanzar una larga mirada de soslayo a su amo con sus ojos azules deslavados—. Qué curiosa manera tiene el nuevo heredero del duque de describir a sus pares nobles.

—¿Más curiosa que el hecho de que mi criado me escolte a mi club? ¿Más que el hecho de que te permita, humilde individuo que eres, hablarme de una manera tan inapropiada? —fue la respuesta sarcástica de Roland, encontrándose con los ojos azules con los suyos, de un marrón oscuro.

Thorne sonrió, sabiendo que era una réplica justa y que no había ningún insulto. Había demasiada historia entre ellos. Roland había pedido a su abuelo hace más de una década, a la edad de diecisiete años, que comprara una comisión y la posibilidad de dejar la finca familiar. Thorne lo había acompañado, alistándose en el ejército y sirviendo como su asistente y protección personal en el frente. Cuando Roland fue llamado de vuelta a Inglaterra por su abuelo, Thorne también lo había acompañado, listo para desempeñar cualquier papel que su empleador necesitara.

Tenían la misma edad, y ambos tenían cabello oscuro de tonos similares, aunque el de Roland estaba partido a la izquierda en lugar del medio como Thorne. De manera divertida, a menudo habían sido confundidos desde lejos, especialmente en uniforme. En suma, Roland había llegado a respetar y confiar en Thorne más que en cualquier otro hombre en su vida. Había deudas de honor entre ellos, y Thorne se había ganado el privilegio de hablar francamente con Roland cien veces.

—Si vamos al encuentro del enemigo en combate, al menos estás vestido para la ocasión —dijo Thorne, haciendo un gesto hacia el uniforme de servicio de Roland, la única ropa apropiada que tenía.

Thorne mismo llevaba uno de sus dos conjuntos de ropa civil, pero Roland se había consternado al notar cuánto se estaba desgastando la ropa de su hombre.

Debería haberlo notado antes, aunque solo fuera porque Thorne nunca se quejaría de tales cosas. El estado de ambos guardarropas era otro asunto urgente y formaba parte de su prisa por llegar a Londres. Otra cosa que arreglar. Mañana. Suspiró.

Thorne entendió inmediatamente hacia dónde iban los pensamientos de Roland.

—Sí, hay mucho que hacer, pero de nuevo, nada es tan urgente que no pueda esperar después

de un viaje a Saint James.

—No soporto quedarme de brazos cruzados —murmuró Roland—. Es demasiado tarde hoy para ocuparnos de los cientos de otras cosas que requieren urgentemente mi atención, pero al menos puedo actuar en este ámbito. Además, mi abuelo parecía bastante categórico sobre el hecho de que había estado ausente de la sociedad demasiado tiempo. Entonces, ¿qué mejor lugar para mojar mis pies en el agua para comprobar la presencia de tiburones antes de pescar una esposa?

—Pescar tiburones con los pies es una cosa, señor, pero hay mejores lugares para aprender qué cebo podría atrapar a una mujer.

Picado en su orgullo, Roland giró bruscamente la cabeza hacia Thorne.

—¿Un cebo? Ahora soy el heredero del duque de Northumberland. ¿Qué crees que necesito más para seducir a una mujer? Ya tendré madres ambiciosas y debutantes coquetas aferrándose a mis calzones como ortigas.

Thorne sabiamente no dijo nada más, pues Roland no estaba en el estado de ánimo para escucharlo. Además, ahora estaban al alcance del oído de los criados del club, y si intentaba discutir con su empleador, habría susurros y miradas. Asintiendo hacia Roland, Thorne continuó su camino hacia la casa.



Olvídense de los tiburones, pensó Roland. La escena en White's se parecía más a una pelea de gallos. Aunque sin derramamiento de sangre, contenía la misma cantidad de pavoneos y desfiles, en cualquier caso. Las peleas eran sutiles, propensas a palabras afiladas en lugar de garras, pero igual de viciosas.

Roland se había despejado un poco durante el trayecto al club, pero los caballeros que encontró pronto rectificaron ese problema. El flujo de brandy ahogó y silenció rápidamente la pequeña parte de él que sabía que no era prudente seguir bebiendo.

Comenzó inocentemente, con brindis. Beber por su regreso a Londres, por su salud, por las futuras victorias en el frente de batalla contra la plaga napoleónica, por su difunto padre y por el futuro que le esperaba. Había empezado sorbiendo educadamente con cada brindis, pero su copa no dejaba de llenarse.

—Nuestro querido Percy está casi medio borracho —declaró con diversión un viejo conocido, Lord Barbour.

Roland enderezó su postura desplomada.

—No lo estoy —dijo firmemente, aunque bastante lento—. Y si lo estuviera, sería culpa vuestra.

Los hombres rieron en acuerdo, divertidos por su falta de control. Algunas risas eran más educadas que otras. Habría susurros. Calumnias. Roland no podía obligarse a preocuparse; este desfile de comportamiento noble era una farsa. No había nada de gentil en los caballeros de la alta sociedad.

—Entonces, ¿se lanza al mercado esta temporada? —gruñó un joven caballero llamado Lord Henry—. Lord Percy no nos dejará más que migajas, ¿verdad?

Lord Barbour, que llevaba mucho tiempo firmemente casado, se deleitó en bromear con el joven petimetre.

—Habrá muchas mujeres de menor importancia para elegir, Lord Henry. Recuerde, Percy aquí presente solo puede casarse con una. Tal vez tenga una cualidad específica en mente, como

cabello rubio o una hermosa voz cantarina. Todo lo que tiene que hacer entonces es elegir entre los estilos que él no prefiera.

¿Canto o color de cabello? *Demonios*.

—El carácter que busco sería modales y educación adecuados para convertirse algún día en duquesa —respondió Roland secamente—. Me imagino que Lord Henry tendrá muchas mujeres poco adecuadas entre las cuales elegir.

Hubo una salva de risas a expensas de Henry. Otro ingenioso desde el fondo gritó:

—¿Entonces su apariencia no importa en absoluto?

A Roland apenas le importaba. Ni la apariencia, ni los pasatiempos, ni el carácter de su futura esposa. El matrimonio no era más que una transacción para garantizar ventajas mutuas para ambas partes. Su madre y su padre habían vivido en su mayoría vidas bastante separadas. Según todas las indicaciones, ambos habían preferido que fuera así. El rumor decía que Thaddius Percy nunca había vuelto al lecho de su madre ni siquiera para intentar asegurar el "repuesto" para su heredero.

Una vez que hubiera cumplido con su deber y asegurado un heredero por sí mismo, esperaba que su vida fuera bastante igual. Pero respondió:

—Por supuesto, un rostro agradable sería una ventaja, pero hay poco en ese aspecto que no pueda corregirse simplemente bajando la lámpara.

Esto provocó otra gran carcajada, e incluso algunas palmadas en las rodillas.

—Parecería entonces que un sólido par de caderas propicias para el parto debería ser el requisito principal para vuestra esposa —murmuró Lord Henry.

Un hombre estaba sentado al fondo, aunque su cabello rubio brillante le impedía pasar completamente desapercibido en cualquier compañía. Único entre todos los jóvenes caballeros, Lord Peregrine Fitzroy era el raro rostro familiar para Roland. Ambos habían asistido a Eton, y los observadores podrían haber calificado su relación más de adversarios que de amigos.

Sin duda era la razón por la que Fitzroy había observado la evolución de la embriaguez de Roland con una sonrisa de suficiencia. Incluso ayudándola. Roland había visto cuán rápida era aún la lengua del hombre para denigrar. Fitzroy era aún más rápido para jugar el papel de alborotador cuando se presentaba la oportunidad, como era el caso ahora.

—Roland, no se supone que un caballero de la aristocracia elija a su esposa como elegiría un caballo —señaló—. Creo que, por el contrario, encontrarás que es más bien como una ardua campaña. Sus madres son, después de todo, ¡formidables estrategas! Has luchado contra los franceses durante tanto tiempo, me pregunto si conoces lo suficiente la mente de una dama para estar a la altura de su desafío, sin mencionar el de su madre.

Haciendo girar su copa, Roland tuvo cuidado de parecer indiferente.

—Si quieres comparar el mercado matrimonial con una guerra, Peregrine, entonces se necesita poca imaginación para adivinar su objetivo. Mi abuelo desea asegurar el futuro del título. Ciertamente, no faltarán candidatas voluntarias que quieran ser duquesa algún día. Así que todo lo que tengo que hacer es elegir el partido más ventajoso que la temporada tenga para ofrecer.

Barbour sonrió.

—No hay necesidad, entonces, de salir con un mapa y una pala para encontrar tal tesoro, Percy. Su Majestad la Reina hará la mitad del trabajo por usted. Simplemente espere a que una de las jóvenes damas gane la aprobación de la Reina durante su presentación, y podrá intentar arrebatar ese diamante de la más bella agua de la temporada de las garras de los otros hombres de la aristocracia.

—¿Su qué...?

Las palabras se escaparon de los labios de Roland antes de que el recuerdo lo golpeara. La Reina Charlotte era presentada a las nuevas debutantes durante la temporada propiamente dicha, y la aprobación de la Reina en cuanto a su belleza y gracia de modales era un premio muy codiciado.

Fitzroy esbozó una sonrisa burlona.

—¿Veis? *Lord Percy* casi ha olvidado la civilización.

La forma en que la mirada de Fitzroy se detuvo en su uniforme al decir esto rozaba el insulto.

Descontento, Roland echó un vistazo circular al club y a los hombres bien vestidos que allí se encontraban. Levitas impecables, corbatas expertamente anudadas y botas de húsar pulidas completaban sus conjuntos, convirtiendo a cada caballero en un paradigma de elegancia en la sala de madera tenuemente iluminada. Interiormente, se burló, incapaz de imaginar a estos hombres ensuciándose las manos alguna vez en el servicio. En particular, no podía imaginar a Peregrine Fitzroy haciéndolo. Probablemente se preocupaba más por su apariencia que una mujer por la suya.

—Encuentro más sentido en el campo de batalla que en pavonearse como un dandi, *Pip* —respondió, usando el apodo de infancia que Peregrine detestaba.

Pero incluso al decirlo, sus pensamientos se aferraron a la idea de Barbour. ¿Por qué *no* comenzar su búsqueda por lo que el beau monde consideraba la cima de la lista? Era un punto de partida tan bueno como cualquier otro. Tal vez incluso mejor, aunque eso significara tener que vestirse para un baile.

—Realmente, hablado como alguien más cómodo con soldados que con dulces damas. Caballeros, no nos preocupemos por Lord Percy; claramente no será un competidor por la mano del diamante —les tranquilizó Fitzroy, llenando deliberadamente el vaso de Roland hasta el borde—. Si deseas una compañía menos dulce, Roland, he oído que la hija de Lord Lancaster hará su debut.

—¿La hija de Lancaster? —Lord Henry se estremeció—. Su rostro atrae tanto la atención que uno no puede apartar la mirada, sin importar cuánto lo desee.

—No. Lord Barbour ha proporcionado una excelente sugerencia. Pediré la mano del diamante de la temporada —dijo Roland, completamente harto de la conversación.

—Podrías hacer tu propuesta, pero cualquiera también podría —señaló Fitzroy—. Es el resultado lo que importa. ¿Y si la joven dama diamante decidiera que podría encontrar algo mejor que tú, Lord Percy?

—¡No podría! —exclamó Lord Henry intentando defender a Roland—. Percy probablemente será el soltero más codiciado de la temporada. ¿Qué mujer no estaría dispuesta a cortejarlo?

—Una que piense que su dulce marido debería preferir un baile a un campo de batalla, quizás. ¿Qué dices, Percy? ¿Te gustaría apostar? —preguntó Fitzroy, ahora en su elemento—. El final de la temporada es un momento propicio para las declaraciones de amor. ¿Crees que puedes ganar el corazón del diamante para entonces?

Bajo la presión de la sonrisa burlona de Fitzroy y sus desprecios, la ira de Roland por todo lo que había sucedido se cristalizó bruscamente. Apostar sobre el amor era una noción estúpida, particularmente entre los miembros de la alta sociedad.

—Ganar su corazón no tiene importancia. Su mano es el único premio que busco, y lo obtendré.

—Maravilloso. Solo queda decidir el monto de la apuesta. ¿Qué parte de tu fortuna recién heredada estás dispuesto a ceder cuando fracases?

—¿No es mi reputación una apuesta suficiente?

Fitzroy desestimó la sugerencia con un gesto.

—¿Dónde está la diversión en eso? Difícilmente puedo presumir de tu honor manchado.

Roland reflexionó un momento, luego metió la mano en el bolsillo de su abrigo, sacando un puñado de monedas.

—¿Solo una comida entonces? El contenido de mi bolsillo debería ser suficiente. Tengo doce chelines, dos libras esterlinas y un solo milreis. ¿Qué dices, Fitzroy?

Fitzroy escudriñó la sala, juzgando si los otros hombres consideraban aceptable la oferta. Completamente entretenidos por la barbarie de Roland apostando por la mano de su futura esposa, los caballeros parecían estar de acuerdo.

—¿Para el final de la temporada?

—No necesito tu generosidad —dijo Roland golpeando su bolsa sobre la mesa—. Todos ustedes pueden ser testigos. Este montón de monedas dice que el diamante de la temporada aceptará mi compromiso antes de que termine mayo.

2



La temporada comenzó realmente con la presentación de las debutantes del año en la corte. En los salones del palacio de St. James, la Reina Charlotte supervisaba el evento con el ojo experto adquirido durante más de medio siglo en el trono de Inglaterra. El Lord Chambelán anunciaba a cada joven y las invitaba a avanzar para hacer una profunda reverencia ante la Reina. Vestidas con trajes de pura seda blanca y satén, las jóvenes tenían sumo cuidado en mantener una postura perfecta y una expresión agradable. Era muy impresionante, a pesar de los pesados vestidos y las plumas blancas que coronaban sus peinados.

La Reina Charlotte inspeccionaba a cada debutante con mucha atención. Aunque los chismes de la alta sociedad tuvieran la última palabra sobre la joven que eclipsaría a sus pares, era raro que el favor otorgado por la Reina Charlotte no predijera a la receptora del título. Escrutaba sus rostros en busca del menor signo de terquedad, insipidez o cualquier otro aspecto que pudiera manchar su reputación. Cada joven esperaba ganar el título de diamante de la más bella agua de la Reina.

Cada joven, excepto una.

Esta joven era Lady Grace Tilbury, la tercera hija del conde de Tilbury. Nacida y criada en la finca familiar en las ondulantes colinas de los Cotswolds, Lady Grace había recibido la educación apropiada para una joven de su rango, incluyendo bordado, canto y piano. Su madre había dado instrucciones estrictas de no mencionar las cosas adicionales que había aprendido escuchando las lecciones de su hermano Felix. Más allá de esta directiva, sus padres habían hecho la vista gorda ante su precocidad, felices por el respiro que les ofrecía frente a los esfuerzos más extravagantes de Lady Grace por llamar su atención.

Lord y Lady Tilbury no habrían podido prever las consecuencias de esta decisión. A diferencia de la mayoría de las chicas de su edad y condición, Lady Grace había descubierto que existía un vasto mundo más allá de los límites de la finca familiar. Así, fingía interesarse en el mercado matrimonial, principalmente porque eso le permitiría viajar a Londres. En Londres, estaba convencida de que encontraría un modo de vida que cautivara su interés. Tan protegida como estaba, solo sabía que no deseaba seguir los pasos de su madre, como lo había hecho su hermana mayor Mercy. No podía imaginar nada peor que encontrarse casada y embarazada en los dos años siguientes a su partida de casa.

Y así fue como cuando la Reina Charlotte echó un vistazo a las ondas castañas ordinarias de Lady Grace, a su nariz constelada de pecas y a sus ojos chispeantes de un tono ordinario de avellana, despidió sumariamente a la joven sin una sola pregunta. Demasiado impertinente, decidió la Reina antes de despedirla con un gesto de la mano.

Por su parte, Lady Grace no se ofendió, feliz de haber simplemente sobrevivido a la ocasión sin tropezar con la larga cola de su elaborado vestido de corte blanco.

Dos semanas después del inicio de la temporada, tras media docena de bailes y numerosas tardes pasadas realizando visitas, Lady Grace estaba sentada frente al tocador de su habitación en Mayfair y observaba su reflejo en el espejo mientras su doncella, Elsie, terminaba de trenzar sus gruesos mechones en una simple trenza. Elsie enrolló una cinta alrededor de la parte inferior de la trenza, atándola dos veces. Ambas mujeres sabían que era una vana esperanza que la trenza sobreviviera a la noche. El cabello de Lady Grace tenía voluntad propia, al igual que su dueña.

—¿Necesitará algo más, señora?

—No. Es tarde; deberías irte a dormir.

La doncella terminó de ordenar la habitación y cubrió el fuego antes de marcharse. Grace esperó hasta que ya no pudo oír los pasos de la mujer en el pasillo antes de levantarse de su asiento. Cruzó rápidamente la habitación y abrió la puerta, comprobando que el pasillo estuviera vacío. Vestida como estaba con su camisón y bata, caminó de puntillas por el pasillo, sus zapatillas no hacían ruido alguno, hasta que llegó a la puerta de la habitación contigua. Giró el pomo y la abrió lo suficiente para deslizarse dentro sin llamar.

No era necesario anunciar su llegada o pedir permiso para entrar. Lady Charity Cresswell, su mejor amiga y anfitriona actual, estaba sentada en su cama, con la espalda apoyada contra una verdadera montaña de almohadas de plumas. Grace cruzó rápidamente la habitación hasta el otro lado de la cama, se quitó las zapatillas y se deslizó bajo las sábanas.

Los miembros más poéticos de la alta sociedad comparaban la apariencia de Lady Charity con la de un ángel. Ciertamente, sus rizos dorados y sus ojos azules de espesas pestañas cautivaban el corazón y la mente de cada hombre que se cruzaba en su camino.

Aunque inocente como su querida amiga Grace, Charity había abordado el mercado matrimonial con una determinación implacable. No se conformaría con nada menos que el soltero más codiciado. Esta noche, después de haber bailado hasta altas horas en el salón de baile de Almack's, Charity había sacado su tintero y papel para tomar nota de aquellos a quienes había conocido.

Mientras Charity enumeraba los sets que había bailado y los nombres de los hombres que la habían acompañado, Grace tomó el ejemplar muy hojeado del Debrett's Peerage que se encontraba entre ellas.

—Vaya, no recuerdo si bailé el primer o el segundo cuadrille con Lord Henry.

—Fue el primero —respondió Grace sin levantar la vista—. Bailaste el segundo con Lord Dunstan, aunque no entiendo por qué permites que ese hombre aburrido te escolte en la pista de baile. *Lord Pavo-Dunstan*. Sí, suena bien.

La mano de Charity voló a su boca para ahogar una risa antes de que extendiera el brazo para darle un golpecito a su amiga.

—Eres terrible, Grace. Debes dejar de llamarlo así. Si no lo haces, terminarás pronunciando esas palabras en público.

—¿Y qué? Estoy segura de que no soy la primera en encontrar a ese hombre pomposo e idiota.

Grace imaginó al hombre en cuestión. Ese hombre ridículo con sus calzones, su abrigo y su pañuelo de seda cayendo en cascada le recordaba a un pavo real desplegando sus plumas.

—Por favor, dime que no estás considerando seriamente casarte con él.

Charity le lanzó a Grace una mirada obstinada, pero no pudo mantener esa expresión seria por mucho tiempo sin que estallara una risa.

—Es ridículo, ¿verdad? No necesito rebajar mis estándares cuando hay tantos otros hombres disponibles para considerar.

Grace se inclinó y agarró el papel de las rodillas de Charity. Rápidamente revisó los nombres, leyéndolos en voz alta.

—Lord Henry, Lord Dunstan, el señor Simpson, Sir Elliot, Lord Percy... ¿Y Lord Fitzroy? No es completamente odioso.

—Lord Fitzroy solo está aquí por obligaciones familiares, como sabrías si prestaras más atención a nuestras compañeras debutantes en lugar de a las mujeres casadas. Su hermana, Lady Lark, fue presentada en la corte al mismo tiempo que nosotras. Él hace acto de presencia por orden de su madre y escapa hacia la sala de juegos a la primera oportunidad.

—Aun así, es bastante joven y apuesto. Tendrá que tomar una esposa en algún momento. ¿Quién sabe si no podrías hacerle cambiar de opinión?

Charity le dio a la sugerencia de Grace toda la consideración que merecía, luego sacudió la cabeza.

—No, no hará su elección este año. Estoy segura de ello. Si el título no hubiera recaído en él tan pronto, si su hermana no hubiera debutado, probablemente aún estaría en el extranjero persiguiendo sus propios intereses. No tengo intención de esperar a nadie. Todo el mundo sabe que los mejores partidos están comprometidos antes de que termine la temporada. Es mi deber seguir el ritmo. Al examinar mis opciones, Lord Percy se destaca como la mejor elección. Ya ha heredado el título de su padre y es el siguiente en la línea de sucesión para convertirse en duque de Northumberland. Difícilmente podría encontrar algo mejor que eso.

Grace le devolvió el papel y agitó su dedo hacia su amiga.

—Eres la favorita de la Reina y tienes el lujo de elegir. Nadie se atrevería a empañar tu reputación. Te lo digo, ¿por qué tanta prisa? No debes tomar las decisiones más importantes de tu vida bajo presión.

Charity soltó un profundo suspiro. Dejó su pluma y papel para prestar toda su atención a Grace.

—Te interesas demasiado en mis perspectivas. ¿Y tus decisiones? Encuentro tu enfoque de lo más desconcertante. Nunca diste la impresión de estar en contra del matrimonio antes de que llegáramos a Londres.

—No estoy totalmente en contra —se apresuró a corregir Grace—. Creo que sería bueno casarme... algún día. O si aparece el hombre adecuado y me ofrece lo que necesito, no lo rechazaría de plano. Pero ¡Charity! Hay tanto que ver y hacer. ¡Los hombres exploran el mundo y no se asientan hasta años y años después! ¿No quieres tener aunque sea un pequeño sabor de esa misma aventura?

Hizo un gesto con la mano.

—No tenemos años y años. Si no encontramos un pretendiente rápidamente, la gente se preguntará qué está mal con nosotras. Pero no importa. ¿Cómo sabrás qué hombre es el adecuado para *ti*? —replicó Charity—. Es difícil encontrar un marido cuando pasas la mayor parte del tiempo al borde de la pista de baile.

—Es para no avergonzarme pisándoles los pies, revelando así cuán desacertada fue la elección de nombre de mi madre.

—Y —la provocó Charity—, ¿cuáles son los criterios según los cuales consideras que un hombre es el adecuado?

—Bueno... Dejaré que la fría lógica me guíe, no emociones fugaces, aunque un toque de romance sería agradable. Creo que me gustaría un hombre que desee viajar a otros países. Tal

vez querría llevarme con él, y eso sería maravilloso. Los nombres en tu lista estarían horrorizados ante la idea de que yo quisiera viajar. Así que, me tomaré mi tiempo, y si no encuentro un hombre que comparta mis deseos, me casaré con alguien con un pie en la tumba y esperaré a quedar viuda.

Charity enterró su rostro en sus manos y sus hombros se sacudieron. Le tomó un momento a Grace darse cuenta de que su amiga estaba riendo.

—Oh Grace, eres una verdadera joya. Algún día, alguien más se dará cuenta y te hará perder la cabeza. Cuando eso suceda, te recordaré tu intención de casarte con un casi cadáver.

Grace puso los ojos en blanco de manera teatral.

—Hazlo. Pero ya basta de hablar de mí. Mi madre llegará la semana que viene y me mudaré a nuestra casa de Londres. Nuestras oportunidades de hablar abiertamente sobre estos temas se volverán escasas. Revisemos tu lista y discutámosla. ¿Empezamos con Lord Percy, ya que está en la cima de tus pensamientos?

—Es el partido más destacado —le recordó Charity a Grace—. Su linaje es impecable, y no puedo aspirar a nada más alto que un ducado si deseo permanecer en Inglaterra. ¿Qué piensas?

Grace no tuvo problemas para recordar su rostro. Lo había visto a menudo prestando atención a Charity, ofreciéndose a llenar su copa o escoltándola a la pista de baile. Más allá de eso, no tenía mucho que agregar.

—Todo lo que sé de él es que ese hombre parece no tener ojos más que para ti, Charity. No recuerdo haberlo visto bailar con una sola otra mujer. Estoy segura de que pronto pedirá permiso a tu padre para cortejarte.

Charity se relajó contra sus almohadas, sus ojos tomando esa mirada distante que tenían cada vez que sus ensoñaciones se apoderaban de ella.

—Ya lo ha hecho.

Grace se quedó boquiabierta de sorpresa.

—¿Lo ha hecho? ¿Y?

Charity se encogió de hombros.

—Mi padre me ha dado la última palabra. Sería agradable ser duquesa, creo, aunque Lord Percy es... bueno, bastante tosco. No hay romanticismo en su alma.

Grace se mordió el puño para no reír.

—Como si eso les importara a nuestras madres.

—Es cierto —dijo Charity con una media sonrisa—. ¡Aun así! Es agradable ser un poco mimada. Recibir flores y palabras de poesía. Así que no, no he aceptado, no todavía. Si no podemos tener ninguna seguridad de disfrutar de un matrimonio, al menos podemos disfrutar del juego. Además, si les quito demasiado pronto a las otras damas toda esperanza de seducir a Lord Percy, todas me odiarán.

Grace se aclaró la garganta, haciendo que Charity se girara hacia ella.

—Esas damas ya te odian por el terrible crimen de ser a la vez hermosa y amable.

—Tú no. Te estoy realmente agradecida por eso. Pero Grace, no debes contenerte por miedo a alterar nuestra amistad. ¿Estás segura de que ninguno de estos hombres te interesa? ¿No te sientes ni un poco cautivada por el encanto tenebroso de Lord Percy, a pesar de sus modales?

Grace no necesitó reflexionar.

—Valoro nuestra amistad más que a cualquier hombre, Lord Percy incluido. Aunque si te casaras con Lord Pavo...

—¡Grace! ¡Eres terrible!

Su risa llenó el aire. Echó los brazos alrededor de Grace y la abrazó.

—Eres como una hermana para mí, una hermana por elección más que por sangre. Nunca podría casarme con alguien que pudiera separarnos.

—No puedo imaginar que eso suceda. No queremos lo mismo. Por lo poco que he visto y aprendido, este mundo es lo suficientemente grande para que ambas seamos felices sin hacernos daño la una a la otra.

3



A pesar del daño que había causado a su reputación en aquella primera velada en White's, se podía asegurar que Roland Percy recibía una invitación a cada evento privado que siguió a aquella maldita apuesta. Esto era particularmente cierto si se esperaba que Lady Charity Cresswell asistiera.

Su comportamiento había sido escandaloso y las ondas de choque se habían propagado durante los días siguientes. Hubo susurros y miradas desaprobadoras por parte de algunos. Otros, conscientes de su anterior desapego de la sociedad, fueron más indulgentes con su indiscreción. Sin embargo, muchos más numerosos eran los miembros de la alta sociedad que parecían divertirse con su persona, de la manera en que uno podría hacerlo con un número de perro bailarín.

La historia de su apuesta se había extendido entre los caballeros, y otros habían comenzado a apostar sobre el resultado. Nadie quería perderse ni un solo instante de los intentos de Lord Roland Percy por cortejar a la dama. Por su parte, él aprovechaba la ocasión para reanudar relaciones.

Fue así como se encontró invitado al baile de los Fitzroy, aunque todavía no hubiera amor perdido entre ellos.

Realmente, Londres no era más que otro campo de batalla, aunque más sutil que los que había conocido hasta entonces. O quizás era mejor compararlo con el ajedrez, dadas sus reglas sobre cómo podían moverse las piezas. Con esta toma de conciencia, había empezado a dedicar seriamente su mente al aprendizaje de las estrategias que regían el juego.

Roland no había suavizado mucho su posición respecto a los miembros de la alta sociedad, pero debía admitir que el salón de baile de los Fitzroy era bastante encantador. La sala olía a flores y cera de abeja. Las velas encendidas en relucientes candelabros dorados colgaban de hilos casi invisibles, difundiendo un cálido resplandor en cada rincón de la estancia.

Esto era solo una fracción de las delicias por descubrir en el interior. Los terrenos alrededor de la finca estaban igualmente adornados, pues los vastos jardines de la viuda Lady Fitzroy debían mostrarse en su mejor aspecto. Eran considerados entre los más hermosos de Londres, segundos solo después de los de la Reina, naturalmente. El rumor incluso decía que ella misma había cultivado las orquídeas exóticas de los arreglos.

Faroles adornaban los senderos, reflejando una hermosa luz sobre las campanas de cristal que aún protegían algunas de las plantas exteriores más delicadas del frescor de las noches primaverales. Y se había contratado a una arpista para tocar en el jardín de invierno de Lady Fitzroy, simplemente para el deleite de los invitados que allí se dirigían.

La lista de invitados superaba ampliamente las doscientas personas, muchas de las cuales ya ocupaban la pista. Y a pesar del suntuoso escenario y los extravagantes vestidos, los hombres y mujeres en el salón de baile no estaban allí simplemente por entretenimiento. Estaban en la cúspide de la temporada, y el cortejo estaba en pleno apogeo.

De pie a un lado, Roland observaba al cuarteto de cuerdas tocar un animado cuadrille, las parejas formando dos líneas en la pista de baile.

—Percy —dijo la voz divertida de Lord Fitzroy detrás de él—. No esperaba encontrarte sosteniendo nuestras paredes. No tienes que temer por nuestra seguridad. Te aseguro que mi casa es bastante sólida.

Roland se giró para encontrarse con la mirada de Lord Fitzroy.

—Agradezco esa garantía. Buscaré otros puntos débiles en la casa que requieran atención —respondió secamente.

Fitzroy le lanzó una mirada de soslayo, inseguro de si estas palabras eran enteramente en broma. De hecho, no lo eran. Al merodear por la propiedad esa noche, Roland no había detectado ni un solo guardia discreto en el lugar para el evento.

Esta falta de vigilancia que Roland sentía personalmente era imperdonable, aunque se recordaba que Fitzroy también era bastante joven para ser conde. Roland sabía que Peregrine Fitzroy era ligeramente más joven que él, de unos veinticinco años. Robin Fitzroy, su padre, había sido mucho mayor que su esposa y había muerto de una apoplejía unos años antes. Evidentemente, nunca se le había enseñado a Peregrine a conocer mejor los asuntos de defensa.

Desestimando sus palabras, Fitzroy continuó:

—Hubiera pensado que no te faltarían parejas de baile voluntarias esta noche. Al verte, entiendo por qué Cupido ha guardado su arco por la velada. Seguramente, ha juzgado que lanzarte una flecha sería un ejercicio fútil.

—Las damas están dispuestas.

Roland se aclaró la garganta nerviosamente, desviando la mirada para evitar cruzarse con la de otra debutante que había decidido colocarse estratégicamente en su campo de visión.

—Soy yo quien no está interesado. Solo espero mi turno para bailar con el diamante.

Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Lady Charity.

Intentar llegar a la fase de cortejo con Lady Charity había sido un ejercicio de frustración. Si bien le había hecho visitas regulares, la mitad de los hombres que participaban en la temporada habían hecho lo mismo. Aunque los chismes de la alta sociedad proclamaban a Roland a la cabeza por la mano de la dama, Lady Charity parecía disfrutar de la atención que le prodigaban los otros pretendientes. Visitar a una mujer rodeada de una nube de caballeros, en el mejor de los casos intercambiaban una palabra, quizás dos, antes de que ella volviera su mirada hacia el siguiente. Era exasperante.

De la mujer misma, también había aprendido poco. Lady Charity era atractiva, lo concedía, si a uno le gustaban los cabellos dorados, la piel clara y los labios rosados. Había confirmado que tenía modales impecables, una familia respetable y los mismos tipos de intereses aburridos que todas las mujeres: el bordado, el arreglo floral, tocar un instrumento y criar niños.

Roland se tomó un momento para agradecer a Dios no haber nacido mujer.

—La señorita Cresswell te está llevando de un lado a otro alegremente hasta ahora —comentó Fitzroy—. Como favorita de nuestra buena Reina, tiene la elección de pretendientes y se está tomando su tiempo para elegir. Si deseas ganar sus favores más pronto, tendrás que hacer más que simplemente escoltarla a la pista para un baile. Yo sugeriría un gesto más romántico, pero quizás harías mejor en ampliar tus horizontes y bailar con otras jóvenes.

Se le formó un nudo en el estómago ante la idea de coquetear con tantas mujeres.

—Quizás tengas razón, *Pip*, pero no estoy inclinado a buscar compañía variada por el momento.

—Vamos, Percy, ya no somos niños, y sabes que no debes menospreciar a tu anfitrión. Sin embargo, es bueno ver que todavía te tomas en serio tu apuesta —dijo Fitzroy, ocultando una sonrisa detrás de su copa de champán.

—¿Cómo podría no hacerlo, con la mitad de los caballeros de Londres recordándomelo en cada oportunidad? —gruñó Roland en respuesta.

Fitzroy le lanzó una larga mirada a Roland, como si adivinara la verdadera causa de su mal humor.

—Ya veo. Bueno, quizás me permitas hacerte un favor —propuso inesperadamente.

—Si te refieres a liberarme de mi apuesta, una vez más, no necesito tu caridad.

—¿Y perderme una victoria a tu costa? Ni hablar, mi espinoso... amigo.

Fitzroy le dio un golpecito en el brazo.

—¿Ya conoces a la hija menor de Lord y Lady Tilbury?

Roland buscó en su memoria la imagen de la dama en cuestión.

—No lo recuerdo, y no veo cómo es relevante si no tengo intención de cortejarla.

—En efecto. Has estado particularmente concentrado. Debes admitir, sin embargo, que no hay buena caza que hacer con un animal cojo, siendo ese animal cojo tú, Percy, y no la dama. Por lo tanto, solo busco hacer las cosas un poco más deportivas y entretenidas. Te recuerdo que el diamante no brilla solo. Una palabra al oído de su mejor amiga podría darte una ventaja. Ven —dijo, marchándose sin esperar el rechazo de Roland, que Roland habría pronunciado si no se hubiera quedado hablando al aire.

A regañadientes, siguió a Lord Fitzroy hasta otra pared, donde una joven estaba sola, sin una madre sofocante haciendo guardia. Le resultaba vagamente familiar, como todas las debutantes de la temporada lo eran ahora, pero no podía recordar dónde la había visto.

Fitzroy hizo una breve reverencia a la joven.

—Lady Grace, ¿su familia la ha abandonado aquí?

Grace dirigió una sonrisa algo irónica al encantador Fitzroy. Una esquina de su boca se elevó, lo que inmediatamente llamó la atención de Roland por el simple hecho de que parecía auténtica y no la sonrisa obsequiosa y muy practicada de todas las demás debutantes.

—Mi hermano está tomando su turno en la pista con la señorita Simpson. Mi madre me invitó a acompañarla mientras iba a intercambiar algunos chismes animados cerca de la mesa de bebidas. Tan generosa como fue esa oferta, prefiero con mucho formarme mi propia opinión de la gente. Estoy segura de que mi familia me ha juzgado perfectamente a salvo por el momento.

—Por supuesto que lo está —asintió Fitzroy con facilidad—. Señora, permítame presentarle al célebre Lord Roland Percy, heredero de Northumberland.

Obedientemente, sus ojos se volvieron hacia Roland. Esperó un latido, pero ella no ofreció su mano. Por lo tanto, le concedió una pequeña reverencia y examinó a Lady Grace. A pesar del peinado recogido, su cabello era de un castaño ordinario. Unas cejas ligeramente más oscuras se arqueaban sobre ojos color avellana, y había heredado el más leve toque de hoyuelo en la barbilla. Otras debutantes sonrojadas y palpitantes habrían cruzado su mirada, esperando claramente obligarlo a encontrarlas atractivas. Con Lady Grace, solo sentía una fría evaluación.

Fitzroy interrumpió sus reflexiones.

—Nuestro conocido mutuo aquí, Lord Percy, le gustaría mucho pedirle consejo sobre cómo ganar el corazón y la mano de su querida amiga, ¿quizás durante el próximo baile?

Sus cejas se arquearon de incredulidad ante la brusquedad de la petición de Fitzroy, pero antes de que pudiera formular una respuesta, él añadió:

—Por favor, no finja que ya ha prometido este baile a alguien más. ¡He notado que tanto usted como Lord Percy tienden a quedarse al margen cuando suena la música! Únanse a Lady Charity y a mí en la pista de baile.

Y con esas palabras, se alejó para encontrar a su pareja, dejándolos solos.

Se instaló un largo silencio entre ellos mientras Grace mantenía un rostro impasible. Supuso que ella no deseaba mostrar vergüenza ante la afrenta: que Roland la buscara solo como medio para llegar a Lady Charity, y no por su propia compañía. Era muy propio de Fitzroy sazonar un regalo con una pizca de sal.

Grace mantenía la cabeza alta como si esperara lo inevitable: que Roland diera media vuelta, o peor aún, que aclarara que solo estaba allí por una razón. ¿Cuántos otros hombres habían hecho un intento similar? Como mejor amiga de la crema de la temporada, Lady Grace debía pasar gran parte de su tiempo a la sombra de Lady Charity. Sin embargo, no hacía nada para liberarse de ello. Roland se sorprendió queriendo saber por qué.

Antes de que el momento de silencio se alargara demasiado, Roland hizo un esfuerzo por arreglar las cosas.

—Señora —dijo aclarándose la garganta—. A pesar de la forma en que nos presentó, sigue siendo un placer conocerla. Me sentiría muy honrado si me concediera el permiso de escoltarla.

4



Grace quería negarse, pero no por la razón que Lord Percy probablemente esperaba. Sentía cierta curiosidad por este hombre al que Charity tenía en tan alta estima. Si Lord Fitzroy les hubiera dejado con una introducción y el comienzo de una conversación, ella habría aprovechado la oportunidad para sondear la mente de Lord Percy. ¿Realmente se preocupaba este hombre por Charity, o solo estaba interesado en su belleza y dote?

Pero ahora, el hombre estaba frente a ella, esperando una respuesta. Grace difícilmente podía decirle que había una razón por la que había pasado toda la temporada evitando la pista de baile tanto como fuera posible. Aunque su madre le había dado un nombre que esperaba que su hija encarnara, la naturaleza había tenido la última palabra. Solo con gran concentración Grace era capaz de distinguir su pie izquierdo del derecho, y su equilibrio siempre elegía desaparecer en los momentos más inoportunos.

Bailar con Lord Percy significaba que la mitad de la crema y nata de la aristocracia observaría cada uno de sus movimientos. Seguramente sería un desastre. Sin embargo, no había nada más que hacer que salir del paso lo mejor posible.

Dirigió una silenciosa plegaria a los cielos, pidiendo una intervención divina, o al menos suficiente habilidad para evitar hacer el ridículo. Con una sonrisa forzada destinada a ocultar sus dientes apretados, asintió y dejó que Lord Percy la guiara a la pista de baile.

Él la condujo con confianza a través del espacio abarrotado, entre la gente que se interponía en su camino, como si estuviera seguro de que todos se apartarían a su paso. Y así fue. Peor aún, muchos se volvieron para mirar, desesperados por saber qué mujer había logrado atraer al escurridizo lord a la pista. Mientras tomaban su lugar en la fila junto a Fitzroy y Charity, Grace oyó a las otras parejas susurrar su nombre.

Odiaba que tuviera que llegar a esto para que la gente se interesara por ella. La mayoría de estas personas solo habían intercambiado con ella las palabras más básicas. Le pedían su opinión sobre temas insustanciales como el clima, cuando le hablaban. Ciertamente, ninguna se había molestado en descubrir qué temas realmente le interesaban. Sin embargo, no tenía otra opción. Grace imaginó su columna vertebral hecha de acero y volvió su mirada hacia la única persona en quien confiaba en esta habitación.

La boca de Charity se abrió cuando sus miradas se cruzaron, sorprendida de encontrar a su amiga en la pista de baile, y con Lord Percy, nada menos. Por un momento, Grace temió que Charity malinterpretara la escena, pero luego Charity le dirigió una sonrisa sincera rebosante de aliento.

—Oh, qué encantador que se unan a nosotros, Lady Grace y Lord Percy. Con todos nosotros

aquí, estoy segura de que este será mi set favorito de la noche —dijo Charity con ligereza.

Fitzroy se llevó una mano al pecho.

—En mi compañía, ¿cómo podría ser de otra manera?

Grace apenas logró evitar poner los ojos en blanco.

El baile comenzó y las parejas ejecutaron los pasos requeridos, cruzándose de un lado a otro en la línea central. Grace apenas se atrevía a parpadear, tan concentrada estaba en ejecutar correctamente los pasos.

Débiles voces flotaban a su alrededor mientras las parejas cercanas charlaban al marcar el paso. Grace sabía que se suponía que debía decir algo, cualquier cosa para iniciar una conversación. ¿Por qué si no hacer que los bailes duraran tanto tiempo, con tanto tiempo pasado esperando el turno para pavonearse por el pasillo central? Sin embargo, no se atrevía a desviar su atención del baile.

Mientras contaba los tiempos hasta el siguiente turno, él finalmente decidió hablar primero.

—¿Usted y Lady Charity están disfrutando de su primera temporada? —le preguntó.

Lo estaban, pero no de la manera que él imaginaba. No importaba. Lord Percy esperaba que ella respondiera en un tono agradable con algo insípido, para que luego pudiera preguntarle su opinión sobre llevar una casa o educar a los niños.

Sin embargo, se dio cuenta, ¿qué le importaban esas opiniones? No estaba interesado en sus pensamientos sobre los niños. No estaba interesado en ella. Así que decidió responder más bien con la verdad.

—Confesaré que es mucho más grandioso que nuestras ferias rurales —dijo, levantando la mirada lo suficiente para vislumbrar su rostro.

Se acercó a él y añadió en voz baja:

—Prefiero estas últimas, ya que *nosotros* no somos los animales expuestos.

Su comentario hizo que el hombre perdiera un paso por sorpresa. Por una fracción de segundo, se alegró de que la pulla hubiera dado en el blanco, pero con Percy desequilibrado, se dio cuenta de que tenía que girarse de lado o arriesgarse a que le pisaran los pies.

Quizás otra mujer habría ejecutado el movimiento sin problemas. Grace, en cambio, dio un brusco giro y chocó con Charity, quien también perdió el equilibrio. Casi fue una calamidad, pero los caballeros lograron salvarlas de una vergüenza segura. Lord Percy, sintiendo que ella tropezaba, tiró de Grace hacia atrás lo suficiente como para que no chocara de lleno con Charity. Lord Fitzroy logró hábilmente agarrar la cintura de Charity para estabilizarla.

Embarazoso, pero no tan desastroso como habría sido caer al suelo. Un rubor ardiente invadió las mejillas de Grace, pero Charity se apresuró a disculparse con Grace y Lord Percy como si la culpa hubiera sido suya.

Qué extraño, pensó Grace, golpeada por la idea de que Charity no solo estaba cubriendo la torpeza de Grace. Si la torpeza pudiera ser contagiosa, Grace seguramente había transmitido la enfermedad a su más querida amiga. Dos veces más, Grace notó por el rabillo del ojo que Charity se equivocaba de paso y quedaba mal colocada. Tal vez su conversación con Lord Fitzroy era más interesante que el baile.

Una vez de nuevo estable sobre sus pies, Grace se sintió animada a provocar a Lord Percy nuevamente.

—¿Podemos saltarnos las cortesías y pasar directamente a lo que quiere preguntarme sobre Lady Charity? Ambos sabemos que es la única razón por la que se ha atrevido a bailar con-

Su frase quedó inconclusa cuando Lord Percy se cruzó con su mirada directamente, y el dominio de su presencia casi le hizo perder el paso nuevamente. En lugar de ofenderse por su

falta de atención, parecía a la vez avergonzado y divertido.

—¿Alguien más que ella? Por pobre defensa que sea, molestarla con respecto a Lady Charity fue en realidad idea de Lord Fitzroy y no mía. No fui lo suficientemente astuto para concebir ese ardid por mí mismo.

Asperezas, en efecto. Esto desinfló rápidamente algo del sentimiento de indignación de Grace.

—Sin embargo, usted me invitó a bailar de todos modos.

—Sí, bueno... Aunque pueda ser un poco lento en el arte de las relaciones sociales, no carezco de sentido común hasta el punto de cometer el grave error de ser deliberadamente grosero. Aprender a ganar la aprobación de Lady Charity ocupa gran parte de mi mente, pero eso no excluye conocerla más a usted.

Grace parpadeó, desconcertada.

Lord Percy se aclaró la garganta.

—Usted resulta ser una criatura curiosamente directa. Debo admitir que es un cambio de ritmo bastante refrescante en comparación con los remilgos.

La espalda de Grace se tensó nuevamente.

—Usted mismo es bastante directo, Lord Percy.

—Así es como lo prefiero. Le agradezco por este baile... *honesto*, Lady Grace —le dijo Lord Percy, con la ligera diversión en sus ojos desvaneciéndose mientras desviaba la mirada—. Le agradecería que me recomendara ante el diamante. No me imagino que ella aceptará a alguien que no pase su juicio —concluyó.

Grace no estaba tan segura, pero no revelaría el enfoque metódico de su amiga para evaluar a sus pretendientes al hombre que encabezaba la lista de Charity. En su lugar, inclinó la cabeza hacia un lado y le lanzó una mirada evaluadora, que no prometía nada.

—Tomaré en consideración su petición.

Cuando las últimas notas de los violines resonaron en el aire, Lord Percy le hizo una profunda reverencia de agradecimiento y luego se dio la vuelta después de escoltarla hasta el borde de la pista. Charity se aferró al brazo de Grace y casi la arrastró a la fuerza.

No llegaron muy lejos. La madre de Grace las esperaba a un lado, su rostro iluminado con un placer sorprendido al ver a su hija rebelde en brazos de un hombre como Lord Percy. Le guiñó un ojo a su hija, recordándole que mantuviera la sonrisa.

—¿Lord Percy te invitó a bailar? No sabía que os habían presentado, no es que me queje. Y usted, Lady Charity, estaba deslumbrante como siempre. Debe tener cuidado con hombres como Lord Fitzroy. Es nuestro anfitrión, pero su reputación no está libre de manchas.

—Se podría decir lo mismo de la mayoría de los hombres aquí, quizás incluso de Lord Percy —murmuró Grace.

Su madre le dio un golpecito con el abanico en el brazo.

—*Mi querida niña,* mira tu dobladillo. ¿Se ha enganchado en algo? —dijo la madre de Grace mirando el bajo de su vestido con consternación—. No te preocupes. Elsie puede arreglarlo en un santiamén. Lady Charity, ¿desea acompañarnos? Sus mejillas están bastante sonrosadas. Mejor recupere el aliento antes de que los rumores sugieran una fiebre.

Charity se dio golpecitos en las mejillas.

—No, gracias. Estuve arriba antes y encontré que hacía un calor sofocante. Iré un momento al jardín. El aire fresco de la noche debería ser suficiente.

Si el dobladillo de Grace no se hubiera arrastrado, su madre nunca habría dejado que Charity se fuera sola, pero la necesidad hacía la ley.

—No se aleje de la vista, y por el amor de Dios, ¡no se quede a solas con ningún hombre!

Charity prometió permanecer al alcance de la vista de la puerta y se apresuró a irse antes de que la madre de Grace cambiara de opinión. La madre de Grace llevó a su hija fuera del salón de baile y a través del pasillo hasta la escalera principal. La condujo a la habitación reservada para el uso de las damas invitadas.

Junto a su madre, Grace entró en un encantador salón, decorado en tonos de rosa pálido. A lo largo de la pared del fondo se encontraban las doncellas de las diferentes casas. Elsie esperaba pacientemente con las demás, lista para atender cualquier necesidad de aseo o emergencia de vestuario como esta. Depositada allí como un saco de cebada, su madre la dejó con instrucciones de bajar tan pronto como estuviera arreglada.

Aunque Grace estaba contenta de tener la oportunidad de sentarse, se sentía algo culpable de que las doncellas no pudieran hacer lo mismo. Qué tedioso debía ser para ellas permanecer como estatuas durante horas, mientras sus amas daban vueltas y bebían abajo. Grace animó a su doncella Elsie a aprovechar un pequeño taburete mientras se ocupaba del desgarro de su vestido.

Elsie era una chica tímida como un ratón, pero una verdadera genio con la aguja y el hilo. A pesar de la diferencia en su condición, Grace había llegado a considerarla como una especie de amiga esta temporada. En un abrir y cerrar de ojos, Elsie hizo puntadas temporales para mantener el dobladillo de Grace para el resto de la velada, charlando con su ama en un intento de calmar los nervios crispados de Grace.

—¿Se rasgó el dobladillo bailando? ¿Fue con alguien guapo? —preguntó Elsie con picardía.

Grace le había leído historias; Elsie era una romántica incorregible.

—*Guapo*, sí —admitió Grace, aunque de mala gana.

Lord Percy respondía ampliamente a la definición de la palabra.

—Pero no el hombre adecuado para mí. Te contaré el resto más tarde.

Grace se levantó para comprobar la caída de su vestido y alguien la golpeó por detrás. Se giró rápidamente para disculparse, pero se detuvo en seco. El vestido sencillo identificaba a la mujer como una sirvienta. La pobre ya estaba tropezando al alejarse, murmurando para sí misma, atrayendo miradas terribles de todos los que se cruzaba.

Los ojos de Elsie se abrieron de par en par, y cubrió su boca con su mano.

—¡Cielos! ¡Parece que una de las sirvientas de los Fitzroy también se ha pasado un poco con el ponche! La pobre obviamente no está acostumbrada. Espero que alguien la envíe a la cama antes de que la descubran.

La mirada de Grace siguió a la sirvienta ebria hasta que salió de la habitación. Echó un vistazo alrededor, comprobando si alguien iba a seguir a la chica. Cuando nadie se movió, Grace sugirió:

—Vea si puede encontrar a alguien antes de que se humille.

Elsie asintió y se levantó de donde estaba arrodillada. Antes de que pudiera salir para cumplir la instrucción de su señora, se oyó un estruendo desde el pasillo.

Grace y Elsie intercambiaron miradas preocupadas. Sin decir palabra, se apresuraron hacia la puerta. Un busto de mármol frío había rodado hasta detenerse cerca de sus pies. La causa de su caída aún estaba allí: la alegre sirvienta ya no estaba tan alegre. Su mirada perdida recorría los alrededores, como si los viera por primera vez. Tropezó hacia adelante, su pie se enganchó en la alfombra del pasillo, y cayó de cabeza hacia la barandilla de madera.

La barandilla cedió con un fuerte crujido, enviando a la chica por encima del borde, precipitándose hacia el implacable suelo de mármol.

Mientras viviera, Grace nunca olvidaría el horrible sonido ni el grito que resonó. Sin

embargo, algo la impulsó a comprobar si la chica había sobrevivido. Sin preocuparse por su propia seguridad, se apresuró hacia el borde ahora desnudo del balcón y miró hacia abajo. La delgada figura, envuelta en negro, yacía extendida sobre la madera rota, su mirada vacía fija para siempre en el cielo. Arrodillado a su lado estaba nada menos que Lord Percy.

Sus miradas se cruzaron. El grito de una mujer desgarró el aire.

Elsie agarró el brazo de Grace y la alejó del borde.

El corazón de Grace latía tan fuerte en sus oídos que no podía ni oír ni pensar. Tenía que escapar.

—¡La escalera de servicio! ¿Dónde está?

Elsie sacudió la cabeza, aún conmocionada por lo que habían visto. Grace bajó la voz, adoptando el tono autoritario del mayordomo de los Tilbury.

—Muéstremela, *¡ahora mismo!*

Elsie vaciló, pero finalmente se movió. Guió a Grace hacia una puerta oculta en la pared revestida. Se abrió a una estrecha escalera hecha de simples tablas de madera.

Grace recogió el bajo de su vestido y lo apretó con fuerza, sin importarle la cantidad indecente de tobillo que mostraba. Bajó tan rápido como se atrevió, confiando en que Elsie la seguiría. La suerte estaba de su lado. No se cruzaron con ningún sirviente que viniera en dirección opuesta. De hecho, llegaron hasta el salón de baile sin encontrarse con nadie.

Dentro del salón de baile, el caos reinaba. Los maridos buscaban a sus esposas, las madres a sus hijas. Grace escudriñó la sala hasta que vislumbró la gran pluma blanca que adornaba la cabeza de su madre. Una vez más, hizo caso omiso de todas las reglas, aferrándose al brazo de Elsie mientras se abría paso a través de la sala abarrotada.

—¡Madre! —exclamó Grace.

Su madre se dio la vuelta, con el rostro desprovisto de todo color. Se tambaleó al ver a su hija, sana y salva.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Oí que una mujer había caído desde el piso superior y temí lo peor.

—Era una sirvienta —murmuró Grace, manteniendo la voz baja.

—¿Lo viste? —gritó su madre, atrayendo la atención de todos los que las rodeaban.

Se enderezó y dio sus instrucciones, como un general cargando hacia la batalla.

—Elsie, corra adelante y haga llamar al carruaje. Grace, nos vamos. No quiero oír ninguna protesta.

Grace no tenía intención de discutir. Su mente reproducía la escena una y otra vez, comenzando con la cabeza de mármol rodando y terminando con la barandilla rota. Su cuerpo temblaba mientras la realidad de lo que había visto se imponía.

Una mujer había muerto ante sus ojos. La única otra persona que había sido testigo de su muerte era Lord Percy.

5



Por una desafortunada casualidad, Roland había decidido unirse a los hombres que jugaban a las cartas justo en el momento menos oportuno. Cruzaba el atrio en el preciso instante en que la doncella rompió la balaustrada y cayó.

El asombro de Roland duró solo un segundo antes de que sus reflejos se activaran, y se lanzó hacia el lugar donde la desafortunada muchacha había aterrizado. Sin embargo, incluso mientras se movía, sospechaba que su prisa era en vano, pues la chica no había hecho ningún esfuerzo por enderezarse o amortiguar su caída. La altura no era significativa, pero había golpeado el suelo con la cabeza y el cuello.

Se arrodilló junto a la doncella cuando su último aliento abandonaba sus labios. No tomó otro.

Atónito, levantó la mirada. Al hacerlo, vislumbró el rostro pálido más inesperado que lo observaba desde el piso superior.

—¿Lady Grace? —preguntó Roland al vacío.

Un grito horrorizado detrás de él atrajo su atención y la joven desapareció de su vista.

Ya no tenía tiempo de detenerse en lo que había visto arriba, pues el ruido de la caída había sido escuchado, y pronto llegarían más personas. Se quitó la chaqueta para cubrir el rostro de la doncella muerta.

—¡Oh!

La mujer consternada que gemía detrás de él lo hizo volverse.

—¡Oh, Dios mío!

—Lady Fitzroy —dijo Roland, esperando que dicha dama fuera inútil para manejar esta crisis inesperada.

Ya parecía que podría desmayarse, y él se preparó para atraparla.

—Discretamente, si es posible, por favor encuentre a su hijo.

Ella parecía petrificada por el shock, y de todos modos, la discreción había sido una esperanza demasiado ambiciosa. Rostros curiosos ya habían comenzado a asomarse al atrio.

—¿Sería posible que alguien envíe a buscar a Lord Fitzroy? —dijo Roland, elevando ligeramente la voz, mientras trataba de ocultar el cuerpo de su vista con su propio cuerpo.

Dos sirvientes de rostro serio llegaron, con el propio Lord Fitzroy pisándoles los talones. Pero Fitzroy nunca había visto la muerte, al menos no así, y parecía no saber qué hacer. La madre de Fitzroy, la condesa viuda, se desmayó de manera predecible y tuvo que ser escoltada por otro caballero hasta una silla.

Sin ver otra opción, Roland comenzó a dar órdenes breves y discretas.

—Parece que la velada ha tenido un final desafortunado y prematuro. Debemos trasladar el cuerpo a un lugar más privado para que los invitados puedan marcharse —ordenó a los sirvientes —. Debemos hacer que los invitados regresen al salón de baile y ocuparnos de ellos mientras se traslada su cuerpo y se limpia el suelo. ¿Dónde está la doncella de Lady Fitzroy con las sales?

Fitzroy, con el rostro gris pero aún en movimiento, asintió a los sirvientes y volvió a la vida. Juntos, los dos hombres se dirigieron hacia las puertas principales, alentando a los invitados a abandonar el atrio y regresar por el momento a las habitaciones donde se estaban divirtiendo, aunque Roland ya podía escuchar el zumbido de los susurros y las especulaciones que se extendían.

Finalmente, Fitzroy escoltó a la mayoría de los caballeros a la sala de juegos, y Roland se encontró una vez más en el suntuoso salón de baile. Como un enjambre de avispones, los sirvientes de los Fitzroy afluyeron, siguiendo las órdenes del mayordomo, de Fitzroy y, irónicamente, todavía las del propio Roland. Roland hizo lo que pudo para calmar el creciente descontento entre las familias separadas que expresaban sus temores.

Una vez que el cuerpo fue retirado del atrio y la sangre limpiada por una doncella llorosa, la viuda Lady Fitzroy se recuperó lo suficiente como para ordenar a los lacayos que trajeran los carruajes, y ella se encargó, junto con Lord Fitzroy, de escoltar personalmente a cada invitado al exterior con las más profundas disculpas por una velada arruinada. Roland permitió que los grupos separados atravesaran el atrio mientras buscaban a sus maridos e hijas, y la multitud de invitados disminuyó.

Roland suspiró aliviado de que esta prueba estuviera controlada, hasta que escuchó la voz elevada de Lord Cresswell en la habitación contigua.

—¿Dónde está? —preguntaba el hombre a Lord Fitzroy—. ¡Mi hija! ¡No puedo encontrarla por ninguna parte!

—Lord Cresswell —dijo Lord Fitzroy.

Intentaba parecer tranquilizador, pero era una tarea ardua cuando el propio Fitzroy parecía tan desconcertado como el padre de Charity.

—No he visto a Lady Charity desde nuestro baile. Pero la localizaremos de inmediato, se lo prometo. Quizás esté en el jardín... en una de las habitaciones de arriba...

Las cejas de Roland se fruncieron y una tensión se instaló en su estómago. ¿Lady Charity no aparecía? ¿El diamante de la propia Reina estaba *desaparecido*? Un destello en la mente de Roland le recordó el rostro lunar de Lady Grace mirándolo, horrorizada, desde la balaustrada.

Sus pies lo llevaron a donde Lords Cresswell y Fitzroy discutían en voz baja, y ambos hombres miraron a Roland con una mezcla de esperanza y preocupación.

—No pude evitar escuchar —dijo Roland—. ¿Dicen que Lady Charity no aparece? ¿Dónde están los Tilbury? Tal vez la hayan visto. Grace Tilbury y su hija son bastante cercanas, ¿no es así?

Fitzroy llamó a gritos al mayordomo. El hombre apareció en el umbral de la puerta, desde donde supervisaba los carruajes, ayudando a mantener el éxodo bastante ordenado. El mayordomo negó con la cabeza. No había visto salir a Lord y Lady Tilbury. Parecía que ya se habían marchado mucho antes que los demás invitados.

Las cejas de Roland se fruncieron aún más. Seguramente la familia de Lady Grace no se habría llevado a Lady Charity con ellos sin informar a alguien. Esperaba estar equivocado, aunque las consecuencias serían... bueno, bastante siniestras.

—Percy —le dijo Fitzroy una vez que Lord Cresswell se alejó furioso.

Era desconcertante, Roland debía admitirlo, ver a Fitzroy completamente despojado de su

suave seguridad.

—Si no podemos localizarla, si el diamante no está aquí...

—Será un verdadero escándalo —concluyó Roland para sí mismo—. Debemos enviar a buscar a los sabuesos. Y si tienes un mozo de cuadra disponible, me gustaría que fuera a buscar a mi propio hombre, Thorne. Podría ser útil para ayudar en la búsqueda. Confío implícitamente en él en todos los aspectos.

Fitzroy asintió y se aseguró de que todo eso se hiciera.

El mayordomo había terminado de despedir a todas las familias, excepto a los Cresswell, antes de que Thorne y los sabuesos llegaran. Ese era prácticamente el único pequeño favor que habían recibido de esta miserable velada.

Roland le explicó a Thorne todo lo que había sucedido, a excepción de la aparición de Lady Grace en el lugar de la muerte de la doncella, y la habitual calma de Thorne se transformó en un ceño fruncido.

—¿Cree usted que la dama haya huido con alguien? —preguntó.

Roland le devolvió a Thorne un ceño igualmente pensativo mientras reflexionaba una vez más sobre los detalles. Los numerosos pretendientes de Lady Charity. Su negativa a nombrar oficialmente a sus admiradores. Una muerte misteriosa e inoportuna. Lady Grace.

—Es posible —respondió lentamente—. Ciertamente, será la conclusión a la que los demás llegarán, al fin y al cabo.

Thorne se movió, incómodo.

—¿Qué quiere que haga?

—Quiero que vayas con el mayordomo —dijo finalmente Roland—. Revisa cada pasillo de servicio, cada escalera y cada habitación oculta en el laberinto de la casa. No puedo evitar pensar que Fitzroy y Cresswell podrían descuidar esos lugares mientras registran la casa.

Thorne asintió y se marchó.

Una vez libres de los invitados, la búsqueda comenzó en serio. A insistencia de Lord Cresswell, la mansión de los Fitzroy debía ser registrada de arriba abajo, en todos sus rincones públicos. Roland se unió a los hombres, de manera algo predecible, en el cuarto piso mientras abrían de par en par algunas de las habitaciones de invitados para registrarlas. Consciente de que había dependencias de servicio arriba, en el ático, Roland esperaba que Thorne las verificara además de los pasajes secretos, por lo que no se preocupó por este olvido aristocrático.

Como la mayoría de los invitados al baile tenían su propia residencia en Londres, ninguna de las numerosas habitaciones de invitados y salones adyacentes estaba ocupada. Ninguna intimidad fue violada por este registro sumario. Se quitaron las telas de muselina que cubrían los escritorios y las mesas, y se miró debajo de cada mueble. Roland notó que la habitación y el tocador de Lady Lark, también en este piso, eran objeto de mucha más atención.

En el tercer piso, mientras registraba el despacho de Fitzroy escoltado por un lacayo, pudo oír al mayordomo negándole a Lord Cresswell el libre acceso a las habitaciones de Lord y Lady Fitzroy, diciendo que sería sumamente inusual y singularmente inapropiado que alguien más que él mismo y la doncella entrara allí. Lord Cresswell refunfuñó al respecto, pero incluso tan contrariado como estaba, reconoció la veracidad de las palabras del mayordomo y pasó a los salones de recepción del piso inferior.

Caramba, pensó Roland. Lord Cresswell debía estar realmente alterado para intentar cruzar tales límites.

Las bibliotecas, los despachos, los salones de recepción y los tocadores resultaron estar igualmente vacíos. Todas las veinte o más habitaciones públicas y de invitados de la casa estaban

desprovistas de jóvenes debutantes, a excepción de la propia Lady Lark, que lloriqueaba en un sofá en el salón principal junto a su madre y una de sus doncellas.

Antes de que la búsqueda continuara en el exterior, se reagruparon con los lacayos y sirvientes que habían participado en los registros. Echando un vistazo a Thorne, Roland recibió solo un movimiento negativo de cabeza en respuesta; nada notable había sido visto.

Así que continuaron, separándose al salir por diferentes puertas para verificar cada pórtico, delantero y trasero. Examinaron a lo largo de los muros, inspeccionaron cada camino del césped y cada rincón del jardín bien cuidado donde una joven dama podría haberse refugiado tranquilamente lejos de la fiesta, incluyendo el invernadero de techo de cristal de Lady Fitzroy. Incluso exploraron los jardines cerrados más prácticos que cultivaban hierbas y verduras para las necesidades medicinales y culinarias de la casa. Y desde allí, la búsqueda se extendió al resto de los terrenos. Cada árbol y cada arbusto fue examinado.

Fue un esfuerzo vano. Todo lo que encontraron fue el abanico de marfil de Lady Charity, sus plumas blancas polvorientas de tierra, abandonado junto a un banco de jardín de piedra. Porque como Thorne, Roland, los sabuesos y los hombres de la casa Fitzroy constataron después de una larga búsqueda que duró el resto de las horas de la noche, Lady Charity no se encontraba por ninguna parte.

6

Grace se dio la vuelta bajo sus cálidas mantas, encontrando sus músculos rígidos después de horas de inactividad. Debía haber estado exhausta la noche anterior, pues no tenía ningún recuerdo de haberse acostado. Entreabrió un ojo para juzgar la hora.

Un rostro pálido apareció en su campo de visión.

—¿Señora? ¿Lady Grace?

Grace cerró los ojos bruscamente. Quedarse en la cama hasta tarde era una concesión bienvenida después de una noche de baile. Fuera lo que fuese que Elsie quería, podía esperar hasta que Grace estuviera lista para levantarse.

Evidentemente, Elsie no estaba de acuerdo. Hundió un dedo en el hombro de Grace y la llamó de nuevo.

—¿Está despierta, señora? ¡*Debe* despertarse!

La preocupación en el tono de Elsie atravesó el velo de somnolencia. Parpadeó para deshacerse de la pegajosidad en sus párpados. Su mente estaba igual de entumecida, y su boca tan seca como un desierto. Ordenó a su boca preguntar qué quería Elsie, pero lo que salió apenas era inteligible.

—¿Qué...quiere?

En lugar de responder, Elsie se puso de pie de un salto.

—La señora debe hablar con usted. Voy a buscarla.

Grace parpadeó de nuevo y las telarañas cayeron aún más de su mente. Se obligó a sentarse y extendió la mano hacia el vaso de agua que seguía en su mesita de noche. Aunque estaba a temperatura ambiente, se contaba entre las bebidas más refrescantes de su vida. Pensando ahora con claridad, echó un vistazo a su alrededor, buscando pistas sobre por qué su madre estaba tan desesperada por hablar con ella.

Su mirada recorrió su habitación. El fuego rugía, ahuyentando la humedad de la estancia. Sobre su tocador de laca blanca, los frascos de perfume y las cajas de polvos formaban una línea bien ordenada. Se movió para tener una mejor vista del rincón alejado. Su mirada se posó en la falda de su vestido de baile drapeada sobre el gran biombo de madera. El recuerdo de mirarla fijamente mientras contaba los pasos del cuadrille volvió a su mente. Había bailado con Lord Percy. ¿Se habría puesto en ridículo delante de la crema de la sociedad?

La respuesta se le escapaba. Tomó otro sorbo y frunció el ceño, diciéndose que se concentrara. ¿Cuánto tiempo había dormido para recordar tan poco?

Los recuerdos flotaban en su mente. Primero vino el rostro de Lord Percy cuando había hecho su comentario sobre las mujeres expuestas. Se había quedado boquiabierto, pero no había

fruncido el ceño ante su audaz observación. Otra imagen vino a su mente. Charity, girando torcidamente, y sus mejillas sonrosadas al final del baile. Grace recordó que su madre la había enviado arriba a ver a Elsie para arreglar el dobladillo de su vestido. Arriba, donde había sido testigo de algo más...

El estómago de Grace se revolvió. La criada. La mancha carmesí extendiéndose bajo su cabeza. Grace se estremeció al recordar los ojos oscuros de Lord Percy levantados hacia ella, conmocionados.

¿Por qué estaba él allí? ¿La había reconocido, o estaba reaccionando a la tragedia que se desarrollaba a sus pies? Elsie la había agarrado del brazo y la había arrastrado tan rápidamente. Era posible que no hubiera tenido una visión clara de su rostro.

A partir de ahí, sus recuerdos se convertían en un torbellino. Su madre la había empujado al carruaje. Una vez en casa, Elsie le había puesto una bebida caliente en las manos y le había ordenado que se la bebiera toda. El líquido meloso había resbalado por su garganta con facilidad, el sabor dulce ocultando la dosis de láudano que, incluso ahora, dejaba su mente nublada.

Grace pensó por un momento en reprender a su madre por haberla drogado, pero descartó la idea con la misma rapidez. Esa taza de té era la única razón por la que había pasado una buena noche de sueño. Por una vez, estaba dispuesta a admitirlo, quizás su madre tenía razón.

Toda buena voluntad se evaporó cuando dicha madre irrumpió en su habitación, golpeando la puerta contra la pared al pasar.

—¿Dónde está? ¿Lo sabías? ¡Por supuesto que lo sabías! —exclamó su madre, con aspecto furioso.

Grace derramó el agua de su vaso al sobresaltarse por el tono severo de su madre.

—¿Dónde? ¿*Quién*?

—No te hagas la lista conmigo, jovencita. He sido demasiado indulgente contigo, pero nunca pareciste quejarte. ¿Y esto? ¿Así es como me lo agradeces? ¡Estaremos arruinadas!

Grace dejó el vaso y abrió la boca para acusar a su madre de ser melodramática. Sí, había visto a la criada caer a su muerte, pero fue un terrible accidente. Seguramente, otras personas habían sido testigos de su extraño comportamiento en los momentos previos a su muerte. Ser testigo de una tragedia difícilmente era causa de ruina.

Pero entonces Elsie se deslizó en la habitación, manteniéndose fuera de la vista del veneno de Lady Tilbury. La joven estaba petrificada. Unas sombras oscuras marcaban su rostro, y sus ojos estaban rojos. ¿Había pasado Elsie la noche llorando por la muerte accidental de una desconocida? Grace la conocía demasiado bien para creer que ese fuera el caso.

Mientras la reprimenda continuaba, el tono de su madre subía cada vez más, sus palabras tan afiladas como el cristal. Durante gran parte de su vida, Grace había deseado que su madre le prestara más atención. Sin embargo, esto ciertamente no era lo que tenía en mente. No había nada más que hacer que soportarlo. Grace esperó una pausa en la arenga para pedir alguna pista sobre de qué se trataba. Cualquier cosa. Finalmente, Lilian Tilbury se acercó a la cama y se inclinó sobre su hija.

—Solo te lo preguntaré una vez. ¿Dónde está Charity?

—¿En su casa? —aventuró Grace tímidamente.

La pregunta no tenía ningún sentido. Su madre sabía que Charity había salido mientras Grace subía a arreglar su dobladillo. Grace había bajado directamente y se había precipitado a los brazos de su madre. ¿Cuándo podría haber encontrado a Charity?

Su madre retrocedió. Tomó una profunda respiración y se lanzó de nuevo sobre Grace.

—¡Ciertamente *no* está en su casa! ¡Nadie la ha visto desde que entró en los jardines de los

Fitzroy, y créeme, han buscado, jovencita!

—No entiendo —jadeó Grace.

Luchaba por captar el sentido de la diatriba de su madre, su mente retrocediendo ante las horribles posibilidades.

Lady Tilbury no prestó atención a su hija, tan absorta en su diatriba.

—De arriba abajo, detrás de cada arbusto y estatua. Los lores Percy y Fitzroy se aseguraron de verificar todas las posibilidades, llegando incluso a enviar a alguien a interrogar a tu padre al amanecer. ¡Como si la hubiéramos traído a casa sin decírselo a sus padres! La chica se ha ido, y quiero saber adónde. Tú me lo vas a decir.

La boca de Grace quedó boquiabierta, su mandíbula había caído en algún momento durante la diatriba de su madre. No tenía respuestas, pero sí muchas preguntas.

—¿Charity ha desaparecido?

—¿Eres idiota? —jadeó su madre—. ¿Has escuchado una palabra de lo que he dicho? Se ha fugado con un hombre. A estas alturas, probablemente esté a mitad de camino a Gretna Green. Se ha arruinado. Si lo sabías... si la estabas encubriendo, tu reputación quedará manchada.

—Charity *jamás* se fugaría —replicó Grace.

Cómo se atrevía su madre a sugerir tal cosa.

—¡Tenía casi una docena de pretendientes, madre! Una reputación intachable. Ni siquiera había dado permiso a un hombre para cortejarla. ¿Por qué tiraría todo eso por la borda? ¿Y por quién?

El rostro de su madre se desmoronó y gimió.

—*Debe* haberse fugado. Es la única respuesta que puedo soportar. Dime que ella eligió irse, Grace.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Grace. La voz de su madre había perdido su tono duro y ahora llevaba una profundidad de dolor que nunca había visto. El miedo subió por su columna vertebral, sus dedos helados clavándose en su mente.

Si Charity se había ido, no había sido por elección propia, especialmente si Lord Percy seguía en Londres.

Grace extendió la mano, desesperada por obtener consuelo de su madre. Quedó suspendida en el aire, sin respuesta.

Lady Tilbury no tenía tiempo para mimar a su hija. Asuntos mucho más importantes reclamaban su atención. Se enderezó, recurriendo a la sangre fría adquirida a lo largo de los años en la alta sociedad.

—Vístete. Debemos ser vistas haciendo visitas si queremos disociar tu nombre del suyo.

—¿*Disociarnos*? ¡No puedes hablar en serio, madre! Debemos buscar a Lady Charity. Lady Cresswell nos necesitará... te necesitará a ti, madre. Eres su amiga cercana.

La actitud de Lady Tilbury se suavizó. Extendió la mano hacia Grace, pero la retiró. Cerró el puño y lo presionó contra su boca.

La mente de Grace se elevó de las profundidades oscuras de la desesperación. Su madre iba a ceder. Grace utilizaría todo lo que sabía sobre Charity, sin dejar piedra sin remover hasta que su amiga estuviera sana y salva a su lado.

Su madre negó con la cabeza.

—Lo siento. Tienes un corazón tierno, mi querida hija. Pero Londres no es un lugar para tales sentimientos. Si quieres atravesar esta crisis sin mancha, debes hacer exactamente lo que te digo. Charity era solo una conocida, sin importar lo que otros hayan podido pensar. Estás horrorizada por sus acciones, y no tuviste más aviso que nadie sobre sus planes. ¿Me oyes?

Grace permaneció inmóvil, la mirada ardiente de su madre pesando sobre su frente. No encontraría ningún alivio. Su cabeza se inclinó ligeramente, lo mínimo, pero lo suficiente para satisfacer a su madre de que jugaría el juego.

Y lo haría... por un breve momento. Como siempre lo había hecho. La atención de su madre pronto se dirigiría a otra cosa. Cuando eso sucediera, Grace se deslizaría en las sombras y no se detendría ante nada para descubrir la verdad.

7



Con las noticias sobre Charity, Grace no tenía muchas ganas de hacer visitas hoy. Su madre, sin embargo, insistía en que se mostraran para distanciarse de los acontecimientos de ayer, tanto de la supuesta fuga de Charity como de la muerte de la doncella.

—Ven, vamos a caminar, ya que es un hermoso día soleado. Te sentirás mejor —le dijo Lilian Tilbury a su hija.

Grace se dejó vestir y peinar, como una muñeca, para el paseo hasta la casa de Lady Ashton. O tal vez era la de los Ashbrook. La mente de Grace estaba a mil leguas de distancia, y no había prestado atención alguna a la cháchara de su madre.

Sin embargo, mientras bajaban los escalones de la entrada, un caballero muy inesperado desmontaba de su caballo y entregaba las riendas al lacayo frente a su camino.

—Lord Percy —exclamó la madre de Grace.

La mirada de Grace había estado dirigida hacia abajo, estudiando el suelo, pero la levantó ante la exclamación de su madre. Inmediatamente, sus ojos se encontraron con la mirada penetrante y marrón oscuro del lord, y un escalofrío se instaló en sus huesos a pesar del cálido sol sobre sus hombros.

Evidentemente, él intentaba mantener una expresión agradable, pero parecía algo cansado y tenso.

—Un hermoso día para un paseo, Lady Tilbury —saludó a la madre de Grace—. Esperaba visitar a Lady Grace, pero quizás no sea el momento adecuado hoy.

—Nos esperan en otro lugar esta tarde —admitió Lady Tilbury, casi loca de emoción porque Lord Percy estuviera allí y desgarrada por la indecisión—. ¡Oh! Pero habíamos decidido caminar mientras nos dirigíamos a la casa de otra familia. Si no le importa que nos dirijamos a la mansión de Lord Ashbrook, es bienvenido a acompañarnos. ¡No es inconveniente para nosotras disfrutar del buen tiempo en su compañía!

—Estaría encantado de dar un paseo con Lady Grace y usted —mencionó brevemente con una pequeña reverencia.

Lady Tilbury se agitó con entusiasmo, lanzando miradas a Grace. Su expresión decía mucho sobre sus esperanzas respecto a Grace y un dulce cortejo de Lord Percy, pero Grace sabía que sus intenciones no tenían nada que ver con un desfile de seducción. Cuando cruzó la mirada con Lord Percy, recordó el choque de sus ojos que se había producido cuando él estaba bajo el balcón, mirándola desde el cuerpo de la doncella muerta.

—Lord Percy —lo saludó con un tono neutro.

Él ofreció su brazo a Grace, saludando cortésmente a su madre con un gesto de cabeza. Lady

Tilbury arrulló de emoción y se mantuvo atrás para dar intimidad a la pareja. Sin ver otra opción, Grace tomó su brazo, sintiendo un desagradable estremecimiento de nerviosismo en su vientre.

~

Su toque en su brazo era tan ligero que apenas podía sentirlo. No percibía calor alguno de su mano a través de sus guantes de cabritilla. Echó un vistazo, buscando una pista sobre lo que ella sentía. Grace mantenía los ojos bajos, sin revelar nada de sus pensamientos.

Roland dio unos pasos, llevando a Grace con él. Parecía una vacilación pudorosa de su parte, pero Roland sabía que era todo menos eso.

—Su madre está visiblemente emocionada por sus perspectivas, pero estoy seguro de que conoce mis verdaderas intenciones —le dijo Roland a Grace mientras caminaban, acercando su brazo a su cuerpo, casi atrapando sus dedos.

Esto atrajo a Grace ligeramente más cerca de él para que pudiera mantener su voz baja.

Grace le lanzó una mirada de soslayo bajo sus pestañas.

—Intentaré ocultar mi decepción de que me encuentre inadecuada para venir a verme por cualquier otra razón, Lord Percy.

Roland cerró los ojos en un breve arrepentimiento por su ofensa involuntaria, aunque su labio se curvó de diversión ante su franca irritación. Al menos, Lady Grace no parecía preocuparse de que él no evaluara su valor marital.

—Mis disculpas. Si puede consolarla, aprecio que en una conversación, usted tienda a ir directa al grano, aunque tenga el don de afilar sus bordes. Deduzco que ha sido informada de las noticias.

Ella tomó una larga inspiración e ignoró su pulla.

—Sí. Me enteré esta mañana. Y oí que nos habían interrogado para saber si ella había regresado con nosotras.

—Fitzroy y yo exploramos todas las posibilidades, en efecto —asintió Roland—. Pero nadie la ha interrogado a usted.

—¡Por qué alguien me interrogaría! —exclamó ella suavemente—. ¿Y por qué sería usted, de todas las personas?

—Estaba con el equipo de búsqueda —respondió él vagamente—. Como usted es su amiga cercana, me siento obligado a preguntar, pues en efecto, ¿quién más pensaría en hacerlo? ¿Había planeado fugarse después de todo? ¿Es por eso que aún no había mostrado ninguna preferencia evidente? ¿Ya había puesto sus ojos en un partido menos conveniente?

Era la conclusión más lógica, y la que la mayoría de los miembros de la buena sociedad ya habían sacado, como era de esperar. Ya había oído los murmullos sobre cómo Charity se había aprovechado del tumulto causado por la muerte de la doncella para escapar y lo había aprovechado al máximo.

La joven a su lado sacudió la cabeza y bajó tanto la voz que apenas podía oírla.

—No puedo imaginar a Charity haciendo tal cosa. Por lo que yo sabía, tenía toda la intención de hacer un buen matrimonio esta temporada.

Planes de un matrimonio elevado y ventajoso, como la mayoría de las jóvenes deseaban. Sin vanidad, Roland se admitía que parecía poco probable que Charity pudiera encontrar un mejor pretendiente que él esta temporada si su objetivo era casarse bien. Sin embargo, ella no se había extasiado con él como lo hacían las otras debutantes. Había supuesto que ella esperaba que él hiciera un gesto romántico, pero ¿y si era algo más?

—Parece estar tan segura —respondió finalmente—. Y sin embargo, no dejo de pensar en la noche anterior. Pregunta por qué sería yo quien la interrogaría, como si pretendiera que no vi su rostro sobre la balaustrada rota. Soy el único que la vio allí. Imagine mi sorpresa, entonces, cuando intentamos localizarla para preguntar si Charity estaba en su compañía y descubrimos que su familia se había marchado tan precipitadamente. ¿Quién más podría hacerle preguntas al respecto sin crear un escándalo?

El rostro pálido de Grace palideció aún más.

—Entonces supongo que debemos agradecerle por mantener nuestro nombre fuera de las columnas de chismes de esta tarde, Lord Percy.

Roland no disfrutaba de esto, pero una parte de él sentía cierta satisfacción al ver a la mordaz Lady Grace algo desconcertada.

—Supongo que sí, y puede mostrar su gratitud satisfaciendo mi curiosidad. Porque no puedo evitar preguntarme qué papel pudo haber jugado en la muerte de esa pobre chica.

Grace casi tropezó con sus propios pies, y Roland la estabilizó.

—Me cuesta verla como una asesina calculadora, y sin embargo, ella cayó de una manera de lo más singular. Y usted estaba allí, justo detrás de ella —continuó, su voz volviéndose dura—. Oh, tal vez un acto tan atroz no era en absoluto la intención. Quizás solo buscaba crear una distracción para que Charity pudiera escapar, y salió mal.

—*No*. Una terrible coincidencia —logró articular finalmente Lady Grace—. Había subido para arreglar mi dobladillo después de nuestro baile. La doncella de los Fitzroy... no la toqué. Pero... la seguí.

Roland frunció el ceño nuevamente.

—¿Por qué?

—Ella... la doncella... se estaba comportando un poco extraño. Mi doncella y yo pensamos que debía haber bebido.

Roland inclinó su rostro hacia el de ella, estudiando su expresión de ojos abiertos mientras reflexionaba sobre estas palabras. Si la doncella realmente había estado ebria, podría haberse caído. Podría ser una coincidencia, como decía Lady Grace. Y parecía sincera tanto respecto a Charity como a la doncella.

Luego Lady Grace apartó la mirada, volviendo a estudiar los adoquines.

Roland no estaba completamente seguro de que estuviera diciendo la verdad. Incluso si lo hacía, siempre existía la posibilidad de que Lady Charity hubiera guardado secretos, incluso de su mejor amiga. Podría haberse escapado, dejando a Lady Grace en la ignorancia para proteger su reputación.

Tal vez el incidente con la doncella no fue más que un terrible accidente.

Sin embargo, algo en esta historia no encajaba del todo para Roland, y no lograba identificar qué era. Concluyeron su paseo hacia la propiedad de los Ashbrook en un silencio pensativo.

8



Después de ese inquietante *tête-à-tête*, Grace no deseaba nada más que regresar a la seguridad de su habitación, donde sería libre de desahogar sus frustraciones en su almohada. Su madre, sin embargo, no quería oír hablar de ello. Prácticamente arrastró a Grace consigo para su tarde de visitas.

Por supuesto, la desaparición de Charity era el único tema del que todos querían hablar.

Lady Tilbury se apresuraba a poner fin a esta línea de conversación. Rechazaba cualquier intento de sugerir que Charity y Grace eran más que simples conocidas, a pesar de las numerosas veces que se las había visto juntas. Su inocente hija Grace nunca habría pensado siquiera en desaparecer de un baile, y ciertamente no tenía idea de los planes de nadie al respecto. Luego mencionaba casualmente la visita de Lord Percy, desviando la conversación del tema del diamante desaparecido hacia la sugerencia de que su hija podría ser un reemplazo adecuado.

Durante todo este tiempo, Grace mantenía una sonrisa forzada en su rostro. Asentía con la cabeza en lo que esperaba fueran los momentos apropiados. De vez en cuando, murmuraba una frase discreta de asentimiento sobre lo que se discutía. Por una vez, estaba agradecida de que las visitas rara vez se extendieran más allá de un cuarto de hora. Entre saludar, tomar el té y charlar sobre el clima, apenas quedaba tiempo para otras discusiones.

Eran casi las cuatro cuando su madre declaró terminadas sus visitas y accedió a regresar. Después de entregar su pelliza y sombrero al lacayo, Grace se precipitó escaleras arriba. La puerta de su habitación la llamaba, y ella respondió a ese llamado. Ignoró las reprimendas de su madre por correr en la casa, sus pies calzados con zapatillas rozando las tablas de madera hasta que encontró el consuelo que tanto anhelaba.

Pero incluso allí, en su habitación, no debía estar sola. Elsie estaba dentro, con una aguja en la mano, haciendo un punto apropiado en el dobladillo del vestido de Grace. Verla allí le recordó a Grace algo que había escuchado la noche anterior y a lo que no había prestado atención. ¿No había mencionado Charity que había subido en algún momento? Tal vez Elsie tendría algunas aclaraciones que ofrecer.

Elsie sintió la mirada de su señora sobre sus hombros y recogió sus cosas, ofreciéndose a marcharse, pero Grace le ordenó quedarse. La joven doncella observó con aprensión cómo Grace se encaramaba en la silla contigua y la miraba fijamente.

—¿Cómo le pareció Lady Charity anoche?

—Hermosa, como siempre, señora. Llevaba un bello vestido, casi tan bonito como el suyo.

—Subió antes que yo. ¿Había algo mal con su vestido o su cabello?

—No que yo sepa. Entró con gotas de sudor perlando su frente y declaró su deseo de

descansar los pies un breve instante. Un lacayo movió una silla y un escabel para ella, mientras su doncella la ayudaba a sentarse sin arrugar su vestido. Sin embargo, no se quedó mucho tiempo. Tan pronto como recuperó el aliento, dejó a un lado su vaso de ponche y pidió a su doncella que le arreglara el cabello. Con todos los hombres allá abajo queriendo bailar con ella, es sorprendente que pudiera escapar.

Grace era muy consciente de la popularidad de Charity entre los pretendientes elegibles. La había observado desde un lado girar una y otra vez en la pista de baile, siempre en brazos de un hombre diferente. No era de extrañar que Charity hubiera usado una excusa para escabullirse arriba a descansar. Pero entonces, ¿por qué había parecido tan pálida después de bajar? Difícilmente era el primer baile de la temporada. A estas alturas, ambas jóvenes conocían bien las exigencias de tal evento y pasaban el día descansando en preparación. La velada aún era joven, ni siquiera era medianoche.

—¿Charity habló con alguien arriba?

—No, señora. Era temprano y teníamos poco que hacer. Nosotras, las doncellas, estábamos entregadas a una charla descarada mientras esperábamos. Como sabe, es raro que tengamos tiempo de conversar con los sirvientes de otras casas. Espero que no le importe —añadió Elsie en voz baja.

—¡Por supuesto que no me importa! Ya me siento bastante mal de que las mantengamos despiertas hasta altas horas, esperando en la habitación por si las necesitamos. Si han encontrado una manera de pasar el tiempo, mejor aún.

La mente de Grace divagó, preguntándose de qué hablaban las doncellas cuando sus señoras no estaban. Si se lo preguntara, Elsie respondería. Pero Grace no quería ser indiscreta. No era asunto suyo, y además, confiaba en que Elsie hablaría si hubieran discutido algo relevante sobre Grace o su familia.

Sin embargo, había una persona sobre la que Grace podía indagar. La doncella de los Fitzroy. Grace le había dicho a Lord Percy que el accidente era una terrible coincidencia. Pero, ¿lo era realmente? No deseaba nada más que desterrar ese recuerdo de su mente, pero se obligaría a revivir esos momentos si eso la ayudaba a encontrar a Charity.

Grace se sumergió de nuevo en sus últimos momentos con Charity. Habían girado en la pista de baile, donde Charity había desincronizado sus pasos. Cuando el baile terminó, las mejillas de Charity brillaban de rosa. Parecía estar bien por lo demás, pero solo para un observador casual. Grace estaba segura de que algo andaba mal. En todos los bailes a los que habían asistido hasta ahora, nunca había visto a Charity perder el equilibrio. Nunca giraba en la dirección equivocada. Incluso cuando habían bailado en la intimidad de la habitación de Charity en las semanas previas a su debut, las actuaciones de Charity siempre habían sido perfectas.

La noche anterior, Elsie había sugerido que la doncella de los Fitzroy había bebido demasiado. ¿Podría haberle sucedido algo así a Charity? Charity siempre había sido tan cuidadosa para evitar beber en exceso, pero nunca se abstenía por completo. ¿Y si quizás había consumido accidentalmente una bebida más fuerte de lo que pretendía y había sentido sus efectos?

Repasando las palabras de Elsie en su mente, Grace reflexionó rápidamente. Elsie había dicho que Charity tenía un vaso de ponche. Grace también había bebido uno, sin embargo, y no la había hecho tambalearse.

Grace se inclinó y tomó el vestido de las manos de Elsie. Lo puso a un lado y luego tomó las manos de Elsie entre las suyas.

—No hemos hablado de lo que vimos anoche. Fue un terrible, *horrible* accidente.

Elsie se mordió el labio y miró al suelo. Su respiración temblaba.

—Está bien, señorita. No hay necesidad de discutirlo.

—Pero sí, Elsie. Algo no estaba bien con Charity durante ese último baile. Estaba desequilibrada. No tanto como la doncella que vimos, pero lo suficiente como para hacerme preguntar si hay una conexión. Dijiste que pensabas que la doncella había tomado una copa. ¿La viste hacerlo?

Elsie negó con la cabeza.

—No, pero no la estaba vigilando. Para ser honesta, ni siquiera sabía su nombre. Pasaba por la habitación de vez en cuando, para ver si necesitábamos algo. Estaba demasiado ocupado abajo como para que nosotras, las doncellas, nos sumáramos al tumulto.

—Entonces, ¿por qué pensaste que estaba borracha?

Elsie se sonrojó.

—No debería decírselo, pero a veces los sirvientes —no todos, ni siquiera la mayoría, fíjese bien— terminan las copas medio vacías. Dicen que no hay razón para desperdiciar una buena bebida. Supuse que eso era lo que ella había hecho.

Pero, ¿de quién habría terminado la copa la doncella? Elsie ya había dicho que estaba tranquilo. Grace no sabía mucho sobre los hábitos de los sirvientes. ¿Se habría aventurado la doncella a otras habitaciones? Si no fuera así...

La bebida podría haber sido el vaso de ponche de Charity, y la doncella lo habría terminado después de que ella se fuera. Pero no... Grace sabía que el ponche no había sido particularmente fuerte. Ciertamente, un solo vaso, incluso si Charity lo hubiera dejado casi lleno, no habría puesto a la doncella en tal estado de embriaguez.

A menos que... El estómago de Grace se retorció cuando de repente consideró una perspectiva más aterradora. ¿Y si la doncella no hubiera estado borracha en absoluto?

Por primera vez, Grace deseó poder creer los rumores sobre su mejor amiga. Era más fácil imaginar a Charity sana y salva, huyendo con un amor secreto, que enfrentarse a esta posibilidad. Pero tenía que hacerlo, porque nadie más estaba interesado en descubrir la verdad.

9

Por lo que parecía ser la quincuagésima vez esa mañana, la atención de Roland se desvió. Thorne lo trajo de vuelta al presente con un golpe en el pómulo que envió una onda de dolor fulgurante a través de su cráneo, casi haciendo brotar lágrimas de sus ojos.

El sirviente de cabello negro bajó los puños. Consciente de que algunos caballeros merodeaban alrededor del ring, observando la escena, Thorne dijo en voz baja:

—No sabía que sus planes para esta mañana incluían el deseo de que lo golpeara copiosamente.

Furioso consigo mismo por ese momento de falta de atención, Roland gruñó y lanzó una serie de puñetazos que hicieron retroceder a Thorne hacia las cuerdas. Este último, siendo el hombre astuto que era, mantuvo la calma y se puso a la defensiva, bloqueando pacientemente los golpes mientras Roland se agotaba. Luego lanzó un fulgurante directo de izquierda que alcanzó a Roland en el estómago, dejándolo sin aliento.

—Es inútil —dijo Thorne apartando el mechón de cabello de sus ojos y bajando nuevamente las manos—. Su mente está claramente en otra parte. La pregunta es: ¿dónde está?

Roland no podía responder, aunque hubiera querido. Lo cual no era el caso.

—Ah —gruñó Thorne con comprensión—. Tiene esa expresión de limón exprimido que siempre pone cuando piensa en su familia. Lo que significa, supongo, que está preocupado por sus fracasos hasta ahora en encontrar una dama para engendrar al próximo heredero de Northumberland.

—Evidentemente, tiene demasiado tiempo para reflexionar sobre lo que sugiere mi rostro —murmuró Roland—. Quizás debería darle más trabajo.

El hombre le dirigió una sonrisa.

—¿Tal vez sea amor? ¿El secuestro del diamante realmente le afecta tanto? ¿Estaba enamorado después de todo?

Thorne tenía razón en un punto, al menos. Habiéndose celebrado el baile de los Fitzroy hace dos días, y sin ninguna noticia sobre el diamante, Roland había pensado encontrar una válvula de escape para su humor negro en el boxeo esta mañana, pero si no lograba concentrarse en la tarea, esta visita a las salas de entrenamiento era una salida fútil. Para su mayor descontento, los bailes nocturnos las habían dejado tranquilas. Muchos de los hombres presentes preferían mirar y apostar en lugar de tomar su turno en un combate y arriesgarse a tener un ojo morado.

Casi quería golpear algo hasta hacerlo sangrar. Naturalmente, el amable y siempre fiable Thorne estaba dispuesto a complacerlo en un combate. Sin embargo, incluso en la peor ira que Roland pudiera imaginar, nunca dejaría que sus sentimientos se impusieran a su razón,

especialmente si eso pudiera causar daño. Nunca, jamás, podría imaginar maltratar a alguien a su servicio.

—No es amor, y *por supuesto* que no estaba enamorado. Lo que me molesta es haber pasado tanto tiempo tratando de cortejarla y no tener nada que lo demuestre —respondió Roland con tono irritado una vez que recuperó el aliento—. Por lo demás, poco me importa que el diamante quizás haya encontrado un marido diferente.

Luego se enderezó y dio la espalda a su compañero de entrenamiento, dirigiéndose hacia las cuerdas.

—Quizás a Lord Percy le preocupe la pérdida de su apuesta —dijo Lord Henry, ya que estaba lo suficientemente cerca del ring para escuchar este último comentario—. Sé que a *mí* me preocupa, ya que había apostado diez chelines a su éxito con Lady Charity, y por consiguiente, estoy diez chelines más pobre esta mañana.

Roland estaba nuevamente irritado por el recordatorio de esa poco recomendable apuesta que había hecho, y además en estado de ebriedad. Pero guardó sus sentimientos para sí. Al menos, en gran parte. A pesar de los esfuerzos de Roland por ser el perfecto caballero en todos los aspectos, su mandíbula se tensaba cuando algo lo frustraba o lo enojaba, y sabía que Thorne lo vería.

—Lamento haberlo decepcionado, Lord Henry. Espero que pudiera permitirse esa pérdida.

El rostro de Lord Henry se crispó entonces de ira.

—Todos estamos, por supuesto, sujetos a nuestras ocasionales faltas de juicio en cuanto a la evaluación del carácter de una persona, ¿no es así? Le agradezco, sin embargo, por su preocupación.

Thorne miró a Roland y luego a Lord Henry, comprendiendo claramente la insinuación de Henry. Henry se ofendía y sugería que tal vez era el carácter de Roland el que había juzgado mal, y no el de Lady diamante. Puso su mano sobre el hombro de Roland para impedir su réplica, guiándolo fuera del ring.

—Dígame, Lord Percy —lanzó Henry detrás de ellos, su voz adoptando un tono falsamente jovial—. Ya que se me recuerda mi deuda, me pregunto. ¿Ya ha pagado la suya a Lord Fitzroy? Si debe esperar a que los fondos estén disponibles, estaría encantado de concederle un pequeño préstamo.

Roland logró mantener la calma.

—Gracias, Lord Henry. Recordaré su oferta, si alguna vez la necesito.

Thorne indicó con un movimiento de barbilla un banco tranquilo lejos de Lord Henry donde podrían fingir observar a los siguientes participantes que habían tomado lugar en el ring sin ser escuchados. Una vez sentados, Thorne reunió sus palabras.

—Está muy claro que ha estado bastante... perturbado desde Northumberland. No ha hablado de ello, pero conozco lo suficiente los modales de su abuelo para imaginar que Su Gracia era de alguna manera responsable. ¿Cuáles fueron sus amenazas?

El destello de furia, mezclado con el más mínimo tinte de miedo en los ojos oscuros de Roland, confirmó a Thorne que sus especulaciones eran de una precisión mortal y habían golpeado un punto de lo más sensible.

—Ah —dijo simplemente Thorne.

—Mientras esperaba mi regreso del frente, el duque tuvo mucho tiempo para reflexionar sobre la generosidad de mi pensión. Si no he concluido un compromiso antes del final de la temporada, la veré reducida —dijo Roland apretando los dientes.

No siendo un imbécil, Thorne sabía que eso probablemente significaría que Roland ya no podría permitirse mantener personal doméstico, aunque fuera solo él.

—Espero que no se preocupe demasiado por mis perspectivas —dijo con una sonrisa, intentando aliviar la atmósfera.

Los músculos de la mandíbula y los hombros de Roland se relajaron, pero solo un poco.

—Jamás.

Roland no hablaba de las otras condiciones que El Rompedor había tenido tiempo de sobra para considerar incluir en su testamento. Si Thorne sospechaba que había codicilos adicionales que jugaban un papel en la amenaza del duque —una deducción que Roland sabía que Thorne era eminentemente capaz de hacer— ninguno de los dos hombres decidió mencionarlo.

Como debía ser.

—Entonces, ¿qué piensa hacer ahora? —le preguntó Thorne, siempre directo.

—Supongo que... debo empezar de nuevo, examinando los bailes para encontrar otra mujer adecuada a quien cortejar. Peor aún, ya que ahora quizás tenga que cortejar a varias a la vez. Además, tendré que soportar la sonrisa burlona de Lord Fitzroy al respecto durante el resto de la temporada, con mi dinero en su bolsillo.

—Solo puede culparse a sí mismo por haber depositado todas sus esperanzas en una sola dama. La única otra dama con la que ha hablado en toda la temporada, prácticamente la acusó de ser una asesina en su cara. Si la rapidez es esencial, es posible que ella no considere su propuesta con buenos ojos.

—¿Lady Grace? —Roland casi se rio—. Ella...

Extendió las manos, tratando de formular su respuesta mientras pensaba en aquella frágil joven de cabello castaño. Sin quererlo, la imagen de su rostro volvió a su memoria mientras ella lo provocaba comparando a las mujeres de la alta sociedad con animales en una feria de campo. Había arqueado una fina ceja en señal de desafío, como retándolo a contradecirla.

Por un momento, consideró la posibilidad de cortejar a Grace, dado que no lo había hecho hasta ahora. Provenía de un linaje noble —apenas, ciertamente. Bastante bonita en un sentido más provinciano, suponía, pero sin la belleza impactante de su amiga. Ni ninguna gracia real, en realidad. No.

—No me atrevo a imaginar lo que el abuelo pensaría de esa elección. Ella es toda... torpeza y garras.

Thorne soltó una risita.

—Si esa es la marca del valor de alguien, debo advertirle que he oído a los otros sirvientes hablar de su baile.

—No obstante —dijo Roland, recuperando finalmente la compostura—, incluso sin la acusación de asesinato, creo que ya me odia. Así que no importa, y mi búsqueda continúa.

Los ojos azules de Thorne recorrían aquel club de boxeo informal mientras hablaban, notando que algunos otros caballeros habían entrado. Pero ellos también parecían poco inclinados a saltar al ring. Al principio, Thorne no les prestó mucha atención, pero su curioso comportamiento finalmente captó su interés. Y una vez que Thorne se fijó en ello, los ojos de Roland pronto lo siguieron.

Lo que había llamado la atención de Thorne era que el grupo de hombres que conversaban no estaba en absoluto de cara al ring, como lo habrían estado si fueran espectadores. Se apiñaban estrechamente, Lord Henry entre ellos, como si sus voces se mantuvieran bajas, y era difícil oír por encima del ruido del combate.

Roland también notó este comportamiento extraño y secreto y decidió que era hora de estirar las piernas.

—¿Hay otra apuesta en marcha, Lord Henry? —preguntó con tono despreocupado, dejando a

Thorne sentado en el banco mientras se acercaba a los hombres reunidos—. Podría estar interesado si las probabilidades son buenas, considerando la deuda que tengo que pagar a Lord Fitzroy.

El grupo de caballeros se dispersó, algunos con aire culpable. Pero el rostro de Lord Henry... era difícil de descifrar.

—Hay un rumor proveniente de la casa Cresswell, aunque es difícil de creer —admitió uno de los hombres recién llegados—. Uno de mis lacayos tiene un primo que trabaja para los Cresswell. A través de él, he oído que llegó una petición de rescate temprano esta mañana. Lo que la hace tan extraña es que era por una cantidad inusual. Algo así como dos libras, once o doce chelines, y... —su voz se apagó mientras trataba de recordar.

—¿Doce chelines, dos libras esterlinas y un milréis? —preguntó Lord Henry en voz baja.

—¡Sí! —asintió el hombre—. El milréis. Eso es lo que lo hacía tan extraño.

—*En efecto*. Es ciertamente muy extraño —convino Lord Henry, cruzando la mirada con Roland.

10



Al oír el ruido del pomo de la puerta, Grace escondió rápidamente detrás de su espalda las hojas del periódico que estaba leyendo. Echó un vistazo para ver a Elsie deslizarse dentro, cuidando de cerrar la puerta suavemente. La doncella se había marchado poco después del desayuno para ir a casa de los Cresswell, oficialmente para recuperar un par de guantes que Grace había olvidado en su última visita. En realidad, tenía la misión de descubrir qué pensaban los sirvientes de los Cresswell sobre la desaparición de Charity.

Grace esperaba que estuviera ausente un rato, y se había escabullido abajo para recuperar el periódico del día anterior. Su madre solo le permitía leer la sección de sociedad, con sus relatos de reuniones sociales y los últimos vestidos de baile. Si quería conocer el resultado de los debates parlamentarios o los informes de crímenes sórdidos, tenía que sustraer el periódico del día anterior del despacho de su padre. Preferiblemente cuando la habitación estaba vacía.

De vuelta arriba, se había instalado en un sillón cerca de la ventana de su habitación para estudiar las noticias en busca de pistas. Hasta ahora, había descubierto poco. Con el regreso prematuro de Elsie, parecía que todos sus intentos de investigación eran en vano.

—¿Ya de vuelta? —preguntó Grace, inclinándose hacia delante para sacar el periódico—. ¿Le negaron la entrada?

—¡No, señorita!

La voz de Elsie temblaba de emoción.

—Apenas se dieron cuenta cuando entré en la cocina. La casa estaba en tal conmoción.

El corazón de Grace se encogió al pensar en la familia de Charity. Si tan solo su madre quisiera suavizar su posición y permitir a Grace visitarlos. Debían estar devastados, toda la casa. Grace solo podía imaginar cómo debía haber sido.

—Siento haberla enviado allí. Debe haber sido una situación difícil.

Elsie cruzó rápidamente la habitación y se posó en el borde del sillón frente a Grace.

—¡No tiene idea, señorita! ¡Dicen que Lady Charity ha sido secuestrada!

Aunque Grace ya había sospechado que algo siniestro había ocurrido, escuchar sus sospechas confirmadas seguía siendo un shock.

—¡Oh, Charity! —exclamó Grace—. Dos días desperdiciados en lugar de buscarla simplemente porque creían que se había fugado por voluntad propia. ¿Qué les hizo finalmente cambiar de opinión?

—¡Lord Cresswell recibió una nota en el correo de la mañana con una demanda de rescate!

Grace se quedó sin aliento y se dejó caer contra su sillón, arrugando los periódicos aún escondidos.

—¡Un rescate! ¿Cuánto piden? ¿Van a pagar? ¿Qué estoy diciendo? ¡Por supuesto que deben pagar!

Elsie esperó a que Grace terminara de discutir consigo misma.

—Ese es el problema. La cantidad del rescate es tan mínima y extraña. Lord y Lady Cresswell no saben qué pensar. ¿Es un insulto deliberado?

Antes de que Grace pudiera hacer más preguntas, el pomo de la puerta se agitó de nuevo. Elsie saltó sobre sus pies y se alejó del sillón, ocultando las pruebas de su inapropiada e informal amistad con su señora.

Lady Tilbury abrió la puerta de par en par y entró en la habitación con paso decidido.

—Elsie, vaya a buscar la capa y el sombrero de Grace. Salimos.

Grace gimió en voz alta, demasiado molesta por la inoportuna llegada de su madre para contenerse.

—*¿Es realmente necesario*, mamá? Ni siquiera es la hora de las visitas todavía.

—Pensé que estarías contenta. Después de todo, pasaste gran parte del día de ayer desesperada por visitar a la familia de la joven.

Grace lanzó una mirada fulminante a su madre. La única familia que había pedido ver era la de los Cresswell, y era poco probable que hubiera cambiado de opinión sobre el asunto después de una noche de sueño. Sin embargo, no veía de quién más podía estar hablando su madre.

Lady Tilbury seguía hablando.

—Lady Cresswell nos necesita, querida. Especialmente ahora que sabemos que Lady Charity no se fue por voluntad propia. Debemos mostrar nuestra solidaridad con la familia.

Lady Tilbury agitó las manos, apresurando a Grace.

—Ese vestido es totalmente inapropiado para la ocasión. ¿Y es un periódico lo que veo detrás de ti? Vas a tener tinta por toda la espalda del vestido.

Grace guardó silencio sobre la hipocresía de la situación mientras su madre se afanaba en su habitación, dando órdenes como un comandante en vísperas de una batalla. Estaba obteniendo lo que quería, y si jugar el papel de hija obediente la llevaba allí más rápido, tanto mejor.

Mientras Grace se lavaba las manos y se salpicaba la cara con agua, Lady Tilbury abrió su guardarropa. Después de una cuidadosa consideración, Madame eligió un vestido de seda gris cortado en estilo imperio, con mangas abiertas y pinzas en el frente.

—Este es lo suficientemente sobrio sin caer en el luto. Elsie, ayude a Grace a ponérselo.

Grace odiaba este vestido por la misma razón por la que su madre lo había elegido. Para empeorar las cosas, el gris le quitaba todo el color de la cara. La casa de los Cresswell ciertamente estaría muy concurrida, con la paria social de ayer convirtiéndose en la historia lacrimógena del día. Sin embargo, nadie venía a ver a Grace. Aunque Charity no estaría allí, seguiría siendo el centro de atención.

Durante el trayecto en coche, Lady Tilbury instruyó a Grace sobre las expresiones faciales apropiadas para las circunstancias actuales.

—Muéstrame tu mejor sonrisa preocupada.

Grace adoptó lo que pensaba que era una expresión adecuada frunciendo los labios.

—Demasiado desaprobador. ¿Puedes levantar un poco las comisuras? No, ¡eso es demasiado! Así, demostró Lady Tilbury.

Después de varios intentos infructuosos, Grace perdió la paciencia.

—Madre, como bien sabe, estoy sinceramente angustiada por la ausencia de Charity. ¿No confía en que mi angustia se exprese de manera apropiada?

Lady Tilbury resopló.

—Muy bien, pero nada de lágrimas. Tu rostro se pone rojizo y tu cuello se enrojece. Deberías pedirle a Mercy que te enseñe cómo llorar con gracia la próxima vez que la veas.

Grace no se molestó en señalar que su hermana Mercy tenía preocupaciones mucho más importantes en mente, como el reciente nacimiento de su primer hijo.

—Prometo mantenerme siempre estoica, mientras expreso el perfecto equilibrio entre tristeza y esperanza. ¿Le parece bien?

Lady Tilbury golpeó a Grace con su abanico por su impertinencia.

El carruaje se detuvo frente a la residencia de los Cresswell. Discretamente ubicada a un tiro de piedra de Grosvenor Square, su mansión georgiana se alzaba como un testimonio de la riqueza y el gusto refinado de su noble ocupante, el acaudalado conde de Cresswell.

Columnas clásicas ornamentadas flanqueaban la gran entrada, evocando una sensación de grandeza y estabilidad. La mampostería era de la más alta calidad, de un rojo rico que contrastaba magníficamente con los detalles de piedra blanca meticulosamente mantenidos alrededor de las ventanas y puertas.

El cochero ayudó primero a Grace a bajar. Mientras esperaba que su madre descendiera, Grace prestó poca atención a la opulenta entrada. Su mirada se dirigió a la ventana delantera izquierda del tercer piso. Antes de su debut, durante muchas tardes, Charity y ella habían escudriñado a través de sus cortinas, observando a la alta sociedad desfilar alrededor de la plaza para hacer visitas.

Esos días ya habían pasado, y no simplemente porque hubieran hecho su entrada en sociedad. Grace se aferraba firmemente a la convicción de que Charity regresaría sana y salva. Pero, ¿aceptaría la sociedad de nuevo a su diamante en su seno? A esta pregunta, Grace no tenía respuesta.

Un lacayo abrió la puerta y Lady Tilbury le entregó su tarjeta. Regresó un momento después.

—Lady Cresswell las recibirá.

La madre de Charity se levantó cuando entraron en el salón. Su frágil sonrisa amenazaba con romperse en mil pedazos, y su tez demacrada la hacía tan pálida como su vestido de satén marfil.

—Lilian, es tan amable de su parte haber venido.

Si ella también reconocía cuán volátil era el apoyo de Lady Tilbury y las otras damas de visita dependiendo de si su honor estaba en juego o no, no lo mencionó.

Lady Tilbury tomó las manos de su amiga y las apretó con fuerza, sonriendo mientras mentía descaradamente.

—Quería venir de inmediato, pero Byron me lo prohibió. Ya sabe cómo son los hombres. No entienden cuán fuertes son los lazos de hermandad que nos unen a las mujeres.

—Está aquí ahora, eso es lo que importa. Oh Grace, usted también debe estar tan angustiada. ¡Alguien se ha llevado a nuestra querida Charity!

Lady Cresswell invitó a las Tilbury a sentarse y envió al lacayo a buscar una nueva tetera.

—No entiendo nada de esto. ¿Cómo pudo alguien secuestrar a mi Charity? *¿Por qué?*

Evitó cuidadosamente mencionar la razón obvia, que alguien podría tener intenciones sobre la virtud de Charity, tal vez para forzar un matrimonio que habría sido rechazado.

—He oído que recibieron una demanda. Para alguien tan valioso como un diamante, deben haber pedido un rescate real, dijo Lady Tilbury.

—Esa es la parte más extraña; no lo hicieron. Pidieron una suma muy particular que se parecía más al contenido de la bolsa de alguien que al valor de una debutante, y fijaron una fecha de entrega en una semana. Tan pronto como William leyó la nota, se apresuró al palacio.

—¿Al palacio? exclamaron Lady Tilbury y Grace al unísono.

Lady Cresswell asintió.

—Estaba demasiado apurado para responder a mis preguntas. Dijo que no lo toleraría, y que seguramente la Reina intervendría.

Lady Tilbury puso su mano sobre su pecho.

—¡Vaya! Recemos para que tenga razón. Nuestra Reina es fuerte e intrépida. No quisiera estar en su lado malo.

Un fuerte golpe resonó en el vestíbulo, atrayendo la atención de las mujeres. Otra matriarca de la sociedad, sin duda, había venido a darse un festín en la gran mesa de los chismes. Pero cuando el lacayo apareció en la puerta del salón, no tenía ninguna tarjeta en su bandeja de plata.

—Su Majestad solicita la presencia inmediata de una de sus invitadas, señora. Ha enviado un carruaje.

Desplazó su mirada hasta que cayó sobre Grace.

—Lady Grace, Lady Tilbury, si me hacen el favor de seguirme. Tengo sus abrigos y sombreros esperándolas en la puerta.

Lady Tilbury se volvió hacia su hija menor y siseó en un duro susurro:

—*¿Qué has hecho?*

Grace no tenía idea. Hasta ese momento, habría jurado que la Reina ni siquiera conocía su nombre. En el mejor de los casos, la habría designado como la chica al lado de mi diamante.

El lacayo tosió educadamente en su mano enguantada, recordándoles a todas la necesidad de apresurarse.

—Vaya, Grace, animó Lady Cresswell. Tal vez haya tenido noticias de Charity y quiere que la acompañe a buscarla.

Las esperanzas de Grace se elevaron, pero mientras se ponía el abrigo, las hizo aterrizar bruscamente. Había leído suficientes artículos de periódico para saber que tales historias horribles rara vez terminaban bien.

II



Thorne podía leer la postura de los hombres mientras recibían a Roland en su círculo. Había un problema en ciernes, y era del tipo inmediato y peligroso para su empleador. Tan rápido como pudo sin alarmar a nadie, se acercó, justo a tiempo para escuchar la respuesta de Roland.

—¿Qué insinúa exactamente que he hecho, Lord Henry? —preguntó Roland en un tono ligero, casi despreocupado.

Thorne sabía que no había que fiarse de ese tono de voz, y esperaba que Lord Henry fuera lo suficientemente sabio como para dejar de agitar la lengua.

—¿Finge ignorancia incluso ahora? —exclamó el lord, con el rostro enrojecido—. ¿Llega una demanda de rescate por Lady Charity por el monto exacto de su apuesta, y se sorprende de que las sospechas recaigan directamente sobre usted?

Roland puso sus manos en las caderas.

—Lord Henry, espero haber malinterpretado sus palabras, porque me da la impresión de que casi me ha acusado de haber secuestrado a Lady Charity frente a estos caballeros. *Seguramente*, debo haber oído mal, pues no tiene más pruebas que una nota de rescate por un monto que todos los caballeros del White's conocían.

Hizo una breve pausa, dando a Lord Henry la oportunidad de abrir la boca y retractarse. Lord Henry, sin embargo, estaba demasiado enfadado para dar marcha atrás de inmediato. Roland asintió con la cabeza.

—Hable claro, entonces, para corregirme si me equivoco, pues estoy seguro de que entiende que debería responder a una acusación tan grave e infundada con una petición para defender mi honor. Oh, y Lord Henry —dijo Roland bajando la voz hasta un susurro—, debería advertirle: no creo que un asunto de honor lo suficientemente serio como para justificar un duelo deba resolverse disparando impotentemente al aire.

El rostro de Lord Henry cambió de color nuevamente, esta vez del rojo al blanco, y el resto de los hombres presentes intercambiaron miradas inciertas.

—Usted... No pretendía insinuar su culpabilidad, Lord Percy. La culpabilidad es un asunto que el magistrado debe determinar —respondió de manera rígida—. Solo quería decir que parece ciertamente sospechoso.

Roland asintió.

—Es justo, Lord Henry. Pero también debe convenir que parece improbable, ¿no es así? Porque si yo fuera un hombre de tan bajo carácter, para ganar la apuesta, todo lo que tendría que hacer sería mancillar la virtud de Lady Charity.

Los hombres vieron una salida y aprobaron ruidosamente, relajándose cuando el peligro inmediato había pasado. Thorne aprovechó este momento para intervenir.

—Señor —dijo en el tono cuidadosamente formal y halagador que adoptaba escrupulosamente cuando estaba rodeado de otros nobles.

Sabía que Roland odiaba cuando le hablaba así, pero Thorne siempre se había preocupado por causar daños involuntarios a la reputación de Roland. Ciertamente, Thorne se preocupaba más por respetar los límites del decoro de lo que Roland lo había hecho nunca.

—Se hace tarde; debemos partir para que no llegue tarde a sus visitas.

—Mis disculpas. Caballeros —murmuró Roland, inclinando la cabeza y despidiéndose.

Fuera de las salas de entrenamiento, se apresuraron a montar a caballo y se dirigieron hacia la residencia de Roland en la ciudad a un galope ligeramente arriesgado.

—¿Qué visitas? —preguntó finalmente Roland a su hombre una vez que habían reducido la velocidad a un trote.

Se acercaban a los barrios donde vivían y paseaban frecuentemente los más ricos, así que demasiada prisa habría sido tanto indecente como sospechosa.

Los ojos azules de Thorne se encontraron con los de Roland.

—Una excusa. Pero pensándolo bien, creo que una visita a la Reina no estaría de más —dijo.

—Preferiría meter mi mano en una colmena —respondió Roland con terquedad.

Thorne se giró hacia un lado para ocultar su sonrisa ante la petulancia de Roland, una demostración que Roland no permitiría que nadie más viera.

—Realmente, su constante dominio de sí mismo a pesar de la adversidad de su noble nacimiento me conmueve, Sir Bárbaro. Cada día, me recuerdo cuán profundamente agradecido estoy de haber nacido plebeyo sin título.

Roland le lanzó una mirada amenazante que hablaba de largo sufrimiento, y Thorne se rio, antes de continuar.

—Es una sospecha ridícula, como usted dice. Sin embargo —respondió su hombre, continuando pareciendo extrañamente jovial sobre todo el asunto—, si Lord Henry lo ha pensado, a pesar de tener una mente tan aguda como una rueda de queso, puede estar seguro de que otros lo harán también. Debería adelantarse al rumor lo mejor que pueda.

—Lo sé —suspiró Roland—. Esperemos que pueda hacerlo antes de que mi abuelo se entere.

En su casa, Roland se desvistió rápidamente hasta quedarse en calzones y usó la palangana y la toalla para un poco de aseo. Le habría gustado tomar un baño completo, pero, por desgracia, no habría tiempo. Al menos, el jabón perfumado con bergamota de aroma cítrico era refrescante. Mientras comenzaba a secarse antes de vestirse, oyó golpes en la puerta de entrada.

Thorne apareció en su habitación poco después.

—Dos guardias del palacio —dijo brevemente—. Están aquí para escoltarle a una audiencia privada con la Reina.

—Parece, entonces, que la Reina está más inclinada a adelantarse a *mí* —murmuró Roland en respuesta, poniéndose ropa fresca apresuradamente.

—Sí.

Thorne se adelantó para ayudarle con el cuello y las mangas, enderezando su camisa para que quedara bien colocada mientras Roland la abotonaba.

—Esperemos que sea para adelantarse a usted en lugar de hacerle perder la cabeza.

—A veces, eres una verdadera prueba —se quejó Roland.

Pero puso una mano en el hombro de Thorne, tratando de transmitir todas las palabras que sus labios no podían, y Thorne le apretó el hombro en respuesta.

En este despiadado mundo de la aristocracia británica, repleto de maniobras políticas, juegos de poder y ostentosas demostraciones de riqueza, la Reina Charlotte se encontraba completamente en su elemento. Pues lo primero que ocurrió fue que Roland fue rápidamente escoltado a la gran sala del consejo ricamente decorada.

La disposición de los muebles indicaba muy claramente que no estaba invitado a sentarse. Y si aún albergaba dudas sobre el humor de la Reina cuando lo había convocado, se le hizo esperar.

Así, Roland permaneció de pie, esperando pacientemente y en silencio a pesar de su furia interior, durante aproximadamente un cuarto de hora hasta que finalmente la Reina Charlotte entró en la habitación como un torbellino. Como correspondía, se inclinó, bajó la mirada y esperó a que ella le dirigiera la palabra primero.

—Lord Percy —dijo la Reina Charlotte con un tono frío—. Es muy propio de usted haber respondido tan prontamente.

Roland levantó la mirada, sin sorprenderse de ver que Lord Cresswell había entrado en la habitación con ella.

—Por supuesto, Su Majestad —respondió.

—Se me ha dado a entender que ha hecho una... interesante apuesta con respecto a su propuesta de matrimonio para el diamante de mi temporada —la misma joven que parece haber desaparecido en la propiedad de Lord Fitzroy.

La Reina Charlotte hizo un leve gesto hacia Lord Cresswell.

—Lord Cresswell ha traído a mi atención que recibió una petición de rescate esta misma mañana por la misma cantidad particular que usted decidió apostar.

Quizás imprudentemente, Roland permitió que su mirada igualmente fría se cruzara con la furiosa de Lord Cresswell.

—Yo mismo he oído eso, señora.

—¿Y qué tiene que decir al respecto?

—Su Majestad, la desaparición de Lady Charity es impactante y pesa enormemente en todos nuestros corazones. La nota de rescate, sin embargo, no era mía. Lord Cresswell no estaba presente cuando hice mi apuesta. Si se ha enterado, supongo que la mitad de las lenguas de la alta sociedad deben haber estado agitándose. Si es así, es posible que la nota pudiera haber sido enviada por cualquiera —dijo Roland con facilidad, ignorando las miradas asesinas de Lord Cresswell.

—¡O tal vez estos chismes son justo lo suficientemente oportunos como para velar la verdad con dudas! —tronó él.

—Supongo que tiene pruebas para respaldar su afirmación, ¿Lord Percy? —dijo la Reina, levantando un dedo para silenciar al furioso Lord Cresswell.

—Sí, señora —asintió con un movimiento de barbilla—. En el momento presunto de la desaparición de Lady Charity, yo estaba asistiendo a Lord Fitzroy tras el fallecimiento de una de sus sirvientas. Mi tiempo estaba completamente dedicado a esta tragedia, de manera totalmente pública. Luego, una vez que la mayoría de los invitados se habían dispersado y fuimos informados de la desaparición de Lady Charity, participé en la búsqueda. No habría tenido tiempo ni de ocultar a la dama ni de huir con ella.

—A menos que tuviera un cómplice —intervino Lord Cresswell.

—¿Quién podría ser, Lord Cresswell? —preguntó Roland al hombre—. Mi personal se reduce a un solo ayuda de cámara, y lo dejé en casa esa noche. Antes de eso, serví en el ejército

de Su Majestad durante los últimos diez años. ¿En qué amigos cercanos en el baile de Lord Fitzroy imagina que podría confiar lo suficiente como para ser cómplice de un acto tan atroz?

A esto, Lord Cresswell no tuvo respuesta. Roland dejó que sus ojos oscuros se encontraran con los de la Reina para que pudiera ver que estaba siendo sincero.

La Reina Charlotte se reacomodó en su sillón.

—He oído hablar de ese desafortunado incidente con la sirvienta. Bueno, Lord Percy, si dice la verdad, ciertamente parece que alguien está aprovechando plenamente su apuesta, ya sea para ayudar a ocultar su crimen o para desviar la atención de los buscadores que podrían frustrar un secuestro. Si la mitad de la alta sociedad estaba al tanto de esta apuesta, tal vez la joven dama también lo estaba y decidió tomar el asunto en sus propias manos.

Lord Cresswell, que se había desinflado un poco, encontró una nueva razón para estar apoplético.

—Ella *nunca*...

—Lady Grace no pensaba... —dijo Roland al mismo tiempo.

Y se interrumpió tan bruscamente como Lord Cresswell al darse cuenta de que había pronunciado ese comentario en voz alta. La Reina y Lord Cresswell lo miraron como si tuviera dos cabezas.

—Continúe —dijo la Reina, sus ojos penetrando los de Roland—, sobre la implicación de Lady Grace.

Interiormente, Roland se maldijo por su descuido. Tan brevemente como pudo mientras se mantenía respetuoso, explicó la relación de Grace con Charity, la presentación de Fitzroy a Roland, y el baile que habían compartido.

—De hecho, se suponía que debía bailar con su hija inmediatamente después del turno con Lady Grace —añadió volviéndose hacia su padre—, pero parecía haber abandonado el salón de baile.

Lord Cresswell asintió con rigidez. El rostro de la Reina era impasible, sin revelar absolutamente nada.

—Cuando no pude encontrarla, decidí retirarme a la sala de juegos, y mientras me dirigía al atrio, fue entonces cuando...

Roland se interrumpió, haciendo un gesto expresivo.

—Al día siguiente, visité a Lady Grace para preguntarle si Lady Charity había planeado fugarse con alguien y si había aprovechado la perturbación para marcharse. Lady Grace dijo que Lady Charity no tenía planes de ese tipo; la ambición del diamante era hacer un buen matrimonio.

Tamborileando con los dedos sobre el brazo del sillón, la Reina hizo una pausa para reflexionar.

—Tengo la sensación de que no creyó a Lady Grace. No completamente, Lord Percy.

Roland se irguió ligeramente, único signo que se permitió de su sorpresa de que la Reina también hubiera percibido su duda.

—Es correcto, Su Majestad.

—Tal vez podría compartir sus razones conmigo. Más allá, por supuesto, del hecho de que se podría haber supuesto que Lady Charity debería haber estado encantada de aceptarlo como pretendiente, dada su ambición de hacer un buen matrimonio. Me pregunto más bien por qué no lo hizo.

Su mandíbula se tensó mientras la Reina presionaba deliberadamente la herida de su ego con una ceja arqueada, pero respiró hondo y respondió con voz serena.

—No tengo más que conjeturas, Majestad —admitió—. La familia Tilbury abandonó la velada poco después de la muerte de la criada. Se mostraba reticente a hablar de Lady Charity, incluso a mirarme, cuando la visité.

También vi su rostro en el lugar exacto donde cayó la criada, pensó, recordando su semblante pálido y horrorizado mirándolo en su memoria. Pero se resistía a mencionar su nombre en relación directa con la muerte de la criada. Reputaciones podían arruinarse por menos que eso, se dijo a sí mismo.

Antes de que pudieran preguntarle más, un lacayo obsequioso entró en la sala del consejo, atrayendo la mirada desaprobadora de la Reina lejos de él. El lacayo hizo una profunda reverencia, luego se acercó a la Reina para susurrarle algo directamente.

—Quizás —dijo la Reina a nadie en particular, enderezándose en su asiento—, interroguemos a Lady Grace ella misma sobre su implicación. Afortunadamente, envié a buscarla tan pronto como Lord Cresswell mencionó su nombre como la más querida amiga de Lady Charity. Háganla pasar.

12



A pesar de su prisa por atravesar la ciudad, Grace y su madre pasaron una buena media hora esperando en el pasillo del palacio. Un lacayo de librea se encontraba cerca de la puerta, con la mirada fija, como si ellas no estuvieran allí. Era cierto que un buen sirviente no debía ser visto ni oído, a menos que se le llamara, pero Grace habría recibido con agrado el más mínimo indicio sobre la razón de su presencia.

Sin embargo, cuando la puerta se abrió, Grace lamentó haber deseado tanto entrar. Se levantó del banco donde estaba sentada y alisó la falda de su vestido. Sus palmas dejaron círculos húmedos en la seda, una visión que la trajo de vuelta al presente.

—*Deja eso.* Vas a arrugar la tela —susurró su madre.

Lady Tilbury se enderezó y caminó hacia la puerta abierta.

Una tos educada la detuvo antes de que avanzara mucho.

—Señora, deberá esperar aquí. Su Majestad solo ha solicitado a Lady Grace.

Los ojos de Lady Tilbury se abrieron de sorpresa.

—Como su madre, sería apropiado que la acompañara...

—¿Está cuestionando a la Reina? —preguntó el lacayo, atreviéndose a arquear una ceja.

Lady Tilbury retrocedió ante sus palabras. Nadie cuestionaba a la Reina. Extendió la mano y agarró la muñeca de su hija. En un susurro duro, le dio sus últimas instrucciones.

—Haz una reverencia, no hables antes que ella, y nunca le des la espalda.

Grace conocía todas las reglas para estar en presencia de la monarca. Se las habían inculcado en preparación para su presentación en la corte. A pesar de su tendencia a la impetuosidad, incluso ella reconocía que había límites.

Enderezó los hombros, levantó la cabeza y obligó a sus piernas a llevarla a través de la puerta abierta, sin saber lo que iba a encontrar en el interior.

Su mirada se dirigió naturalmente primero hacia la Reina, sentada al final de la sala del consejo. Charlotte estaba sentada en un pesado sillón tapizado de terciopelo rojo, pareciendo en todo aspecto una monarca en su trono. Su postura perfecta se debía tanto al corsé que le ceñía la cintura como a su educación. Las joyas brillaban en sus orejas, en su delgado cuello y en sus muñecas, y su peluca empolvada era una elaborada obra que se elevaba alto sobre su cabeza. Sus ojos oscuros brillaban, invitando a Grace a acercarse, pero con cautela.

Grace bajó los ojos e hizo una profunda reverencia.

La voz de la Reina resonó en la habitación.

—Levántese, Lady Grace. Tenemos preguntas que solo usted puede responder.

Grace se enderezó y se arriesgó a echar un vistazo alrededor de la habitación. Había supuesto

que la Reina estaba usando el nosotros real, pero se dio cuenta de que no estaban solas. Lord Cresswell estaba de pie cerca del sillón de la Reina, con el rostro enrojecido por una viva emoción. Y al otro lado de la habitación, Lord Percy la miraba fijamente, su rostro impasible y sus ojos marrón oscuro totalmente ilegibles.

Los últimos vestigios de esperanza en el corazón de Grace con respecto a buenas noticias sobre Charity vacilaron y se apagaron. Forzó una sonrisa plácida en su rostro.

—Estoy a vuestro servicio, Su Majestad.

—Háblenos sobre la noche del baile de los Fitzroy.

Grace habría deseado poder retorcerse las manos, insegura de cómo responder.

—Asistí con mi familia. Fue una velada agradable, y todos parecían estar de buen humor.

—¿Cree que eso me interesa? Pase a lo que ocurrió después de su baile con Lord Percy.

Grace tragó saliva. ¿Qué habría dicho Percy? No tenía otra opción que suponer lo peor. La Reina tenía ojos en todas partes y probablemente lo sabía todo.

—Después de nuestro baile, noté que había rasgado el dobladillo de mi vestido. Mi madre me envió arriba a ver a mi doncella para que lo reparara. Mientras estaba allí, una de las sirvientas de los Fitzroy parecía encontrarse mal. Tropezaba torpemente y acabó saliendo de la habitación. Escuché un gran estrépito en el pasillo y me apresuré a ver qué le había sucedido. Había tirado un busto de mármol de su pedestal. Antes de que pudiera pedir ayuda, se cayó contra la balaustrada y se precipitó por encima.

—¿Fue testigo de este accidente? —preguntó la Reina, su voz volviéndose áspera mientras giraba los ojos hacia Lord Percy—. Qué extraño que Lord Percy haya omitido mencionar su presencia.

Grace sintió que sus mejillas se helaban. Lord Percy no había hecho alusión a su implicación. Había dicho demasiado, pero ya no había vuelta atrás ahora.

—Yo estaba en el piso de arriba. Quizás no me vio.

—Perdonadme, Su Majestad. Estaba más preocupado por los invitados de Lord Fitzroy en la planta baja —añadió Lord Percy.

La boca de Grace se abrió. Lord Percy casi había mentido a la Reina. ¿Para protegerla? Rápidamente, la cerró, pero afortunadamente, nadie notó su sorpresa.

La Reina Charlotte fulminó a Percy con la mirada por haber hablado sin ser invitado. Lo hizo callar y fijó de nuevo su atención en Grace.

—¿Y después de este accidente? ¿Cómo bajó para marcharse, y por qué? Porque Lord Percy ha señalado que su familia se marchó precipitadamente.

—Mi doncella me condujo a la escalera de servicio, y nos apresuramos hacia el salón de baile. Mi madre estaba allí, buscándome. Tan pronto como le conté lo que había visto, exigió que nos marcháramos de inmediato. Fue un shock terrible, señora.

—Hmm.

La Reina Charlotte frunció los labios sopesando las palabras de Grace.

—Ha dicho que su doncella estaba arriba. ¿Vio ella a esta sirvienta beber?

—Le hice esta pregunta a mi doncella. La sirvienta de los Fitzroy había estado con las otras doncellas durante la mayor parte de la velada. Es poco probable que tuviera acceso a cantidades suficientes de alcohol. Aunque no soy experta, su comportamiento me pareció muy extraño. Estaba desequilibrada, como si estuviera ebria, pero cuando hablaba, sus palabras no eran confusas. Y luego estaba el comportamiento de Lady Charity durante el baile anterior.

—¿Qué tiene que ver Charity con una sirvienta borracha? —preguntó Lord Cresswell, con aire confundido.

La Reina Charlotte lo silenció con una mirada fulminante.

—Por favor, continúe, Lady Grace.

—Lady Charity cometió errores durante el baile, como si ella también estuviera desequilibrada. Sin embargo, siempre tiene mucho cuidado de no beber en exceso, y de hecho, no la vi consumir más de dos vasos de ponche durante toda la velada. Aunque nadie es perfecto, nunca la he visto perder un paso. Después de que terminó el baile, el rostro de Charity estaba rojo y se quejaba de tener mucho calor. Mi madre sugirió que la acompañara arriba, pero ella dijo que ya había ido antes. Nos dijo que prefería salir y dejar que el aire de la noche le aclarara las ideas.

—Y esa fue la última vez que alguien vio mi diamante —concluyó la Reina.

—Pensé... —vaciló Grace.

Su madre le habría dicho que se mordiera la lengua, pero su deseo de encontrar a Charity la impulsó a terminar su frase.

—Pensé que los eventos podrían estar relacionados, Su Majestad. ¿Y si alguien puso algo en la bebida de Charity mientras estaba arriba, y tal vez la sirvienta la terminó? Es una conexión tenue, pero no puedo abandonar mis sospechas. Especialmente ahora que Lord Cresswell ha recibido la demanda de rescate.

Las cejas de la Reina Charlotte se fruncieron.

—Es una sospecha muy seria de albergar, porque entonces está insinuando que hubo un complot calculado para dañar deliberadamente a Lady Charity y a nadie más. Si es cierto, significa que la demanda de rescate bien podría ser seria.

Lord Cresswell estalló en carcajadas.

—Por lo que sabemos, la demanda de rescate es una broma de mal gusto, más aún cuando la cantidad coincide con la ridícula apuesta de Lord Percy de que se casaría con mi hija esta temporada.

¿Una apuesta? ¿Sobre su posesión de Charity, como si apostara por un caballo en una carrera? La mirada de Grace se volvió hacia su derecha, donde se encontró de lleno con los ojos marrón oscuro de Lord Percy. Él bajó la cabeza, admitiendo silenciosamente que Lord Cresswell decía la verdad. Sus puños se cerraron a los lados de su cuerpo.

La atención de la Reina estaba en el lado opuesto de la habitación. Con esta última explosión, había llegado al límite de su paciencia con Lord Cresswell. Hija desaparecida o no, no se hablaba más de una vez sin ser invitado.

Miró al guardia al fondo de la habitación.

—Por favor, acompañe a Lord Cresswell afuera.

—¿Acompañarme? —palideció Cresswell—. Pero no tenemos respuestas. ¿Qué debo hacer?

—Vuelva a casa y consuele a su esposa. Cuando haya tomado una decisión sobre el pago del rescate, le enviaré un mensaje. Hasta entonces, no debe hacer nada. No piense en desobedecerme en este asunto.

Cresswell tuvo el buen juicio de inclinarse antes de retirarse, pero el tic en su mandíbula revelaba sus verdaderos sentimientos. La Reina lo vio partir.

Mientras estaba distraída, Grace se volvió de nuevo hacia Lord Percy. Él había levantado la cabeza, pero su mirada estaba fija al frente, hacia la Reina. Se negaba a cruzar su mirada y no parecía en absoluto arrepentido. Si pensaba que evitar el contacto visual le permitiría escapar de su ira, estaba muy equivocado.

—¿Ha *apostado* sobre mi más querida amiga? —siseó—. Se supone que es usted un caballero. ¿Tiene tan poco honor?

Él le lanzó una mirada, pero su expresión le advertía que mantuviera la calma.

—Aunque estoy de acuerdo en que la elección de su apuesta roza la grosería, elija sus palabras con cuidado, Lady Grace —le advirtió la Reina.

Viendo la consternación de Grace, echó la cabeza hacia atrás y se rio de su ingenuidad.

—Vamos, niña. La temporada sería terriblemente aburrida sin algo que nos entretuviera. Se hacen apuestas todo el tiempo, en situaciones serias o no. Se sabe que la bolsa real ha participado en un buen número de ellas. ¿Tiene algo más que decir?

Grace apretó los labios, pellizcándolos tan fuerte que se volvieron blancos. Se atrevió a hacer un solo gesto negativo con la cabeza.

—Volvamos al asunto que nos ocupa. No ha habido señales de Lady Charity desde que se aventuró en los jardines de Fitzroy hace dos noches. Su ausencia puede estar o no relacionada con la muerte de la doncella. Y ahora tenemos una demanda de rescate.

La Reina Charlotte tamborileó con los dedos sobre el brazo de su sillón.

—Hay mensajes implícitos en el robo de mi diamante y en el significado de la cantidad del rescate. Tengo la sensación de que alguien está jugando un juego de lo más peligroso, y puede que sea en parte contra mí. Esto debe cesar, y Lord Percy se asegurará de que así sea.

—¿Qué? —se le escapó a Grace.

La Reina ignoró su exclamación.

—Lord Percy, deseo que la encuentre antes de que el juego de esta... persona se desarrolle por completo. Considere esto como su penitencia por su falta de modales.

Lord Percy tenía un aspecto sombrío, pero mantuvo la compostura lo mejor que pudo.

—Su Majestad, estoy encantado de ayudar de todas las formas posibles.

Grace se atragantó ante su descaro.

—¿Cómo espera encontrarla? Usted es nuevo en Londres, no conoce en absoluto a Lady Charity y, además, solo se interesó por ella debido a la apuesta. Yo debería ser quien lidere la búsqueda.

Por un momento, él solo pudo mirarla fijamente, estupefacto.

—¿*Usted*? ¡Pero si es una *mujer*!

La Reina Charlotte se erizó ante su respuesta.

—Lo dice como si fuera una limitación, Lord Percy. ¿Acaso sugiere que *yo* también soy incapaz?

—Yo, eh... no, por supuesto que no, Su Majestad.

La Reina no estaba impresionada.

—Tiene fama de tener una mente estratégica. Si desea convencerme, ofrezca algunos contraargumentos. Dígame, sin la ayuda de Lady Grace, ¿cómo planearía encontrar a una joven que apenas conoce, en una ciudad de la que ha estado ausente durante años? Ella tiene las conexiones sociales y ya ha demostrado sus poderes de observación. Quizás pienso que tiene razón; ella es su mejor fuente de ayuda para resolver el enigma de nuestra joven dama desaparecida esta temporada.

La Reina Charlotte giró la cabeza para mirar a Grace.

—¿No es así?

—Sí, Su Majestad. Le suplico que me permita ayudar a Lord Percy en su búsqueda. Estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para asegurar el regreso seguro de Lady Charity.

Lord Percy no estaba dispuesto a ceder.

—Es cierto que he estado ausente de la sociedad por un tiempo y que se han cuestionado mis modales, pero incluso yo sé que está en juego la reputación de Lady Grace. Difícilmente puede

viajar conmigo sin una escolta.

La Reina descartó su preocupación con un gesto de la mano.

—Tiene una doncella, como hemos oído. Estoy segura de que encontrarán una manera de trabajar juntos sin manchar sus reputaciones.

Grace sintió que estaba al borde de una victoria inesperada. Ni siquiera su madre y su padre podrían impedir que buscara a Charity.

Lord Percy frunció el ceño, su descontento en oposición diametral a la satisfacción de ella.

La Reina Charlotte lo silenció con su declaración final.

—Yo también aposté a que usted ganaría la mano del diamante. Quizás lo ignore, pero no me gusta perder mis apuestas. Encuentre a Lady Charity o declararé a una sustituta. De una forma u otra, usted estará en el altar con un diamante, Lord Percy.

13



El rostro de Roland estaba como entumecido mientras escuchaba las palabras de la Reina. Que la Reina Charlotte nunca se preocupara por quedar mal ante la buena sociedad ya era bastante molesto, pero ¿que apostara sobre su propia apuesta? Antes, poco le importaba perder su propia apuesta al final. Ahora se sentía atrapado.

No se atrevía a mirar en dirección a Lady Grace, seguro de que estaría satisfecha de verlo atrapado en su propia trampa.

Hasta ese momento, había considerado el nombre y el rostro de su futura esposa como algo casi sin importancia. De hecho, en el momento de su apuesta, estaba seguro de que cualquiera que la Reina hubiera elegido como diamante cumpliría con sus criterios mínimos de belleza, educación y modales. Lady Charity los cumplía, y se había contentado con cortejarla.

¿Con la posibilidad de que la Reina pudiera imponer a cualquier dama que considerara apropiada en el papel de su prometida? Roland ya tenía dificultades para conocer a Lady Charity, y decidió que no le gustaba en absoluto la idea de ser precipitado hacia el altar con una perfecta desconocida.

Era una situación incómodamente familiar para Roland, pues conocía un poco cómo podían ser los matrimonios forzados. El amor no era importante. Pero cualquier otra cosa que hubiera querido de su prometida, siempre había imaginado que ambos entrarían en el acuerdo por voluntad propia. Una asociación.

Tales pensamientos estúpidos eran improductivos, se reprendió apretando los dientes. Quizás la idea de que tenía elección siempre había sido una ilusión, un espejismo. ¿Importaba si era su abuelo quien tiraba de los hilos, o la Reina? El resultado era el mismo.

Ahora debía centrarse en lo que podía controlar.

—¿Cómo desea que procedamos, Su Majestad? —preguntó.

La comisura de la boca de la Reina Charlotte se elevó ligeramente mientras contemplaba a las dos personas de pie frente a ella.

—Con prudencia, por supuesto. Nadie debe saber lo que están haciendo. También deben inventar una razón para estar en compañía el uno del otro, naturalmente. Quizás podría hacer saber, Lord Percy, que está cortejando a Lady Grace. Oh sí, me gusta mucho esa idea. Eso le dará la oportunidad de perfeccionar sus habilidades de cortejo con una mujer... en caso de que fracasara.

La voz de la Reina se endureció en estas últimas palabras, convirtiéndolas en una amenaza velada. Nadie estaría contento si fracasaba.

—Lord Percy, recuerdo que su apuesta inicial era que estaría comprometido antes de junio,

¿no es así? —preguntó con voz suave—. Intentaremos que cumpla esa fecha.

—¿Y qué hay de la dama en sí? —preguntó Roland, aferrándose desesperadamente a los bordes deshilachados de su temperamento—. Ha desaparecido durante dos días. Ya hay rumores de que probablemente esté arruinada, y mi reputación podría irse con la suya.

Entonces pudo sentir la mirada calculadora de Grace sobre él. La Reina parecía indiferente.

—Si realmente está arruinada, entonces encontraré otra. Por favor, manténganos informados de cualquier progreso.

Con eso, llamó a un lacayo y le susurró instrucciones antes de despedir a Roland y Grace.



Tan pronto como Grace y Roland salieron de la sala del consejo, Lady Tilbury se aferró al brazo de su hija y siseó:

—¿Qué está pasando? ¿Por qué te ha llamado la Reina?

Grace no se molestó en bajar la voz.

—La Reina Charlotte está preocupada por su diamante. Ha solicitado mi opinión sobre el asunto porque soy cercana a Charity. Dado que Lord Percy estuvo involucrado en la búsqueda inicial, también lo llamó a él.

Lady Tilbury quería preguntar más, pero Grace no le dio la oportunidad. Se liberó y caminó hacia adelante. Fuera del palacio, la Reina Charlotte había dejado un carruaje a su disposición, con el caballo de Roland ya atado en la parte trasera. La intención era clara: debían partir juntos.

Lady Tilbury tomó la situación con filosofía.

—Señor, veo que ya está vestido para la cena. ¿Le gustaría acompañarnos a casa? Estoy segura de que Grace está deseosa de conocerlo mejor, al igual que mi marido y mi hijo.

Una vez más, Roland no pudo negarse.

—Sería un placer, Lady Tilbury.

El viaje en carruaje fue una de las experiencias más horribles que Roland había sufrido esta temporada. La madre de Lady Grace estaba emocionada por su estimado invitado. Grace, por su parte, estaba en silencio, mirando por la ventana del carruaje mientras regresaban a su casa.

Esto dejó a Roland respondiendo a las mil y una preguntas de Lady Tilbury sobre su carrera en el ejército, el frente, su familia y Northumberland. Sobre estos dos últimos temas, dijo lo menos posible.

Cuando llegaron a la mansión de los Tilbury, las damas se disculparon para ir a cambiarse para la cena. Lady Tilbury invitó a Roland a ponerse cómodo en el salón y dejó que su mayordomo atendiera sus necesidades.

Roland se acomodó para esperar. Había un gran retrato colgado sobre la chimenea —un retrato familiar, supuso— con Lord y Lady Tilbury, una hija mayor, un joven robusto y Lady Grace.

Finalmente, aburrido, preguntó al lacayo que esperaba en el pasillo si otros miembros de la familia estaban cerca, pero parecía que Lord Tilbury y su hijo, Felix, habían salido y aún no habían regresado. Así que miró un poco más alrededor del salón, y luego reflexionó cuidadosamente sobre lo que iba a hacer ahora.

Pero antes de que pudiera pensar más en ello, la propia Grace apareció en el umbral del salón. Tuvo cuidado de dejar la puerta abierta al entrar en la habitación.

—Señora —la saludó Roland con un tono neutro, estudiando su rostro en busca de algún indicio de sus sentimientos.

Su expresión era extraña. Parecía estar tanto enojada como... ¿determinada?

—No esperaba verla llegar tan pronto.

Grace echó una mirada furtiva por encima de su hombro. Eligió el sillón frente al suyo y le hizo un gesto para que se sentara.

—Escuche atentamente, pues no tendremos mucho tiempo antes de que alguien entre. *Debe* tomar este asunto con la mayor seriedad. Si no lo hace, ¡la vida de Charity quedará arruinada! —siseó ella.

—¡Le ruego me disculpe! —dijo Roland.

Aunque era difícil manifestar un sonido ofendido sin elevar la voz lo suficiente como para atraer la atención de los sirvientes en el pasillo.

—¡No sería justo! Ella no ha hecho nada para merecer esto, aunque estoy segura de que usted y los demás pretendientes la rechazarán ahora que su virtud está en entredicho. Si vamos a encontrarla, no puede tratar este asunto con una despreocupación frívola.

Irritado, Roland se llevó una mano al pecho con aire burlón.

—Me hiere con una opinión tan pobre de mi carácter.

Grace resopló con desdén.

—Una herida es ciertamente lo que se merece. Si fuera un hombre, lo retaría a duelo por esa apuesta *ridícula* que hizo.

—La señora olvida que la mitad de los hombres del beau monde estaban al tanto de esa apuesta. No solo no tenían nada que objetar, sino que muchos apostaron sus propios fondos en ella. Al igual que la Reina —dijo secamente—. No se pretendía ofender a Lady Charity en este asunto. Debería recobrar la compostura.

Grace jadeó, con las fosas nasales dilatadas, balbuceando.

—Cualesquiera que fueran sus supuestas intenciones, señor, una sirvienta ha muerto y mi mejor amiga ha desaparecido. Su reputación inmaculada está manchada de sangre. Lo único que queda por ver es qué va a hacer al respecto. ¿Va a jugar la mano que la Reina le ha repartido y ayudarme a encontrar a Charity?

—¿*Mi* reputación, Lady Grace? —dijo Roland con rigidez, apretando su agarre en los reposabrazos del sillón—. Insiste en pintarme como un villano, cuando necesita mi cooperación para proteger la reputación de su amiga. Es bastante audaz de su parte, especialmente si se considera que usted estaba detrás de la sirvienta antes de que cayera, y solo mi silencio impide que las sospechas recaigan sobre su propia cabeza. Podría sorprenderle saber que no me preocupa demasiado el contraplan de la Reina. O bien concluimos una tregua para concentrar nuestras energías en resolver este asunto, o pasamos toda la noche discutiendo en círculos una y otra vez, y esta artimaña nunca funcionará.

Grace resopló, pero no discutió.

—Muy bien. ¿Por dónde empezamos?

Roland le lanzó una mirada irritada y extendió las manos, reflexionando.

—Si yo fuera un sabueso, supongo que lo primero que haría sería intentar seguir los pasos de Lady Charity. Sabemos dónde estaba, aproximadamente. Sabemos a dónde tenía intención de ir. O al menos, a dónde dijo que iría. Supongo que debo determinar si llegó hasta los jardines, y quién podría haberla visto pasar por allí.

—Los sirvientes —susurró Grace—. ¿Se ha interrogado a los sirvientes?

Frunciendo los labios pensativamente, Roland se frotó la mandíbula.

—Solo les preguntamos si habían visto a Lady Charity —admitió—. No preguntamos quién más podría haber estado en los alrededores.

—Podría visitar a Lady Lark Fitzroy mañana —dijo Grace lentamente, reflexionando—. Eso me daría la oportunidad de hablar con ella y con sus doncellas discretamente.

Roland dudaba que Grace hiciera algún progreso, pero se lo guardó para sí. Al menos, eso la mantendría ocupada.

—Hablaré con Lord Fitzroy. Él y yo estuvimos en la escuela juntos, y acaba de recordarme que le debo dinero.

Antes de que pudieran hacer más planes, se oyó el ruido de la puerta principal abriéndose y cerrándose, seguido de voces masculinas que resonaban en el vestíbulo. Roland se levantó de su sillón, cruzando la habitación para colocarse cerca de la chimenea con el fin de poner distancia entre ellos mientras Lord Tilbury y su hijo, Felix, regresaban a casa.

—Lord Percy —dijo Lord Tilbury con sorpresa al encontrarlos allí—. Me sorprende verlo. ¿Tenía preguntas urgentes que hacernos sobre Lady Charity? Sé que Grace ha estado muy preocupada por la joven dama.

—No ha habido noticias en ese frente, me temo —dijo Roland, evadiendo cuidadosamente la pregunta.

Paseó su mirada entre Lord Tilbury y el hermano de Grace, a quien aún no había conocido formalmente. El joven parecía tener diecinueve años, tal vez veinte, y sus ojos brillaban de juventud y picardía, aunque mantenía un rostro solemne por el tema.

Saludando a Felix con un gesto de cabeza, Roland continuó en el silencio expectante:

—En realidad, fui invitado aquí para cenar con la familia esta noche, para... conocer mejor a Lady Grace.

Las cejas de Lord Tilbury y Felix se elevaron en sus frentes. Era divertido, pero Roland sintió una punzada de simpatía —aunque minúscula, hay que decirlo— por Grace, ya que los dos hombres de su familia parecían tan sorprendidos por la posibilidad de que él la cortejara. ¿Pensaban que era poco probable que hiciera un matrimonio de alto rango? Arriesgando una mirada en su dirección, la vio con la mirada fija en su regazo, las manos crispadas sobre su vestido. Casi tan rápido como lo había notado, sin embargo, ella levantó la barbilla y alisó sus manos.

—La Reina Charlotte nos convocó a ambos al palacio para discutir la ausencia de Charity. Como estaba tan cerca de la hora de la cena, Mamá lo invitó a unirse a nosotros. Si ustedes dos tienen la intención de cenar también, harían bien en cambiarse y ponerse ropa apropiada.

La cena comenzó torpemente, pero Felix y Lord Tilbury rápidamente dirigieron la conversación hacia temas más cómodos. Lord Percy descubrió que le agradaba bastante el joven heredero Tilbury, pues era ingenioso y mostraba gran amabilidad hacia su madre y su hermana. Grace había pasado la primera parte de la comida en silencio, y Felix había buscado hacerla participar en la conversación. A medida que se animaba con los temas, no le sorprendió en absoluto descubrir que era capaz de seguir a su hermano incluso en áreas más masculinas como el comercio, la guerra con Francia y la política. Ignoraba ostensiblemente los intentos de su madre por hacerla callar.

A pesar del comienzo, la velada terminó siendo... sorprendentemente agradable. Al principio, había sido escéptico sobre la utilidad de hacerla participar en la búsqueda de Lady Charity —después de todo, ¿qué podía aportar una mujer a este asunto?—. Al final, sin embargo, pensó que quizás la Reina no se había equivocado del todo en su decisión.

14

Grace hizo una seña al mayordomo para que retirara su plato medio lleno de huevos y tostadas. Su apetito había disminuido desde que se enteró de la desaparición de Charity, pero esa mañana no era la única razón.

Se había sorprendido pensando en Lord Percy mientras se vestía esa misma mañana. Si sus pensamientos hubieran estado teñidos de rencor, no se habría preocupado tanto. En cambio, cuando Elsie la sacó de su estupor mientras trenzaba su cabello en una pulcra trenza, Grace se horrorizó al darse cuenta de que estaba sonriendo ante un recuerdo de la cena de la noche anterior.

Percy había resultado ser un invitado agradable, ofreciendo su opinión sobre todos los temas discutidos. Para alguien tan noble y educado como él, esto no era sorprendente. Lo que la había impresionado era la forma en que había hablado de su tiempo en el frente. Grace había escuchado a su hermano elogiar las batallas y la valentía. Percy había hecho un poco de eso, como era de esperar, pero también había mencionado la suerte de los soldados comunes. Su rostro se había iluminado de orgullo cuando contaba historias de la unidad que comandaba, no porque él fuera su líder, sino por lo que habían logrado manteniéndose unidos.

Tal vez por eso Grace se había atrevido a entablar una conversación decididamente destinada a los hombres. Su madre le había lanzado una mirada de desaprobación cuando hizo preguntas sobre tácticas de combate y estrategias de guerra. Percy había tomado sus preguntas en serio y las había respondido con la misma seriedad.

Acostada en su cama, en su oscura habitación, se admitía a sí misma que estaba contenta de no estar sola en la búsqueda de Charity. Si tenía que tener a alguien que la acompañara, podría haber sido mucho peor que Lord Percy.

A la luz del día, su confesión no la hacía sentir tan cómoda. ¿Realmente haría todo lo posible para que Charity fuera reintegrada a los más altos círculos de la sociedad? Grace sabía que sería una locura seguir ciegamente sus directrices. Procedería como si fuera la única con un interés cierto en el regreso seguro de Charity.

Comenzó después del desayuno pidiendo a su madre si podía visitar a Lady Lark Fitzroy.

Lady Tilbury estaba instalada en su salón, respondiendo cartas e invitaciones. Odiaba ser interrumpida, un hecho que Grace aprovechaba. Grace se deslizó en la habitación y deambuló, tomando libros de los estantes para hojearlos, antes de detenerse para arreglar un ramo de flores. Estaba haciendo justo el ruido suficiente para romper la concentración de su madre sin que su intención fuera obvia.

—Por favor, deja de rearreglar las flores, especialmente porque quedan menos bonitas

cuando terminas. ¿No tienes cartas que responder?

—No, mamá. Es un día gris y no me siento con ánimos de leer o tocar el piano. Me temo que caeré en la melancolía, sin Charity para animarme. ¿Puedo visitar a Lady Lark?

—Tenemos un día lleno de visitas en la agenda —respondió su madre—. Espero a varios jóvenes que han mostrado interés en conocerte mejor. Podremos visitar a los Fitzroy más adelante en la semana.

—Tenía en mente algo más informal. Estoy segura de que la noticia sobre Charity aflige a Lady Lark, especialmente desde que desapareció de la casa de los Fitzroy. Pensé en invitarla a dar un paseo o ir a Madame Moreau para ver el nuevo stock de encaje francés. Puedo llevar a Elsie conmigo. Se ha hecho amiga de una de sus doncellas.

Grace notó que la mirada de su madre se suavizaba.

—Estaremos de vuelta antes del almuerzo, mamá.

—Muy bien —respondió Lady Tilbury—. Si pasas por Madame Moreau, pregúntale si ha llegado mi nuevo sombrero.

Grace prometió verificarlo y se apresuró a salir de la habitación. Elsie la esperaba en la habitación de Grace con sus abrigos, sombreros y guantes. Las mujeres observaron las amenazantes nubes en el horizonte y pidieron al lacayo que llamara al carruaje.

En casa de los Fitzroy, Grace no tuvo problemas para entrar. El mayordomo tomó su tarjeta y regresó unos minutos después con una invitación de Lady Lark para que se uniera a ella en el jardín de invierno. Con el permiso del mayordomo, Grace envió a Elsie a la cocina para charlar antes de seguir al mayordomo hasta Lady Lark.

Grace nunca había estado en esta parte de la casa antes. El jardín de invierno era una habitación octogonal en la parte trasera de la casa, con ventanas y un techo de cristal sostenidos por un armazón de hierro blanco. Las líneas de hierro se retorcían y arremolinaban, creando vistas fantásticas del cielo nublado. Plantas en macetas con espeso follaje verde bordeaban las paredes, mientras que las hoyas en flor perfumaban el aire con su rica fragancia.

Lark estaba sentada en un banco acolchado, con un libro a su lado. Su cabello rubio pálido y sus labios rosados hacían eco de las flores blancas y rosadas de las hoyas, pero el brillo curioso en sus ojos sugería que no era una flor delicada.

—Lady Grace, qué sorpresa —comentó, moviendo el libro para hacerle espacio a Grace a su lado.

—Pero no indeseada, espero —respondió Grace—. Pensé en ver cómo estaba después de los eventos de su baile, y ofrecerle mis condolencias por el fallecimiento de su doncella.

—Es muy amable de su parte —dijo una voz femenina detrás de ella.

Grace se giró y descubrió que Lady Fitzroy también estaba en la habitación. La dama viuda llevaba un delantal sobre su vestido y tenía un par de guantes de jardinería en las manos. Estaba examinando la tierra de un ficus. Escondida como estaba, Grace había pasado junto a ella sin notarla.

—Le ruego me disculpe, Lady Fitzroy —dijo Grace haciendo una reverencia—. No la había visto.

Lady Fitzroy desestimó sus disculpas con un gesto de la mano.

—Estoy tan absorta en mis plantas que a menudo olvido que hay otras personas presentes. Por favor, siéntese. Haré que traigan té.

Grace tomó asiento junto a Lark mientras Lady Fitzroy se quitaba los guantes y el delantal. Poco después, llegó un lacayo con una bandeja de té. Movió mesas y sillas hasta que tuvieron un rincón acogedor cerca del extremo de la habitación. Por muy expuesta que estuviera la sala, era

sorprendentemente cálida. Lady Fitzroy explicó que había hecho instalar tuberías de vapor en las columnas para evitar que las plantas murieran durante los meses más fríos del invierno.

—¿Dónde nos habíamos quedado? Mencionó usted nuestro baile. Es una lástima que terminara así, pero todos conocemos las dificultades para encontrar ayuda confiable. La señora Godfrey quería despedir a la chica, pero le pedí que esperara hasta después del evento, temiendo que nos resultara difícil reemplazarla a tiempo. He ahí el agradecimiento que recibí. La criada se sirvió del champán de los invitados y se cayó por la barandilla, arruinando nuestra velada.

Lady Fitzroy negó con la cabeza, como si aún no pudiera creerlo.

—Dicho esto, supongo que el evento no fue una pérdida total para usted, Lady Grace. Noté que bailó con Lord Percy.

Grace sintió que sus mejillas se sonrojaban. Quería desviar la conversación de cualquier discusión sobre ella y dicho lord, pero resistió ese impulso. Bien manejada, podría usarla para dirigir la conversación hacia su amiga desaparecida. Bajó la mirada y fingió decepción.

—Pidió a Lord Fitzroy que nos presentara, pero me temo que no era mi atención lo que buscaba tanto como información sobre Lady Charity.

—Ah, sí. Otra persona que pensó aprovecharse de mi generosidad —respondió Lady Fitzroy.

—¡Mamá! —exclamó Lark, lanzando a su madre una mirada atónita.

—*No* Lady Charity —se apresuró a añadir Lady Fitzroy—. Me refería a quien la secuestró, por supuesto. Tomada justo bajo nuestras narices, mientras toda la alta sociedad londinense estaba concentrada en otra parte.

Grace asintió y bebió un sorbo de té. Entrecerró los ojos con astucia y se inclinó hacia adelante.

—¿Quién cree que podría ser? Seguramente sus sirvientes vieron algo.

—Desafortunadamente, la mayoría de los sirvientes estaban muy ocupados con nuestros otros invitados —respondió Lady Fitzroy con tono sombrío—. Para nuestra eterna desgracia, al parecer.

—Mi madre ha estado muy contrariada —confió Lark en voz baja—. Había puesto tanto esfuerzo en este baile y en mi debut, esperando atraer a algunos de los mejores partidos. Pero Lady Charity es el único nombre en boca de todos.

—No por una razón que te sugiera imitar —advirtió su madre—. Apostaría por uno de sus pretendientes. La rondaban como perros desesperados por llamar su atención. Tal vez batió las pestañas una vez de más en su dirección.

Grace estaba segura de que Charity no había hecho tal cosa, pero guardó esa opinión para sí misma. No estaba allí para defender la reputación de Charity, sino para descubrir quién podría haberla secuestrado. Lady Fitzroy estaba hablando. Grace no quería hacer nada que pudiera hacerla callar.

Lark tomó la palabra.

—¿Vio usted a Lord Dunstan? Yo estaba cerca cuando le pidió un baile a Lady Charity. No se tomó bien la noticia de que todos sus bailes habían sido reclamados.

Lady Fitzroy hizo una mueca.

—Si se te acerca, te sugiero que uses la misma táctica. No tiene mi aprobación.

—Sin embargo, está invitado a todos los eventos —aventuró Grace.

—Su apellido es muy respetado, aunque él no logre estar a la altura de su herencia. Estoy segura de que hará un matrimonio antes de que termine la temporada, pero no será con mi hija. Alguien con menos perspectivas probablemente encontrará una manera de soportarlo.

Lady Fitzroy lanzó una mirada en dirección a Grace.

Grace se metió una galleta en la boca para evitar replicar.

—Quizás no necesite esposa, si ha hecho lo que sospecho.

Lark bajó la voz.

—Lo vi siguiendo a Lady Charity al jardín poco antes de que nos enteráramos de la muerte de la doncella. Si no corteja a nadie pronto, tal vez sea porque ha escondido el diamante.

15

El sol matutino esparcía un resplandor de esperanza en el cielo, pero las nubes en el horizonte anunciaban un cambio. Sentado sobre Arion bajo el sol mientras esperaba en Hyde Park, Roland se sentía más él mismo de lo que había sido en semanas. Quizás su abuelo había tenido razón, pensó irónicamente. Se había ido por demasiado tiempo. Se había vuelto incivilizado. Londres y la sociedad le parecían sofocantes, y solo aquí, entre los árboles, sentía que podía respirar realmente.

—¡Percy!

El llamado venía de su derecha y desde atrás. Roland hizo que su caballo diera un círculo cerrado para saludar a Lord Fitzroy.

—*Pip* —respondió mientras Fitzroy llegaba a su altura, pero le dirigió una sonrisa agradable para que el hombre supiera que era en broma—. ¿Cómo estás esta mañana?

Fitzroy le lanzó a Roland una mirada irritada por el uso del apodo.

—¿Me vas a atormentar con eso para siempre? Creo que debí estar confundido cuando acepté una invitación para pasar la mañana cabalgando con un bribón. Dime, ¿les cobras a los demás por el privilegio de tu compañía, o el hecho de soportar tu presencia podría considerarse filantropía?

Sonriendo, Roland no respondió. Hizo girar nuevamente a su caballo y se inclinó hacia adelante, señalando silenciosamente al caballo que pasara al trote solo con su lenguaje corporal. Luego al galope. Con una maldición, escuchó a Fitzroy chasquear las riendas de su propia montura para alcanzarlo. Y durante unos minutos, no hubo más conversación. No hubo pensamientos del pasado o del futuro. Solo existía el presente: el sol, la brisa y los árboles verdes que los salpicaban a ellos y al suelo con manchas de luz. Tomó grandes bocanadas de aire húmedo y cerró los ojos mientras se perseguían el uno al otro y daban a sus caballos una buena carrera.

Fitzroy disminuyó ligeramente la velocidad de su caballo, después de un tiempo, pero mantuvo un trote animado siguiendo uno de los senderos que atravesaban nuevamente el parque.

—¿Por qué me hiciste venir, Percy? —preguntó mientras Roland volvía a ponerse a su altura.

—Ah —dijo Roland, reuniendo sus pensamientos—. ¿Por dónde empezar? Bueno, quería presentarte mis sinceras condolencias por la muerte de vuestra doncella y lo que sucedió en el baile. Habíais organizado una espléndida velada hasta ese momento. Además, quería disculparme por haber dado órdenes a vuestro personal de alguna manera.

Lord Fitzroy asintió, sus mechones rubio claro brillando bajo la luz.

—No tienes que disculparte por haber tomado el mando en la sorpresa del momento, ya que

fue bien intencionado. Por otra parte, tus palabras son apreciadas. Hemos trabajado para indemnizar a la familia, y mi madre y yo hemos planeado un pequeño servicio para la pobre chica.

—¿Cómo se encuentra Lady Fitzroy estos últimos días?

—Mi madre ha estado muy alterada. Ha tenido que suspender varios eventos previstos para los próximos días —dijo Fitzroy secamente—. Me atrevo a decir que eso la ha afectado más que la muerte de la joven. Ella ha... bueno.

Fitzroy se interrumpió, preocupado por las conveniencias.

—Digamos que estoy considerando regresar a mi casa de la ciudad por un tiempo, para alejarme de todo esto... y de las especulaciones sobre la desaparición de Lady Charity, por supuesto. Incluso sin la muerte de la doncella, el hecho de que Charity haya huido de nuestras propias tierras ha manchado nuestros nombres a los ojos de la buena sociedad.

—A veces, las opiniones de la nobleza apenas tienen sentido para mí —admitió Roland—. Incluso si ella se hubiera fugado, no entiendo por qué eso debería reflejarse en vosotros. Con el asunto de la demanda de rescate, parece poco probable que sea el caso.

Fitzroy resopló.

—Bueno, ¡refleja mal nuestra capacidad para organizar un evento respetable, por supuesto! La demanda de rescate es ridícula, y ambos sabemos que la cantidad no es un accidente. Lady Charity y su amado buscan distraernos mientras huyen. La atmósfera de nuestro baile... el entretenimiento, puede haber empujado a la pobre dama a pensamientos tan temerarios o lascivos que no pudo evitar ser presa de tales ideas.

—Dios me libre —dijo Roland con un ligero rastro de sarcasmo, y Fitzroy respondió con una pequeña sonrisa.

—Sin mencionar el hecho de que el último baile de Lady Charity de la noche fue en mis brazos. Quizás dije algo... quizás bailé demasiado cerca e inflamé el loco deseo de *romance* de una joven dama. En resumen, nuestra vigilancia no estuvo a la altura de la tarea, y debemos ser culpados, especialmente si finalmente resulta que se ha fugado con alguien totalmente inapropiado.

Estas palabras eran amargas.

—¿Entonces piensas que se ha fugado con un invitado? —preguntó Roland.

Fitzroy se encogió de hombros.

—Debo hacerlo. Es la única posibilidad de reducir nuestro escándalo, descubrir que hubo un matrimonio por amor esa noche. Espero que no tarden demasiado en revelarse.

—Esperemos que así sea, entonces —dijo Roland, planeando su siguiente serie de preguntas cautelosas—. ¿Tienes sospechas sobre quién podría ser? ¿Había otros invitados que se fueron temprano y que conozcamos que podrían haberse fugado con Lady Charity?

—La familia Tilbury se fue temprano, pero creo que ya estabas al tanto —dijo Fitzroy—. El joven Tilbury, Felix, sería un candidato apropiado para las sospechas, creo, ya que es bastante encantador a pesar de su corta edad.

—Ah, pero estuve cenando con la familia Tilbury no más tarde que anoche, y Felix estaba presente.

—¿De verdad? —dijo Fitzroy, alzando las cejas—. Viejo zorro. ¿Tú y Lady Grace habéis hecho surgir algo inesperado entre vosotros?

—"Inesperado" sería la palabra. Como una cerilla en un cañón —dijo con tono serio, pensando en la explosión de Grace contra él la noche anterior para defender el carácter de Charity.

No se molestó en corregir los otros malentendidos de Fitzroy, pensando que podrían servirles más adelante.

Fitzroy se rió entonces y dio una palmada en el brazo de Percy.

—Entonces, ¿renunciarás a tu apuesta, después de todo?

—Sí. Ahora recuerdo la otra razón de mi invitación para el paseo de esta mañana —dijo Roland, fingiendo un aire malhumorado en su rostro mientras sacaba una pequeña bolsa de su abrigo.

Se la lanzó a Fitzroy, quien la atrapó con una mano. El tintineo de las monedas indicaba claramente lo que contenía, y Fitzroy ni siquiera se molestó en abrirla antes de metérsela en el bolsillo.

—Sea cual sea el resultado con las señoras Grace o Charity, parece que comprometerme con el diamante no está en las cartas para mí este año.

—Te invitaré a una copa en el White's para celebrar —dijo Fitzroy, como ganador magnánimo, sus pensamientos volviéndose distantes—. Volvamos entonces a los chismes... Si Felix es inocente, hmm. ¿Quién podría haberse fugado con Lady Charity?

—Tal vez fuiste tú mismo, para ganar mi dinero extra para pagar tu fiesta —dijo Roland con ligereza—. Todas esas decoraciones doradas deben haber costado una buena suma.

Fitzroy no se ofendió por las palabras de Roland, entendiendo la broma como estaba destinada.

—La idea de sabotear tus esfuerzos ciertamente cruzó por mi mente —admitió—. Pero yo estaba más a favor de convencerla de que sería mucho más romántico aceptar la propuesta de un caballero en la noche de San Juan.

—¿Entonces no te consideras uno de los muchos pretendientes esperanzados de Lady Charity?

—¿Como la mitad de los hombres en el mercado matrimonial? Por supuesto. Pero como Lord Henry lo expresó tan elocuentemente, sería difícil competir con un... pretendiente de tu calibre.

Fitzroy le dirigió a Roland una sonrisa a la vez agradable y algo salvaje.

—Aunque tengo mejores posibilidades que él aspirando a su mano. De todos modos, era una joven encantadora, pero no estoy *tan* desesperado por casarme... no al punto de conquistarla arruinando verdaderamente la reputación de una dama. Puaj.

Roland asintió con la cabeza sin decir nada. Cabalgaron en silencio durante unos minutos más.

—Le pregunté a mi mayordomo quién más entre los invitados se había ido temprano —declaró finalmente Fitzroy—. No serías el primero en especular sobre quién podría haberse fugado con Lady Charity, después de todo. He oído que incluso hay algunas apuestas al respecto... por si lo estabas considerando.

—Creo que he apostado lo suficiente por una temporada —dijo Roland, fingiendo una ligera irritación por su pérdida una vez más—. Pero, ¿quién es el favorito como responsable?

—Bueno, Felix figuraba entre los posibles bribones. Pero la otra salida notable fue la de Lord Barbour.

—¡Lord Barbour! —exclamó Roland—. Él ya está casado, y desde hace muchos años. ¿Por qué se sospecharía de él?

Fitzroy se llevó un dedo al costado de la nariz.

—No como podrías pensar. Lord Barbour se marchó al mismo tiempo que la mayoría de los invitados. Lo notable de su partida fue que dejó la fiesta en un coche de alquiler, no con su

carruaje y cochero habituales.

—Parece un paso bastante improbable prestárselo a una joven debutante sola. ¿Cuál sería su motivación?

—Percy, eres de un espíritu tan torpe cuando se trata del corazón femenino —dijo Fitzroy agitando la mano hacia Roland—. Lord Barbour es conocido por su poesía. Muchos lo consideran la encarnación misma del romanticismo, y el amor por su esposa es, bueno, escandalosamente legendario. Si hubiera alguien para ayudar a una joven a fugarse hacia un romance sin esperanza, ese sería Lord Barbour.

Roland reflexionó un momento, porque en ese contexto, no parecía tan improbable. Si Lady Charity hubiera usado el vehículo de Lord Barbour para encontrarse con —o fugarse con— alguien más, todavía era posible que se hubiera fugado. Aunque parecía cada vez menos probable, en estas circunstancias, que lo hubiera hecho con uno de los invitados de Fitzroy.

—¿Y si, supongamos, Lady Charity *no* hubiera planeado fugarse? —fue la siguiente pregunta bastante directa de Roland.

Fitzroy no pareció en absoluto desconcertado.

—Bueno, considera entonces el hecho de que Lord Barbour también estaba presente y muy activo cuando hiciste tu apuesta. De hecho, él mismo hizo una apuesta bastante importante sobre el resultado. No sé con certeza sobre *qué* resultado apostó, Percy, pero ¿qué pasaría si hubiera apostado una suma considerable a tu fracaso?

16



Grace estaba realmente frustrada. Cuando Lark mencionó el comportamiento sospechoso de Lord Dunstan, no deseaba nada más que saltar de su asiento y perseguirlo. Pero las jóvenes de su posición difícilmente podían visitar a un hombre soltero. Incluso si pudiera, Grace había usado la excusa de invitar a Lark a la modista como medio para salir temprano en el día. Ahora, no le quedaba más remedio que asistir al evento hasta el final.

Acompañada por Elsie, ella y Lark se dirigieron a la tienda de Madame Moreau. La costurera se deleitó en mostrar a sus ricas clientas sus nuevas llegadas. Era casi la hora del almuerzo cuando Grace finalmente pudo liberarse. Con el nuevo sombrero de su madre colocado en una caja envuelta sobre las rodillas de Elsie, Grace reflexionó sobre sus próximos pasos durante el viaje de regreso en carruaje.

Encontrar a Lord Dunstan no era el desafío. El hombre asistía fielmente a los principales eventos de la sociedad. Sin duda estaría presente en el baile del Regente en dos días. Pero dos días era demasiado tiempo para que Grace pudiera esperar. Cada momento que pasaba ponía a Charity en mayor peligro de ruina, suponiendo que no fuera ya demasiado tarde.

Su mente estaba tan agitada que no notó que el carruaje se había detenido hasta que el lacayo abrió la puerta y le ofreció su mano. Bajó los escalones del carruaje, cuidando de no pisar su falda, y se volvió cuando alguien la llamó por su nombre.

—Buenos días, hermana —dijo Felix rodeando el carruaje—. De vuelta de Madame Moreau, según veo. Cómo puedes pasar tantas horas admirando trozos de tela sigue siendo un misterio para mí.

—De la misma manera que vosotros, los hombres, pasáis tanto tiempo discutiendo sobre la caída de la corbata de Beau Brummell, supongo —respondió Grace—. La tuya se está deshaciendo, por cierto.

La mano de Felix subió a su cuello, exactamente como ella había previsto. No había nada malo con su corbata, pero su prisa por verificarla subrayaba su punto.

—*Touché*, querida. Ven, hagamos las paces y entremos antes de llegar tarde a la comida.

Grace tomó el brazo que su hermano le ofrecía y entró en la casa. Su disposición a ayudarla le recordó que podría servir para un propósito adicional.

—¿Tienes planes para la tarde, querido hermano?

—Nada concreto. Pensaba asistir a una conferencia en la Royal Society. Tienen a un tipo que habla sobre un nuevo método para refinar el azúcar. Tenemos algunas inversiones en ese comercio, y Padre no deja de acosarme para que muestre un mayor interés en estos asuntos.

—¿Crees que será un tema popular?

Felix se encogió de hombros.

—Tanto como cualquier otra cosa. ¿Por qué preguntas?

—¿Puedo acompañarte?

Grace vio el ceño fruncido de su hermano y se apresuró a añadir:

—Madre quiere que la acompañe en sus visitas de la tarde. Todo el mundo solo quiere hablar de la ausencia de Charity. No puedo soportar otra tarde de preguntas interminables. Por favor, di que me llevarás contigo.

La conciencia de Grace se retorció ante la idea de aprovecharse del corazón tierno de su hermano, pero el fin justificaba los medios. Tendría muchas más posibilidades de encontrarse con Lord Dunstan en una conferencia que en un salón sofocante. Como era de esperar, su hermano accedió a su petición con solo un poco de gruñidos.

—Si no te importa, dejemos que Mamá crea que fue idea tuya. De lo contrario, me culpará.

—De acuerdo, pero ahora me debes un favor. Cuando llegue el momento de que me establezca, espero que me llenes de elogios para que todas las debutantes lo oigan.

Grace lo habría hecho de todos modos, pero guardó esa información para sí misma. En el postre, Felix sugirió que Grace lo acompañara al evento de la tarde. Lady Tilbury ofreció una protesta simbólica, pero su deseo de mantener feliz a su único hijo finalmente prevaleció.

—Aún tendremos tiempo de hacer una visita o dos antes de que te vayas. Felix, puedes recoger a tu hermana en casa de Lady Marlborough. No llegues tarde y no la dejes sin compañía en ningún momento. ¿Entiendes?

Felix juró mantenerla a su lado desde el momento en que la recogiera hasta que estuviera de vuelta en casa sana y salva después de la conferencia. Como se prometió, Grace lo encontró esperándola en su faetón a la hora acordada. Ella batió sus pestañas y alegó inocencia cuando él le preguntó si tenía segundas intenciones al unirse a él.

—¿Hay alguien en particular que esperas ver? —preguntó mientras se dirigían a Somerset House—. ¿Cierto conde?

Grace había estado tan concentrada en buscar a Lord Dunstan que no había dedicado un segundo pensamiento a Lord Percy. Ante las bromas de su hermano, estaba dividida. Sería útil tener una palabra en privado con Lord Percy, para ponerlo al tanto de lo que había descubierto. Pero ¿qué haría él con tal información? No podía imaginarlo quedándose al margen mientras ella hacía las preguntas.

No, era mejor para ambos que él no estuviera allí. Por supuesto, compartiría todo lo que descubriera. Más tarde.

—No he mostrado preferencia por ningún pretendiente, como bien sabes. Incluso si lo hubiera hecho, dados los acontecimientos de los últimos días, tales cosas están lejos de mis preocupaciones. Voy por la misma razón que tú. Para aprender —añadió.

Felix dejó el Strand para entrar en el patio de Somerset House. El edificio palladiano ocupaba un lugar destacado en la ciudad de Londres como sede de varias oficinas y sociedades públicas. La Royal Society compartía el ala norte con la Royal Academy.

Grace atravesó el vestíbulo, admirando los bustos de Miguel Ángel y Newton. ¿Por qué había esperado tanto para aventurarse aquí? En estas salas, la inteligencia y el espíritu de aventura prevalecían sobre el contenido de la cuenta bancaria. Solo tenía que presentarse para aprender más sobre un rincón remoto del mundo y lo que podría ofrecer. Un hombre que apreciara tales cosas era más propenso a venir aquí que a perder el tiempo en un salón de baile. Con esta idea en mente, siguió a Felix a la sala de conferencias.

Había sobre todo hombres presentes, pero Grace notó más que unas pocas mujeres entre el

grupo. Algunas eran solteronas conocidas por sus tendencias intelectuales, otras las esposas de eminentes intelectuales. Grace probablemente era la única mujer presente que aún estaba en el mercado matrimonial, ya que rara vez veía a estas mujeres en los eventos de la alta sociedad. Memorizó sus nombres con la intención de aprender más sobre ellas una vez que todo hubiera terminado.

Tal vez era su condición de excepción lo que atraía tanta atención. Cualquier esperanza que tuviera de pasar desapercibida se desvaneció cuando un hombre cercano vislumbró su rostro y se acercó con una amplia sonrisa. Tenía cejas espesas y labios gruesos, que chasqueó con satisfacción.

—Lord Felix, encantado de verlo, y veo que ha traído a su encantadora hermana como invitada —dijo el hombre.

—Buenas noches, Lord Clarence. Supongo que busca una presentación. Grace, te presento a Lord Clarence.

Grace extendió su mano, como se esperaba.

—Qué placer verla, Lady Grace. ¿Qué la trae por aquí hoy?

—Pues, la conferencia, por supuesto —respondió Grace—. ¿Y usted, señor? ¿Tiene algún interés particular en la producción de caña?

—Decir que es un interés es un enorme eufemismo —dijo Felix—. Lord Clarence posee varias de las plantaciones más grandes de las Antillas.

—Son insignificantes, se lo aseguro —dijo Lord Clarence, su voz expresando todo lo contrario—. Y demasiado aburridas para interesarle, Lady Grace. Dígame, ¿cómo encuentra la temporada? ¿Prefiere la animada vida de la ciudad o su finca en el campo?

Grace no puso los ojos en blanco, pero estuvo a punto. Incluso aquí, en este bastión del conocimiento, los hombres se negaban a reconocer que ella también tenía intelecto. Esbozó una sonrisa radiante en su rostro y respondió:

—Prefiero pasar mis días en bibliotecas y museos, señor. Horas y horas leyendo, estudiando y aumentando mis conocimientos. Lo encuentro extremadamente útil para formarme mis propias opiniones.

Lord Clarence parpadeó varias veces, demasiado desconcertado por su respuesta para replicar inmediatamente.

—Qué, eh, encantador para usted. Si me disculpa, veo a alguien que conozco.

Grace inclinó la cabeza y tuvo mucho cuidado de evitar la mirada ardiente de su hermano. Recorrió la sala con la mirada y divisó las patillas de chuleta de Lord Dunstan no muy lejos. Confió en que Felix la seguiría mientras se abría paso entre la multitud tan rápidamente como la decencia lo permitía.

—Lord Dunstan, no esperaba verlo aquí —dijo con voz clara.

Lord Dunstan se volvió al oír una voz femenina llamándolo. Su frente se arrugó de confusión, que se atenuó poco cuando vio a Grace.

Mejor la confusión que la culpa, pensó Grace. Ella y Lord Dunstan estaban lejos de ser grandes amigos, y él tenía razón al preguntarse por qué ella estaba tan ansiosa por verlo de nuevo. Pero Grace ya se había preparado para tal eventualidad.

Con una sonrisa inocente, fingió deleite por estar en su compañía.

—Es agradable ver una cara familiar entre un grupo tan grande y variado —explicó—. Me temo que estoy abrumada, pero estoy segura de que *usted* y mi hermano me ayudarán a entender.

Lord Dunstan se inclinó rígidamente en respuesta a sus coqueteos, pero su rostro se iluminó de placer.

—Por supuesto, Lady Grace. Es encantador volver a verla.

—No sabía que habían sido presentados —dijo Felix llegando por detrás.

—Lo fuimos, gracias a Lady Charity —precisó Grace.

Sonrió radiante a Lord Dunstan mientras daba sutilmente un codazo a su hermano.

—Lord Dunstan visitaba a menudo a los Cresswell mientras yo era su invitada. Dados los acontecimientos de los últimos días, aún no había tenido la oportunidad de profundizar mi conocimiento de Lord Dunstan.

Lord Dunstan parpadeó, como si saliera de un sueño ante la mención de Lady Charity.

—¡Oh, sí, esa pobre chica! ¿Ha tenido noticias de Lady Charity?

Grace negó con la cabeza, sin necesidad de fingir su tristeza.

—Estoy desconsolada. No puedo imaginar dónde puede estar. Hago todo lo posible por no temer lo peor. Si tan solo hubiera ido al jardín con ella esa noche. Tal vez habría visto algo.

—O podrías haber sido una víctima también —replicó Felix.

Pero miraba a Grace de manera extraña, como si se hubiera dado cuenta de que tramaba algo.

Grace lo ignoró.

—Estaba tan animado esa noche. Alguien tuvo que haber visto algo. ¿Y usted, Lord Dunstan? Noté que salía hacia los jardines poco después de Charity. ¿Vio adónde fue?

Grace observó su rostro en busca del menor signo de algo, culpa, ira, satisfacción. ¿Cómo se sentiría un hombre si hubiera robado el diamante de la Reina en un evento abarrotado?

Lord Dunstan bajó los ojos y los hombros mientras negaba lentamente con la cabeza.

—Es mi mayor pesar haber estado tan cerca y no haber visto nada que indicara que Lady Charity estaba en peligro. Le ofrecí ir a buscar su chal, pero ella me hizo un gesto negativo y dijo que necesitaba aire fresco. Alguien llamó mi nombre, y me di la vuelta. Cuando volví a mirar hacia los jardines, había desaparecido. Esa fue la última vez que la vi, lo juro.

Su desolación era claramente visible en las líneas de su cuerpo. Este no era un hombre derrumbándose bajo el peso de la culpa, sino de la desesperación. Lark Fitzroy había dicho la verdad cuando afirmaba que Lord Dunstan deseaba el diamante por encima de todo. Pero aparentemente, incluso él tenía sus límites.

17



Roland sintió una leve punzada de culpabilidad ante la idea de presentarse de manera tan inesperada en casa de Lord Barbour. Después de todo, no eran amigos particularmente cercanos, y Roland luchaba por encontrar una excusa para su visita que no sonara como una acusación. Quizás podría pedir la opinión del caballero sobre nuevas obras de arte para decorar su casa londinense.

Se sintió aún más culpable al descubrir que había un evento en casa de los Barbour, y que aparentemente estaba en pleno apogeo. Pero el lacayo tomó su abrigo y sombrero como si su llegada no fuera inoportuna, y lo invitó a esperar.

—¡Lord Roland! Qué deliciosa sorpresa.

Roland se giró para ver a Lady Barbour, vestida con un vestido de noche de seda de talle alto de color azul pálido, con un ligero chal sobre los hombros. Era una mujer elegante de unos treinta años, cuyo cabello apenas comenzaba a mostrar hebras grises. Roland no la había visto en años, no desde la época en que sus padres organizaban cacerías en su casa de campo. Aunque él era mucho más joven entonces, Lady Barbour parecía recordarlo.

Roland le hizo una pequeña reverencia.

—Está encantadora esta noche, Lady Barbour. Le ruego que disculpe mi visita inesperada; no sabía que estaban recibiendo invitados. Visitaré a su esposo en otra ocasión.

—¡Oh, qué idea! —exclamó alegremente Lady Barbour—. Estoy organizando un salón con algunos miembros del mundo literario y académico. ¡Es usted más que bienvenido a unirse a nosotros!

Poniéndose rígido, Roland trató de imaginar cómo podría rechazar educadamente, ya que no se parecía en absoluto a un evento al que quisiera asistir. Pero antes de que pudiera formular una respuesta, la dama tomó su brazo.

—Creo —le susurró Lady Barbour— que su presencia podría resultar muy estimulante para la conversación.

Eficazmente atrapado, se dejó conducir al salón donde tres hombres y otra mujer estaban en plena conversación. Uno de los hombres era, afortunadamente, el propio Lord Barbour. Un discreto lacayo le ofreció una copa de vino mientras se sentaba, y la tomó como si fuera un salvavidas.

—¡Roland! —exclamó Barbour a modo de bienvenida—. Qué placer verlo aquí. Acabamos de discutir sobre algunas nuevas novelas publicadas este año. ¿Ha leído usted *Orgullo y prejuicio*?

Los invitados habían interrumpido su charla, mirando con cierta expectación a Lady Barbour

y Roland.

—Perdóneme, Barbour, no he tenido mucho tiempo para ponerme al día con mis lecturas —respondió Roland con pesar.

El hombre sentado en el sofá a su lado tosió en su mano, ocultando una sonrisa.

—Ah, sí, un destino bastante común para el hombre militar en el campo, supongo —replicó Barbour con buen humor—. Me gustaría presentarle a nuestros invitados. Lord Roland Percy, le presento a Lady Wetherby, una erudita y defensora de la educación de las mujeres. Montford, aquí presente, es un estudiante de filosofía que estudia algunas de las nuevas obras del idealismo alemán, y a su lado está Austen, un banquero y buen amigo nuestro. Es él quien nos presentó el libro del que estamos hablando.

—Es una lástima que aún no haya tenido la oportunidad de leerlo. Es una obra excelente —dijo Lady Wetherby a Roland—. Quizás debería encontrar tiempo para disfrutarlo este verano.

Roland cruzó su mirada. Era considerablemente mayor que Lady Barbour, probablemente en sus cincuenta, y tenía el aire dulce y firme de una abuela benévola capaz de oler las travesuras de los niños a una legua de distancia y que no las toleraba.

—Lo tendré en cuenta, Lady Wetherby. Mi biblioteca ha sido descuidada últimamente.

Montford intervino.

—¿Es realmente una obra excelente, Lady Wetherby? Pensando críticamente, ¿no podrían sus opiniones estar influenciadas por sospechas sobre la naturaleza del escritor?

—No niego que siempre exista esa posibilidad, Lord Montford —respondió tranquilamente la mujer mayor—. Sin embargo, debe usted convenir que tales conexiones, forjadas por la influencia y las percepciones, nos unen unos a otros. Es la naturaleza misma de la simpatía. Es el fundamento sobre el cual un ser humano es capaz de establecer una relación con otro, y la capacidad de apelar a ella hábilmente puede ser la marca de un verdadero artista.

Rápidamente, esta conversación amenazaba con hacerle girar la cabeza, y apenas había tocado su vino.

—¿Sospechas? —preguntó Roland, buscando con la mirada a Lady Barbour para obtener aclaraciones.

Ella sonrió a Roland.

—Hay muchas discusiones en los círculos literarios que sugieren que el autor del nuevo libro de Austen es probablemente una mujer, ya que este libro fue publicado "por el autor de Sentido y sensibilidad".

—Y si es así, qué vergüenza terrible que una mujer, en esta época posterior a la Ilustración, tema poner su propio nombre en un libro —añadió Lady Wetherby.

—Sospecho que el Sr. Austen podría admitir saber más sobre la identidad del autor —dijo Lady Barbour pasando su dedo por el lado de su copa—, ya que parece encontrar los chismes tan divertidos y se niega absolutamente a participar en las especulaciones. Le resulta más entretenido dar rienda suelta a la curiosidad.

Austen esbozó una sonrisa privada, similar a la de un gato que hubiera atrapado un canario.

—Mi querida Lady Barbour me da más crédito en ingenio y relaciones de lo que quizás merezco. Pero seguramente estará de acuerdo en que si se conociera la verdad, privaría a muchas personas del entretenimiento que proporcionan estas especulaciones.

—¡Pidamos la opinión de un soldado sobre el asunto! —tronó alegremente Barbour—. Percy, como aún no ha leído el libro, no puedo preguntarle si tiene una opinión sobre el autor. Sin embargo, puedo preguntarle qué piensa sobre la implicación de las mujeres en la literatura y el arte.

Cuando todas las miradas se volvieron hacia él en espera de una respuesta, Roland tomó un gran sorbo de su vino.

—Si debo ser perfectamente franco con usted, Lord Barbour... no pienso en ello.

Esto hizo reír a Barbour, que disimuló su hilaridad detrás de una tos, y el filósofo lo miró con velada aprobación. Las mujeres sentadas con ellos elevaron la voz en señal de protesta, y él levantó las manos en gesto apaciguador.

—Para ser claro, señoras, no me he educado mucho en los campos de las artes en general, y tengo pocas reflexiones sobre la literatura y el arte producidos por hombres o mujeres.

Lady Barbour entonces se rio abiertamente de él, inclinándose hacia su marido. Pero fue dicho con amabilidad, y Roland no se ofendió por ello.

—Querido muchacho, no puede descuidar adquirir al menos una educación básica sobre tal tema. ¿Cómo espera si no ganar el corazón de una dama esta temporada?

Los ojos de Roland se volvieron hacia los de Lord Barbour, pero afortunadamente, el Lord no consideró apropiado avergonzar a Roland repitiendo sus palabras de aquella primera noche en el club de caballeros. Que solo la mano de la dama debía ser ganada.

—Es cierto —dijo Barbour en su lugar, posando su mano sobre la de su esposa—, que leer poesía a una encantadora dama puede ser... notablemente efectivo para convencerla de aceptar su propuesta.

La mirada que Lord y Lady Barbour intercambiaron fue tan intensa y privada que se sintió como un voyeur, y tomó otro sorbo profundo de su vino. Mirando a su alrededor, notó que los demás invitados también evitaban mirar directamente esta demostración, pero Lady Wetherby lucía una pequeña sonrisa afectuosa en sus labios mientras desviaba la mirada.

Qué curioso. ¿Cómo se sentiría amar a alguien con tal intensidad? Parecía tan extraño tener una conexión tan estrecha con alguien, tener una pareja con la que navegar juntos por las corrientes de la vida.

Montford, cuyo rostro agrio indicaba que parecía ser un individuo bastante mojigato a pesar de su relativa juventud, finalmente tosió para romper el cuadro.

—Montford —dijo Austen—, ya que estamos en el tema, dígame. ¿Qué piensan los idealistas sobre el amor?

—Para volver al punto de vista de Lady Wetherby sobre la simpatía, Hegel piensa que el amor es el reconocimiento de uno mismo en el otro —dijo Montford, pareciendo bastante reacio a compartir esta información—. Kant, sin embargo, estimaba que existían diferentes tipos de amor. Uno basado únicamente en los sentimientos y las inclinaciones, que calificaba de patológico, y determinó que este no puede tener valor moral. El amor práctico —continuó, animándose sobre el tema—, es un deber hacia el otro, una acción deliberada y moral ya que se trata de un acto de voluntad. Solo este amor deliberado puede tener un verdadero valor moral. Lo dijo en sus obras, la Doctrina del derecho y la Doctrina de la virtud.

—Qué fascinante —dijo cortésmente Lady Barbour, aunque estaba claro que no estaba de acuerdo—. ¿Se puede tener tanto el amor práctico como el patológico en una relación?

—Sí —dijo Montford, extendiendo las manos en señal de derrota sobre el tema—. No pensaba que el amor patológico invalidara necesariamente el valor moral de las acciones derivadas del amor práctico.

—Bueno, ahí lo tienen —concluyó alegremente el Sr. Austen, como si estuviera conteniendo una risa—. Claramente, aunque debamos comprometernos con los deberes del amor para ser moralmente buenos, no hay razón para no buscar también ese... ese amor patológico.

Lady Barbour miró nuevamente a Roland, claramente inquiriendo con sus cejas

educadamente levantadas qué podría pensar él sobre la cuestión.

—Todos sus argumentos tienen un mérito considerable —contemporizó, sintiéndose como un hombre que se ahoga en esta compañía—. Soy afortunado de que estén dispuestos a actualizar mi pobre educación de oficial sobre estas ideas más elevadas. Estaré encantado de añadir a mis estanterías todos los libros de poesía que usted considere necesarios, Lady Barbour.

—Cualquiera que elija, creo que no debería ser Byron —dijo maliciosamente la dama llevando su copa a sus labios—. Quizás podría tomar un verso o dos de mi marido.

Barbour sonrió nuevamente a su esposa, pero fue breve y tolerante hacia su broma.

—Estoy seguro de que su educación fue del todo correcta y apropiada, Percy. ¿Qué estudió principalmente?

—Estrategia e historia, en su mayoría —admitió Roland—. Como me uní al ejército bastante temprano, se dedicó poco tiempo a la filosofía, la política y el progreso social, en detrimento de sus conversaciones, lamento decirlo.

—¡Tonterías! ¡No lo lamente! —le aseguró Lady Barbour—. Es bueno tener perspectivas y voces frescas fuera de nuestros círculos habituales. Así es como crecemos. ¡Oh! Debo organizar pronto otro salón, y entonces invitaré a Lord Kingsley. Ha estado bastante prendado de Antoine-Henri Jomini, aunque... bueno, puede entender que sea bastante difícil obtener sus obras en este momento.

Con las guerras napoleónicas aún en curso, Roland podía imaginarlo bien.

—¿En serio? Eso parece ser una conversación de lo más estimulante. Estaría agradecido de recibir tal invitación, señora. No tenía la intención de interrumpir sus planes de velada hoy; solo buscaba tener unas palabras con su marido. ¿Puedo tomarlo prestado un momento?

—Por supuesto, Roland, por supuesto —dijo alegremente Barbour, escoltando a Roland fuera del salón y hacia un despacho al final del pasillo—. ¿Qué tiene en mente?

Su plan inicial, de ser discreto y que en el mejor de los casos estaba mal concebido, se desmoronó. Finalmente, Roland decidió una línea de acción más directa.

—Barbour, dada la conversación de esta noche, estoy seguro de que no se sorprenderá de que algunos lo consideren un experto en gestos románticos.

—¿Oh? —arrastró Barbour, sus cejas subiendo alto en su frente—. ¿Y está buscando consejos más explícitos, Percy?

—¡No! Por supuesto que no, Barbour —dijo Roland, el rubor subiendo a sus mejillas—. No, he venido a informarme sobre otro asunto. Ha oído hablar de la desaparición del diamante de la Reina, estoy seguro. ¿No es así?

Barbour asintió, su rostro perdiendo todo rastro de humor.

—He venido a preguntarle si tal vez una cierta joven dama había buscado su ayuda para fugarse.

—¡Mi ayuda! ¡Para fugarse! —Barbour parecía verdaderamente conmocionado—. Bueno, no. ¿Por qué supondría tal cosa?

—Usted no llegó con Lady Barbour la noche del baile de los Fitzroy.

Roland contó con sus dedos.

—En segundo lugar, cuando se le preguntó sobre los eventos inusuales de la noche, el mayordomo recordó mencionar que usted se marchó en un coche de alquiler, lo que planteó preguntas sobre el paradero de su medio de transporte habitual. En tercer lugar, algunos sugieren que quizás haya hecho una apuesta bastante importante sobre las circunstancias de mi matrimonio con el diamante, lo que podría haberlo impulsado a ayudar a Lady Charity si ella hubiera hecho una petición... poco ortodoxa.

Roland no esperaba que Barbour respondiera a sus deducciones con una carcajada.

—Oh, Roland. Mi dulce esposa tiene razón; debemos tenerlo de nuevo con nosotros, con otros invitados, por supuesto.

Roland se frotó la sien con frustración, dándose cuenta de que estaba en un callejón sin salida y sintiéndose tonto.

—Mi amor no se sentía bien esa noche, por eso no vino —explicó Barbour amablemente—. En cuanto a su segunda preocupación... Golpeé un bache desagradable de camino a casa de los Fitzroy. Esto agrietó una de las ruedas del coche. Como estaba bastante cerca, y la noche era agradable, envié a mi cochero a hacer reparaciones y planeé alquilar un transporte de todos modos. Puedo darle el nombre del lugar, si quiere confirmar que mi hombre lo llevó allí directamente.

—¿Y el último punto? —tuvo que preguntar, aunque realmente no quería saberlo, ya que estaba empezando a apreciar a Lord Barbour.

Esto trajo de vuelta una sonrisa brillante al rostro del hombre.

—En efecto, hice una apuesta bastante importante sobre usted, Percy. Pero no fue sobre si se casaría con el diamante. Fue sobre si usted —y quienquiera que terminara encontrando para aceptar su compromiso— encontraría el amor en el camino. ¿Por qué otra razón creía que mi esposa sugería que podría necesitar la ayuda de la poesía?

18

Roland se había disculpado para marcharse poco después de aquella revelación de Lord Barbour, pero en retrospectiva, quizás no fue la decisión más acertada. Aunque la conversación en el salón había sido vertiginosa e intelectual, al menos había sido una distracción. Sin embargo, no le agradaba el rumbo que tomaban sus pensamientos en el camino de regreso a su residencia.

¡Encontrar el amor! *¡Demonios!* ¿Qué habría llevado a Barbour a hacer semejante apuesta? Los matrimonios por amor entre la nobleza eran la excepción, lejos de ser la norma. Si Roland pudiera simplemente soportar vivir bajo el mismo techo que su futura esposa, eso haría de su matrimonio un éxito rotundo comparado con muchos otros, incluyendo el de sus propios padres.

Esa noche, en su casa, no tenía nada más que hacer que dar vueltas. Un día entero, desperdiciado, persiguiendo las sospechas y los rumores más vagos, y sin ningún resultado. Ni siquiera una idea de cómo o dónde proceder a continuación. Se preguntaba si Grace habría tenido más suerte por su lado con las mujeres Fitzroy. Lo esperaba, pues no le gustaba esa sensación de estar perdido.

Pero...

—Thorne —refunfuñó a su ayuda de cámara—, somos verdaderamente unos imbéciles. ¿Cómo pudimos olvidar organizar un método de correspondencia con Lady Grace? ¿Cómo se suponía que íbamos a consultarnos sobre la información recogida?

Como Roland estaba más ocupado dando vueltas que sentándose, Thorne se había apropiado de manera algo inusual de un lugar en el sofá para esperar a que pasara la frustración de su empleador. Nunca lo habría hecho en presencia de otra persona, pero Roland detestaba el protocolo cuando estaban solos.

—¿Quiere una respuesta honesta? —preguntó Thorne suavemente, divertido.

Roland apretó los dientes.

—No.

Conocía la respuesta. Había esperado encontrar la información por sí mismo y no había pensado que la búsqueda de Grace diera frutos. Si era inútil, ¿para qué molestarse en organizar un encuentro con la dama?

—Debo escribirle para encontrarme con ella. Ahora.

—No hará tal cosa.

El tranquilo rechazo de Thorne detuvo en seco el ir y venir de Roland, y se volvió para mirarlo.

—A pesar de su creciente reputación de ser casi un bárbaro en la buena sociedad, sería

extremadamente irregular escribir a la dama esta noche. Podrá escribirle mañana.

—¡Mañana!

Roland tenía el impulso más ridículo de arrancarse el cabello.

—Si esto fuera el ejército, sería tan fácil. Simplemente podría enviar una carta codificada y terminar con esto, y ella podría enviar una de vuelta, sin importar la hora. Pero Lady Grace no entiende los códigos, así que...

—Ya que no tenemos forma de hacer pasar cartas discretamente, con código o sin él, deben reunirse —respondió Thorne con calma—. Escríbale mañana y solicite su compañía.

—¿Y reforzar la sospecha de que nos estamos cortejando? —replicó Roland.

Thorne se negó a irritarse por el humor de Roland.

—Si es necesario. ¿Pasó un momento tan terrible en la cena de los Tilbury?

—No —dijo Roland, calmándose ligeramente.

No deseaba fingir cortejar a Lady Grace, pero ella tampoco merecía que se comportara tan mal. Y Thorne tampoco, de hecho.

—Muy bien. Si es necesario —aceptó, deteniéndose para recomponerse—. Quizás podría visitarla mañana por la mañana.

—Absolutamente no, Sir Bárbaro. Incluso si pudiera inventar una excusa, su madre bebería sus palabras, y de todos modos no podría hablar.

El impulso de arrancarse el cabello volvió.

—Adoro Londres. De verdad. Los asuntos de la buena sociedad son mucho más maravillosos que ser militar.

Su sarcasmo era tan flagrante que Thorne no pudo evitar sonreír ante la frustración de su amo, pero al menos se apiadó de él.

—Escriba una carta para enviar mañana por la mañana —sugirió Thorne—. Si la invita al parque, podremos sacar el faetón.

Roland había olvidado por completo que habían descubierto el pequeño carruaje deportivo y abierto escondido en el fondo del cobertizo, cubierto de polvo. Como Roland prefería montar a caballo y no había contratado ni traído más personal, el cobertizo estaba vacío por lo demás. El faetón —probablemente el de su padre— seguía bajo sus sábanas.

—Es una excelente idea —reconoció Roland.

El pequeño carruaje era lo suficientemente abierto como para que pudieran estar a la vista de todos sin necesidad de un chaperón cercano. Y como solo tenía espacio para el conductor y dos pasajeros... La madre de Lady Grace tendría que ser excluida por necesidad.

—Sí, creo que eso podría funcionar. Aunque tendré que ponerlo a trabajar como cochero.

Frotándose las manos con anticipación ante la idea de conducir el pequeño vehículo difícil pero rápido, Thorne no parecía en absoluto descontento.

—Trataré de contener mi decepción.

—¡Y de mantener el carruaje recto! Espero que sus habilidades estén a la altura de la tarea —bromeó Roland, pero se sentó en su escritorio de mucho mejor humor, sintiendo la necesidad de actuar.

Quizás aún no podía enviar la carta, pero nada le impedía escribirla.

Lady Grace, escribió.

Guardo un recuerdo afectuoso de nuestro encuentro en el palacio y de la hospitalidad que recibí de su familia. Deseo agradecerle nuevamente la oportunidad de conocer a su familia.

El día que pasamos separados, lo pasé matando el tiempo. Fui completamente incapaz de obtener satisfacción. Estos esfuerzos parecían bastante vacíos, y me sorprendo deseando estar

nuevamente en su presencia, para escuchar sus pensamientos y opiniones sobre las cosas más pequeñas.

Supongo que en su lugar, debo distraerme de estos pensamientos dando un paseo por Hyde Park para disfrutar del aire en este hermoso día, pues de lo contrario me encuentro poco inclinado a abandonar mis aposentos.

Lord Percy

Thorne miró por encima de su hombro mientras firmaba su nombre con su habitual rúbrica.

—Muy bien hecho, señor. Al leer esto, casi podría pensar que usted aprecia bastante a la señorita.

Roland hizo un gesto de irritación hacia Thorne.

—Nunca debí enseñarte a leer. Es realmente mi penitencia por haberte hecho ese favor.

Thorne sonrió para sus adentros y dejó en paz a su gruñón empleador.



El lacayo entró en el salón llevando una nota en su bandeja. Lady Tilbury le hizo un gesto para que se acercara, pero fue hacia Grace a quien se dirigió.

—Para usted, señora.

La mano de Grace no tembló cuando tomó la nota, pero por poco. Estaba acostumbrada a recibir notas garabateadas apresuradamente de Charity, pero este no podía ser el caso hoy. Temía a medias que fuera de la Reina, exigiendo una explicación sobre sus esfuerzos de búsqueda. Pero la escritura en el interior era claramente masculina.

—Bueno, ¿quién te ha enviado un mensaje? —preguntó su madre—. ¿Qué dice?

—Es de Lord Percy, mamá.

—¿Una carta de amor? —exclamó su madre llevándose una mano al pecho.

Aunque Lady Tilbury acogería favorablemente tales avances de un pretendiente de alto rango, solo se permitirían con el permiso de Lord Tilbury para un cortejo formal.

—Por supuesto que no —se apresuró a responder Grace, manteniendo un tono despreocupado.

Le pasó la nota a su madre.

—Nos ha agradecido por la cena y ha comentado sobre el buen tiempo.

Su madre recorrió rápidamente la página con la mirada y luego levantó los ojos, con la mirada brillante.

—¿Has perdido la cabeza? Ha hecho mucho más que eso, mi querida niña.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Grace, con aire confundido.

Seguramente su madre no había descubierto su plan.

—¡Es el heredero de un ducado! Tu padre y yo nunca soñamos que pudieras aspirar a tales alturas, pero aquí está, enviándote tan encantadoras notas. Y ciertamente no eres tan ingenua como para no entender su sugerencia. Estará en el parque esta tarde y le gustaría verte allí.

Grace fingió ignorancia.

—¿Está segura, mamá? Claramente mostró su preferencia por Charity.

—Charity no está aquí. Por triste que sea, todos debemos seguir adelante. No me contradigas, jovencita. Soy experta en asuntos de cortejo. Este es el primer paso y no debes echarlo a perder. Iremos a dar un paseo por el parque y verás que tengo razón. He descuidado instruirte sobre los pasos de un cortejo apropiado. Esta es una excelente oportunidad para remediar mi descuido.

Grace, por supuesto, había entendido su insinuación —apenas estaba disimulada, después de

todo— pero había elegido dejar que su madre lo abordara primero. No debía parecer demasiado ansiosa. Había expresado claramente sus intenciones para la temporada a sus padres —que estaba deseosa de conocer mejor a sus pretendientes antes de hacer cualquier compromiso. Si su madre temía que corriera el riesgo de caer bajo el encanto del duque de Northumberland y comprometer su reputación en el proceso, nunca dejaría a Grace fuera de su vista.

Con la ayuda de Elsie, Grace se vistió cuidadosamente con un vestido de paseo de cintura alta y mangas largas de un verde esmeralda profundo. Encaje francés bordeaba el cuello, preservando su modestia. Una chaqueta spencer del mismo tono completaba el conjunto. Antes de su partida, Elsie le entregó un par de guantes marrones de cabritilla.

Su madre aprobó con un gesto la elección de vestuario de Grace, añadiendo que ese tono de verde hacía que el cabello castaño de Grace pareciera de un color más rico.

—Deberíamos pedirle a Madame Moreau que te confeccione un vestido de seda verde oscuro.

Como Lord Percy había prometido, el día era en efecto hermoso, con un sol brillante en un cielo sin nubes. El aire cálido traía un tinte rosado a los rostros de las mujeres. Tomaron el landó para ir al parque, con la capota plegada para mantenerlas bien a la vista. El cochero sostenía firmemente las riendas mientras guiaba el carruaje por Rotten Row.

Filas de carruajes se extendían delante y detrás de ellas, mientras los hombres y mujeres de la alta sociedad se unían al desfile a través de Hyde Park. Lady Tilbury saludaba con la mano a los conocidos que pasaban, levantando el brazo para exhibir la nueva pulsera de esmeraldas en su muñeca. Grace mantenía una sonrisa amable en su rostro mientras dejaba que su mente divagara.

¿Habría averiguado algo Lord Percy de Lord Fitzroy? Sus palabras la dejaban insegura sobre su éxito. O tal vez tenía una nueva pista que compartir. A pesar de las amenazas de la Reina y las promesas de Percy, Grace aún conservaba una pizca de duda sobre su compromiso de encontrar a Charity. Ella, mientras tanto, había continuado con su impulso, persiguiendo su única pista. Se regocijaba ante la idea de ver su reacción cuando le informara de sus progresos. Que su interrogatorio a Lord Dunstan no hubiera dado nada era irrelevante. Poco a poco, seguiría cada pista que descubrieran.

Un saludo resonante sacó a Grace de su ensoñación. Viniendo en dirección opuesta, vislumbró a Lord Percy conduciendo un faetón negro tirado por un par de caballos a juego. Lady Tilbury se puso rígida cuando se acercó y casi suspiró de alivio cuando se detuvo junto a su carruaje.

—Buenos días, Lady Tilbury y Lady Grace. Es un hermoso día para un paseo, ¿no es así? —preguntó, rebosante de encanto.

Lady Tilbury respondió con coquetería y sacudió la cabeza, sin duda comprobando si alguien más notaba la atención que Lord Percy les estaba prestando.

—En efecto. Fue usted muy amable al llamar nuestra atención sobre este punto en su graciosa nota de agradecimiento.

—Esperaba que lo interpretaran así. Disfruté mucho de la cena, especialmente la oportunidad de conocer mejor a sus hijos, Lady Tilbury. Si me lo permite, ¿me autorizaría a escoltar a Lady Grace para dar una vuelta? Prometo que no saldremos de su campo de visión.

Las emociones de Grace se enfrentaron ante su invitación. Era una manera astuta de arreglar un momento de conversación privada, pero en el coche descubierto, atravesando Rotten Row, estaría tan expuesta como lo había estado durante el baile que habían compartido. Pero al menos esta vez no se requerían pasos de baile complicados.

—Puede hacerlo, si da la vuelta para conducir delante de nosotros. Grantham, por favor,

ayude a Lady Grace a subir al coche de Lord Percy.

19



Grantham, el cochero de los Tilbury, ofreció su mano a Grace para ayudarla a bajar del landó. El conductor de Lord Percy dio la vuelta y deslizó el faetón a su lugar. Mantuvo los caballos inmóviles mientras Grace subía al lado de Percy.

Grace tuvo cuidado de mantener una distancia aceptable entre ellos. El conductor del faetón chasqueó las riendas con viveza, y el pequeño tiro saltó hacia adelante, lanzándolos a ambos contra el respaldo de su asiento. Grace soltó una pequeña exclamación ante este brusco arranque, pero se recuperó rápidamente. Notó que Percy había lanzado una mirada de descontento a la parte posterior de la cabeza de su conductor, pero no hizo ningún otro comentario, y permanecieron sentados en silencio durante un largo minuto.

Finalmente, el conductor se llevó la mano a la boca y tosió, lo que rompió el encanto del silencio.

—Perdone a mi chófer —dijo por fin Lord Percy—. Afirmaba ser un hombre hábil para todo, pero parece más bien novato en esta tarea. Es bueno volver a verla, Lady Grace. ¿Está pasando un día agradable?

Grace lo miró abiertamente.

—Dada su inclinación por la franqueza, Lord Percy, y el tono perentorio de su carta que prácticamente exigía que nos encontráramos, me sorprende que pierda el tiempo en futilidades.

—Muy bien, pasemos a lo importante. Ayer recordé que ninguno de nosotros había tenido la prudencia de establecer un medio por el cual pudiéramos informar al otro de nuestros progresos en la búsqueda de Lady Charity. Por lo tanto, se volvió primordial que nos reuniéramos cara a cara.

—Sí, supongo que hay un número limitado de veces que podemos encontrarnos en el umbral de mi puerta o en el palacio. Sin embargo, su excesiva sentimentalidad ha hecho que mi madre oiga campanas de boda. Incluso recordarle su interés por Lady Charity no ha disminuido su entusiasmo; está completamente dispuesta a abandonar la búsqueda de mi amiga con la esperanza de que sus ojos se hayan vuelto hacia mí.

Grace volvió la cabeza y guardó silencio.

Roland notó su angustia y sintió una pequeña punzada de simpatía por las mujeres. Lady Charity había sido borrada de la memoria de la alta sociedad como una vela apagada. Grace probablemente se sentía como una de las pocas personas a las que les importaba que alguna vez la encontraran. Admiraba que Grace estuviera dispuesta a perseverar en esta búsqueda a pesar de tal adversidad social, incluso si eso implicaba participar en un falso cortejo.

Cuando estuviera listo para continuar su búsqueda de una esposa, tendría que actuar con

cautela, para no dejar a Grace con la apariencia de haber sido rechazada, indigna de retener su atención. Como a Thorne le gustaba recordarle, ya no estaba en el campo de batalla, donde una carga valiente te convertía en un héroe. Ya Roland y otros estaban sufriendo por su apuesta irreflexiva. No podía cometer un error similar de nuevo.

Grace respiró hondo y reanudó su conversación.

—Debemos encontrar una mejor manera de comunicarnos en el futuro, una que no se desarrolle bajo la mirada colectiva de la alta sociedad. Pero primero, compartamos lo que hemos aprendido hasta ahora. ¿Habló con Lord Fitzroy como acordamos?

—En efecto. No tenía mucho que ofrecer. Dijo que su familia estaba muy alterada desde el incidente. En cuanto a él, está firmemente convencido de que Lady Charity se fugó con un hombre. Tuve que insistir enérgicamente para que considerara otras explicaciones.

—Nunca entenderé por qué la gente es tan rápida en saltar a esa conclusión, en ausencia total de pruebas que la respalden.

—Es porque es una solución más simple y segura; a la alta sociedad no le gusta que le recuerden los hechos más oscuros de la vida fuera del mundo de los bailes fastuosos y los paseos por el parque. Sin embargo, busqué todo lo que pudiera ser útil. Pip —quiero decir, Lord Fitzroy — notó que Lord Barbour se había ido en un coche de alquiler. Me tomé la libertad de seguir esta información y visitar a Barbour, pero tenía una explicación perfectamente razonable para su comportamiento. ¿Qué hay de sus esfuerzos? ¿Lady Lark aportó alguna luz sobre el asunto?

—Me recordó que Lord Dunstan estaba particularmente prendado de los encantos de Charity y la había seguido toda la noche. Como usted, aproveché la oportunidad de cruzarme en el camino de Dunstan y lo interrogué.

Percy se enderezó, ligeramente sorprendido.

—¿De verdad? ¿Dónde lo encontró?

—Hay vida más allá de los bailes y los paseos por el parque, señor. Me encontré con Lord Dunstan por casualidad durante una conferencia en la Royal Society y lo interrogué sobre sus idas y venidas en el momento de su desaparición. No lo hizo.

—¿Cómo determinó si podía tener a Lady Charity? Espero que no haya sido tan directa como para preguntarle sin rodeos si había secuestrado a su amiga.

Grace resopló con desdén antes de responder en un tono más seco que el suelo.

—*Soy* capaz de sutileza. Solo expresó tristeza por la ausencia de Charity. Y antes de que sugiera que pudo haber mentido, añadiré que cada pensamiento de ese hombre se lee en su rostro... para su desventaja, la mayoría de las veces.

Roland parecía ligeramente escéptico, pero lo dejó pasar.

—Así que estamos en el mismo punto que al principio.

Roland echó un vistazo a su alrededor, buscando inspiración.

—Confieso que esperaba que usted hubiera tenido más suerte que yo, porque realmente no sé dónde buscar una pista a continuación.

Grace tampoco estaba segura. Miró de nuevo fuera del carruaje, examinando los rostros de la gente a su alrededor. Tantos de ellos le resultaban familiares, y sin embargo, ¿qué sabían realmente de cada uno de ellos y de lo que podían ser detrás de puertas cerradas o en sus propios pensamientos?

—Tal vez estemos pensando en la dirección equivocada —murmuró finalmente Grace—. Hasta ahora, solo estamos mirando a los lores y las damas, preguntándonos sobre sus motivaciones. Pero sería difícil —quizás incluso imposible— para un lord o una dama secuestrar a una persona sola sin ser visto. Debe haber algo más en la desaparición de Charity que no

estamos teniendo en cuenta.

Roland asintió.

—Es un punto pertinente. Suponiendo que la dama hubiera sido capaz, se habría resistido... habría hecho ruido, seguramente.

—A menos que la hubieran drogado y no hubiera podido hacerlo —señaló rápidamente Grace.

—En ese caso, entonces, probablemente habría tenido que ser cargada... una tarea bastante delicada, cargar sola a una mujer a través de los jardines o fuera de la casa sin que los sirvientes o los invitados vieran nada.

—Si ese es el caso, significaría que... deben estar involucrados los sirvientes, con o sin el conocimiento de su amo o ama. ¿Sería eso posible?

Grace se volvió hacia Percy.

—¿Eso no situaría siempre la probabilidad de que el culpable esté en la casa de los Fitzroy? ¿Es por eso que murió la doncella? ¿Estaba involucrada de alguna manera? Los Fitzroy se apresuraron a desviar nuestra atención de ellos. ¿Y si hubiera una razón para su comportamiento? Si nadie vio salir a Charity, tal vez aún esté allí.

—No veo cómo sería posible —murmuró Roland—. Registramos la propiedad de arriba a abajo. Incluso puse a mi hombre, Thorne, a buscar en los pasillos de servicio y las dependencias de los sirvientes, sospechando que podrían estar ocultándola. Además, le confío mi vida. Si alguna vez no pueden contactarme, pueden confiar cualquier mensaje a Thorne.

Desde el asiento del cochero, Thorne se llevó la mano al sombrero, pero no se dio la vuelta ni dijo nada.

Grace estudió la espalda del cochero, preguntándose qué otras tareas realizaba Thorne para Lord Percy. Pero no era el momento para tales preguntas. Se estaba distrayendo.

—Si fueran los Fitzroy, ¿por qué habrían hecho tal cosa?

—Me sorprendería que Lord Fitzroy fuera capaz de tal acto de maldad, ya que más bien me agrada —dijo Roland, pensativo—. Una travesura... bueno, eso es otra cosa. ¿Habría querido ganar la apuesta hasta el punto de hacer algo así como una broma? Me cuesta creerlo, y sin embargo...

—¿Está mal que espere que sea verdad? —preguntó Grace—. La muerte de la doncella es una tragedia, y preferiría con mucho pensar que fue un accidente. Una travesura puede ser perdonada, y Charity podría ser devuelta sin haber sufrido daño. Pero si Lord Fitzroy la hizo desaparecer... tal vez a través de uno de sus sirvientes... y no estaba en la propiedad... ¿adónde la habría llevado? ¿Había algún lugar en la propiedad que no se hubiera revisado?

Percy guardó silencio mientras consideraba esta posibilidad.

—¿En otro lugar? Tendría que ser otra propiedad, porque no veo cómo podrían mantenerla oculta allí mismo. Tan ricos como son, seguramente poseen otras residencias en Londres. De hecho, ahora que lo pienso, Pip mencionó una casa en la ciudad.

—¡Debemos ir allí a comprobarlo!

—¿Nosotros?

Era el turno de Percy de arquear una ceja.

—¿Cómo explicaría su ausencia? ¿O planea llevar a su madre con usted?

—Déjeme ocuparme de esa parte. ¿Puede obtener la dirección?

—Creo que puedo averiguarla. De todos modos, tengo que hablar con mi administrador de negocios. Puedo preguntarle si conoce las propiedades de los Fitzroy.

—Excelente. Pida a Thorne que envíe una nota a mi doncella. Se llama Elsie, y también se

puede confiar en ella. Le pediré que salga a tomar el aire mañana a primera hora de la tarde. ¿Digamos a las dos y media? ¿Le da eso tiempo suficiente?

—Tendrá que ser suficiente —respondió Percy—. Pero Lady Grace, debo preguntarle una vez más. ¿Está segura de que es prudente correr tal riesgo con su reputación? A pesar de las apariencias, no tengo ningún deseo de que nos arrastren al altar.

Grace hizo una mueca ante esa imagen. Era temeraria, pero no podía evitar lanzarse de cabeza a esta búsqueda. Sin embargo, no era solo el deseo de aventura lo que la impulsaba a continuar. ¿Cómo explicar su dedicación a Lord Percy?

Recurrió a una terminología que él entendería. Inclinó la cabeza en dirección a Thorne.

—Parece conocer bien a Thorne. ¿Lo acompañó en el combate?

—Sí. Era mi asistente, entre otras cosas —respondió Roland—. Evidentemente, rara vez mi cochero.

—Si le pasara algo... si fuera capturado en el campo de batalla o desapareciera, ¿abandonaría la búsqueda?

—Si hubiera alguna posibilidad de que yo pudiera marcar la diferencia, por supuesto que no —dijo Roland.

Grace no podría haberlo jurado, pero le pareció que su rostro se iluminó ligeramente. Sospechaba que Thorne era más importante para él de lo que dejaba ver. Más importante de lo que debería ser un sirviente. Su estima por este hombre creció ante esta señal de su disposición a ignorar las barreras de clase.

—¿Por qué me pregunta eso? —le preguntó Roland, trayéndola de vuelta al presente.

—Charity no es solo mi amiga más querida aquí. Era mi *única* amiga. En los días previos a nuestra presentación en la corte, imaginábamos juntas cómo se desarrollaría la temporada. Prometí ayudarla a examinar a sus pretendientes en su búsqueda de un partido adecuado. Si la abandono ahora, ¿qué dice eso de mí?

Roland frunció los labios en una mueca, pero asintió con comprensión.

—Enviaré un mensaje. Ahora, hablemos del clima mientras terminamos nuestro paseo para que pueda dar una respuesta honesta a su madre cuando le pregunte de qué hemos hablado.

20



El hombre de negocios de Roland respondió rápidamente a su solicitud, llegando el mensaje en la hora siguiente a su nota. Los Fitzroy poseían no una, sino dos casas además de la finca, aunque una de ellas estaba alquilada, y lo había estado durante algún tiempo.

Bueno, no importaba. La casa de la ciudad de Peregrine, situada entre Covent Garden y Seven Dials, era conveniente para llevar a sus amantes del teatro. Sin embargo, también era un escondite más plausible para una joven debutante.

Suponiendo que Fitzroy fuera culpable de tal broma.

A Roland no le gustaba mucho esto. Le gustaba aún menos la idea de invitar a Grace y a su doncella a un barrio tan sórdido de Londres después del anochecer. Covent Garden por la noche podía ser bastante libertino para una joven dama, incluso peligroso. Neal Street apenas estaba en el límite de un barrio respetable.

—Piensa ir sin ella —dijo Thorne, más una afirmación que una pregunta.

—Parece que usted está tomando residencia en el espacio de mis pensamientos, Thorne —respondió él ligeramente, jugando con la pluma—. Pedirles a las damas que nos acompañen a la casa de la ciudad parece bastante insensato y peligroso en este momento.

—Elsie debería conocer el mercado —le recordó—. Sabrá cómo proteger a la dama. Además, creo que Lady Grace se molestará si no le envía ninguna palabra.

—Como usted diga —cedió, y rápidamente, escribió una sola línea en un trozo de papel.

Solo la dirección y una hora, sin destinatario, para evitar que terminara en manos de su madre. Más bien esperaba que no pudieran reunirse con ellos en la casa de la ciudad, de todos modos.

Media hora después del atardecer. Neal Street.

—Dígale el número de la casa en persona.

Le dio el trozo de papel a Thorne, quien lo leyó antes de doblarlo y meterlo en su bolsillo. Roland sabía que lo había memorizado. Lo había hecho en el frente con correspondencias mucho más largas. Thorne siempre se aseguraba de que los mensajes llegaran.

Thorne asintió a su amo.

—Entregaré esto en mano a la doncella de la dama.



Covent Garden, como era de esperar, comenzaba a animarse cerca de los pubs, pero la multitud

aún no había aumentado con los hombres de después de la hora, y el ambiente aún no se había vuelto tumultuoso. Aunque, notó Roland, apestaba a orina en algunos lugares.

Él y Thorne iban lado a lado en un coche de alquiler, haciéndose pasar por dos sirvientes que salían para una noche de diversión. Roland había tomado prestada ropa de Thorne para esta excursión, agradecido de que fueran tan similares en talla, y también había cogido el sombrero del hombre, bajándolo sobre sus ojos por temor a ser reconocido por alguien.

A la luz de las lámparas, los ojos de Thorne brillaban de anticipación, y Roland sonrió, reconociendo también en sí mismo ese creciente sentimiento de emoción. Esta frivolidad e intriga londinense no era algo que un militar debiera querer soportar en exceso. Lo echaba de menos... ese sentimiento de propósito. De acción. Aunque fuera un poco menos satisfactorio invadir la casa de la ciudad de Fitzroy que, digamos, Francia, seguía siendo mejor que estar en un baile.

Roland pidió al coche que se detuviera en Seven Dials. Desde allí, caminarían.

Él y Thorne retrocedieron casualmente desde los límites de los barrios bajos, acercándose con cautela a su destino. Pronto, encontraron la casa de la ciudad de Fitzroy, una modesta vivienda de tres pisos de ladrillo con rejas de hierro decorando las bien proporcionadas ventanas. Un pórtico clásico marcaba la entrada principal, con pilastras pintadas de blanco enmarcando la puerta. Una hilera de casas similares flanqueaba la de Fitzroy. Todas tenían escalones bien barridos y ventanas lavadas. Estaba un escalón por encima de los barrios bajos, pero por debajo de las casas más de moda más cerca de Covent Garden.

Thorne hizo un gesto a Roland para que lo siguiera. Caminaron por la acera, dando toda la apariencia de indiferencia a su entorno. Cuando llegaron a un callejón estrecho entre dos casas, Thorne dirigió a Roland para que entrara. Lo siguieron hasta el camino de tierra que bordeaba los jardines traseros de las casas de la ciudad. Allí, giraron de nuevo, contando las parcelas hasta que llegaron a la parte trasera de la propiedad de Fitzroy.

Una valla de madera bordeaba el estrecho jardín. Thorne tiró de la puerta y se sorprendió cuando se abrió sin hacer ruido.

—Las bisagras están bien engrasadas.

Tuvieron cuidado de revisar el jardín en busca de cualquier señal de presencia antes de deslizarse por el camino hacia la parte trasera de la casa. Grandes puertas de cristal, cubiertas por cortinas, probablemente conducían a un estudio o comedor. Los hombres las ignoraron, optando en su lugar por caminar hacia el costado de la casa, donde encontraron un simple conjunto de escaleras de hormigón que conducían a la cocina. Allí, encontraron la puerta de servicio y hábilmente forzaron la cerradura.

—Algún día tendrá que decirme dónde aprendió esta habilidad —murmuró Roland.

Era una vieja broma entre ellos. Roland conocía la respuesta, o al menos sabía lo suficiente. Thorne no siempre había estado empleado por la familia Percy, y dadas algunas de las habilidades de Thorne, Roland sospechaba que la infancia de Thorne probablemente no había sido muy diferente de la de algunos de los chicos carteristas que infestaban el mercado después del anochecer. Era una vida dura para esos chicos, y muchos de ellos no llegaban a la edad adulta.

Con la puerta desbloqueada, esperaron alguna señal de que la casa pudiera estar habitada: una pregunta llamada, pasos, cualquier movimiento. La casa estaba en silencio.

—Supongo que ahora esperamos —dijo Thorne a regañadientes, ya que las damas aún no habían llegado.

—¿Esperar qué? —vino una pregunta descarada desde las sombras detrás de ellos.

Los dos hombres se giraron, encontrando a Elsie y Grace subiendo por el camino, envueltas en capas oscuras. Fue Elsie, Roland se sorprendió al notarlo, quien había hablado. Su estimación de la mujer que creía que era solo una tímida y risueña doncella subió unos cuantos grados.

—Lady Grace —la saludó suavemente, incapaz de olvidar completamente sus modales.

—*Shh*. ¡No debería llamarme lady nada aquí! —replicó ella con un gesto de la mano.

Al igual que él, claramente había tomado prestada la ropa de una sirvienta, pero en ella le quedaba mal; la dueña era unos centímetros más alta y tenía una figura más redondeada.

—Entremos antes de que nos noten o nos oigan —les recordó Thorne, y se escabulleron por la entrada de servicio hacia un vestíbulo estrecho.

Encontraron algunas velas en candelabros sencillos, y Roland encendió una y se la pasó a las mujeres.

Todos estaban en silencio, escuchando, pero la casa estaba mortalmente tranquila y olía a moho y desuso. Las esperanzas de Roland de encontrar algo aquí se desmoronaron inmediatamente; dudaba mucho que Fitzroy hubiera estado aquí en semanas, si es que había venido en absoluto esta temporada. Sin embargo, perseveró, tomando el control de la situación.

—Thorne, cubre esta salida hasta que hayamos inspeccionado el siguiente piso. Señoras, vayan juntas y registren las habitaciones en el piso más alto. Yo revisaré este nivel y el de arriba.

—Pero... —siseó Grace.

Elsie, sin embargo, la hizo callar y tiró del brazo de su señora, llevándola escaleras arriba, abriendo el camino con una suave luz de vela. Roland las siguió, deteniéndose en el primer piso mientras ellas continuaban hasta el segundo. Encendió la otra vela e hizo un rápido recorrido por el piso. Solo había dos habitaciones: una sala de estar de tamaño decente y un estudio.

Mientras bajaba de nuevo a la planta baja, un sonido amortiguado de metal golpeando ladrillo resonó desde abajo. Viendo a Roland casi de vuelta, Thorne maldijo y se precipitó inmediatamente por las escaleras que conducían al sótano. Compartiendo casi sus pensamientos, Roland se dirigió a la planta baja, tanto para revisar la entrada principal como para ver si había otra escalera principal que llevara al sótano.

La planta baja estaba vacía, y como la casa de la ciudad era bastante pequeña, la escalera que Thorne había tomado era la única que llevaba al sótano. La cocina estaba claramente abajo, y la entrada de servicio al lado había sido diseñada de manera práctica, abriéndose bastante ordenadamente al comedor. Había un alboroto abajo, lo suficientemente fuerte como para llamar la atención de Elsie y Grace.

—Quédense arriba —les ordenó.

Viendo que no había nadie más alrededor, se sintió lo suficientemente seguro para dejar a las mujeres y bajar para asegurarse de que Thorne no estuviera abrumado.

Al precipitarse abajo, se sorprendió al encontrar a Thorne forcejeando no con uno, sino con dos jóvenes que luchaban por liberarse. Inmediatamente se adelantó para agarrar al más cercano.

—¡Calma, calma! —gritó, tratando de apaciguarlos.

—Cuidado, has agarrado al más rebelde —le advirtió Thorne, ahora envolviendo sólida pero suavemente los brazos del otro con sus dos manos—. Los sorprendí tratando de escabullirse por el conducto del carbón.

El rebelde, como Thorne llamaba al chico, inmediatamente intentó morder el brazo de Roland que lo sujetaba. Roland agradeció al cielo llevar un abrigo de lana bastante grueso y áspero, ya que los dientes apenas hicieron más que pellizcar.

—Para eso —dijo, sacudiendo brevemente al niño—. No vamos a hacerte daño. ¡Ay!

El niño de Thorne tiró breve e ineficazmente de sus ataduras, pero un niño de ocho o nueve

años tenía pocas esperanzas de liberarse del agarre de Thorne y pronto se rindió. El de Roland, sin embargo, era realmente feroz, y después de tomar un bocado de lana, procedió a darle patadas en las espinillas.

—Cambiemos —murmuró Thorne, y empujó al dócil hacia Roland, extendiendo ambas manos para levantar al otro niño de sus pies. Suspendido en el aire, uno de los brazos de Thorne envuelto alrededor de su pecho sujetando sus muñecas, el otro alrededor de sus flacas piernas como si estuviera cargando un haz de leña, el niño se retorció un poco como un pez fuera del agua.

—Suéltenlo —dijo el joven, un chico en los brazos de Roland—. Solo buscábamos un lugar para refugiarnos del frío. ¡Nos iremos si nos dejan ir!

—No están en problemas; no vamos a hacerles daño —repitió Roland—. Solo buscábamos algo. Si tu amigo se calma, podremos hablar.

—Ustedes son ladrones —dijo el chico, sus ojos agrandándose en su rostro manchado de carbón.

Su compañero, todavía suspendido en los brazos de Thorne, se quedó quieto, como si percibiera una amenaza.

—No, no lo somos. Estamos buscando a una joven mujer. ¿Cuánto tiempo llevan ustedes dos aquí? ¿Ha habido alguien más por los alrededores?

—Nadie —respondió finalmente el chico después de una larga pausa—. Hemos estado durmiendo aquí durante unos diez días. Y vigilamos el lugar durante más tiempo que eso, para asegurarnos de que estuviera vacío.

Eso coincidía con los pensamientos de Roland, y suspiró.

—Dile a tu amigo que deje de mordernos, y Thorne lo bajará.

El chico no preguntó.

—No lo hará —prometió—. Siempre y cuando no me hagan daño.

Thorne bajó al otro niño, y los dos se aferraron el uno al otro. Ahora que estaban de pie uno al lado del otro, podía ver un parecido familiar mientras ambos lo miraban fijamente, inseguros de lo que sucedería a continuación. Hermanos, sin duda.

—¿No tienen padres? —preguntó Thorne suavemente, y los dos niños volvieron a mirarlo con los ojos abiertos de desconfianza.

—Muertos —dijo finalmente el segundo niño de manera escueta.

Thorne inclinó la cabeza hacia el niño impetuoso y lanzó una mirada significativa a Roland, quien fingió ignorarla.

—¿Qué está pasando?

La voz de Grace flotó por las escaleras, precediendo su entrada al sótano. Ella y Elsie evaluaron rápidamente la situación.

—¡Oh!

—¿Huérfanos? —adivinó Elsie, y Thorne asintió.

—¡Huérfanos! ¡Qué terrible! —dijo Grace, cubriéndose la boca con ambas manos.

—La... Grace —dijo Roland, tropezando cuando casi revela automáticamente su título, desviando su atención de los niños sucios—. ¿Encontraron algo importante arriba?

Grace negó con la cabeza, apenada.

—Nada. Todo está cubierto de sábanas y polvo. Nadie ha estado aquí en mucho tiempo.

El rostro del pilluelo se tornó calculador.

—*Ustedes* no son ladrones... ¡son aristócratas! Probablemente usted sea una dama. ¡Oh, van a tener muchos problemas por estar fuera después del anochecer! Si nos dejan ir, no le diremos

nada a nadie.

Una sonrisa burlona torció el rostro de Thorne, y cruzó los brazos sobre su pecho, fingiendo indiferencia.

—Incluso si supieras quién es ella, nadie te creería, mocoso.

Luego sacó la bolsa de Roland del bolsillo del niño y se la lanzó a su empleador.

Con un suspiro interno, la volvió a meter dentro de su cinturón.

—Deberíamos irnos antes de que nos descubran a todos.

—Pero ¿qué haremos con estos niños? —dijo Grace—. De alguna manera, debemos llevarlos con nosotros. Elsie, ¿cree que podríamos...?

Elsie negaba con la cabeza.

—No, señorita. No puede llevar a estos dos con nosotros. No a casa de su padre, incluso si pudiera confiar en que fueran silenciosos y se comportaran bien. Lo cual no puede...

Su desaprobación era evidente mientras miraba a los niños con una mezcla de compasión y entendimiento.

Grace se volvió hacia Roland, sus ojos ya llenos de súplica. Iba a pedirle que se llevara a los niños; él lo sabía.

—Los llevaremos con nosotros —vino la respuesta, pero no de la fuente que Grace esperaba.

Ella giró, su capa arremolinándose en el polvo, mientras miraba boquiabierta a Thorne, quien había respondido en lugar de su amo. Se volvió hacia Roland para ver cómo tomaría esta sorprendente afirmación, pero Roland sonreía con un aire un poco burlón, como si lo esperara.

—Los llevaremos con nosotros —confirmó, haciendo eco a Thorne.

—Escuchen. No pueden simplemente decidir que mi hermano y yo nos iremos con ustedes.

Unos brazos delgados se cruzaron desafiantes sobre el viejo saco que servía de camisa.

—Oh, ¿en serio tienen un lugar más agradable adonde ir? —se burló Thorne—. ¿Prefieren robar comida y dormir en el polvo de carbón en lugar de hacer un trabajo honesto como lavar y cuidar caballos? —preguntó, tirando del cabello sucio del niño.

—Sabemos todo sobre los caballos —susurró el niño tímido a su hermano, con aire esperanzado.

El otro niño todavía parecía terco, pero el hambre parecía quitarles toda combatividad. Si estos niños sabían cuidar caballos a su edad, probablemente no llevaban mucho tiempo siendo huérfanos. Las posibilidades de que aprendieran a sobrevivir robando durante el invierno eran escasas, y Roland y Thorne estimaban que ambos eran conscientes de ello.

—Thorne, llévelos con usted y ocúpese de alimentarlos y lavarlos —dijo—. Si se escapan de nuevo, al menos lo harán con el estómago lleno.

—Por supuesto —asintió Thorne.

Pero ambos hombres sabían que después de dos comidas, estos niños salvajes estarían domesticados.

21



Tras la partida de Thorne y los niños, Elsie, Grace y Roland se quedaron en la cocina vacía de la casa de la ciudad. Impulsada por la desesperación, Grace inspeccionó nuevamente la habitación en busca de algún indicio de ocupación reciente. Todo lo que vio fueron encimeras vacías sombreadas por una fina capa de polvo. Su ánimo decayó. Una vez más, su investigación se topaba con un callejón sin salida.

La mente de Grace daba vueltas, buscando nuevas ideas sobre dónde podría estar Charity. Ya habían descartado varias posibilidades. Charity no se había fugado. Las comprobaciones sobre quienes habían apostado contra Lord Percy no habían dado resultado. Su segundo pretendiente más ardiente, Lord Dunstan, estaba tan desconcertado y confundido como todos los demás.

Elsie debió sentir la angustia de su señora, pues extendió la mano para apretarle el brazo.

—Lo siento mucho que no hayamos encontrado a Lady Charity.

Grace dirigió una suave sonrisa de agradecimiento a su doncella, agradecida de tener al menos su presencia como apoyo. La alta sociedad prefería actuar como si sus sirvientes no existieran, excepto cuando los necesitaban, pero Grace nunca había sucumbido a esa forma de pensar altiva. Sin el azar del nacimiento, ella y Elsie podrían haber estado en el lugar de la otra.

El estómago de Grace se revolvió. ¿Y si esa era la respuesta? ¿Habría actuado un sirviente por celos y secuestrado a Charity? Le planteó la pregunta a Percy.

—Es una suposición razonable, pero no creo que sea el caso —respondió él después de un momento de reflexión.

—¿Por qué no? Ya estamos de acuerdo en que si el secuestrador de Charity es un miembro de la alta sociedad, habría necesitado la ayuda de sus sirvientes para llevársela. ¿No es posible que los sirvientes hayan actuado solos? No estoy lanzando acusaciones —se apresuró a añadir, lanzando una mirada a Elsie—. Hay gente buena y mala en todos los niveles de la sociedad.

—En efecto. Según mi experiencia, una gruesa capa de oro puede ocultar incluso el peor de los males. Pero nos estamos desviando. Responda a esto, Lady Grace. ¿Cuántos sirvientes trajo su familia al baile de los Fitzroy?

—Dos. Elsie y Grantham, nuestro cochero. La doncella de mi madre se quedó en casa.

—Excelente.

Se volvió hacia Elsie.

—Usted pasó la mayor parte de la noche en compañía de los demás sirvientes. ¿Diría que los otros invitados trajeron un contingente de ayuda similar?

—Sí, señor —respondió Elsie inclinando la cabeza—. Nosotras, las doncellas, nos quedamos en el salón. Grantham dijo que estaba deseando jugar algunas partidas de cartas mientras

esperaba. Los hombres tenían más libertad ya que estaban fuera, por su cuenta.

—Los hombres siempre tienen más libertad —murmuró Grace para sí.

—Los cocheros pueden moverse con más libertad, pero no olvide que los dejaron en el frío, mientras que las doncellas se quedaban al calor arriba. Pero nos estamos desviando. No veo ninguna manera en que una sola persona, hombre o mujer, pudiera haberse escapado con Lady Charity sin ser vista. Si fuera una operación militar, enviaría al menos a cuatro hombres para llevar a cabo la tarea. Uno para vigilar el frente, uno para la retaguardia, uno para llevar a la joven, y uno para hacer frente a cualquier problema que pudiera surgir.

Roland pasó su mirada entre Grace y Elsie.

—¿Se habrían reunido cuatro cocheros de cuatro casas diferentes para secuestrar a la debutante estrella de la temporada?

Cuando lo presentaba así, Grace tenía que admitir que tenía razón. La historia era demasiado descabellada para ser creíble.

Lord Percy seguía hablando.

—Si buscamos un grupo de sirvientes, deberían ser parte de la casa de los Fitzroy. Esa noche, hasta donde yo sé, todos los sirvientes estaban presentes. Los requisé para que nos ayudaran a revisar la casa y los alrededores. Puedo preguntarle a Fitzroy, pero dudo que haya tenido cuatro personas que dejaran su servicio en los días siguientes. Los Fitzroy ciertamente no han ganado nada con la partida de Lady Charity. Su reputación incluso se ha visto más bien perjudicada.

—También está la cuestión del rescate —dijo Elsie en voz baja.

Sus mejillas se sonrojaron de vergüenza por haber hablado sin que se lo pidieran. Grace la animó a explicarse.

—Los sirvientes no tienen mucho dinero. Si hubieran secuestrado a la señora, querrían mucho más que unas pocas libras y alguna moneda extranjera.

—Volvemos a la alta sociedad.

Percy hizo una mueca y se pasó la mano por la cara.

—Tenemos que pensarlo de nuevo, empezando por la pregunta eterna. *Cui bono*?

—¿A quién beneficia el crimen? —lanzó Grace.

Frunció el ceño cuando Percy retrocedió sorprendido.

—No soy inculta, señor.

—Discúlpeme, señora. La última vez que comprobé, la mayoría de las mujeres no estudiaban latín antiguo como parte de su educación. Ya que entiende la pregunta, puede ayudarme a responderla. Los Fitzroy no han ganado nada con la desaparición de Charity. Ni usted ni yo nos hemos beneficiado. Hemos descartado a los sirvientes y a los pretendientes. ¿Quién queda?

Se quedó mirando al vacío, contemplando la pregunta.

Grace no necesitaba tanto tiempo. Ya había oído lenguas agitarse sobre el hecho de que su propia estrella estaba en ascenso con Charity fuera del cuadro. A Grace le importaba poco el título de diamante de la temporada, pero muchas otras chicas no pensaban así.

Sin embargo, el acto gritaba desesperación. ¿Cuántas debutantes solo tenían medios para una temporada? ¿Quién estaba al borde de una vida dejada en el estante? Con Charity acaparando la atención de los hombres, las otras mujeres corrían el riesgo de no encontrar partido. No era difícil creer que una joven al borde de los nervios pudiera hacer algo para apartar a Charity.

—Quizás no sean los hombres los que querían poner fin a su cortejo —dijo.

Percy bajó la cabeza para encontrarse con su mirada.

—¿Las debutantes? ¿Cree usted que una mujer podría estar detrás de todo esto?

—Seríamos tontos si ignoráramos esa posibilidad —respondió ella—. Charity no tenía prisa

por expresar una preferencia entre sus numerosos pretendientes. Así, los hombres permanecían a su lado con la esperanza de llegar a la cima. Usted mismo entre ellos, Lord Percy. ¿Con cuántas otras debutantes ha bailado esta temporada?

—Una.

Grace frunció el ceño. Su atención hacia Lady Charity había sido singular.

Percy tosió en su mano.

—Usted, Lady Grace. ¿O ha olvidado tan rápido nuestro momento en la pista de baile?

Grace lo desestimó con un gesto.

—Eso apenas cuenta, dado que solo me invitó a bailar porque Lord Fitzroy le obligó. Y porque quería acosarme con preguntas sobre mi amiga. Sin embargo, ha probado mi punto. Con Charity fuera, los hombres mirarán a otra parte.

—Todavía no puedo imaginar cómo una debutante inocente podría organizar la logística necesaria, pero ya que no tengo una mejor sugerencia, investigaremos esta posibilidad. ¿Tiene alguna idea de por dónde empezar? Tal vez podría hacer una ronda de visitas para informarse.

—Me tomaría días visitar a todo el mundo, suponiendo que pudiera lograr tal hazaña con mi madre a mi lado. El tiempo apremia. Debemos abordar esta tarea juntos, comenzando mañana por la noche en el baile del Regente. Tendrá que romper su regla tácita y pedir a las mujeres que le reserven un baile. Vea si dejan escapar alguna palabra negativa sobre nuestro diamante.

Percy frunció los labios pero no dijo que no.

—¿Y usted? ¿Va a mirar desde el borde de la pista con expresión de corazón roto? Se supone que debo cortejarla, ¿o lo ha olvidado?

—No lo he olvidado, aunque he *intentado* muchas veces apartar ese pensamiento de mi mente. A diferencia de usted, no tengo prisa por terminar mi paso por el mercado matrimonial. Uno se pregunta por qué tanta urgencia. ¿Tiene algún lado oscuro de su personalidad que intenta ocultar?

Lord Percy apretó la mandíbula. Grace había tocado un punto sensible, pero no sabía qué pensar de ello.

—Me gustaría pensar que mi personalidad no está en cuestión aquí. Vamos, estamos perdiendo el tiempo con comentarios inútiles.

Sacó su reloj del bolsillo y consultó la hora.

—Se está haciendo tarde. Debe volver a casa antes de que las calles se vuelvan peligrosas.

Grace retrocedió ante su tono altivo. Cualquier comodidad que hubieran encontrado en su comunicación había desaparecido, y su comentario irreflexivo era la causa. Quería disculparse, pero temía que solo empeorara las cosas. En su lugar, recurrió a su táctica de mantener la mirada baja y asentir a todo lo que se decía.

—Venga, Elsie. Podemos alquilar un coche de alquiler cerca de Covent Garden.

Él levantó una mano.

—Espere. ¿No vinieron en su carruaje?

—¿Cómo explicaría mi petición a Grantham? "Le ruego, señor, ¿puede dejarnos en Seven Dials? Ah, y no se lo mencione a mis padres".

Grace resopló.

—Como dije antes, los hombres tienen toda la libertad. Elsie y yo tenemos suficiente dinero para volver a Mayfair. No tiene que preocuparse por nosotras.

—No me preocuparé porque las acompañaré a casa —respondió Percy.

—¿*Acompañarnos*? —La voz de Grace se volvió casi estridente—. Si me ven bajando de un carruaje con usted y sin un acompañante adecuado, ¡mejor publicar las amonestaciones de una

vez!

—¿Y si alguien la ve en Covent Garden?

Puso sus manos en las caderas y se inclinó hacia ella.

—¿Cómo explicará estar fuera de casa, vestida como una criada en su día libre? Ya no tendrá que preocuparse por las amonestaciones, ni ahora ni en el futuro, cuando su reputación esté hecha jirones.

—Disculpe, señora —dijo Elsie con un tono tranquilo y pragmático—. Podría dejarnos a una calle de distancia, y podríamos entrar por el callejón. Nadie nos prestará atención tan lejos de su casa.

—Por fin, una voz de la razón —suspiró Percy, añadiendo su acuerdo.

Grace adoptó la misma postura que él.

—Por favor, no se atribuya el mérito. Su plan era tan imperfecto como el mío.

El trío partió por el mismo camino que a la llegada. Roland hizo una señal para detener un coche de alquiler que pasaba y ayudó a las mujeres a subir al vehículo. Las siguió, eligió el asiento opuesto y corrió las cortinas de las ventanas para bloquear el exterior.

Grace abrió la boca y observó cómo su aliento formaba una nube en el frío aire de la noche primaveral. Se acercó más a Elsie, tanto por su calor como para alejarse de las largas piernas de Percy. Su mirada ardía en deseos de estudiarlo, pero se obligó a apartarla. El hombre ya tenía una opinión bastante alta de sí mismo. Además, su forma de vestir y la fuerza de su silueta no suponían ninguna diferencia para ella. Sus modales autoritarios lo excluían de su consideración. Su futuro marido, quienquiera que fuese, la trataría con el respeto debido a una igual.

Y así, recorrieron la corta distancia entre los límites de los barrios bajos de Londres y los esplendores de Mayfair en silencio. Cuando el carruaje se detuvo en el lugar acordado, Grace bajó los escalones y se alejó sin mirar atrás ni una sola vez.

Pero el recuerdo de Roland Percy, desplomado en el asiento manchado del coche de alquiler, con la frente arrugada en reflexión, persistía.

22

El baile del Regente, celebrado en Carlton House, era el punto culminante de la temporada social. Organizado por el Príncipe Regente, el evento era la personificación misma de la elegancia y la exclusividad. Al menos, eso era lo que Thorne le había dicho entre carcajadas, mientras le ayudaba a anudar su corbata en cascada, casi sin poder hablar de tanto que se burlaba de él.

Aunque Thorne lo tratara de bárbaro, ni siquiera Roland se atrevía a desviarse de un estricto respeto al código de vestimenta y conducta. Se lo había recordado en numerosas ocasiones mientras se vestía para la ocasión con su mejor frac de seda y pantalones ajustados de seda negra. Había sufrido la indignidad de dejar que Thorne le anudara la corbata en la elaborada cascada de moda entre el séquito del Príncipe Regente. El resultado, que lo hacía parecer un ridículo loro, había provocado en Thorne un ataque de risa.

No hace falta decir que Roland se dirigió a sus establos ya de mal humor.

Cuando abrió bruscamente la puerta de madera para ir a buscar su caballo, lamentó inmediatamente su arrebato. Había olvidado por completo que Thorne había instalado allí a los dos pilluelos para pasar la noche. Como esperaban, la promesa de comida fácil les había impedido desaparecer de nuevo en las calles.

Como ratas, los dos niños se precipitaron inmediatamente hacia las sombras. Pero seguían allí; podía sentir sus miradas sobre él. Y parecía que el ratón no había mentido después de todo. Su pura sangre había sido bien cepillado y esperaba en su cajón, correctamente ensillado, listo para partir. El caballo castrado alazán de Thorne, en el cajón vecino, parecía igualmente bien cuidado y contento, aunque su montura no había sido ensillada.

Verificando las hebillas, Roland se dirigió a los rincones oscuros:

—Lamento haberlos asustado. Gracias por cuidar de mi caballo.

—¿Cómo se llama? —preguntó una vocecita detrás de un montón de paja.

Roland esperó, acariciando el hocico de terciopelo oscuro de su caballo hasta que la cabeza del ratón apareció donde podía verla. El rostro del chico aún estaba demacrado y un poco sucio, pero evidentemente había hecho uso del baño y de uno de los conjuntos de ropa que Thorne había comprado en un puesto de ropa de segunda mano. Le quedaban un poco grandes, pero por ahora servirían.

—Este se llama Arion —le dijo al niño—. La bestia de Thorne se llama simplemente "Caballo". ¿Y ustedes? ¿Cómo se llaman?

—¿Yo, señor? —dijo el chico, recordando de repente el rango de Roland—. Me llamo Wes. Él es Will —añadió señalando el montón de paja donde aparentemente el niño feroz aún se

escondía fuera de la vista.

—¿Will, eh? —murmuró suavemente Roland asintiendo con la cabeza, montando su caballo —. Debo irme. Buenas noches a los dos; los veré cuando regrese.

En el fresco aire nocturno, el suave resplandor de las lámparas de gas arrojaba una cálida luz parpadeante sobre las calles empedradas de Londres. A medida que Roland se acercaba, el ritmo del repiqueteo de los cascos de los caballos tirando de los carruajes resonaba a lo lejos, anunciando la llegada de otros invitados distinguidos.

Las características arquitectónicas clásicas de Carlton House aparecieron, mostrando una grandeza digna de su ubicación en Pall Mall. Altas columnas corintias sostenían la entrada, y una fila de guardias uniformados se mantenía en posición de firmes, asegurándose de que solo aquellos con una codiciada invitación pudieran entrar.

Al acercarse, Roland distinguió el murmullo de las animadas conversaciones y los acordes de un minué que escapaban de las altas ventanas. La entrada bullía de lacayos con librea, caballeros impecablemente vestidos y damas elegantemente ataviadas, sus vestidos a la moda y sus siluetas adornadas con joyas que atraían la mirada.

Había llegado unos minutos más tarde de lo previsto, pero según su reloj de bolsillo, eran casi las diez y media. Grace, según la correspondencia que había enviado a través de Elsie, había planeado llegar un poco más temprano, y se preguntaba si ya había tenido mucha suerte. Pero probablemente no; la noche aún era joven. Después de cruzar la entrada, Roland se dirigió a la pista de baile para ver qué podía sacar en claro y elegir sus objetivos.

El salón de baile estaba mucho más animado de lo que Roland había imaginado, y por un momento se sintió perdido. Pero poco a poco, las cosas se pusieron en orden. Había un grupo de mujeres jóvenes de pie al borde de la pista, evidentemente haciendo tertulia, de cierta manera. La joven rubia en el centro del nudo de vestidos era una criatura coqueta, y recordó cómo había intentado hacerlo bailar con ella en un baile anterior de la temporada.

Aquella noche había evitado caer en su trampa, pero hoy era diferente. La joven provenía de una familia de nombre prestigioso, evocando honores pasados para enmascarar su actual escasez de fondos. La mala gestión financiera de su padre explicaba por qué estaba en su tercera temporada. Pocos hombres podían permitirse casarse por amor y belleza en lugar de por la promesa de una dote. No era de extrañar que hubiera hecho un intento tan audaz por llamar la atención de Roland.

Sin embargo, estando en su tercera temporada, podría poseer una riqueza de otro tipo que las debutantes novatas no habían acumulado. Lady Elizabeth era una joven astuta, y Roland habría apostado su propio título a que disponía de una red de chismes que rivalizaba con la de cualquier otro en la aristocracia británica.

—Lady Elizabeth —la saludó, y el grupo de sus amigas soltó risitas y pestañeó en su dirección.

Roland las ignoró.

—¿La temporada la está tratando bien?

—¡Lord Percy!

La joven presionó sus dedos contra su pecho, atrayendo por supuesto la atención hacia su escote.

—La temporada ha sido bastante emocionante hasta ahora este año, lo admito, mucho más que el año pasado. Por supuesto, todo esto palidece en comparación con este momento, ¡ya que creo que es la primera vez que lo veo en Carlton House!

El tono meloso de Lady Elizabeth le crispaba los nervios, pero la necesidad hacía la ley.

—En efecto, Lady Elizabeth. Es mi primera visita. ¿Viene usted regularmente a estos eventos?

—En cada ocasión —respondió la joven con una sonrisa coqueta.

—Quizás entonces le gustaría bailar conmigo. Podría contarme todo lo que un nuevo visitante debería saber —dijo Roland, haciéndole una pequeña reverencia y ofreciéndole su mano.

Una de las amigas de Lady Elizabeth dejó escapar un pequeño grito de alegría, pero la dama mantuvo un rostro sereno y triunfante al aceptar su mano y dejar que la condujera a la pista de baile.

—Adoro estos eventos —le dijo alegremente Lady Elizabeth, batiendo las pestañas—. Lo mejor de la alta sociedad está reunido y se puede ver fácilmente lo que sucede. ¿Quién está enamorado? ¿Quién ya no lo está? ¿Quién está en desgracia? Todas esas cosas.

Roland le sonrió amablemente desde el otro lado de la línea, esperando su próximo turno para responder. Cuando el baile los reunió de nuevo, dijo:

—Me inclino ante su experiencia, Lady Elizabeth. Pues yo no soy alguien que note ese tipo de cosas. Quizás en mi detrimento, ya que imagino que ha habido muchos chismes esta temporada.

Ella hizo un mohín apenas perceptible ante la poca atención que le prestaba, pero solo ligeramente, pues él había acertado: Lady Elizabeth adoraba los chismes.

—Oh sí, ha sido muy entretenido —parloteó la joven.

Cada vez que se encontraban, ella le llenaba los oídos de trivialidades señalando con la barbilla los rostros a su alrededor. Se decía que el hijo de Lord Winthrop había acumulado una deuda considerable apostando en las carreras de caballos. Lady Katharine había roto un acuerdo matrimonial, y todos especulaban sobre la causa: ¿amor o escándalo? Aunque trataba de fingir interés, era difícil concentrarse en cosas tan triviales.

Hacia el final del baile, ella captó bruscamente su atención.

—Lord Percy, con todo el respeto que debo a las modas actuales, ¿no encuentra la elección del color del vestido de Lady Grace bastante... audaz para la temporada? Ciertamente es una declaración, pero no se puede negar que atrae la mirada.

—¿Lady... Grace? —tartamudeó algo torpemente, desconcertado—. No la he visto esta noche para formarme una opinión al respecto.

Lady Elizabeth echó un vistazo alrededor, con tono especulativo.

—La vi antes. Tal vez haya salido a tomar aire.

—Tal vez —murmuró él, decidido a buscar a Grace.

—Hay muchas especulaciones sobre usted y Lady Grace. ¿La está cortejando?

—¿Cortejarla...? No exactamente —dijo Roland, tomado por sorpresa por la pregunta.

Se salvó de más disimulos por un cambio de pareja. No era en absoluto así como había anticipado que se desarrollaría la conversación. Había esperado que Lady Elizabeth difundiera chismes sobre Lady Charity, no sobre sus perspectivas actuales. Cuando Lady Elizabeth volvió a su lado, tenía una explicación preparada.

—Lady Grace ha sido muy afectada por la desaparición de su amiga.

—¡Sin cortejo! Entonces, me atrevo a decir que la temporada sigue llena de posibilidades para usted, Lord Percy.

La joven inclinó la cabeza hacia atrás, exponiendo una extensión de piel cremosa, implicando claramente que estaría encantada de ser considerada una de esas posibilidades.

Roland no respondió de inmediato, distraído. Desde que Lady Elizabeth la había

mencionado, escrutaba la sala en busca del rostro de esa dama en particular, un rostro que no veía.

Se volvió a concentrar en su pareja de baile y adoptó un enfoque más directo con la única apertura ofrecida.

—Quizás, Lady Elizabeth. Aunque debo confesar que una parte de mí está profundamente preocupada por la repentina desaparición de Lady Charity. Dígame, ¿comparte usted la opinión común de que podría haberse fugado con un hombre, o percibe otras fuerzas en juego? Su perspectiva sería muy apreciada.

Los ojos de Lady Elizabeth se agrandaron ligeramente ante sus palabras, un destello de sorpresa cruzando sus delicadas cejas.

—¿Otras fuerzas, Lord Percy? Debo admitir que ese pensamiento no me había pasado por la mente. Sí, quizás ha habido murmullos de envidia hacia Lady Charity. Ser nombrada el diamante de la temporada no es una pequeña hazaña, después de todo. Pero ¿sugerir que esta envidia podría llevar a... otras fuerzas en juego? Por favor, ¿qué está insinuando exactamente?

Roland apretó ligeramente la mandíbula, reflexionando antes de responder.

—Mis disculpas, Lady Elizabeth. No es un secreto para nadie que las numerosas bendiciones de Lady Charity han dado que hablar, y estoy seguro de que ha oído que no todos están a su favor. Solo me pregunto... ¿ha observado casos particulares de envidia que podrían haber escalado más allá de simples murmullos?

—¿Escalar...?

Por un instante, la dama pareció casi conmocionada, luego forzó una pequeña risa.

—¡Oh, Lord Percy! Quizás ha escuchado demasiado tiempo los rumores que se propagan sobre fugas amorosas y salidas dramáticas. Si me lo permite, especular sobre las alianzas u otras cosas que Lady Charity podría haber hecho es indigno de nosotros. Creo que deberíamos centrarnos en la compañía presente y las deliciosas oportunidades que ofrece. ¿No está de acuerdo?

A juzgar por la expresión ligeramente tensa y perpleja en el rostro de Lady Elizabeth, Roland no estaba seguro de que ni siquiera su pareja de baile estuviera de acuerdo en el deleite que se podía encontrar en la compañía presente. Pero asintió, sonrió cortésmente y no habló más de Charity, ni de nada más. No podía, por nada del mundo, pensar en algo encantador que decir para reavivar la conversación.

El silencio se extendió entre ellos mientras terminaban el baile. Cuando los músicos iniciaron el último floreo, Roland se detuvo y le hizo una pequeña reverencia.

—Le agradezco, Lady Elizabeth, por su compañía.

Tardíamente, se dio cuenta de que quizás debería haber intentado ser galante y coqueto con esta dama. Ella era, después de todo, una de las pocas alternativas posibles convenientes a la dama diamante. Pero realmente, si era honesto consigo mismo, no lamentaba no haber hecho el esfuerzo.

Lady Elizabeth le sonrió cortésmente, pero no llegó a sus ojos.

—Lord Percy —suspiró ella—. Ha sido una experiencia.

Se alejó para reunirse con sus amigas, y Roland miró su espalda mientras se marchaba.

Con un pequeño suspiro por la nariz, escrutó de nuevo el lugar, mirando a las numerosas debutantes. Aunque su primer intento había sido desastroso, debería haber buscado a otra persona a quien interrogar sobre Lady Charity.

En su lugar... buscó a Grace.

Allá, al fondo, cerca de los refrigerios, ¿era ese un tono familiar de cabello castaño? ¿Una

postura que reconocía?

Se dirigió hacia donde la dama estaba de pie educadamente, hablando con otro rostro que conocía. En ausencia de Lady Charity, Lord Dunstan se había encontrado capaz de apreciar los encantos de Lady Grace. Como había una pausa en la música, escuchó justo el final de la pregunta de Lord Dunstan mientras se acercaba por detrás de ellos.

—... Sería un honor, Lady Grace, escoltarla hasta el balcón si desea tomar un poco de aire fresco. Hace una noche hermosa afuera, aunque palidece en comparación con su dulce belleza.

Roland casi puso los ojos en blanco ante la pesada galantería del hombre, repentinamente molesto de que coqueteara con Lady Grace. ¿Lord Dunstan se permitía coquetear con ella?

—Buenas noches, Lady Tilbury, Lady Grace. Mis disculpas, Lord Dunstan. Lady Grace tendrá que aceptar su invitación en otra ocasión —interrumpió antes de que alguien pudiera responder—. Verá, ella ya me ha prometido el honor de un baile.

23



Prepararse para el baile de Prinny era una experiencia agotadora para Grace. Su madre había encargado un nuevo vestido, con un corsé ligeramente más ajustado y un escote cuadrado. Un intrincado bordado floral cubría el corsé, deteniéndose justo encima de la falda de satén de un verde esmeralda profundo.

Era un color encantador, pero Grace había tirado de las largas mangas transparentes, deseando poder cubrir sus brazos con guantes de seda blanca. Elsie la había reprendido, recordándole que agradecería la tela más ligera una vez que empezara a bailar. Ante estas palabras, Grace había arqueado una ceja e hizo girar su falda, revelando la sutil cola en la parte inferior.

—¿Bailar? ¿Cómo se supone que voy a bailar con *esto*? —había preguntado muy en serio.

Elsie había prometido estar allí para reparar cualquier daño, como la última vez. Había querido que estas palabras fueran un bálsamo tranquilizador, pero quedaron suspendidas en el aire, al igual que la doncella de los Fitzroy lo había hecho en los segundos previos a su caída mortal.

Durante el trayecto en carruaje, su madre había charlado sobre las personas que probablemente estarían presentes. Había enumerado varios pretendientes dignos de la atención de Grace, si alguno de ellos llegaba a invitarla a bailar. Grace escuchaba a medias. Estaba ocupada con otra lista, la de las debutantes más propensas a envidiar el éxito de Charity.

Los Tilbury llegaron a Carlton House unos minutos después de las diez de la noche, lo suficientemente tarde para hacer una entrada adecuada, pero lo bastante temprano para evitar la aglomeración. Lady Tilbury había examinado la sala con la experiencia de un general inspeccionando el campo de batalla.

—Tu nuevo vestido fue una excelente elección esta noche —murmuró Lady Tilbury—. Las otras chicas son flores marchitas comparadas con tu presencia de joya. Es una lástima que la Reina no esté aquí aún para verte.

Por una vez, su madre no había exagerado. Vestidos en los tonos más pálidos de rosa, marfil, limón y verde claro coloreaban el suelo del salón de baile. Grace destacaba notablemente de la moda en estos tonos esmeralda. No habría forma de esconderse aquí; su vestido estaría en el centro de muchas conversaciones esa noche.

Ese mismo pensamiento le revolvía el estómago. La única joya en su mente debería haber sido el diamante desaparecido, y Grace no tenía ningún deseo de tomar su lugar. No aspiraba a liderar a los caballeros de la aristocracia en una alegre persecución hasta que cediera y se casara con el soltero más elegible.

...Pero tal vez, por una noche, podría dejar de lado su desinterés por el cortejo y ponerse en los zapatos de Charity, al menos el tiempo suficiente para cumplir con el deber que necesitaba. Por ella.

Con una nueva confianza, Grace se aferró al brazo de su madre, y juntas entraron en el salón de baile. Su madre se dirigió hacia un grupo de mujeres maduras en el centro de la sala: las mujeres que dirigían la infame Asamblea de Almack con mano de hierro.

Las patronas de Almack's tal vez no fueran de la realeza, pero durante la temporada, no tenían igual. Cada abril, se reunían para determinar qué miembros de la alta sociedad eran dignos de ser admitidos en los salones de la Asamblea. Con ironía, Grace recordó cómo, al comienzo de la temporada, tanto Charity como ella se habían preocupado por la posibilidad de ser pasadas por alto. Cuando llegaron los pases, sus suspiros de alivio fueron tan largos que un lacayo vino a verificar si todo estaba bien.

Lady Tilbury y Lady Grace hicieron reverencias. Mientras Grace permaneciera soltera, valía la pena tomarse unos momentos para presentar sus respetos a estas mujeres poderosas.

—Buenas noches, Su Gracia —dijo Lady Tilbury a la duquesa de Dorset—. Tenemos un tiempo magnífico, ¿no es así?

La duquesa levantó su impertinente y examinó al dúo. Su mirada se detuvo demasiado tiempo en Grace, haciéndola temer haber cometido un terrible error.

—Hemos tenido días nublados, pero veo al menos a una persona beneficiándose del calor del sol. Tenga cuidado de no quemarse, joven dama.

Grace inclinó la cabeza en señal de comprensión, aunque no tenía idea de lo que la mujer quería decir. Su madre se apresuró a alejarse de las damas tan pronto como fue apropiado.

—La duquesa se refería al interés de Lord Percy por ti. Parece que tu estrella está en ascenso, querida. ¿Mencionó algo sobre sus planes cuando dieron un paseo por el parque?

Grace se encogió de hombros, insegura de qué respuesta haría feliz a su madre. Él había expuesto claramente sus planes, pero no era porque estuviera interesado en cortejarla. Era mejor para todos que fingiera ignorancia.

Tal comportamiento, sin embargo, era más fácil de decir que de hacer. Al circular entre las mujeres, intentó informarse discretamente sobre Charity con varios grupos, pero parecía que cada mujer que se cruzaba en el camino de Grace deseaba rápidamente dirigir la conversación hacia el conde. ¿Había venido Lord Percy a visitarla? ¿Había hablado con su padre? Cada palabra que salía de la boca de Grace se convertía en un chisme para alguien más.

Como su mala suerte lo quería, la única persona verdaderamente desinteresada en discutir sobre Lord Percy o Charity era Lord Dunstan. Se acercó a Grace mientras ella estaba con su madre, visiblemente decidido a hablarle.

—Buenas noches, Lady Tilbury y Lady Grace.

Hizo una breve reverencia en su dirección.

—Estoy encantado de cruzar nuevamente su camino, Lady Grace.

—¿Nuevamente?

Lady Tilbury lanzó una mirada penetrante a su hija.

—Sí, ambos asistimos a la conferencia de la Royal Society. Fue el discurso más fascinante, ¿no es así? Tal vez le gustaría intercambiar sus reflexiones al respecto durante el próximo baile. Sería una deliciosa oportunidad para aprender más sobre usted y, lo confieso, disfrutar de su compañía un poco más tiempo.

Grace lamentaba cien veces su coqueteo evidente ese día en la conferencia. No tenía ningún deseo de pasar un baile en los brazos de Lord Dunstan, y ciertamente no discutiendo sobre la

conferencia a la que había prestado poca atención. En su desesperación, se volvió hacia su madre, suponiendo que entendería su dilema.

Su madre no entendió. La mujer estaba encantada de descubrir que un segundo soltero elegible buscaba los afectos de su hija.

—Es tan difícil mantener una conversación durante un baile. ¿Por qué no salir al balcón? A la vista de la puerta, por supuesto.

—Sería un honor, Lady Grace, escoltarla al balcón si desea tomar un poco de aire fresco. Hace una noche hermosa afuera, aunque palidece en comparación con su dulce belleza.

—Tendrá que aceptar su invitación en otra ocasión, Lord Dunstan —dijo una voz masculina, interrumpiendo la conversación antes de que ella pudiera responder—. Verá, Lady Grace ya me ha prometido este baile.

Grace se quedó paralizada ante el anuncio del hombre. Lentamente, se dio la vuelta, segura de que sus oídos la engañaban. No era así. Frente a ella estaba nada menos que Lord Percy.

Aunque sus ojos lo habían buscado varias veces durante la hora desde su llegada, aún se encontraba mal preparada para hablar con él. Además, no le había pedido que le reservara un baile. No podía imaginar qué estaba tramando.

Parte de su confusión debía reflejarse en su rostro, porque él se apresuró a llenar el incómodo silencio que ella había creado.

—Lady Grace, ¿me he equivocado? Creo que habíamos acordado bailar el vals —dijo, abriendo ligeramente los ojos para animarla a asentir.

Lady Tilbury inclinó la cabeza hacia un lado y observó a su hija, preguntándose cómo había podido perderse su conversación.

Grace no iba a admitir que no había habido tal acuerdo. Había estado tan concentrada interrogando a las damas que observaban desde el borde de la sala que había evitado a todo hombre que pareciera interesado en invitarla a bailar. Sin embargo, difícilmente podía revelar tal comportamiento ahora, aunque solo fuera porque su madre le echaría la bronca.

—En efecto, me pidió que le reservara este baile, Lord Percy. Si nos disculpan —dijo Grace.

Hizo una reverencia con la cabeza a Lord Dunstan y a su madre, manteniendo una sonrisa educada firmemente fijada en su rostro.

Las primeras notas del violín flotaron en el aire, dando un ritmo alegre al aire vienés. Lord Percy levantó los brazos y ofreció su mano a Grace. Ella dudó ante esta vista, las consecuencias de su decisión golpeándola de lleno.

—¿El vals? ¿De todos los bailes? —susurró con voz dura.

—¿Por qué no? Difícilmente podemos conversar cambiando constantemente de pareja, Lady Grace —respondió Roland, agitando los dedos de su mano derecha extendida para animarla.

Grace se obligó a acercarse a él para tomarla, y él la atrajo hacia la pista de baile. Volviéndose hacia ella, colocó su mano derecha en la izquierda de ella y la atrajo hacia sí, posando su otra mano en su espalda. Cada contacto ardía como fuego, incluso a través de su guante y su vestido.

—Puede tocarme, ¿sabe? —dijo él con un tono casi divertido.

—¿P-perdón? —balbuceó ella, conmocionada.

—Su mano izquierda, Lady Grace. Es costumbre que su mano encuentre su lugar en mi hombro —la animó, y ella bajó la mirada hacia su miembro que permanecía en el aire como si no supiera qué hacer con él.

La colocó precipitadamente sobre su brazo.

Sus nervios no tenían nada que ver con él, se aseguró. El vals apenas era aceptable en la alta

sociedad, y aquí solo se tocaba con el aliento del Príncipe Regente. La música y los pasos exigían que Grace permaneciera cerca de Roland, su mejilla a pocos centímetros de la suya. Ella endureció su espalda y sus hombros, luchando contra el fluido ritmo de tres tiempos de la música.

Tan cerca, Grace no podía mirar sus pies. El vals no requería pasos complejos. Tal vez por eso había sido uno de sus bailes favoritos. Con un nudo en el corazón, recordó que también era el favorito de Charity.

Era como si pensar en su nombre hubiera lanzado un hechizo, alejando a Grace del presente, su mente deslizándose por el pasillo de los recuerdos. En las tranquilas veladas antes de sus debuts, antes de que se les permitiera asistir a los grandes eventos, las dos jóvenes habían fingido ser parejas en la pista de baile. Charity hacía una reverencia, dejando que Grace interpretara al hombre. Tarareaban la melodía mientras giraban por la habitación de Charity, dando vueltas sin parar hasta que caían riendo sobre la cama de Charity.

Con las mejillas rojas y sin aliento, miraban fijamente al techo, sin ver las molduras y cornisas, sino los rostros borrosos de sus futuros pretendientes. Charity parecía haber tenido siempre un hombre específico en mente. Para Grace, las imágenes eran nebulosas en el mejor de los casos.

Con un nudo en el estómago, pensó que este momento debería haber sido el de Charity, no el suyo. Charity debería haber sido la que bailara aquí con el apuesto conde Percy. Ser la reina del baile.

Los pies de Grace tropezaron al perder el ritmo. Su movimiento la desequilibró. Los brazos firmes de Lord Percy la acercaron para mantenerla segura y equilibrada.

—Grace —murmuró él en su oído, devolviéndola al momento presente.

El sonido de su nombre en los labios de Roland la conmocionó hasta lo más profundo de su ser, pero parecía que esa era su intención. ¿Ya había llamado su nombre sin que ella lo oyera? Giró la cabeza, su mirada encontrándose con la suya.

—Grace, ¿qué sucede? ¿Ha ocurrido algo? ¿Ha averiguado algo esta noche?

¿Averiguado? Su mente confusa se resistía a sus intentos de volver a encauzarla. Apartó la mirada, sus ojos perdidos buscando una salida. Docenas de rostros la miraban fijamente, la fulminaban con la mirada desde el borde de la pista. Debutantes y madres por igual. ¿Se preguntaban por qué el heredero de Northumberland se dignaba a concederle su tiempo a ella, una desconocida? Sus bocas se torcían. Grace estaba segura de que podía oír sus comentarios maliciosos.

—¡Grace!

Roland apretó su mano en la suya, estrechando su agarre sobre sus dedos.

—¿Se encuentra bien? Parece indispuesta. ¿Se siente mareada?

—No, no es eso. Yo... nunca he sido muy buena bailando —murmuró Grace, sintiendo cómo la sangre afluía a su rostro.

No era completamente falso, aunque eso no explicaba su malestar actual.

—Temo avergonzarnos a ambos frente a la alta sociedad.

Él sonrió. Por una vez, el gesto alcanzó sus ojos y transformó su expresión. Grace se maravilló del cambio, preguntándose si alguna vez lo había visto sonreír de verdad antes.

—Thorne me dijo que mis habilidades de baile eran apenas aceptables, pero admitió que no debería causar desgracia a mi pareja. Deje que la música y el contacto de mis manos la guíen. Confíe en el baile, y en mí.

Grace siguió sus instrucciones, inclinando la cabeza hasta que su rostro llenó su campo de

visión. De tan cerca, sus ojos oscuros revelaron ser del marrón profundo de su taza de chocolate matutina. Se suavizaron, derritiendo su resistencia. La tensión abandonó sus hombros, su espalda y sus brazos mientras renunciaba al control. Roland tomó las riendas, sus manos guiándola hasta que sus pies volvieron a moverse al ritmo de la música.

Abrió la boca para agradecerle, pero se contuvo antes de que se le escapara una palabra. Había retenido su nombre de pila en la punta de la lengua, un nombre que él no le había dado permiso para usar. Roland. ¿Cuándo había empezado a pensar en él como Roland y no como Lord Percy?

Al darse cuenta, se esforzó por reconstruir los muros entre ellos. Ella era Lady Grace. Él era Lord Percy. Juntos, su única tarea era encontrar a Charity. Nada más podía surgir de esto. Porque una vez que la encontraran, sería a Charity a quien él cortejara. A quien se casara. Cuando encontraran a Charity, Grace reanudaría su búsqueda de aventura... sin importar que estos pocos días con este hombre le hubieran ofrecido más de lo que jamás había tenido antes.

A pesar de sus intentos de recuperar la compostura, su lengua aún parecía espesa. Se aclaró la garganta para disipar esa sensación de opresión.

—Le agradezco su paciencia, Lord Percy. Todo el mundo nos estaba mirando, y aunque he practicado, aún no había tenido la oportunidad de bailar el vals en un baile.

Sus labios perdieron su suave curva de buen humor, como si el tono más frío de Grace le recordara el peso de las convenciones.

—Le sugeriría que no se preocupe por eso, Lady Grace. Lo que la asamblea cree saber de nosotros dos tiene poca importancia para uno u otro.

Casi con desafío, extendió la mano para guiarla en un giro sobre sí misma ante los ojos atentos de la alta sociedad.

A pesar de su resolución de mantener sus sentimientos bajo control, sintió como si la hubiera hecho girar mucho más que una simple vuelta. Como si hubiera bebido demasiado ponche. Estaba mareada por su proximidad, y por un breve instante, pensó que quizás, si era así, conocer a otros caballeros en los bailes no sería tan terrible después todo.

Casi mejilla con mejilla, él murmuró:

—Dígame. ¿Ha encontrado algo? ¿Hablado con alguien sospechoso?

La pregunta enfrió instantáneamente su sangre. Ah, sí. Solo estaba fingiendo. Estaba fingiendo, y ella sería muy tonta si olvidara de nuevo que no había nada más que el asunto de encontrar a Charity.

—Lady Grace, ¿me ha oído? Este baile no durará para siempre —advirtió Roland—. Si debemos comparar nuestras notas, debemos hacerlo ahora.

—Muchos solo hablaron de usted, señor —dijo Grace con honestidad—. Nuestra nueva amistad no ha pasado desapercibida.

—Era de esperar. ¿Y Lady Charity? ¿Algún chisme del que deba estar al tanto?

—Escuché algunos susurros sugiriendo que todos nos estamos aprovechando de la ausencia de Lady Charity, pero esas chicas también se apresuraron a añadir que se sentían terriblemente mal por lo que le había sucedido. No percibí ningún rencor real, más bien una satisfacción de que el camino estuviera libre para que otras ascendieran a la cima.

—Bueno, los gatitos tienen garras. ¿Algo más?

—El único otro nombre que escuché mencionar fue el de Lady Cresswell. Parece que ella fue la incomparable de su temporada, así que nadie se sorprendió por la elección de la Reina para Charity. La gente compadecía a Lady Cresswell por lo que ha pasado. Cualquier brillo que haya aportado a la familia podría no resistir el empañamiento actual. La hermana menor de Charity,

Phoebe, tendrá que trabajar duro para elevarse por encima de lo que le ha ocurrido a Charity.

Lord Percy meditó su respuesta.

—A menos que podamos devolver a Charity a su familia. Yo tampoco he progresado mucho. Sigamos con nuestras conversaciones y veamos si podemos extraer algo de valor.

Lord Percy permaneció en silencio durante el resto de su tiempo en la pista. Grace estaba agradecida por este respiro. Se balanceaban en la pista al ritmo de los violines, una pareja entre un mar de otras. Por un momento, Grace olvidó con quién estaba y por qué razones.

El final de la melodía trajo bruscamente la realidad de vuelta. Grace liberó su mano, y Lord Percy dio un gran paso atrás. Se inclinó con la mayor conveniencia y le agradeció por el baile.

Sus ojos oscuros brillaban con palabras no dichas, recordando cuánto descansaba sobre sus hombros si fracasaban en su empresa.

24



Cuando regresó a su mansión en las primeras horas de la mañana siguiente al baile del Regente, fue Wes quien se despertó para atender al caballo de Roland, con los ojos nublados por el sueño y algunas briznas de paja en el cabello. Roland dio una palmadita paternal en la cabeza del joven y se escabulló dentro, sin desear otra cosa que caer en su cama.

Por desgracia, no iba a ser así. Thorne lo esperaba dentro, con los pies apoyados en el hogar. Eso solo podía significar una cosa: había malas noticias.

—Thorne —saludó al hombre mientras este se despertaba de su somnolencia—. Supongo que no te has quedado despierto para anunciarme la feliz noticia de que mi abuelo ha fallecido y nos hemos librado de la carga familiar.

—No, todo lo contrario. Hice una pequeña escapada después de tu partida y descubrí actividad en la mansión familiar. Tu abuelo ha enviado gente por delante para reabrirla.

—Así que el viejo está en camino... o lo estará pronto.

El hueco de su estómago cayó varios centímetros, y apretó la mandíbula por reflejo, esforzándose por no dejar traslucir nada en su rostro.

Pero Thorne, maldito sea, lo conocía demasiado bien.

—Si no te conociera mejor, me dejaría engañar pensando que esto no tiene importancia para ti, pero creo que no es así. Te preocupa su reacción cuando descubra que aún no estás comprometido —adivinó Thorne—. No puedo imaginar por qué, Roland. Sí, tu abuelo ha amenazado tu bolsillo, pero después de todos estos años juntos, seguramente no puedes pensar que mi lealtad solo se compra con un salario regular.

—Por supuesto que no —replicó secamente, lamentando inmediatamente su tono—. No... sé que no es así. Sé que te quedarías a mi lado incluso si estuviera sin un centavo y deshonrado. Nunca lo dudaré.

Sin embargo, Roland no mencionó que había proyectos que solo su dinero podía sostener. Sin hablar de los deberes y responsabilidades, entre los que ahora se añadía un par de niños huérfanos durmiendo en su establo.

Las cejas de Thorne se fruncieron sobre sus penetrantes ojos azules, y Roland desvió la mirada hacia la chimenea donde el fuego se había reducido a unas pocas brasas humeantes. No le gustaba cuando Thorne lo miraba de esa manera; era como si estuviera hurgando en su misma alma.

—¿Te preocupas por los huérfanos, entonces? Me aseguraré de que reciban los conocimientos necesarios para sobrevivir mejor si tuvieran que huir, al menos por ahora. Creo que se quedarán, sin embargo, a menos que les demos una razón para escapar. Si no se quedan,

deberían considerar algunas alternativas...

—Porque la joven «Will» es una chica que se hace pasar por un chico —terminó Roland—. Su disfraz no se sostenía bien cuando hablaba, y supongo que se sostiene aún menos ahora que está limpia.

—Sí —sonrió brevemente Thorne—. Ella sigue fingiendo, aunque es lo suficientemente inteligente como para mantenerse fuera de la vista. No he tenido el corazón de informarle que conozco su artimaña.

—Eso solo los asustaría —asintió Roland—. Crearemos un ambiente donde, esperemos, ella no sienta la necesidad de continuar con esta pretensión por su seguridad. La honestidad será recibida con protección, no con castigo.

Con un asentimiento, Thorne cruzó las manos detrás de su espalda.

—Sí. Luego, tal vez podamos ponerla a trabajar en la casa, lo cual es más apropiado para una chica, poniendo fin a su mascarada.

—Siempre y cuando mi abuelo nos permita quedarnos aquí, en todo caso —dijo Roland en un tono bastante seco—. Esta propiedad está vinculada.

Levantando las cejas, Thorne reflexionó sobre eso.

—Dijiste que amenazaba tu pensión. No sabía que amenazaba tu título.

No era así. Había amenazado algo peor.

—Tranquilo, Thorne. Mi título está lo suficientemente seguro, sin embargo, mi abuelo dejó claro que tiene el poder de revocar la mayoría de los privilegios de los que disfruto actualmente de varias maneras. ¡Un primo lejano en tercer grado de seis años, me informan, es el siguiente en la lista si no logro engendrar mi propio heredero!

Thorne miró fijamente la parte posterior de la cabeza de Roland, sabiendo que los privilegios de los que Roland «disfrutaba» eran muy pocos. Sí, la casa londinense del difunto Thaddius Percy pertenecía al duque. Roland no había puesto nada de dinero para hacerla suya. Si lo pensaba, su amo había sido extraordinariamente frugal, comprando solo lo mínimo requerido para asistir a los eventos de la temporada, con muy pocas extravagancias. Thorne simplemente había pensado que era la personalidad de Roland; Roland nunca había expresado un gran interés por la ropa elegante o los objetos de lujo. Como ambos habían considerado volver al servicio del ejército una vez que este tedioso asunto de encontrar esposa estuviera resuelto, no ser derrochador en tales cosas había parecido nada más que sentido común. Evidentemente, había algo más en este asunto.

De hecho, había mucho más en este asunto. Sin embargo, Thorne también sabía que a pesar de su inusual cercanía, no tenía derecho a hacer ciertas preguntas.

—Entonces si tu matrimonio y procreación son de tal importancia, debemos hacer lo que podamos para asegurarnos de que cumplas con los requisitos de tu abuelo. Debes considerar eventualidades, Roland. Sería prudente considerarlas de todos modos. Queda tiempo antes del final de la temporada para que te cases.

Jugueteando con el borde de la chimenea con la punta de los dedos, Roland hizo una pausa.

—¿Hay tiempo suficiente? Ella ha estado ausente por más de cuatro días ahora, y aún no hemos encontrado ningún rastro del diamante desaparecido.

Hubo un largo silencio.

—Roland, me duele decirlo así, pero debes considerar la idea de un cortejo más allá del diamante. La joven dama podría, de hecho, estar verdaderamente perdida.

La primera imagen que le vino a la mente fue la de Grace. Cuán determinada, enojada y asustada había estado... cómo su rostro amenazaba con devastarse aquella noche cuando le dijo a

Roland en el salón de su casa que no podía rechazar a Charity. Como si eso amenazara todo su mundo.

Cerró el puño apoyado sobre la chimenea.

—No estoy dispuesto a renunciar todavía a la esperanza de encontrar el diamante. Aún quedan unos días antes del vencimiento del rescate.

Roland se dio la vuelta entonces y notó con un destello de diversión una visión de lo más inusual: Thorne, generalmente sereno y alegre, parecía ahora ser el que luchaba contra la desesperación y las ganas de arrancarse el cabello. De alguna manera, este cambio de roles alivió su alma, aunque solo un poco.

—Pero, Roland, la Reina... —comenzó Thorne.

—Lo sé. La Reina no quiere que se pague el rescate. No quería que nadie pensara que la corona aprueba tales juegos. Si es necesario, yo mismo asumiré el costo para asegurar su regreso a salvo, dejando claro que el acuerdo es por mi cuenta y no de la Reina o su familia.

—Bien. Es un gesto noble y generoso el que propones. Pero el plazo se acerca. La joven dama lleva desaparecida ya cuatro días. ¿Y si la crema de la aristocracia tuviera razón? ¿Si estuviera arruinada? Sabes que incluso si realmente estuviera intacta, sin un garante, asumirán que su virtud está manchada. ¿Qué harás entonces? ¿Te casarías con ella de todos modos?

Haciendo una pausa, Roland reflexionó sobre esto.

—Honestamente, amigo mío, no lo sé.

—No. Lo sabes bien. Creo que lo harías, si llegaras a pensar que era lo correcto. Roland, ¡debes considerar las implicaciones! —dijo Thorne con firmeza, acercándose lo suficiente para poner sus manos sobre los hombros de Roland—. Tu corazón es lo suficientemente tierno como para considerar tal idea, pero si crees que El Rompedor estará enojado por tu falta de progreso en el cortejo actual, solo puedo imaginar lo que podría suceder si la virtud de Lady Charity ha sido comprometida cuando la encuentren y decides casarte con ella de todos modos.

—Hablas de cosas que conozco bien, Thorne, pero me niego a dejar que el sentido de aprobación de mi abuelo gobierne enteramente mi sentido del bien y del mal sin la menor vacilación o consideración.

Las manos de Thorne apretaron su agarre.

—Te conozco, y sé cuán profundo es ese sentido de... nobleza impulsiva. Temo que te rompas ante la tarea imposible de expiar los pecados de tu familia. Seguramente, nadie en la alta sociedad apreciaría ni simpatizaría con tu necesidad de obedecer ese instinto.

Roland se apartó de nuevo, liberándose del agarre de Thorne con un gesto de la mano.

—Te preocupas sin razón, y no voy a meterme en problemas antes de que lleguen. Ya sabes lo que pienso de las opiniones de mi abuelo. Pues bien, no tengo en ninguna estima la opinión del beau monde.

—¿En serio? —preguntó Thorne suavemente.

La sangre subió a la cabeza de Roland con furia mientras recordaba una vez más esa maldita apuesta y cuánto ya había sido empujado para proteger su honor. Pero tan rápido como había surgido su ira, la dejó escapar en un suspiro.

—Una afirmación más cierta ahora de lo que era antes, quizás. Me gustaban bastante más las cosas —dijo lentamente—, y encontraba cierto consuelo en la búsqueda de un matrimonio de conveniencia, cuando no era necesario tener en cuenta la situación personal de la dama.

Como su hombre no respondió a eso, Roland tomó una decisión.

—Lo que hagamos dependerá de lo que suceda. Dices que debo reflexionar. Bien, reflexionaré sobre las cosas... mañana. Si Lady Charity se encuentra realmente comprometida

más allá del rescate de su reputación, entonces... entonces tomaremos todas las medidas necesarias, incluso si eso requiere buscar otra alianza. Pero al menos, dormiré mejor sabiendo que hice lo que estaba en mi poder para verla devuelta a las personas que la aman, y eso es lo que realmente importa.

Thorne hizo un sonido de aprobación.

—Me atrevo a esperar que el alivio de su familia por su regreso sano y salvo superará el empañamiento de su nombre. Quizás tengan que enfrentar las repercusiones sobre su posición, pero al menos podrán hacerlo.

—Si su familia no siente ese alivio, entonces que se vayan al diablo —dijo Roland sin rodeos, sorprendiendo al hombre mientras se dirigía hacia las escaleras—. Al menos, sé que Lady Grace lo sentirá y estará agradecida, a pesar de todo.

25



La lluvia se deslizaba por las ventanas del carruaje de los Tilbury mientras traqueteaba sobre los adoquines irregulares de las calles de Londres. Los asientos acolchados y tapizados de terciopelo protegían a Grace de las peores sacudidas. Centraba su atención en el mundo exterior, siempre sorprendida por el poco impacto que el clima tenía en la población. En el campo, en un día como este, la gente se habría acurrucado alrededor de las chimeneas o habría encontrado tareas para hacer en el interior. No en Londres. Hombres, mujeres e incluso niños abarrotaban las aceras, apresurándose de un lugar a otro, rezando para que sus abrigos aceitados los protegieran de lo peor de la humedad.

La mirada de Grace se posó más abajo, fascinada por los remolinos lodosos que trazaban líneas curvas entre los adoquines. Pensamientos oscuros seguían un camino similar en la mente de Grace. Otro día había amanecido sin el regreso de Charity. Ella y Lord Percy apenas progresaban en su búsqueda. Aunque a Grace le repugnaba admitirlo, mantener la esperanza se volvía cada vez más difícil.

No es que Grace considerara rendirse, pero sus sueños pasados de ver a Charity caminando de nuevo a su lado en los eventos se desvanecían hasta que la luz del día forzaba la realidad a aparecer. Lo quisiera o no, el valor de una debutante residía en su inocencia cuidadosamente guardada. Una ausencia de esta duración pondría, en el mejor de los casos, la virtud de Charity en entredicho. En el peor, sería rechazada por la alta sociedad. Lady Tilbury se aseguraría de que Grace siguiera el movimiento. Poco importaba la opinión de Grace sobre el asunto, su amistad con Charity llegaría a su fin.

Mientras las nubes de tormenta abarrotaban la mente de Grace, derramando agua helada sobre sus esperanzas, Lady Tilbury solo veía el indicio de azul en el horizonte. Extendió la mano y tomó la de Grace en la suya, apretándola suavemente.

—Mi querida niña, sé que esto es difícil para ti —lo es para todos nosotros— pero no debes dejar que la desventura de Charity arruine tu visión de la temporada. Te prometo que todo estará bien. Ya verás.

Grace se apartó de la ventana para estudiar el rostro de su madre. Hilos de plata recorrían su cabello castaño, recordándole a Grace los años de experiencia de su madre.

—¿De verdad, mamá? ¿Crees que está a salvo?

La frente de Lady Tilbury se arrugó de confusión.

—¿Lady Charity? ¿Cómo podría saberlo, cuando estoy tan ignorante como todos los demás? Hablaba de *ti*, Grace. Nunca habría deseado mal a Charity, pero incluso tú no puedes negar que estás floreciendo sin ella para relegarte a las sombras. Lord Percy, Lord Dunstan —dijo su madre

enumerando los nombres con sus dedos—. He visto la forma en que te miraban anoche. Otros pronto reconocerán qué joya eres... ¿quién sabe? Tal vez incluso la Reina misma. Ya te ha hecho venir a sus aposentos una vez. Si su diamante ha desaparecido, bien podría elegir otro.

Grace se estremeció de horror ante las imágenes que las palabras de su madre evocaban. ¿Ella, el diamante? Incluso si fuera digna de tal cumplido, no era un honor que buscara. ¿Cómo podría mantener la cabeza alta, sabiendo el verdadero costo de su ganancia?

Era una preocupación sin importancia, dado que su relación con Lord Percy era solo una fachada. Pronto, la verdad saldría a la luz. Todos se enterarían de que el único interés de Lord Percy en Grace era obtener su ayuda para encontrar a Charity. En cuanto a Lord Dunstan, el hombre revoloteaba de aquí para allá, como una mariposa atraída por cada flor que pasaba. Si Grace no le hubiera hablado en la conferencia, dudaba que siquiera recordara su nombre.

Su madre tomó el silencio de Grace por nerviosismo. Apretó de nuevo la mano de su hija.

—Aprovecha esta oportunidad, Grace, por el bien de todos nosotros. Un matrimonio por encima de tu condición beneficia no solo a ti, sino también a Felix. Como cuñado de un duque, todas las puertas de la sociedad se abrirán para él.

Grace asintió. ¿Qué otra opción tenía? Su madre no escucharía ninguna palabra en contra, sin importar cuánto lo intentara. Grace haría mejor en concentrar sus esfuerzos en resolver el misterio de quién retenía a Charity.

El carruaje se detuvo frente a la fachada neoclásica de Buckingham House, la residencia londinense de la Reina Charlotte. Una fila de carruajes les precedía, cada uno deteniéndose frente a la entrada principal para descargar a sus pasajeros. Los lacayos estaban listos, paraguas en mano, para proteger a los hombres y mujeres de la alta sociedad de los elementos.

Lady Tilbury descendió primero y esperó a que Grace la siguiera. Un viento frío y húmedo barría el patio, pero Lady Tilbury no vacilaba. Su espalda orgullosa permanecía recta, su cabeza alta en una postura perfecta. La única concesión al tiempo eran las botas de cuero en sus pies.

En el interior, el lacayo guio al dúo hacia el primero de los salones. El té de la tarde les esperaba, servido en tazas humeantes de fina porcelana decoradas con flores en pleno florecimiento y enredaderas, acompañado de una selección de pasteles y scones en mesas bien surtidas.

—No veo a la Reina por ninguna parte —dijo Lady Tilbury después de inspeccionar la sala —. Sirvamos el té y vayamos a ver y ser vistas.

El énfasis estaba en este último punto. Dondequiera que iban, las miradas las seguían. Por una vez, Grace no apreciaba la atención. A pesar de su intención de hablar con más debutantes, el deseo de esconderse de la mirada de los demás le oprimía la garganta.

Cuando no pudo soportarlo más, detuvo a su madre y preguntó:

—¿Tengo una mancha de chocolate en la cara? Todo el mundo no deja de mirarnos fijamente.

—Te lo habría dicho mucho antes si fuera así. La gente te mira porque finalmente ven lo que Lord Percy ha reconocido. Serás la incomparable. Te lo prometo.

Lady Tilbury detuvo a un lacayo que pasaba y depositó su taza vacía en su bandeja. Sin preguntar, tomó el té de Grace, apenas bebido a la mitad, y lo entregó también.

—Endereza los hombros, querida. Veo a la Reina. Debemos ir a presentarle nuestros respetos.

De una manera u otra, Grace logró poner un pie delante del otro, aunque sus piernas temblaban con cada paso. Su largo vestido susurraba al ritmo de sus pasos, ocultando las pruebas de su miedo. Su frágil sonrisa amenazaba con quebrarse. La Reina casi con seguridad exigiría

una actualización, y Grace no sabía qué decirle.

La Reina Charlotte se encontraba en el centro de un círculo de admiradores, deleitándose con sus bien merecidos cumplidos. Brillaba como un faro de prosperidad y abundancia en su vestido de muselina marfil decorado con flores de rosa pálido y delicados entrelazados verdes. El tema floral continuaba en su colgante engastado de joyas y sus pendientes de oro rosa. Una alta peluca esponjosa de un blanco puro se elevaba sobre su cabeza, haciéndola imposible de pasar por alto. Ella también lucía flores en rosa, amarillo y lavanda.

Lady Tilbury hizo una reverencia, y Grace la imitó. Bajó la mirada, rogando en silencio que la Reina la dejara pasar sin comentarios. Debería haber pronunciado esas palabras en voz alta.

La boca de Charlotte se transformó en una sonrisa maliciosa. Les dio a las mujeres permiso para levantarse.

—Lady Grace, esperaba que vinierais. Debemos tener unas palabras. En privado —añadió, desafiando a Lady Tilbury a protestar.

Lady Tilbury sonrió como un gato que acaba de tragarse un canario. Empujó suavemente a su hija hacia adelante.

—Qué generoso de su parte, Su Majestad, prodigar sus consejos a mi querida niña. Ve, Grace. Te esperaré aquí.

La cohorte de consejeros y damas de honor de la Reina se apartó para dejar que Charlotte condujera a Grace a una habitación contigua. El secretario de la Reina abrió la puerta para dejarlas entrar y bloqueó el paso a cualquiera que pensara seguirlas.

Esta habitación era menos opulenta que los salones de gala donde se desarrollaba la recepción. Estanterías llenas de libros tapizaban las paredes en ambos extremos de la sala. Grace vislumbró un telescopio cerca de una ventana. Había oído hablar del apoyo de la Reina a los intelectuales, pero apenas le había dado crédito. Aquí, sin embargo, estaba la verdad. Esta habitación, con su mobiliario confortable y su atmósfera apacible, era el lugar donde Charlotte dejaba de ser Reina y abrazaba la simplicidad de la vida más allá del trono.

El nudo en los hombros de Grace se deshizo y tomó su primera respiración profunda desde su llegada a Buckingham House. Al hacerlo, cometió un terrible error.

La Reina Charlotte levantó una mano, sus numerosos anillos centelleando a la luz de las arañas, y apuntó con un dedo hacia Grace.

—Lord Cresswell me envía notas diarias pidiendo permiso para pagar el rescate. No puede entender que no se trata de dinero, sino de mi posición. No quiero que se crea que apruebo tales tonterías. Por lo tanto, exijo una actualización. ¿Qué progresos habéis hecho en la búsqueda de mi diamante?

Grace retrocedió un paso y tartamudeó:

—Estamos buscando, Su Majestad, tan minuciosamente como es posible. Lord Percy y yo aprovechamos cada oportunidad para interrogar a los posibles secuestradores.

Charlotte esperó, pero Grace no añadió nada.

—¿Y? ¿Habéis reducido la lista de sospechosos probables? Bien, ¿quiénes son?

—Yo, bueno...

—¡No retengáis vuestra lengua ante mí! Si hay aunque sea una sospecha de implicación, haré castigar a la persona.

Charlotte hizo una pausa para dar tiempo a Grace de hablar. El silencio se alargó, más revelador que las palabras. La Reina se irguió.

—No tenéis ningún nombre, ¿verdad? Cinco días que habéis tenido para buscar y no tenéis nada que mostrarme.

—Estamos haciendo nuestro mejor esfuerzo —murmuró Grace, apenas lo suficientemente fuerte para ser oída.

—Lo que estáis haciendo es llevarnos a todos en una caza de quimeras, basada en puras ficciones y especulaciones sobre la muerte de una sirvienta ebria. Puede que no haya nadie a quien culpar porque Lady Charity haya desaparecido por su propia voluntad. Es una idiota, y no soy tan ciega como para negarme a admitir que cometí un error al concederle mi favor.

La lealtad empujó a Grace a hablar fuera de lugar.

—No, Su Majestad, no habéis cometido ningún error.

—¿Os atrevéis a contradecirme?

Charlotte levantó las manos con incredulidad y miró a su secretario. Él soltó una risita ante el desliz de Grace.

La sangre se retiró de la cabeza de Grace, dejándola mareada de miedo. Se quedó inmóvil, insegura de cómo actuar para causar la menor ofensa posible.

La Reina Charlotte atravesó a Grace con una mirada afilada como un puñal.

—Así que no estáis completamente loca. Valiente, leal, quizás incluso rebelde. Estos son rasgos que admiro, los que busco para la incomparable de la temporada.

Grace sacudió la cabeza, queriendo que la Reina se detuviera. La oscuridad amenazaba el borde de su visión hasta que se recordó respirar antes de desmayarse.

—No buscáis ese honor. Lo *teméis*. Bien. Que eso os incite a trabajar más duro. Traed a Lady Charity de vuelta a casa en los próximos dos días, o su posición en la sociedad se perderá, aunque su padre pague el rescate. Ya he dicho que si alguien pensaba privarme de mi favorita, elevaría a otra. En cualquier caso, veré la apuesta ganada y mi diamante se casará con Lord Percy. Tal vez ese diamante seáis vos.

Giró sobre sus talones y salió de la habitación como una tromba, dejando a Grace boquiabierta.

El secretario se aclaró la garganta e hizo un gesto hacia la salida. Grace cerró la boca y aspiró aire por la nariz, suplicando a su estómago que se calmara. Sin pensarlo, regresó al salón. A pesar de sus promesas, su madre no se encontraba por ningún lado.

Grace no permaneció sola por mucho tiempo. Lady Elizabeth, dos años mayor que ella, se deslizó a su lado. Echó un vistazo a izquierda y derecha, comprobando quién estaba al alcance del oído.

Al ver que nadie más prestaba atención, Lady Elizabeth murmuró:

—Veo que los rumores son ciertos. Con Lady Charity desaparecida, te están favoreciendo para reemplazarla a los ojos de la Reina.

Grace parpadeó y negó con la cabeza. Apenas había pasado un minuto desde que la Reina Charlotte había proferido su amenaza. Tomó la mano de Elizabeth y la llevó a un nicho cercano desocupado.

—¿La gente cree eso?

—¿Cómo podrían haber pasado por alto vuestra entrevista privada? El salón ha estado zumbando desde que la Reina Charlotte os apartó. Creo que Lord Percy fue el primero de nosotros en ver vuestras profundidades. ¿Es por eso que os corteja?

Lady Elizabeth negó con la cabeza y le dirigió a Grace una sonrisa apenada.

—Debéis tener cuidado, Lady Grace. Su único objetivo es ganar esa estúpida apuesta. No confundáis su interés con un sentimiento verdadero. Antes de su desaparición, solo tenía ojos para Lady Charity. ¿Sabéis? Me invitó a bailar en el baile de Prinny la otra noche, y lo único de lo que quería hablar durante nuestro baile era Lady Charity. Incluso con su desaparición, me

temo que no ha pasado página.

Grace no podía quedarse allí y dejar que Lady Elizabeth manchara el nombre de Roland, no cuando conocía la verdad del asunto.

—Estoy segura de que está preocupado, como lo estoy yo. Como espero que lo estemos todos.

Lady Elizabeth dio unas palmaditas en el brazo de Grace y fingió simpatía.

—Solo tengo vuestros mejores intereses en mente, Lady Grace. Es por eso que le pregunté sobre vos, entre sus interrogantes sobre Lady Charity. Dejó claro que simplemente os compadecía en este momento difícil. Si estuviera en vuestro lugar, me gustaría que alguien me lo dijera. No os dejéis engañar por él.

—Yo...

—No es necesario que me agradezcáis mi honestidad. Es lo mínimo que puedo hacer. Y con esto, debo despedirme. Veo a Lady Lark al otro lado de la sala. Su madre estaba tan segura de que Lady Lark sería la incomparable de esta temporada, pero el diamante se le ha escapado de las manos ahora dos veces.

Lady Elizabeth se marchó sin mirar atrás. Grace retrocedió hasta alcanzar la pared. Por primera vez desde su llegada, nadie la miraba. Cerró los ojos por un momento, imaginándose en cualquier lugar menos aquí. Nadie podía negar el derecho de Lady Charity al exaltado estatus de favorita de la Reina. Si Grace no encontraba a Charity antes de la fecha límite del rescate, Lady Elizabeth y Lady Lark no serían las únicas furiosas por perder su oportunidad de ser el diamante por segunda vez, especialmente si el honor vacío recaía en Grace.

26

La llegada de Roland a Buckingham House pasó sorprendentemente desapercibida. Al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que en lugar de los habituales grupos de conversación que cabría esperar en una *fiesta del té*, la gente se había formado en pequeños círculos apretados. Las miradas cómplices y alegres en sus rostros y el sonido apagado de sus voces solo podían significar una cosa: había chismes en el aire.

No le importaba el último escándalo del que hablaba la alta sociedad. *Que hablen los chismosos*, pensó. Había asuntos más urgentes que atender.

Mientras se ajustaba la ropa e inspeccionaba la sala, comenzó a buscar a la Reina. Aunque se había acostado después de hablar con Thorne, el sueño lo había eludido. Thorne tenía razón; debía asegurarse de elaborar planes de contingencia. El primer plan alternativo debía ser en caso de que él y Grace no lograran localizar el diamante desaparecido a tiempo. Tenía que convencer a la Reina de que le permitiera pagar el rescate de una manera que no contradijera su palabra. Seguramente, podría hacer entrar en razón a la Reina si lograba convencerla de que así salvaría las apariencias.

—¡Lord Percy!

Una alegre exclamación lo sacó de sus pensamientos, y parpadeó, bajando la mirada para ver a la madre de Grace a su lado.

—Buenos días. ¿Disfrutó usted del baile de Prinny anoche?

—Lady Tilbury. Sí, en efecto.

Roland buscó desesperadamente algo que decirle a la mujer. La imagen de una Grace muy nerviosa en sus brazos durante el vals vino a su mente.

—Su hija estaba encantadora anoche. Debo felicitarla por la elección del color de su vestido. El verde le sienta de maravilla.

—¡Me alegro tanto de que esté de acuerdo! Sé que un color tan atrevido no está exactamente a la última moda en este momento, pero quizás podamos volver a ponerlo de moda, ya que parece una lástima no utilizar tonos tan bonitos.

—Totalmente de acuerdo, señora —asintió él con aire bastante ausente, ya perdido en el tema —. ¿Por casualidad ha visto a la Reina Charlotte? Yo... Aún debo presentar mis respetos a Su Majestad.

Cualquiera que fuera la respuesta que Roland esperaba de Lady Tilbury, ciertamente no era que su pregunta hiciera que la mujer prácticamente resplandeciera de felicidad secreta.

—Oh, sí, está en la habitación de al lado —indicó Lady Tilbury con un gracioso movimiento de los dedos, su voz volviéndose suave y entrecortada—. ¡Ha llamado a mi hija aparte para una

palabra en privado! No puedo imaginar... bueno, sí puedo... Espero que pueda ver lo mucho que Grace resplandece ahora que ya no está a la sombra de otra. Es un honor tan grande...

Una tensión se apoderó del estómago de Roland. ¿La Reina había tenido una entrevista privada con Grace? ¿Habría habido noticias entonces? ¿Era posible que alguien hubiera encontrado a Charity? De repente, Roland estaba desesperado por encontrar a Grace en su lugar.

Encontró una excusa —no sabía cuál— y dejó a Lady Tilbury plantada mientras recorría la recepción en busca de Grace. La conocía lo suficiente ahora como para estar seguro de que apreciaría la tranquilidad de la periferia en lugar de estar en el corazón de los miembros chismosos.

Atravesó sala tras sala llena de gente hasta que llegó a la última de la fila. Viendo las puertas abiertas y el relativo vacío de este salón más pequeño, entró. Había muchos rincones, alcobas y nichos donde uno podía encontrar un poco de paz, y seguro de sus deducciones, avanzó a grandes zancadas.

Grace estaba allí —la encontró escondida en una de esas alcobas. Aunque ella daba la espalda a la sala abierta, habría reconocido su postura y el tono de su cabello en cualquier lugar, incluso en una multitud.

—Lady Grace —la llamó suavemente para no sobresaltarla demasiado—. Todo el mundo está emocionado por su encuentro con la Reina. ¿Ha habido noticias?

Grace se dio la vuelta bruscamente, con el rostro descompuesto, incapaz de encontrar su voz.

—Veo que algo no va bien —dijo Roland entrando en la alcoba para ocultarla un poco de la vista de los transeúntes.

Mirando a su alrededor, la tomó suavemente por los brazos y la hizo retroceder contra la pared a la sombra de una gran estatua. Incluso después de haberla llevado allí, era reacio a soltarla por completo. La pobre chica parecía tan débil e insegura como en medio del vals.

—Grace —dijo pronunciando su nombre de nuevo, sosteniendo firmemente sus hombros mientras esperaba hacerla volver en sí—. ¿Está usted bien? ¿Hay noticias de Charity?

—No.

El movimiento de su cabeza era casi violento, y no estaba seguro a qué pregunta respondía. Tal vez a ambas.

Bajando ligeramente la voz, lo intentó de nuevo.

—¿Ha hablado usted con la Reina?

—Sí.

Cuando ella emitió un leve sonido de protesta, se dio cuenta de que su abrazo se había estrechado. Dejó que sus manos se deslizaran para sostener flojamente sus codos, reacio a soltarla completamente. Roland hizo una pausa, tratando de adivinar qué podría haberla perturbado.

—¿Ha habido... se ha encontrado algo sobre Charity que sugiera un final más desafortunado?

Por la forma en que Grace lo miraba, entendió inmediatamente que había dicho exactamente lo que no debía.

—Lady Elizabeth tenía razón —soltó ella duramente—. Usted solo piensa en *ella*, y ahora su estúpida apuesta va a arruinar nuestras dos vidas.

Confundido, Roland la soltó y retrocedió un paso.

—Grace... ¿de qué está hablando? Debe explicármelo. No entiendo qué ha pasado. Concedí la apuesta a Lord Fitzroy y le reembolsé hace días.

Ella soltó una risa casi silenciosa.

—No se trata de dinero o concesiones, *Lord Percy*.

El énfasis en su título lo convertía en un insulto.

—Usted puede hacer apuestas y cometer errores y los daños a su honor, su valor mismo...

Se interrumpió, tratando de componerse.

—Los daños que se inflige a sí mismo no son nada comparados con los daños que causa a los demás.

Los ojos de Roland se abrieron de preocupación, y dio un paso hacia ella.

—Grace...

—¡No me llame así! —siseó ella—. ¿O quiere que yo le llame «Roland» y despejemos todas las dudas antes de la decisión de la Reina?

Él bajó la cabeza, pensativo.

—Lady Grace, es evidente que está usted alterada y que ha sucedido algo terrible, pero no puedo seguir su razonamiento ni saber qué ha ocurrido. Ayúdeme a entender. Se lo ruego.

Su súplica la conmovió, y la ira de Grace se quebró bruscamente para transformarse en desesperación. Bajó la cabeza y se negó a cruzar su mirada. Con voz cargada de emoción, dijo:

—Quizás a usted no le importaba perder la apuesta, señor, sabiendo que su honor se recuperaría. La Reina, sin embargo, no está contenta. Hará lo que sea necesario para asegurarse de que gane, incluso otorgándome tales honores. Ha amenazado con nombrarme su propio diamante de la temporada y anunciar nuestro compromiso ante la alta sociedad.

La mandíbula de Roland cayó de sorpresa, aunque pensándolo bien, quizás no fuera tan sorprendente después de todo.

—A menos que... ¿encontremos a Lady Charity?

Grace se cruzó de brazos sobre el vientre.

—Si es que eso sigue siendo una opción, Lord Percy. El tiempo apremia aún más de lo que cree, pues la Reina prácticamente ha perdido toda esperanza de que la encontremos. Para ser honesta... yo también.

Su voz se quebró y tomó una profunda bocanada de aire para contener las lágrimas.

—No tenemos nada... ninguna pista... No me imagino que alguna vez la encontremos... que la volvamos a ver. En dos días, me empujarán al lugar de Charity, lo quiera o no, y entonces usted y yo estaremos prácticamente comprometidos por orden de la Reina.

Él puso su mano sobre el brazo de ella.

—La encontraremos, aunque no podamos cumplir con el plazo. Se lo juro.

—¿Con qué fin?

Su voz se tornó amarga.

—Aunque la traiga de vuelta, estará arruinada. Lo que la vergüenza no le haya arrebatado, yo se lo habré quitado.

Grace hizo un gesto hacia él.

—Nunca me perdonará.

Él le habló como a una niña asustada.

—No permita que le roben la esperanza, Grace. Aún nos queda algo de tiempo. Haré todo lo que esté en mi poder para arreglar esto y ver a su amiga restablecida en todos los aspectos.

Ella lo miró de nuevo, esta vez con franca incredulidad.

—La Reina nunca aceptará tal desenlace.

—No lo sabremos hasta que lo intentemos. En verdad, vine aquí para hablar con la Reina Charlotte sobre el asunto del rescate en sí. Creo que al ofrecer pagarlo, podemos encontrar una solución que le permita salvar las apariencias.

Las mejillas de Grace se encendieron nuevamente de ira.

—¿Salvar las apariencias? ¿Acaso no escucha lo que le digo? La Reina fue categórica: el rescate no se pagará. *Jamás*. Nada de lo que usted diga la hará cambiar de opinión.

Roland tomó a Grace por los brazos.

—Haré que escuche de una manera u otra. Tal vez vaya a ver a Prinny, él hará entrar en razón a su madre.

Grace se liberó de su agarre.

—¡Lo ve! No entiende en absoluto lo que significa ser mujer. Aunque pague el rescate y Charity vuelva a casa, la Reina la rechazará. Toda la sociedad la rechazará.

Estas duras palabras quebraron las intenciones de Roland. Su mente giraba a toda velocidad, buscando una alternativa donde todos ganaran y donde la virtud de nadie fuera puesta en duda. Surgió un pensamiento. Se aferró a él.

—No pueden rechazarla si es la esposa de un duque. Yo podría casarme con ella para salvar su reputación.

Ella recibió estas palabras con un semblante sombrío.

—¿Y yo qué? —susurró Grace, su rostro endureciéndose como piedra—. Si no la encontramos antes de que la Reina decrete nuestro compromiso, ¿romperá usted ese compromiso anunciado por ella? ¿Me arruinaría a *mí* en el proceso? Esta situación tampoco me agrada. No ha dejado de recordarme que está decidido a casarse con Lady Charity, y que ella está decidida a casarse con usted. Lo siento, pero no veo salida alguna. Parece inevitable; perderé a mi más querida amiga, y usted y yo quedaremos atrapados en un matrimonio sin amor donde acabaremos odiándonos el uno al otro.

La garganta de Roland se cerró de emoción. ¿Era arrepentimiento? ¿Desesperación? No estaba seguro. Pero las palabras de Grace sobre un matrimonio sin amor, lleno de odio, eran como una puñalada en su corazón. Ciertamente no podía ser verdad. ¿O sí? Grace no había sido el objeto de su persecución, pero... si esto ocurriera... si el peor escenario imaginado por Grace se hiciera realidad... no podía imaginar que estuvieran juntos sin al menos cierto respeto y entendimiento.

Seguramente habría al menos eso. ¿No es así?

Respirando lentamente por la nariz para calmar su agitado corazón, Roland se puso a reflexionar, buscando una solución.

—Grace —le susurró, esperando que ella lo escuchara y se calmara—. Sé que no soy... el caballero perfecto. Tal vez he sido soldado durante demasiado tiempo. Sin embargo, he aprendido que incluso cuando las cosas parecen más desesperadas, hay que seguir luchando. Si no sigue luchando... si abandona esa esperanza... habrá entregado la victoria a su enemigo mucho antes de que este la consiga. Si abandona la esperanza, no podrá ver una opción para dar vuelta a la batalla si esta se presenta.

—Bueno, *Roland* —dijo ella con voz dura—, si habla de dar vuelta, queda una posibilidad. La Reina no puede hacer que nos casemos si usted no está aquí. Abandone Londres si no quiere casarse conmigo. Puede encontrar una esposa adecuada en otro lugar, o volver en uno o dos años. Si se va ahora, existe la posibilidad de salvarnos a ambos.

A Roland no le gustó nada la forma en que ella había pronunciado su nombre.

—Desafortunadamente, esa no es una opción.

—¿Por qué no?

Grace apretó su vestido, sin preocuparse por las arrugas en la tela.

—Es, con mucho, la solución más sencilla. Nombrarán otro diamante el año que viene, y el siguiente. Usted encontrará otra mujer tan hermosa y encantadora como Charity, una unión con

muchas menos complicaciones y chismes.

La boca de Roland se crispó.

—Pídame lo que sea, Lady Grace, pero no puedo aceptar eso. No puedo abandonar Londres. No puedo ir a buscar esposa al continente o dentro de un año.

—¡Por supuesto que puede! Los hombres son libres de ir y venir, de casarse con quien les plazca.

—Quizás usted piense que controlamos nuestro destino, pero no es así. Piense en su hermano; ¿es él tan libre? ¿No tendrán sus padres algo que decir sobre su elección de esposa? ¿Cómo reaccionarían si huyera por amor, dejando no a una, sino a dos jóvenes en apuros?

Grace enderezó los hombros.

—Lo perdonarían, especialmente si lo explicara.

Había pronunciado estas palabras como un bálsamo, pero cortaron a Roland como una hoja. El perdón no era concebible. Negó con la cabeza.

—Bueno, sus padres son más generosos que otros. Algunas cosas no pueden ser perdonadas. Incluso si la Reina olvidara mi partida abrupta... Bueno, mi abuelo, el duque, no lo olvidará. Es una historia complicada, pero tengo muchas responsabilidades, y algunas de ellas dependen de lo que suceda esta temporada. Hay personas que cuentan con mi matrimonio.

Vio cómo la última esperanza rebelde se apagaba en sus ojos.

—Entonces, ¿no se irá? —dijo Grace intentando apartar la cabeza, pero Roland se negó a dejarla esconderse de él.

Deslizó sus dedos alrededor de su barbilla, dejándolos descansar en su mejilla, y la instó a mostrar su rostro. A hacer que sus ojos llenos de lágrimas se encontraran con los suyos.

Maldición. Odiaba verla llorar. ¿Y que pareciera llorar ante la idea de verse obligada a casarse con él? Bueno, eso solo hacía que las cosas fueran mil veces peores.

—Si esta es la única manera que cree que puede escapar de un... un matrimonio sin amor conmigo, entonces no podemos abandonar la búsqueda. Debemos continuar, mientras nos queden algunas horas para buscar.

Grace asintió una sola vez en señal de comprensión, luego se alejó, desapareciendo entre la multitud de invitados.

De pésimo humor, Roland salió de la habitación a grandes zancadas, preparándose para partir. Poco le importaba que los demás hablaran. Que no hubiera visto a la Reina. ¿Qué más daba? Sin embargo, antes de que pudiera abandonar la fiesta, se encontró cara a cara con Lord Fitzroy, que le bloqueaba el camino.

—¿Qué sucede, Fitzroy? —preguntó con tono irritado—. No estoy de humor para conversar.

Fitzroy lo examinó con mirada especulativa. Pero aunque Roland llevara el corazón en la manga, Fitzroy no le preguntó qué había pasado.

—Se nota. Lamento abordarte en un momento así, pero me recuerda lo negligente que soy en mis deberes como cabeza de familia.

Tomando otro respiro, Roland sintió que parte de su ira se evaporaba, pero no pudo reunir suficiente curiosidad.

—¿Deberes? —preguntó cortésmente.

Tomando él mismo una profunda inspiración, Fitzroy asintió.

—Entiendo que estés a la espera, con la esperanza de ver a Lady Charity recuperada. Como la mayoría piensa que ahora es poco probable, parecerá extraño que no prestes atención a otras damas. Mi madre me ha preguntado sin rodeos por qué no te he presentado a mi hermana.

La ira de Roland volvió a aumentar, pero la contuvo.

—Desafortunadamente, tengo obligaciones por el momento, Fitzroy. No es el momento adecuado.

Hizo un gesto con la mano para descartar la idea.

—Mejor así. Están haciendo cola para saludar a la Reina y ganarse su favor. Ella espera que Lark gane importancia ahora... bueno —se interrumpió antes de pronunciar las palabras que Roland, sin embargo, podía escuchar claramente.

Ajeno a los pensamientos errantes de Roland, Fitzroy continuó:

—¿Esta noche, quizás? Seguramente irás a Vauxhall; todo el mundo estará allí. Odio ser quien te presione a bailar con una dama dos veces... —Fitzroy se interrumpió, con una sonrisa traviesa dibujándose en sus labios—. Pero tal vez podrías encontrar un momento para bailar con Lark y así aplacar a mi madre.

Incapaz de encontrar una buena razón para negarse rotundamente a bailar con Lady Lark, Roland asintió secamente y se marchó.

27

Más tarde esa noche, Grace permanecía inmóvil a pesar de los tirones de Elsie mientras arreglaba su cabello. Pensaba que hacía tiempo se había inmunizado contra el dolor asociado a un peinado adecuado, pero esta noche, cada nudo la hacía rechinar los dientes.

—Lo siento, señora —murmuró Elsie—. Es solo que quiero que esté especialmente hermosa para Lord Percy. Seguramente estará allí esta noche.

—Tú no, por favor —gimió Grace, sacudiendo la cabeza para obligar a Elsie a retroceder—. Tú, más que nadie, deberías saber por qué me habla. No tiene nada que ver con el estilo de mi peinado o el escote que luzca. Quiere ver a Charity regresar sana y salva, al igual que yo.

Esperaba que Elsie se rindiera, pero la joven volvió a tomar el peine y alisó los lados del cabello de Grace. En voz baja, murmuró:

—No es la razón por la que le habla lo que llamó mi atención, sino la forma en que la mira cuando lo hace. Pero si insiste en lo contrario, ¿quién soy yo para decir que está equivocada?

Grace levantó la mirada y se encontró con los ojos de Elsie en el espejo. Londres las había cambiado a ambas, al parecer. Como doncella, Elsie nunca habría tenido la audacia de expresar su opinión. Grace podría haberla reprendido por su atrevimiento, pero no tenía ganas. Con Charity ausente, Elsie era lo más parecido a una amiga. ¿Qué importaba si provenían de clases muy diferentes? Thorne y Roland eran cercanos, y para ellos, la brecha era igualmente grande. Elsie no había mostrado más que lealtad desde el momento en que la doncella de los Fitzroy tropezó fuera de la habitación y cayó del balcón.

Grace estaba a punto de hablarle a Elsie sobre la amenaza de la Reina cuando la puerta de su habitación se abrió y entró su madre.

Inspirada por los fuegos artificiales previstos para más tarde en la noche, Lady Tilbury había elegido un vestido con una audaz falda de satén rojo, mangas cortas abullonadas y un amplio borde de encaje adornando la parte inferior. Diamantes y rubíes brillaban en su cuello y orejas. Cerró cuidadosamente la puerta y se acercó para examinar a su hija.

—Deberías ponerte tu nuevo vestido en ese bonito tono verde pradera. El propio Lord Percy dijo que ese color te sienta bien, y no querríamos decepcionarlo.

Grace se puso rígida, sus mejillas enrojeciendo. Sin decir palabra, Elsie dejó el peine y salió apresuradamente de la habitación.

—Mamá, no debes alimentar esperanzas sobre Lord Percy.

—Tonterías, Grace. No necesitas hacerte la tímida conmigo. Lord Percy te ha estado cortejando desde que nuestros caminos se cruzaron en Buckingham House. Aunque quizás no hayas sido su primera elección, no puedes negar que ahora está enamorado de ti.

Pero Grace podía negarlo, y ese era el problema. Él no había pasado página más de lo que Grace había olvidado a Charity. Aunque Grace esperaba desesperadamente que él tuviera razón y encontraran una salida a su delicada situación, era demasiado realista para engañarse sobre la alternativa.

A pesar de esta última semana, Roland Percy seguía siendo un perfecto desconocido. No sabía nada de él. Nada de sus planes. Si se casaban, ¿la abandonaría en alguna propiedad para olvidarla? ¿La obligaría a pasar sus días según su voluntad? ¿Le concedería alguna libertad?

¿Importaba si lo hacía? Porque el final sería el mismo. Parecía ser un hombre de honor, y eso significaría que estaba tan atrapado como ella. Quizás había sido demasiado dura al decir que se odiarían, pues parecía ser un hombre decente. No podía imaginar que fuera deliberadamente cruel. Al principio, al menos. Si entraba en su matrimonio con arrepentimientos... Bueno, el arrepentimiento tenía esa particularidad de convertirse en resentimiento.

Grace debía mantener las apariencias, pero tal máscara estaba fuera de su alcance. La expresión de su madre se volvió alegre mientras imaginaba a Grace como duquesa. Hasta ahora, Grace se había contentado con dejar que su madre tuviera esa fantasía. Pero como estaba tan cerca de hacerse realidad, tenía que confesar que el supuesto interés de Roland por ella no era más que una fachada. Se dio la vuelta y agarró las muñecas de su madre.

—Mamá, escúchame. No fue casualidad que nos encontráramos con Lord Percy en casa de la Reina. La Reina Charlotte le ordenó descubrir qué le había sucedido a Charity. Prometí ayudar. Eso es todo lo que ha sido: una serie de discusiones sobre quién podría haber secuestrado a la mujer de la que realmente se preocupa y que la Reina Charlotte estima por encima de todo. Él no tiene intención de casarse conmigo, ni yo de casarme con él.

El rostro de su madre se arrugó de preocupación, pero rápidamente desechó su inquietud.

—¿Han encontrado a Charity? ¿Alguna pista sobre dónde podría estar?

—No —susurró Grace.

El rostro de su madre pasó por una serie rápida y complicada de cambios. Tristeza. Lástima. Resolución.

—Entonces no hace ninguna diferencia. Todos debemos aceptar que Charity ha desaparecido. Tú estás aquí, y Lord Percy te está conociendo mejor. No ha mirado a ninguna otra mujer. Mantenlo cerca, y ya verás. Pronto, se encariñará contigo. ¿Cómo podría ser de otra manera? Cuando todo esté dicho y hecho, descubrirá que está igual de bien construyendo un futuro contigo. Créeme, matrimonios se han fundado sobre bases mucho menos estables.

Grace luchó contra el impulso de sacudir a su madre. Gritar, chillar, hacer una rabieta: lo había intentado todo de niña, desesperada por obtener atención en un hogar agitado. La atención se había centrado en su hermano Felix en su papel de heredero, y en Mercy, su primera hija. Grace llegaba en un distante tercer lugar. Su madre incluso había olvidado el debut en sociedad de Grace, tan absorta estaba en el inminente nacimiento de su primer nieto. Esa era la razón por la que Grace había acompañado a la familia Cresswell a Londres y pasado sus primeras semanas de la temporada al lado de Charity.

Ver a Grace casada con Lord Percy sería el sueño de su madre tanto como era la pesadilla de Grace. Grace estaría a salvo de la necesidad de por vida y ya no sería un pensamiento persistente en la mente de sus padres.

Grace encontró el valor para intentarlo de nuevo. Era demasiado importante como para simplemente rendirse y someterse.

—Mamá, Lord Percy ama a Charity. Ha ido más allá de todo en su búsqueda. ¿Querrías que me casara con un hombre enamorado de otra mujer?

—¿Una mujer que ha desaparecido?

Lady Tilbury liberó sus brazos del débil abrazo de Grace y tomó las manos de su hija. Tiró de ella para ponerla de pie, sus ojos recorriendo a Grace de pies a cabeza.

—Grace, tal vez no me creas, pero no eres un premio de consolación. Eres hermosa de cara y figura, bien educada y atenta. Tienes todo lo que un hombre podría desear en una esposa. Nadie se casa por amor, querida, por mucho que digan los cuentos de hadas.

Grace retrocedió ante esta declaración.

—No soy tonta, Mamá, pero como usted dice, soy atenta. Y como tal, ¿cómo puedo abandonar la búsqueda de Charity si aún quedan pistas por explorar? Seguramente, incluso usted admite que los amigos son importantes. No sería yo misma si me rindiera ahora.

Lady Tilbury soltó las manos de Grace. Se frotó la frente, la preocupación visible en sus labios apretados.

—¿Qué quieres que haga o diga, querida? Si hubiera sabido que Charity iba a desaparecer del jardín de los Fitzroy, nunca la habría perdido de vista. Pero no lo sabía. Ninguno de nosotros. Ni yo, ni tú, ni sus padres, ni nuestros anfitriones, ni siquiera Lord Percy, de quien crees que está enamorado.

—Alguien la secuestró —insistió Grace—. Usted conoce a todas las personas de calidad en Londres. ¿Quizás ha oído algún rumor, alguna pista?

—¿Sobre un crimen? ¿Y lo habría guardado para mí? ¡No estoy tan desesperada por verte ascender en la escala social como para ignorar la desaparición de una joven!

—¡Entonces ayúdeme a resolver este enigma, Mamá! Por favor, póngase en mi lugar por un momento. Alguien quería a Charity para sí mismo, o quería que desapareciera para poder tomar lo que le pertenece. Adivine, si es necesario. Tomaré cualquier consejo que pueda darme.

—Si lo hago, ¿dejarás estas tonterías y harás lo que te digo?

Grace no tenía ninguna intención de rendirse tan fácilmente, pero estaba perfectamente dispuesta a mentir para lograr sus fines.

—Sí, lo haré.

Lady Tilbury dio un gran suspiro y luego hizo un gesto a Grace para que la siguiera hasta los dos sillones de orejas cerca de la chimenea. Se sentó en el borde del asiento, teniendo cuidado de no arrugar su vestido, y luego colocó sus manos sobre sus rodillas.

—¿Dices que la Reina te dio permiso para investigar este asunto? ¿Es por eso que asististe a esa conferencia con tu hermano?

Grace asintió.

—Supongo que debería estar agradecida de que no te estés convirtiendo en una marisabidilla. ¿Fuiste allí para hablar con los hombres que rondaban a Charity?

—Sí —admitió Grace, sin tener razón para mantener esto en secreto—. Hablé con Lord Dunstan, porque entendí que era uno de los últimos en ver a Charity. Pase lo que pase entre Lord Percy y yo, por favor, no se haga ilusiones sobre Lord Dunstan. Elegiría la ruina antes que casarme con él.

La madre de Grace soltó un jadeo de indignación.

—¡No quiero oír hablar de eso, jovencita! ¿Qué hay de Lord Percy? ¿Ha hecho lo mismo que tú?

—Sí.

Grace vio una oportunidad de bajar la estima de su madre por Lord Percy unos cuantos escalones.

—¿Ha oído hablar de la apuesta de Lord Percy?

—Oí a Felix discutirlo con tu padre. Aunque no puedo ni quiero aprobar una apuesta tan inapropiada, tu padre hizo una observación pertinente. Lord Percy recibió una excelente educación, pero ha pasado la última década entre soldados comunes en lugar de ir al extranjero para perfeccionar sus habilidades sociales. Es un poco tosco, y claramente necesita una mujer para suavizarlo.

Grace dejó caer sus brazos a los lados y deslizó sus manos bajo sus faldas. Fuera de la vista, las apretó hasta que el dolor la obligó a guardar silencio. ¿No había nada que un hombre pudiera hacer mal? Ella y las otras debutantes solo tenían que batir las pestañas ante un libertino y arriesgarse a manchar su reputación.

Lady Tilbury cerró los ojos ante el sufrimiento silencioso de Grace.

—¿Dónde estábamos? Si tú y Lord Percy han hablado con los pretendientes, y no creen que ninguno de ellos haya secuestrado a Charity, entonces no tengo más sugerencias que ofrecer. Tal vez fue un sirviente, o un cochero, o un vagabundo de paso que se coló en la propiedad. No veo cómo tú o Lord Percy podrían evaluar todas las posibilidades.

—Pero la Reina Charlotte nos pidió-

Lady Tilbury interrumpió a su hija.

—La Reina Charlotte solo es constante en su amor por una persona: su marido. En cuanto al resto de nosotros, no somos más que caprichos pasajeros para ayudarla a pasar el tiempo. No te preocupes. Pronto olvidará tu fracaso, y con el tiempo, a la propia Charity. Encuentra otra manera de honrar a tu amiga. Estaré encantada de discutirlo más contigo, pero no ahora, no cuando se nos espera en los Jardines de Vauxhall. Llamaré a Elsie para que te ayude a ponerte tu vestido.

El estómago de Grace se revolvió ante la idea de envolverse en telas costosas y deambular entre las delicias del jardín. Cerró los ojos y se tambaleó en su silla.

—Lo siento, Mamá, pero esta conversación me ha dado dolor de cabeza. ¿Puedo ser excusada?

—¡Absolutamente no! Lord y Lady Lancaster nos han invitado a cenar en su mesa. Si no vienes, los números estarán desequilibrados. Tengo exactamente lo que necesitas.

Lady Tilbury se levantó de su silla y se apresuró hacia el pasillo. Llamó al lacayo apostado en lo alto de las escaleras.

—Trae una tintura de beleño de la señora Griffin.

El lacayo regresó unos minutos después con una bandeja que llevaba un vaso de agua y la botella de líquido gentilmente proporcionada por el ama de llaves. La colocó sobre la mesa entre las sillas y se retiró. Lady Tilbury quitó el tapón de la botella y midió una sola gota en el vaso. Instó a Grace a beberlo todo.

—Pon esto en tu bolsillo y llévalo contigo en caso de que lo necesites de nuevo. Pero debes tener cuidado. No tomes demasiado, ya que podría marearte, confundirte y desorientarte. No podemos permitir que te pierdas en los jardines.

Grace miró el vaso con nerviosismo, dado que en realidad no sufría de dolor de cabeza.

—¿Está segura de que no causará efectos secundarios?

Lady Tilbury empujó el vaso de agua modificada más cerca de Grace.

—Tengo excelentes fuentes que me aseguran que es un tratamiento eficaz. En lugar de asistir a conferencias con Felix, únete a mí en la próxima reunión de la Sociedad de Horticultura. ¡Marian Fitzroy es una verdadera experta en las propiedades de las plantas! Fue fascinante ver cuán fina es la línea entre un veneno y un medicamento. Incluso la Reina asistió a su última conferencia sobre plantas medicinales. Marian nos envió a todas a casa con estas tinturas.

¿Sabías que la digital podría tratar las debilidades del corazón?

Grace se atragantó con el agua que corría por su garganta. Su madre extendió la mano para ayudarla, pero Grace la apartó.

—Estoy bien, de verdad. Me tomó por sorpresa que mencionara a Lady Fitzroy. Sabía de su interés por las plantas, pero no que fuera tan versada en el tema.

—Oh, sí, sus jardines tienen una variedad de lo más asombrosa. Algunos médicos incluso obtienen hierbas de ella. No te haría daño conocerla mejor —sugirió Lady Tilbury—. Ha encontrado un equilibrio entre las artes femeninas y su búsqueda de conocimiento. Creo que te llevarías bien con ella y su hija. Deberíamos invitarlas a cenar.

En ese momento, Grace no podía imaginar nada peor que compartir la mesa con una mujer que podría haber envenenado la bebida que llevó a la muerte de esa pobre sirvienta. Pero si Lady Tilbury estaba dispuesta a proporcionar información, Grace sería tonta si ignorara esta oportunidad.

—Ya que estamos hablando de Lady Fitzroy, ¿qué más debería saber? No quiero cometer ningún paso en falso durante nuestra primera conversación.

—Evita hablar de su matrimonio —advirtió Lady Tilbury—. Lord Robin Fitzroy, el padre de Peregrine, quiero decir, era mucho mayor.

—¿Por qué se casó con él? ¿No tenía otras opciones? ¿O simplemente esperaba convertirse en viuda?

Lady Tilbury se acercó y bajó la voz, señal segura de que estaba a punto de revelar algún jugoso chisme.

—No soy del tipo que difunde rumores, pero esto ya es historia antigua. Cuando llegó el momento de que Marian hiciera su debut, se esperaba ampliamente que fuera la gran belleza de la temporada. Durante toda la pequeña temporada, los hombres se agolpaban a su alrededor, desesperados por ganarse sus favores. Pero todo cambió después de su presentación en la corte. Ejecutó perfectamente su papel, y la Reina Charlotte sonrió sobre su cabeza inclinada. Y entonces, entró la madre de Charity. Has visto a Lady Vanessa, y ciertamente puedes imaginar cuán gloriosa era en la cima de su juventud. La Reina casi se desmayó al verla, y la declaró inmediatamente la favorita de la temporada.

—Entiendo que eso pudo haber dejado un sabor amargo a Lady Fitzroy, pero ¿cómo la llevó eso a casarse con un hombre mayor?

Lady Tilbury bajó aún más la voz, aunque estaban solas en la habitación de Grace.

—Lord Cresswell era el partido más codiciado de la temporada y había cortejado a Marian en los días previos a su debut oficial. Como la Reina, cuando puso sus ojos en Vanessa, dio media vuelta y nunca más miró atrás. No creo que Marian haya perdonado realmente a Vanessa por robarle a su pretendiente, aunque no puedo imaginar por qué. Terminó haciendo un matrimonio bastante bueno, y como viuda, ahora es libre de hacer lo que le plazca.

¿Libre de hacer lo que le plazca? ¿Hasta dónde llegaría Lady Fitzroy? Estas palabras resonaban en la cabeza de Grace mientras subía al carruaje familiar para dirigirse a Vauxhall.

28



Roland había planeado pasar la noche lamentándose en casa, pero Thorne lo había obligado a ir a Vauxhall de todos modos.

—Creo que deberías infligir tu encantador ceño fruncido a la nobleza —había dicho con voz arrastrada, lanzándole una corbata a la cabeza—. Ve a divertirte con toda la alta sociedad.

Atrapándola, Roland gruñó:

—No estoy de humor para ir a bailar y coquetear con mujeres esta noche.

Pero había perdido esa discusión con Thorne, quien había enumerado con los dedos todas las razones por las que debía ir, incluyendo el hecho de que había abandonado tan precipitadamente la *tea party* de la Reina, y el hecho de que el mismo Thorne se estaba cansando de su mal humor.

—Está bien, iré —había gruñido finalmente Roland, cediendo—. ¡Pero no estaré alegre!

Los entretenimientos en los Jardines de Vauxhall estaban abiertos a todos, siempre que pudieran permitirse la ficha de entrada. Después de pagar la cuota, Roland se abrió paso hacia el interior, maravillándose del tamaño de la multitud y del hecho de que alguien pudiera encontrarse en un lugar tan animado. Con suerte, tal vez no encontraría a la familia Fitzroy en absoluto. Sin embargo, mientras paseaba por los jardines, se hizo evidente que había líneas de demarcación obvias. Los palcos de cena estaban llenos de rostros que reconocía, y que lo reconocían a él. Rindiéndose ante lo inevitable, se unió a Lady Fitzroy y su hija.

—Lord Percy, estoy tan feliz de que haya podido venir esta noche —dijo Lady Fitzroy, posando ligeramente su mano sobre su brazo—. Es maravilloso verlo en un ambiente menos formal donde podría estar más cómodo.

—En efecto, Lady Fitzroy —dijo él, retirando tácticamente su brazo de su alcance después de un momento—. ¿Está Lord Fitzroy también presente? Lo vi antes en el té de la Reina.

—Está por ahí, buscándonos algunas bebidas —dijo ella con un gesto desdeñoso de la mano —. Lord Percy, permítame presentarle a mi hija, Lark. Tuvimos una conversación tan agradable con la Reina hoy en el té. ¡Realmente espero que este favor se refleje en Lark durante el resto de la temporada!

Dirigiendo su atención a la joven al lado de su madre, Roland evaluó a la muchacha. Parecía incluso más joven, de alguna manera, que Grace y Lady Charity. Tal vez era la impronta de los rasgos de su madre, incluyendo el mismo cabello rubio brillante que compartía con su hermano. O sus grandes ojos color avellana inocentes. Sonriendo tímidamente a Roland, Lark extendió su mano para que él se inclinara sobre ella.

La sonrisa de Lady Fitzroy se ensanchó con satisfacción de una manera casi depredadora,

como un lobo preparándose para saltar sobre un cordero.

—Quizás... —dijo, bajando cariñosamente la voz mientras tocaba el hombro de su hija—, finalmente podría reconocerte como el diamante que eres.

La mano de Roland, que se extendía automáticamente para tomar la mano extendida de Lark, vaciló el más breve instante antes de completar el gesto. ¿Lady Lark —o más probablemente su madre— esperaba atrapar el premio y tomar el lugar de Charity?

Una alegría salvaje le apretó el estómago. Lady Fitzroy y su hija no sabían que el título de diamante estaba prácticamente prometido a alguien más, y había sido prometido como una amenaza, además. Sin embargo, mientras su mano se cerraba sobre la de Lady Lark, y completaba su reverencia, su mente galopaba hacia adelante.

Lady Fitzroy esperaba que su hija fuera reconocida como un diamante de la más alta calidad. Entonces se le ocurrió que en las discusiones sobre los sospechosos —hombres celosos, tal vez sirvientes, tal vez debutantes— él y Grace nunca habían examinado ni una sola vez la posibilidad de una de las madres. Si Lady Fitzroy había maniobrado hacia este fin, tal vez no había sido la única.

Grace. Tenía que encontrar a Grace inmediatamente, se dio cuenta con una intensidad dolorosa.

Lady Lark y Lady Fitzroy lo miraban con curiosidad. Bruscamente, notó que aún no había soltado su mano, y les sonrió débilmente mientras la soltaba.

—Discúlpenme, Lady Lark. Su nombre me recordó un poema, y mi mente instantáneamente saltó un continente mientras intentaba recordar el título.

Fue dicho más elegantemente de lo que normalmente lo habría hecho, y Roland sabía que Thorne se jactaría de haber finalmente hecho que algo de su encanto se le pegara a Lord Bárbaro. Ciertamente, ambas mujeres parecían encantadas con la idea de que Lady Lark le recordara poesía. Sin duda era romántico o algo así.

Roland no podía soportar pensar en tales cosas ahora; una urgencia rozando el pánico se apoderó de él y luchó para evitar que la emoción subiera a su rostro. Había miles de personas en Vauxhall. ¿Dónde podría encontrar a Grace? ¿Cómo? ¿Y cómo podría salir de esta conversación para ir a buscarla?

Mientras rogaba a los cielos por cualquier distracción, Lord Fitzroy, bendito sea, eligió precisamente ese momento para regresar con un vaso de ponche para su madre y su hermana.

—Lord Percy, tienes mucho mejor aspecto que esta tarde —lo saludó Fitzroy.

—Sí, yo... había recibido malas noticias —explicó, cruzando la mirada con Fitzroy.

No era precisamente una mentira.

—El problema se está resolviendo.

Fitzroy pareció brevemente y sinceramente preocupado por Roland, y Roland estudió la expresión del hombre.

—Me alegra oírlo. Veo que ya has conocido a mi hermana —continuó, arqueando una ceja hacia su madre.

Luego los ojos de Fitzroy volvieron a los de Roland.

—¿Esperamos verte más tarde para el baile?

Sus palabras eran despreocupadas, sin entonación particular. Él y Peregrine no eran exactamente amigos, pero quizás... parecía que estaban sentando las bases para una mejor relación entre ellos. En cuanto a las intenciones hacia su hermana, no parecía haber ni un ápice de cálculo o condena en él. Fitzroy, al parecer, o no tenía caballo en esta carrera, o era mejor mentiroso que Roland.

—Sí, por supuesto —dijo Roland, aprovechando la excusa para alejarse—. Estoy deseando que llegue. Señoras —dijo, haciéndoles una inclinación de cabeza, y luego se marchó como si las suelas de sus botas estuvieran en llamas.

No vio a ningún miembro de la familia Tilbury en los palcos de la cena o en los grupos de aristócratas. Ella no estaba cerca del concierto, escuchando la música, ni mirando a los bailarines en la pista. No pudo encontrarla en el gran paseo ni viendo a los artistas. Desesperado, consideró la posibilidad de que hubiera pagado la cuota para entrar en una de las zonas más exclusivas. Justo cuando concluía que allí era donde debía buscar a continuación y se apresuraba en esa dirección, la vio. Allí, al otro lado de la multitud que se extendía entre ellos. Ella lo miraba directamente, con el ceño fruncido de preocupación.

Se abrió paso para llegar hasta ella, disculpándose todo el tiempo, y finalmente los últimos cuerpos se apartaron, dejándolo libre para acercarse. Rodeados como estaban por oídos indiscretos, eligió cuidadosamente sus palabras.

—Lady Grace —dijo, con la voz ronca—. Esperaba que nuestros caminos se cruzaran.

—Yo también —replicó ella, con el rostro aún tenso.

Bajó la voz apenas más que un susurro.

—Hemos pasado por alto a alguien en nuestra lista de sospechosos.

—Las madres de las debutantes —dijo él, completando su pensamiento.

Grace pareció sorprendida de que hubiera llegado a esa conclusión, pero antes de que pudiera decir más, ella lo interrumpió.

—No podemos tener esta conversación aquí —le dijo nerviosa, y echó un vistazo hacia la entrada del laberinto de setos a corta distancia—. Tome los dos primeros caminos a la izquierda y reúnase conmigo en unos minutos.

Se alejó rápidamente. Roland tenía ganas de arrancarse el cabello de frustración ante la necesidad de esconderse, pero admitió que ella tenía razón; el corazón de la multitud no era el lugar para tener una conversación. Esperó el mínimo que pudo antes de precipitarse casi tras ella, encontrándola donde había indicado. Era un callejón sin salida oscuro, medio oculto por un alto seto.

—Acabo de encontrarme con Lady Lark y Lady Fitzroy —explicó—, y es evidente que planea usar este desafortunado incidente para elevar a su hija.

Finalmente, cediendo al impulso frustrado de hacerlo, se pasó la mano por el pelo recordando las palabras.

—Dijo que quizás la Reina podría por fin reconocer a Lady Lark como un diamante. Si tan solo supiera...

El shock tensó el cuerpo de Grace, y sus manos se cerraron dolorosamente sobre las de Roland.

—¿Ella dijo eso? ¿Lady Fitzroy?

—¿Sí? Más o menos. Quizás ella sea la más descarada, pero cuántas otras madres habrán hecho lo mismo... —pero su voz se apagó.

El rostro de Grace se puso mortalmente pálido, y se tambaleó sobre sus pies. Él esperaba que no se desmayara, ya que no había soltado sus manos.

—¿Grace? ¿Qué ocurre?

—Aparte de las especulaciones, solo usted y yo sabemos que la Reina me amenazó con el honor del título —le recordó—. Sin embargo, Elizabeth... Lady Elizabeth dijo algo sobre Lady Fitzroy habiendo perdido el diamante dos veces. No le presté atención. En ese momento, pensé que quería decir que yo era la segunda pérdida del diamante, pero no puedo ser...

Retiró bruscamente sus manos, apretándolas contra su estómago como si fuera a enfermarse.

—Roland, usted estaba más cerca de la verdad de lo que pensaba. Los rumores dicen que a la propia Lady Fitzroy se le negó el título, hace años, cuando la madre de Charity llegó a la escena. Lady Cresswell se convirtió en la nueva favorita de la Reina...

—Y al hacerlo, arrancó los elogios de las manos de Lady Fitzroy —terminó Roland sombríamente, su mente repasando las implicaciones—. Que Lady Charity eclipsara a Lady Lark serviría de sal adicional en la misma herida infligida por Lady Cresswell. Es un motivo, ciertamente, pero ¿hay algo más que pudiera servir como prueba?

—Oh sí —rio Grace una vez, duramente—. Fingí tener dolor de cabeza antes y mi madre me dio una tintura de beleño en mi bebida, una que había recibido de Lady Fitzroy. Me advirtió que tuviera cuidado al usarla. ¿Sabe por qué? Lady Fitzroy le dijo que una dosis demasiado grande podía causar visión borrosa, confusión y falta de coordinación. ¿Le suena familiar?

—La torpeza de Lady Charity, y luego el extraño comportamiento de la doncella. ¿Está sugiriendo que...?

Apretando los labios, Grace asintió firmemente.

—Lady Fitzroy advirtió que la línea entre un veneno y un medicamento era delgada en el mejor de los casos.

El más mínimo atisbo de humedad apareció en las esquinas de los ojos de Grace y fue rápidamente desterrado.

—Elsie conoce un poco sobre las tinturas comunes. Dijo que una dosis demasiado grande de beleño podía llevar a la muerte. ¿Y si Charity hubiera muerto, y su cuerpo hubiera sido arrojado al río?

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal mientras las piezas del rompecabezas encajaban demasiado perfectamente para ser ignoradas.

—¡Que contemple directamente el asesinato...!

Se quedó sin aliento y, haciendo una pausa, visualizó a los Fitzroy tal como los había visto antes. Lady Lark, con los ojos muy abiertos y obsecuente. Lady Fitzroy, con la expresión satisfecha de un gato bebiendo crema. Lord Fitzroy, sorprendentemente comprensivo. Casi un amigo...

Entonces lo golpeó el pensamiento.

—Una travesura.

Su voz se apagó.

—El asesinato tiene consecuencias que imagino que incluso Lady Fitzroy dudaría en considerar. No puedo imaginar que ni siquiera la persona más fría calcularía el riesgo de cometer un asesinato durante su propia fiesta. Pero ¿y si solo se suponía que fuera una travesura? Usted dijo que su madre le advirtió sobre el uso excesivo del producto. Una chica atolondrada y torpe se avergonzaría, y la alta sociedad supondría que estaba ebria.

La esperanza se coló en los ojos de Grace, pero luego las brasas se enfriaron de nuevo.

—Su reputación ciertamente se vería dañada. Pero si fue una travesura, ¿dónde está Charity?

—Tal vez el accidente de la doncella proporcionó una oportunidad para un plan más grande del que Lady Fitzroy no había previsto originalmente. ¿Dónde podría estar escondida? Hemos registrado la casa de la finca de arriba a abajo, y la casa de los Fitzroy en la ciudad.

Roland reflexionó, luego se enderezó.

—Grace. Solo hemos verificado una de sus casas en Londres. ¡La otra estaba alquilada!

—Tal vez eso era una artimaña —susurró Grace.

—O un cómplice —reconoció Roland—. Debo volver a casa y buscar a Thorne. Tenemos

que ir a revisar la otra casa inmediatamente.

—¡No sin mí! —dijo ella tan ferozmente que lo desconcertó—. Elsie y yo debemos ir con usted. No puede rescatarla solo sin comprometer su virtud.

—Suponiendo que le quede alguna que comprometer —dijo a regañadientes, y luego se maldijo por haberle recordado esa posibilidad—. Muy bien, pasaré a buscarla a usted y a su doncella donde las dejamos la noche que examinamos la casa de la ciudad. A las diez. Si no aparece... si no puede aparecer, iré de todos modos con Thorne.

Su mandíbula se tensó bastante obstinadamente, y Roland no estaba seguro si se preparaba para discutir o si estaba tratando de contener las lágrimas. Tal vez ambas cosas. De cualquier manera, colocó suavemente su palma contra su mejilla para detenerla, su pulgar rozando su labio.

—Grace, todos mis años de ausencia solo me han demostrado que la gente de la alta sociedad no puede juzgar el valor de una persona. No realmente. Sé que no ha tenido la oportunidad de ver mucho, pero hay un mundo más grande fuera de la estrecha ventana que le permiten ver. No importa lo que quede de la reputación de Charity a sus ojos, qué desaprobación enfrente, le prometo que al final, estará bien. Solo su amor por ella la hará superar esta prueba.

Y con esas impactantes palabras, Roland dio media vuelta y la dejó allí, de pie.

29

La sensación de los dedos de Roland en la mejilla de Grace persistía después de su brusca partida. De pie en la sombra, Grace tocó su labio donde el pulgar de él lo había rozado. Roland Percy ciertamente tenía sus lados ásperos.

Habían tenido suerte de que nadie los hubiera sorprendido. Su contacto había sido tan íntimo que seguramente habría provocado un escándalo si alguien lo hubiera notado. Su corazón, sin embargo, se negaba a olvidar. Se hinchaba con el recuerdo de ese toque fantasma. Pensó una y otra vez en la forma en que él la había mirado. En ese momento, casi deseaba que su vínculo no fuera una farsa.

No sabía cuánto tiempo había permanecido allí. Un grupo de jóvenes surgió tambaleándose de detrás del seto, riendo de su error de camino. Grace levantó las manos con frustración, fingiendo haber cometido el mismo error. Las dejó alejarse antes de dirigirse hacia la salida para buscar a su madre. Tenía que salir de Vauxhall.

Afortunadamente, Lady Tilbury estaba donde Grace la había dejado: hablando con su anfitriona de la cena sobre el mejor lugar para ver los fuegos artificiales de la noche. Grace esperó una pausa en la conversación antes de tocar el brazo de su madre. Haciéndole un gesto para que se apartara, murmuró en voz baja:

—Mamá, con todo este ruido y estas luces, mi dolor de cabeza está empeorando.

Lady Tilbury escrutó el rostro de su hija y frunció el ceño al notar su palidez.

—No tienes buen aspecto. ¿Trajiste el beleño contigo? Tal vez necesites tomar un poco más.

—Añadí un poco a mi vaso de agua durante la cena y lo único que hizo fue marearme un poco.

Estas palabras resultaron mágicas. Lady Tilbury insistió en que se quedara allí y se apresuró a buscar a Felix. Regresó poco después anunciando que Felix acompañaría a Grace a casa.

Felix refunfuñó todo el camino hasta la salida del jardín. Al parecer, él y algunos de sus amigos habían planeado encontrarse con un grupo de bailarinas de Covent Garden. Podía ser un hermano confiable, pero creía firmemente que renunciar a tal oportunidad simplemente por decoro era un precio demasiado alto a pagar para mantenerse en la gracia de su madre.

—¿No podrías sentarte en un banco en algún lugar y esperarnos? —preguntó con nostalgia.

—Lo siento, hermano, de verdad. Todo lo que deseo es ir directamente a la cama.

Por su parte, Grace estaba igualmente descontenta con la decisión de su madre de enviar a Felix a casa. El tiempo ya apremiaba si quería encontrarse con Roland y Thorne.

Ya sería bastante arriesgado salir de casa. Lo último que necesitaba era que su hermano viniera a ver cómo estaba después de que ella se fuera para encontrarse con Roland. Si

encontraba su habitación vacía, seguramente daría la alarma. Cuando llegaron al carruaje, Grace le ofreció a su hermano una salida.

—Felix, no hay razón para que yo arruine tu noche también. Grantham me llevará a casa con seguridad, y puedo pedirle a Elsie que se quede en mi habitación esta noche. Con los dos, estaré en buenas manos. Deberías quedarte con tus amigos.

Felix se iluminó ante la idea, pero su rostro se ensombreció de nuevo.

—Mamá no estará contenta conmigo si te dejo sola.

—Bueno, no le diré nada si tú no dices nada —susurró Grace.

Ya habían jugado este tipo de juegos en su finca en el campo.

Estaba medio convencido.

—¿Estás segura? No quiero dejarte sola si te sientes tan mal.

Grace tomó la mano de su hermano.

—De verdad, estaré bien. Probablemente sea un dolor de cabeza por falta de sueño. Solo quiero llegar a casa y cerrar los ojos.

Felix no necesitó pensar mucho en la propuesta de Grace. Abrió la puerta del carruaje y la ayudó a subir. Después de pedirle que corriera las cortinas para que nadie viera que estaba sola, le ordenó a Grantham que la llevara directamente a casa y luego regresara para recoger a su madre y a su padre. En cuanto a él, Felix encontraría su propio camino a casa, sin que mamá se enterara.

Una vez en casa, Grace interpretó a la perfección el papel de la joven doliente. Se puso una mano en la frente y gimió, quejándose de la luz parpadeante de las velas. Fue directamente a su habitación y esperó a que Elsie se uniera a ella.

Elsie llegó con una taza de leche caliente, sin duda endulzada con una cucharada de láudano. Grace tomó la taza y vertió el contenido en su orinal.

—Estoy bien, Elsie. Simplemente necesitaba una excusa para irme. Tenemos que darnos prisa; Lord Percy y Thorne nos están esperando.

Los ojos de Elsie estaban abiertos de preocupación, pero la expresión amenazante en el rostro de Grace la instó a limitar sus preguntas al mínimo.

—¿Adónde vamos a esta hora?

—Vamos a rescatar a Lady Charity. Sabemos dónde está. Ahora, ¿tienes alguna idea de cómo podríamos salir de la casa sin que nadie se dé cuenta?

Si Elsie había pensado protestar, las palabras murieron en sus labios.

—¿Saben dónde está Lady Charity?

Cuando Grace asintió, pensó por un momento antes de responder:

—Sé cómo Lord Felix se escapa a escondidas. Si está dispuesta, podemos intentar eso... pero nunca lo logrará con ese vestido.

Después de escabullirse en la habitación de su hermano para robar algo de ropa, las mujeres salieron veinte minutos más tarde, vestidas con uniformes de criada negro cuervo, con los calzones cortos de Felix debajo.

Para escalar el muro, tuvieron que subirse las faldas hasta una altura que hizo sonrojar a Grace al pensar en la cantidad de pierna que quedaría expuesta si alguien las sorprendiera. Los pantalones cortos las protegerían de la horrible posibilidad de tener que hacer esto en ropa interior, y una vez que sus faldas volvieran a su lugar, serían invisibles debajo.

Grace y Elsie escalaron sin problemas el muro de piedra que delimitaba su propiedad y se echaron las capas sobre la cabeza. Llegaron al punto de encuentro justo cuando se detenía un sencillo coche negro, con el sombrero del cochero bajado para sombrearle el rostro, y un niño

pequeño sentado en la parte trasera.

Elsie se retiró a las sombras, pero Grace miró más de cerca. El hombre levantó su sombrero lo suficiente para revelar que era Thorne sentado en el asiento del cochero, y le dirigió una sonrisa y un breve asentimiento alentador. Golpeó el techo, y Roland abrió bruscamente la puerta, apremiándolas a subir rápidamente al interior.

Las mujeres se acomodaron en el asiento orientado hacia atrás.

—¿Saben que hay un niño subido en la parte trasera de su coche? —preguntó Grace.

Roland arqueó una ceja, pero sonrió ligeramente.

—Hay dos —corrigió—. ¿Recuerdan? Ustedes querían que los trajera conmigo.

Grace intentó relacionar al niño de rostro limpio que había visto asomarse en la parte trasera del coche con la cara ennegrecida por el carbón que había visto en la casa de los Fitzroy. Supuso que era posible que fuera el mismo niño, pero sin la explicación de Roland, nunca lo habría adivinado. Sin embargo, sus palabras no explicaban completamente por qué tenía a los niños fuera a esta hora.

—No sabemos qué vamos a encontrar cuando lleguemos a la casa. Necesitamos toda la ayuda posible. Los Brotes son obviamente hábiles para entrar y salir de lugares donde no deberían estar.

—Pero podría ser peligroso —argumentó Grace.

Roland frunció el ceño.

—Grace, nunca los pondría en una situación peligrosa. Les pediré a los Brotes que vigilen y transmitan mensajes. Thorne y yo nos ocuparemos del resto.

—¿Los Brotes? ¿Así es como los llaman? —preguntó Elsie, atreviéndose a hablar.

—Fue Thorne quien inventó el término. Ellos... bueno, aún son bastante tímidos, y Thorne y yo hemos dudado en interrogarlos sobre su pasado por temor a que huyan. Aun así, nos han dado sus nombres: Wes y Will.

El trío permaneció en silencio durante el resto del trayecto. Finalmente, el coche redujo la velocidad hasta detenerse. El vehículo se balanceó cuando Thorne saltó a tierra y abrió la puerta lo suficiente para hablar.

—Me he detenido bastante lejos para no levantar sospechas. Wes, Will y yo nos encargaremos del reconocimiento.

Vestido con ropas bastante sencillas —quizás prestadas por Thorne— Roland fue a ocupar el lugar de Thorne en el asiento del cochero. Grace cambió de asiento, y ella y Elsie se acercaron a la ventana del lado de la calle. Apartó la cortina que cubría la ventana para permitirles mirar a través de una rendija. Grace por fin pudo ver bien el barrio.

El aire llevaba los olores mezclados del humo de carbón y el hedor nauseabundo del Támesis. Las residencias eran antiguas, mostrando signos de desgaste y negligencia. Densamente agrupadas, se elevaban dos o tres pisos, con fachadas de ladrillo visto ennegrecidas por el hollín y el tiempo. Estaban muy lejos de los barrios que Grace había visto hasta ahora. La mayoría de las pequeñas ventanas estaban oscuras, pero afortunadamente no cerradas con postigos.

El ruido regular de los cascos de caballos y las ruedas de coche girando hizo que Grace se alejara de la ventana. Las farolas de gas iluminaron un coche de alquiler que pasó a un ritmo constante. Demasiado pronto para ser tranquilizador, los caballos redujeron la velocidad. La preocupación hizo que el estómago de Grace se anudara. ¿Cuál era la probabilidad de que la persona en el coche de alquiler se dirigiera a la misma casa? Aunque las posibilidades eran escasas, Grace no pudo evitar temer lo peor.

Empujó la cortina que cubría la ventana trasera para mirar afuera, pero el otro coche estaba

demasiado lejos para que pudiera ver quién bajaba o adónde iban.

Grace reanudó su observación de la calle. Unos minutos después, vio una pequeña forma deforme surgir de las sombras y cruzar el callejón corriendo. Pensó que quizás sus ojos le jugaban una mala pasada hasta que Roland cambió de posición. Se deslizó en el asiento y se atrevió a girar el picaporte de la puerta, permitiendo que se abriera lo suficiente para que pudiera escuchar la conversación de Roland.

Por el tono de la voz, debía ser uno de los niños.

—El tipo nuevo que llegó, Thorne dice que lo reconoció. Es el mayordomo de la señora que vino con unas cosillas. Echamos un vistazo por las ventanas. Está hablando con un armario con patas adentro y una chica que parece mala. A lo mejor es una criada.

—¿Ningún rastro de una mujer joven? ¿Cabello rubio? —preguntó Roland al chico.

—No, pero podría estar arriba. Hay una luz encendida.

Charity debía estar dentro. Era la única explicación que tenía sentido. Grace no esperó más.

—Vamos, Elsie.

En un abrir y cerrar de ojos, Roland saltó a tierra y cerró la puerta del coche, apoyándose con todo su peso.

—No. Ustedes dos se quedan aquí.

Grace miró a Roland a la cara. Era difícil distinguir sus ojos en la oscuridad, pero no había nada de la suavidad que había habido antes en la noche.

—Déjenos salir inmediatamente.

Roland se quitó el sombrero y pasó la mano por su cabello con impaciencia antes de volver a ponérselo.

—¿No escucharon? Estamos en inferioridad numérica.

Ella apretó la mandíbula.

—Hay dos hombres y una mujer. Tú y Thorne seguramente podéis ocuparos de los hombres, y Elsie y yo podemos encargarnos de la criada.

Una risita ahogada, infantil, escapó de las sombras, y Roland esbozó una pequeña sonrisa ante ello. Sus dientes brillaron a la luz de las farolas antes de desaparecer de nuevo en la oscuridad.

—Estoy seguro —respondió, pero era evidente que la estaba protegiendo—. Sin embargo, deberíamos esperar y ver si el mayordomo se va primero para mejorar nuestras posibilidades, Thorne y yo.

—Se irá —susurró el niño—. El coche está esperando. Sea lo que sea lo que esté haciendo, no tiene intención de pasar mucho tiempo allí.

Cediendo, Grace se sentó de nuevo y Roland retiró la mano de la puerta.

—Si Charity está ahí, probablemente esté a salvo por el momento —le dijo a Grace—. Esperaremos un poco y elaboraremos nuestro plan.

El mayordomo finalmente se fue al cabo de un cuarto de hora. Para entonces, tenían un esbozo de plan, y los Brotes partieron para lanzar piedras a las ventanas de los lados más alejados de la casa.

El armario empotrado, como estaba previsto, salió a investigar el ruido, y Thorne y Roland se abalanzaron sobre él. Grace no esperó a ver el resultado, confiando en que los hombres supieran lo que hacían. Agarró la mano de Elsie y tiró de ella mientras corrían hacia la puerta de la casa.

Al abrir la puerta de golpe, Grace casi chocó directamente con la mujer que estaba dentro. Ambas damas soltaron un breve grito de sorpresa, mirándose fijamente la una a la otra.

—¿Quién es usted? —dijo la mujer con indignación—. ¡Fuera! ¡Al ladrón! ¡Al ladrón! —

gritó agarrando una pesada sartén de hierro fundido colgada en la pared.

Grace miró frenéticamente a su alrededor buscando algo con qué defenderse. Como arma, el hierro fundido era lo suficientemente amenazador. Elsie fue más rápida en reaccionar y encontró un cuchillo que blandió para defender a su señora.

La mujer miró hacia la puerta, evidentemente preguntándose por qué su cómplice no había acudido a sus gritos. Con aire siniestro, envolvió sus dos manos alrededor del mango de la sartén, levantándola en el aire, lista para golpear a Elsie.

Pero no había prestado atención a Grace, que había dado un paso lateral. Grace vio la oportunidad de saltar y empujar a la mujer. Con la pesada sartén desequilibrándola, se tambaleó hacia un lado, golpeándose la cabeza contra la pared.

Elsie se apoderó inmediatamente de la sartén y Grace se llevó una mano a la boca, horrorizada ante la idea de que pudieran haberla herido. Pero era evidente que no estaba muerta, ni siquiera inconsciente; gemía suavemente, aturdida.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe y Thorne entró, sangrando por un corte sobre el ojo. Miró a su alrededor, viendo a la mujer en el suelo y a Elsie y Grace inmóviles como ciervos asustados. Se inclinó para examinar la cabeza de la mujer.

—Estará bien —les dijo—. Marchaos. Rápido ahora, ha hecho mucho ruido.

Las palabras de Thorne pusieron a Grace en movimiento como la apertura de las puertas en una carrera de caballos. Se precipitó escaleras arriba, encontrando la habitación de donde se filtraba luz por debajo de la rendija de la puerta. La abrió bruscamente, con el nombre de Charity en los labios.

Pero estaba vacía. ¿Vacía?

Desconcertada, Grace finalmente notó que una ventana, cerca de un árbol, estaba abierta. Se abalanzó hacia la ventana, vislumbrando una figura aferrada al árbol de la misma manera que ella había escalado el muro.

—¿Charity? —gritó.

La figura se agitó y se detuvo. Roland, al oír la exclamación de Grace, apareció corriendo debajo.

—¿Lady Charity? Puede soltarse y dejarse caer. Yo la atraparé —dijo en voz baja.

Hubo una pausa, y luego Grace vio caer la figura... y Roland la atrapó en sus brazos.

Rígida, Grace retrocedió de la ventana y bajó corriendo las escaleras. Casi tropezó al llegar al rellano, y afortunadamente Thorne estaba allí para estabilizarla.

—La tenemos. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Grace a Thorne, sintiéndose como una niña perdida.

Todos estos días buscando a Charity... nunca había imaginado lo que vendría después.

—Ahora tenemos que irnos, antes de que alguien venga a investigar —le dijo Thorne, haciendo una seña a Elsie y dejando que la doncella recogiera a la temblorosa Grace. Las hizo salir por el frente—. Daos prisa. Subid al coche.

En el coche, se encontraron con Roland, que aparentemente acababa de terminar de instalar a Charity en el interior.

—Brotes —dijo Roland entre dientes—, subid atrás hasta que nos acerquemos a Grosvenor, luego volved a casa. Vosotras dos —continuó, mirando a Grace y Elsie con aire sombrío—, adentro, ahora.

Elsie subió al coche con presteza, dejando el asiento junto a Charity libre para Grace.

—¿Adónde la llevamos? —preguntó Grace, con la voz quebrada—. ¿La llevamos directamente a su casa?

—No podemos —le dijo Roland, con la voz ronca de emoción—. Thorne, llévanos a la finca de los Fitzroy. Lady Fitzroy y su hijo tienen mucho que explicar.

30

Sentado junto a la discreta doncella de Grace, Roland se removía incómodo, tratando de ignorar la escena que se desarrollaba frente a ellos en el carruaje y deseando que este no fuera tan pequeño. Estaba furioso, con una ira cuya profundidad solo recordaba haber alcanzado quizás dos veces en su vida.

Una vez que Thorne puso el carruaje en marcha, Grace y Charity se derrumbaron en los brazos de la otra en un ovillo de lágrimas y palabras susurradas. Finalmente, Grace pareció recomponerse y recordar las necesidades de su próxima misión, y se apartó de Charity, aunque siguió aferrándose a los brazos de la joven.

—¿Qué pasó? —preguntó a su amiga, con una voz lo suficientemente aguda como para que Roland pudiera oír la conversación—. Cuando desapareciste del baile... ¡estaba tan asustada!

—No recuerdo mucho —admitió Charity bajando la mirada—. Tenía calor... me sentía mal... y salí a tomar aire. Uno de los... ¿lacayos, creo? O tal vez el mayordomo. Notó que parecía indispuesta y me llevó a un banco apartado donde podía descansar sin ser vista. Y luego...

Charity hizo un gesto vago con la mano, incapaz de recordar claramente.

—¿Me ofrecieron otra bebida? No estoy segura. Después, nada... hasta que desperté sola en una habitación, todavía con mi vestido.

Aprovechó ese momento para examinar detenidamente a la dama. Los sirvientes de los Fitzroy le habían dado a Charity ropa de repuesto, aunque parecían ser prendas usadas de una criada. Charity había recogido su largo cabello en un moño, para facilitar su descenso del árbol. Las ojeras bajo sus ojos y las emociones tensas en su rostro eran claramente visibles, pero no parecía haber moretones ni cortes que indicaran que hubiera sido maltratada de otra manera.

Los pensamientos de Grace se alinearon con los suyos.

—¿Te trataron bien?

—Tan bien como se puede tratar a una persona secuestrada, supongo —respondió con cierta amargura—. Entera e intacta, y aun así tan buena como arruinada. Lo siento, Grace. Sé tan poco. No me dijeron nada. Ni siquiera sabía de dónde venían esos sirvientes. Cada día, la mujer —la doncella, supongo— drogaba mi té con láudano... después del primer sorbo, intenté no beberlo, pero me amenazó con algo peor si no lo hacía. Así que... a veces lo vertía donde podía y fingía estar más drogada de lo que estaba. Pero ella no se iba hasta que hubiera bebido un sorbo, así que algunas cosas siguen borrosas.

—Eso explicaría cómo tuviste la presencia de ánimo para romper la ventana y trepar por el árbol —concluyó Roland con aprobación—. Esperaste la oportunidad.

—Sí —dijo Lady Charity, volviéndose por fin para mirar a Roland directamente a los ojos

por primera vez—. Había tanto alboroto que pensé que nadie oiría si rompía el pestillo. No sabía que erais vosotros. Todos vosotros...

Sus cejas rubias se fruncieron de consternación y se volvió hacia Grace.

—¿Por qué estáis aquí? ¿Y cómo me habéis encontrado?

Mordiéndose la lengua, Roland no dijo nada. Grace inclinó la cabeza en su dirección como si su reticencia a explicarse la desconcertara, pero murmuró la historia, comenzando por la doncella cayendo del balcón y el desastre que siguió. Su atención vagó durante el relato, pero la mención de la Reina atrajo de nuevo su atención. Grace omitía deliberadamente ciertos detalles, se dio cuenta con sorpresa. No dijo nada de su supuesto descubrimiento mutuo. Nada de la amenaza de la Reina de verlos casados, a Grace y a él.

Después de todo, habían recuperado el diamante. Tal vez Grace pensaba que si veían a Lady Charity restablecida, él se sentiría impulsado a cortejarla de nuevo, y Grace quedaría libre de él. No tendría que preocuparse de que se odiaran el uno al otro, después de todo.

La punzada que sintió en el estómago ante este pensamiento fue rápida, pero pasó desapercibida cuando Thorne golpeó el techo del carruaje casi al mismo instante. Habían llegado.

—Debéis dejarme hablar a mí —les dijo a las dos mujeres, y cuando Grace levantó una ceja en señal de rebeldía, él levantó la suya en respuesta—. Ya habéis causado problemas una vez esta noche. ¡No me pongáis a prueba!

Después de un latido, Grace cedió, cruzando los brazos sobre su pecho.

Elsie se quitó su capa con capucha y la envolvió alrededor de los hombros de Charity, apartando su rostro de la puerta mientras se oían pasos y un breve saludo fuera. Luego la puerta se abrió, y Roland bajó, cerrándola tras de sí. Mientras se acercaba a la fachada de la mansión de los Fitzroy, Thorne tomó posición en el suelo, claramente guardando la puerta del carruaje de cualquier investigación.

El lacayo de los Fitzroy miró de Roland al carruaje —había vislumbrado tres faldas sentadas dentro, aunque poco más— pero no preguntó por qué se quedaban allí. Volviéndose, se apresuró a seguir a Roland hasta la pesada puerta principal.

El mayordomo que respondió era el mismo que estaba en la casa alquilada. Roland lo sabía porque se había girado para mirar a su lacayo y había recibido un ceño fruncido en respuesta.

—Buenas noches —dijo Roland al mayordomo al volverse—. Estoy aquí para solicitar una entrevista con Lord y Lady Fitzroy. Sé que es tarde, pero es de cierta importancia.

El mayordomo podía mostrar un aire profundamente desaprobador cuando quería.

—Mis disculpas, Lord Percy, pero Lady y Lord Fitzroy se han retirado por la noche y no desean ser molestados. ¿Puedo tomar un mensaje o quizás organizar para que se reúna con ellos a una hora más conveniente mañana?

—Me temo que debo insistir en que sean molestados —dijo Roland, haciendo un trabajo creíble al fingir verdadero pesar—. Se trata de la propiedad de Villiers Street.

El mayordomo se tensó ligeramente ante los ojos vigilantes de Roland, demostrando una vez más que sabía exactamente de qué propiedad se trataba. Sin embargo, intentó comprobar si Roland estaba fanfarroneando.

—¿Había alguna pregunta específica que quisiera hacer al respecto, Lord Percy?

Juntó las manos despreocupadamente detrás de su espalda.

—Sí. Se trata de la joven dama que la ocupaba más recientemente. Más allá de esa información, solo puedo hablar directamente con Lord o Lady Fitzroy. Seguramente lo entiende.

—Ya veo —dijo el mayordomo con un tono un tanto siniestro, y abrió la puerta para invitar a Roland a entrar.

Con un giro, Roland hizo un gesto a Thorne, y Thorne abrió la puerta del coche. Thorne asintió hacia Roland, sabiendo automáticamente que debía quedarse con el coche, y Elsie aún dentro.

Grace y Charity emergieron con sus capuchas bajadas sobre sus cabezas y sus rostros en la sombra. Echó un vistazo atrás al mayordomo para evaluar su reacción, pero el hombre había sido mayordomo durante mucho tiempo, y su rostro era ahora una máscara de impasibilidad.

Fitzroy y su madre tal vez se habían retirado, pero no estaban listos para acostarse. Fitzroy aún llevaba su atuendo de noche, y a juzgar por el olor a tinta y whisky que lo acompañaba, Roland sospechaba que había disfrutado de una última copa mientras se dedicaba a su correspondencia.

—¿Percy? —preguntó a Roland, y la perplejidad en su voz era completamente sincera—. ¿Qué haces aquí a esta hora? ¿Quién...

Finalmente estaba lo suficientemente cerca para ver a las jóvenes damas encapuchadas acurrucadas en la sombra de Roland.

—¿Qué está pasando?

Lady Fitzroy apareció en lo alto de la escalera principal con un vestido de estar por casa, su rostro congelado en una máscara de ira.

—Lord Percy. Sé que no está familiarizado con las sutilezas de la sociedad, pero respetamos muy estrictamente las horas de visita apropiadas en esta casa.

—12 Villiers Street, Lady Fitzroy —respondió simplemente Roland—. ¿Le suena?

—¿La propiedad alquilada? ¿Qué pasa con ella? —preguntó Fitzroy.

Roland empezó a dudar de que Fitzroy estuviera al tanto de las maquinaciones de su madre.

—¡Peregrine! —respondió la dama, levantando la mano en señal de precaución—. Puedes retirarte. No hay nada aquí de lo que debas preocuparte. Me ocuparé de Lord Percy y sus... invitados.

—De ninguna manera, Madre. Si hay algún problema, debería estar presente.

La dama hizo una pausa, mirándolos a todos desde arriba.

—Muy bien. En el salón —dijo señalando con el dedo, antes de marcharse con paso decidido, sin esperar a que subieran las escaleras.

Roland notó que las reparaciones de la barandilla rota parecían estar en curso. Las piezas rotas habían sido retiradas y el agujero abierto había sido acordonado. Parecía difícil creer que esto hubiera ocurrido hace menos de una semana.

Las lámparas del salón suavizaban el cabello rubio de los Fitzroy a un dorado soleado y oscurecían el tono de los ojos azules de Lady Fitzroy a un verde botella roto, pero seguían siendo tan fríos como esquirlas de hielo a plena luz del día. Tomó aire.

—¿Se atreve...

—Sí, Lady Fitzroy. Me atrevo —la interrumpió Roland, colocándose detrás de Charity y levantando la capucha de la dama.

Al verla, la mandíbula de Fitzroy cayó.

—¿Lady Charity?

Ella solo levantó la mirada brevemente, encontrándose con los ojos de Fitzroy una vez antes de apartarlos. Superando finalmente su conmoción y uniendo los comentarios, el rostro de Fitzroy se ensombreció.

—¿Estaba en la casa alquilada?

—Sí —murmuró Roland—. Lady Fitzroy, estamos aquí para pedirle explicaciones. Si decidimos mantener esto fuera de los tribunales, podrá minimizar el escándalo para Lady Charity

y su familia.

Lady Fitzroy inclinó la cabeza, sopesando la oferta de Roland.

—No.

Grace se atragantó bajo su capucha, empujándola hacia atrás.

—¿*No*? Usted secuestró a Lady Charity. Nosotros entramos...

—¡Grace! —siseó Roland, tratando de detenerla.

—¡Entramos en su casa y la encontramos allí! Envenenó a su propia sirvienta. Es su culpa que esté muerta —terminó Grace, fulminando con la mirada a Roland, quien apretó los labios en señal de resignación—. ¿Y usted dice "*no*"?

Entonces sonrió ampliamente, sus dientes brillando como una guadaña en la curva de sus labios.

—Lo digo. Vienen aquí y presentan una acusación de asesinato y secuestro. Suponiendo que de alguna manera hubiera drogado una bebida, no puse dicho vaso en la mano de la sirvienta, ni la forcé a beberlo. Esa tonta estaría bien si simplemente hubiera cumplido con su deber. No pueden hacerme responsable de su muerte. En cuanto al secuestro, aunque poseemos una propiedad en Villiers Street, ¡ha estado alquilada a otros inquilinos durante mucho tiempo! Incluso si pudieran convencer a un magistrado de que la dama estaba allí, no tienen pruebas de la identidad del culpable. Ninguna prueba más allá de su palabra, que parece, por su propia admisión, estar manchada por el grave delito de allanamiento. Y cuando explique que cometieron este *crimen* —hubo un ligero énfasis en estas palabras—, porque ustedes retenían a Charity todo este tiempo, y que estaban impulsados por el deseo de plantar pruebas que implicaran a mi familia, ¿cómo se verá eso?

Grace palideció de rabia. Por la forma en que se balanceó sobre sus talones, Roland supo que era consciente de haber cometido un error fatal.

—Veo lo que está pensando, Lady Grace —continuó Lady Fitzroy, llevándose la mano a la mejilla fingiendo sorpresa—. Yo le pregunto a cambio, ¿qué está haciendo *usted*? ¿Qué decoro hay para una joven dama de su rango al ser encontrada en compañía tan comprometedora, y a semejante hora?

Con un elegante movimiento de cabeza, Lady Fitzroy volvió su mirada hacia Roland.

—Así que, mi joven lord, la respuesta es no. Jamás admitiré un acto tan odioso, e intentar probarlo solo arruinará sus propias vidas en el proceso.

Había momentos en una batalla en los que uno sabía que estaba atrapado. Era una dura verdad aceptar que en tales situaciones, toda esperanza de victoria futura residía en la retirada para poder vivir y luchar otro día.

Este punto muerto era tan frágil; podía romperse como una ramita en cualquier momento. Roland envolvió sus dedos alrededor de la muñeca de Grace, suplicándole silenciosamente que se calmara. Podía sentir su pulso acelerado bajo sus dedos, y la tensión en su brazo lo hacía feliz de haberlo hecho, pues no estaba seguro de que ella hubiera cedido.

Sin embargo, Grace no era el único barril de pólvora que corría el riesgo de explotar.

—Como todo el mundo, creía que el rescate señalaba a Lord Percy como el culpable. Ahora sé que yo soy el responsable. Le hablé de la apuesta a mi madre —gimió Fitzroy—. La noche anterior al día en que llegó el rescate.

Echando un vistazo al hijo de la dama para evaluar su estado de ánimo, Roland encontró el rostro de Fitzroy devastado por el dolor. Sin duda estaba repasando cada palabra de su madre, y las de ellos, tratando de encontrar la verdad. Roland no envidiaba al hombre.

Fue Lady Charity, sin embargo, quien finalmente los sorprendió a todos.

—Ya no hay nada que ganar aquí. Todo lo que podemos esperar obtener es esta tregua precaria donde todos guardamos silencio por miedo a causar nuestra propia destrucción.

Cuando Lady Fitzroy solo respondió con un leve asentimiento de cabeza, Lady Charity asintió con aire decidido.

—Dígame, Lady Fitzroy —preguntó, con voz suave y modesta—. ¿Tenía planeado matarme al final, o tenía la intención de dejarme ir una vez que mi virtud estuviera completamente arruinada?

La astuta viuda no se inmutó en lo más mínimo.

—¿Debemos hablar con franqueza, entonces? La detesto a usted y a su madre. Espero que todo lo que le traiga alegría se convierta en cenizas entre sus manos. Que su belleza se marchite. Que su vientre sea estéril. Deseo que se case con un bruto y que sufra un largo matrimonio infeliz. Podría ocurrírsele que no puede conocer tal destino si está muerta.

Roland inspiró bruscamente ante la brutalidad de su declaración, preguntándose si Lady Charity lloraría o se desmayaría, pero la joven sonrió. ¡*Sonrió*!

—Qué extraño, Lady Fitzroy. Yo solo le deseo buena salud y felicidad —respondió, con el rostro aún más sereno de lo que había estado el de Lady Fitzroy.

El labio superior de la viuda se crispó.

—Qué encantador de su parte, querida. Ahora, todos ustedes, váyanse inmediatamente, o le pediré a Edmunds que los eche sin miramientos.

31

La bilis quemaba la garganta de Grace. No importaba si las amenazas de Lady Fitzroy eran sólidas, Grace no podía soportar la idea de aceptar esta derrota. El secuestro no había sido más que un juego para esa mujer, pero para Charity, una reaparición repentina e inexplicada arrojaría una sombra permanente sobre su nombre. Tal como Lady Fitzroy sin duda había previsto.

Era una trampa hábil, y Grace no veía salida alguna. Si se hubiera quedado callada y hubiera dejado hablar a Roland, quizás las cosas habrían terminado de manera diferente, pero lo dudaba mucho. Lady Fitzroy tenía planes bien establecidos, y lo único que el torrente escarlata de su furia había cambiado era privarla de su anonimato. Eso no habría cambiado nada para Roland y Charity; ahora, ella enfrentaba las mismas consecuencias que ellos.

Grace subió de nuevo al carruaje de Roland, con los labios sellados. Charity no necesitaba más lágrimas, charlas o vanas promesas de que todo estaría bien. Grace no veía forma de borrar la semana pasada de la memoria colectiva de todo Londres. ¿Había pasado tan poco tiempo? Grace se sentía a años luz de la joven que era al comienzo de la temporada. Su optimismo esperanzador, incluso templado por las semanas previas al baile de los Fitzroy, había demostrado ser insuficiente frente a las duras realidades de la alta sociedad.

El carruaje se puso en marcha, sacudiendo a los pasajeros de izquierda a derecha mientras las ruedas con llantas de hierro retumbaban sobre el camino empedrado. La mirada de Grace vagaba frenéticamente, buscando alguna fuente de inspiración sobre cómo podrían ver a Lady Fitzroy castigada. Se posó en el hombre sentado frente a ella, pero no encontró consuelo alguno. Sus ojos de un negro azabache formaban sombras sin fondo en el oscuro carruaje, y mientras Roland las observaba a ambas, ella no podía imaginar lo que estaba pensando.

Los delicados dedos de Charity instaron al puño cerrado de Grace a relajarse. Entrelazó sus dedos y apretó.

—¿Grace?

Grace no giró la cabeza. No podía enfrentar a Charity. Aún no. ¿Cómo habían logrado tener éxito y fracasar tan completamente a la vez?

Charity apretó de nuevo.

—Grace, dijiste que la Reina Charlotte te había encargado encontrarme. ¿Estaba realmente tan angustiada por mi ausencia?

Sí... aunque Grace se resistía a explicar las razones detrás de los sentimientos de la Reina. Se limitó a asentir simplemente como respuesta.

—Entonces debemos ir a verla. Sin demora.

—¿*Ahora*?

El tono de Roland se elevó.

—La hora, y vuestro vestido...

—¿Acaso importa ya mi elección de ropa? —replicó Charity con ironía—. ¿O cualquier otra cosa? Mis padres me enviarán a nuestra finca de campo tan pronto como ponga un pie en la casa. Habrá mentiras, débiles explicaciones y murmullos. Si la Reina Charlotte se preocupa lo más mínimo por mí, querrá conocer la verdad. Tengo la intención de contársela yo misma. Y agradecerle que os enviara a todos en mi rescate.

La firmeza del mentón alzado de Charity debió convencerlo de que hablaba en serio. Golpeó el techo del carruaje y le dio nuevas instrucciones a Thorne.

—Llévanos a Buckingham House.

Charity se recostó con una sonrisa más bien resignada en el rostro. Grace no pudo evitar mirarla con admiración. Había sido testigo de primera mano de la determinación de su amiga por hacer el mejor matrimonio posible, aplicando un método casi científico a sus perspectivas matrimoniales. ¿Era tan difícil creer que la misma Charity vería la lógica de hablar con la Reina antes de que nadie pudiera intervenir?

La mirada de Grace se desvió más allá y se posó en Elsie. La mujer se acurrucaba en la esquina, teniendo mucho cuidado de que su falda sucia no rozara el pantalón de Roland. Al igual que Grace, el rostro de Elsie mostraba una expresión que rozaba la idolatría, impedida solo por las lágrimas que manchaban sus mejillas. No necesitaba explicación para entender que su confrontación no había salido según lo planeado. Lady Fitzroy se había quedado atrás, a salvo en su casa, mientras ellas rodaban por las oscuras calles.

El trayecto hasta Buckingham House fue afortunadamente corto. Un guardia detuvo el carruaje y preguntó quién iba dentro. Roland hizo un gesto a las mujeres para que permanecieran sentadas antes de salir del carruaje. Esta vez, no tuvo tanto cuidado en ocultar a las otras ocupantes. El guardia escudriñó las profundidades y solo vio a tres mujeres con faldas. Aunque esto no respondía en absoluto a sus preguntas, al menos alivió su preocupación.

—Debemos hablar con la Reina. Ahora —le dijo Roland.

—La Reina no recibe a nadie sin invitación —respondió el guardia.

—Nos recibirá. Si tiene dudas, despierte a su secretario. Él confirmará mi afirmación. De todos modos, no tengo intención de irme hasta que nos deje entrar.

Roland ensanchó su postura, adoptando una posición militar inquebrantable.

El guardia debió escuchar algo del papel anterior de Roland como comandante de campo en su voz, porque alejó su mano de la empuñadura de su espada y golpeó la puerta. En unos instantes, un lacayo la abrió lo suficiente para permitirles hablar. Pasó más tiempo mientras el lacayo se apresuraba a cumplir las órdenes del guardia. La única bendición era que el secretario de la Reina aún no se había acostado. Sin embargo, estaba bien empapado después de una noche de borrachera. Salió tambaleándose, escupiendo quejas, pero se detuvo en seco cuando sus ojos se posaron en la cabeza rubia de Charity.

—¡Dios santo! —jadeó, olvidándose momentáneamente de sí mismo—. Sí, sí, la Reina no querrá perderse esto. Entrad. Y por el amor de Dios, cubríos la cabeza. Parece que siempre hay alguien vigilando nuestros movimientos.

Grace y Charity se bajaron las capuchas de sus capas sobre sus cabezas y las ajustaron para evitar que se les escapara el pelo. Vestidas como estaban, Grace estimaba que había poco riesgo de que las reconocieran.

El mayordomo ya estaba trabajando, encendiendo las velas en los apliques de pared para

iluminar su camino a lo largo del pasillo tapizado. Las condujo al mismo salón privado donde la Reina Charlotte había emitido su ultimátum. Encontrar a Charity o casarse con Lord Percy. Grace había logrado lo primero, pero no tenía ninguna confianza en que evitaría lo segundo. Todo lo que podía hacer era rezar.

El mayordomo se quedó para montar una guardia silenciosa mientras el secretario iba a buscar a la Reina. No debía estar lejos, pues llegó antes de que Grace tuviera tiempo de pensar en lo que iba a decir.

Por una vez, la suerte estaba de su lado, ya que la Reina Charlotte no tenía ningún interés en escuchar a Lady Grace. Entró a grandes zancadas en la habitación, vestida con una amplia bata de seda china bordada sobre su vestido. No había señales de sus habituales peinados elaborados, solo llevaba un simple gorro blanco cubriendo su cabello plateado.

—Lord Percy, Lady Grace, veo que han encontrado a mi diamante extraviado. Ahora, por favor, Lady Charity, dígame dónde ha estado esta última semana.

—En una casa de la ciudad en Londres, gracias a Lady Fitzroy, Su Alteza. Fue una invitación inesperada —añadió.

—Sí, me lo imagino. ¿Está segura de que Lady Fitzroy era su anfitriona?

—Acabamos de dejar la residencia de los Fitzroy —dijo Roland, atreviéndose a hablar—. Teníamos la intención de traerla para esta entrevista tardía, pero ella declinó la invitación.

La Reina Charlotte se erizó.

—¿Por qué razones?

—A pesar de las pruebas abrumadoras, afirmó desconocer la estancia de Lady Charity en su propiedad de alquiler, y replicó que nuestros esfuerzos por rescatarla podrían interpretarse como un allanamiento.

Abrió las manos de par en par, dejando que el silencio completara el resto.

—Maldita mujer —murmuró la Reina, al menos eso es lo que Grace creyó oír.

La Reina no permaneció mucho tiempo en posición de debilidad.

—Supongo que han venido a suplicarme que intervenga, o a pedirme que incite al joven George a exiliarla.

—No, Su Alteza —respondió Charity—. He pedido a Lord Percy que me acompañe aquí para asegurarle que estoy bien y para agradecerle. Sin su decisión de autorizar a Lord Percy y Lady Grace a buscarme, estoy segura de que no estaría ante usted hoy. No merezco tal bondad, y aunque nunca pueda corresponderle, estaré para siempre a su disposición.

Fuera lo que fuera lo que la Reina esperaba, sin duda no era eso. Hizo una larga pausa.

—¿Eso es todo? ¿No pide nada?

La ceja arqueada de la Reina expresaba un profundo escepticismo.

—No es mi lugar —respondió Charity.

Hizo una profunda reverencia y esperó a que la Reina le dijera que se levantara.

La Reina no hizo esperar mucho a Charity. Le pidió que se levantara y luego se irguió para dirigirse a sus invitados.

—¿Saben lo que medio siglo en mi trono me ha enseñado?

Grace negó imperceptiblemente con la cabeza, sin apartar nunca la mirada de la Reina.

—No hay mayor enemigo que el tiempo mismo. Basta con sobrevivir para jugar la siguiente mano para tener la oportunidad de salir victorioso. Creo que usted entiende eso, Lady Charity. Es la razón por la que la elegí entre todas las demás, elevándola al rango de debutante más favorecida. La belleza puede heredarse, la gracia aprenderse con la práctica, pero el ingenio viene de dentro. No se puede enseñar, pero se puede fomentar. Si la dejara ir ahora, me privaría

sobre todo de la oportunidad de ver en qué se va a convertir.

Se relajó y se sentó en un sillón cercano.

—Por favor, siéntense mientras reflexiono sobre este asunto.

Grace eligió el sillón más cercano que no la obligara a dar la espalda a la Reina. Charity y Roland se sentaron cada uno en un extremo de un largo sofá. La Reina Charlotte miró hacia un lado, su mirada suavizándose mientras su mente trabajaba en el desafío actual. Grace respiraba superficialmente, suplicando a su corazón desbocado que se calmara.

Por imposible que pareciera, Grace creía que la Reina podría encontrar una salida a su dilema aparentemente insuperable. Aunque la Reina no tenía poder político, su dominio sobre la alta sociedad era irrefutable. La mano que elevaba podía convertirse en el puño que hacía caer a otros de su pedestal.

Sin embargo, la Reina no encontró una solución rápidamente. Para salvar a Charity, toda la sociedad debía estar convencida de su inocencia antes, durante y después de su ausencia. Lady Fitzroy no ayudaría, tal vez ni siquiera si la Reina la obligara. Bastaría un solo paso en falso para que todo el trabajo realizado se evaporara como la niebla bajo el sol ardiente.

La Reina Charlotte volvió la cabeza hacia el sofá donde estaban Roland y Charity. Los observó a través de sus párpados entrecerrados. Su mirada se agudizó y su boca formó una sonrisa feroz.

—Lord Percy, he descuidado discutir más a fondo su grosero incumplimiento de la etiqueta. No se apuesta sobre el resultado del propio matrimonio.

Las mejillas de Roland se encendieron de vergüenza, pero no se doblegó.

—Por lo que vale, Su Majestad, lo lamento cada día desde entonces. He sido un completo imbécil, por pequeña que sea esa excusa.

—No estoy de humor para dejar impune una violación tan flagrante, especialmente cuando se trata de mi diamante. Sin embargo, estaba dispuesta a ofrecerles un camino hacia la redención. Lo único que podría salvarlos de un juicio más severo sería un gesto grandioso.

Grace se aferró a la áspera tela de lana de su vestido prestado. No sabía qué tenía en mente la Reina. Ni Roland, al parecer.

—Permítanme ser más clara. ¿Y si hubiera organizado una búsqueda de caballero, como en los viejos tiempos? Una misión, a emprender con gran riesgo personal, para salvar a la damisela en apuros. Como organizadora de este desafío, me haría responsable de la seguridad de Lady Charity durante su ausencia. Y con su regreso, ahora puedo dar mi bendición a vuestro compromiso.

Grace se retorció en su asiento, su atención pasando de la Reina a la pareja en el sofá. La esperanza brillaba en el rostro de Charity, y Roland parecía aturdido por la incredulidad, como si alguien lo hubiera golpeado en la cabeza.

—Sí —murmuró la Reina, satisfecha consigo misma.

Echó un vistazo a su secretario para confirmar su genialidad. El hombre sonrió alegremente y aplaudió.

—Esto es lo que diremos. ¿Quién se atreverá a llamarme mentirosa? Lady Fitzroy, ciertamente no. Se puede obligar a vuestros padres a aceptar este plan, ¿no es así?

Charity asintió. Por su parte, Roland permaneció inmóvil, su rostro impasible no daba ninguna pista sobre sus pensamientos internos. Si Grace no hubiera visto su reacción inicial, habría creído que no le afectaba el plan de la Reina.

La Reina Charlotte llamó al mayordomo y le pidió que preparara una habitación para Lady Charity y Lady Grace. Pasarían la noche, y mañana la Reina las enviaría de vuelta a casa en su

carruaje.

—Nuestra ropa, Su Alteza —recordó Charity.

—Estoy segura de que podremos conseguirles ropa fresca por la mañana.

La Reina Charlotte se levantó de su sillón, haciendo que los otros tres se pusieran de pie de un salto.

—¿Espero que esta solución sea satisfactoria para todos?

Grace perdió la batalla por contener su lengua.

—¿Qué hay de Lady Fitzroy? ¿No será castigada? Todavía está la cuestión de la muerte de su doncella, incluso si fue un accidente.

La Reina Charlotte frunció el ceño a Grace por atreverse a hablar sobre un asunto que ella había considerado cerrado.

—¿Acaso dije que no sería castigada? Tenéis mucho que aprender sobre la alta sociedad, Lady Grace. Esto es una especie de guerra, no una sola batalla con un ganador y un perdedor que paga los platos rotos. Os he dado a todos la oportunidad de retiraros con la cabeza en alto. La forma en que haréis que Lady Fitzroy rinda cuentas está por verse. Pero confío en que vosotros tres encontraréis la manera. A la larga.

La Reina salió majestuosamente de la habitación sin mirar atrás.

Epílogo



Era domingo y, aunque resultaba difícil de creer, solo había pasado un día desde su desesperado rescate de Charity en las primeras horas del sábado. Tantas cosas habían cambiado, y la tela del mundo ya no parecía encajar correctamente en su marco.

Bajo sus dedos, la madera del banco de la Capilla Real de St. James estaba desgastada por el tiempo y la presión de numerosos cuerpos. Se concentró en esa sensación, tratando de ahogar los susurros de los nobles sentados a su alrededor. Porque este servicio era la manera elegida por la Reina para reintroducir públicamente a Charity en las filas de la sociedad. A última hora de la tarde del día anterior, toda la sociedad había oído hablar de los valientes esfuertos de Lord Percy por ganarse el corazón de Charity y la bendición de la Reina al mismo tiempo. Lady Charity seguía siendo el diamante; la búsqueda de Roland había sido tanto un castigo como una absolución por su falta de gracia social.

Todo estaba perdonado.

Todavía había algunos rencores y especulaciones, a juzgar por los susurros que subían y bajaban al alcance del oído de Grace. Sin duda serían de corta duración, ya que la Reina estaba decidida a hacer saber que todo estaba en orden en el mundo. Si alguien lo dudaba, ella y su familia estaban sentadas en un lugar de honor justo detrás de la familia real. ¿Por qué otro motivo se habría asegurado de colocar a Lord Percy tan cerca de Charity?

Al otro lado del pasillo, junto a Grace, Lady Tilbury mantenía la cabeza alta, fingiendo estar satisfecha con el regreso de Charity. Estaba muy lejos de la tarde anterior, cuando Grace había explicado cómo había terminado siendo invitada por la Reina a pasar la noche. Lady Tilbury pareció haber tragado un limón mientras Grace explicaba que, aunque su incipiente relación con Percy había terminado, ahora estaba en la gracia de la Reina. Aunque la Reina no podía reconocer plenamente el papel de Grace en la restauración del diamante, había invitado personalmente a la familia a unirse a ella en el palacio para el culto. Todos notarían su ascenso en la sociedad.

Por amarga que fuera la recompensa, Lady Tilbury había refunfuñado y luego se había retirado a su habitación durante el resto del día. Esta mañana, Lady Tilbury se había levantado con una feroz expresión de determinación pegada en el rostro. Grace y la familia irían a la iglesia, pues era prácticamente una actuación obligada.

Grace deseaba a medias estar aún sola en su habitación. Habría sido mucho más fácil pasar el día sentada en el asiento de su ventana, viendo pasar el mundo, que soportar el peso colectivo de la atención del beau monde. Habría sido más fácil que mirar a Roland sentado junto a su mejor amiga, disfrutando del hecho de que ahora todo estaba en orden en el mundo.

Aunque luchó contra el impulso, sus ojos la traicionaron. Su mirada se deslizó hacia donde Roland estaba sentado al otro lado del pasillo de su familia, junto a Charity. Estaba sentado recto como una tabla, con el rostro impasible. Mientras Grace lo observaba, él giró la cabeza, como si buscara algo. Charity se inclinó hacia él para susurrarle algo al oído. Asintiendo ligeramente con la cabeza, su boca esbozó una sombra de sonrisa, y volvió a mirar hacia el púlpito.

Se abría un abismo entre ellos dos, más grande de lo que había sido antes del baile de los Fitzroy cuando le había pedido que bailara. Su vida seguiría su curso, tal como lo había planeado. Se casaría al final de la temporada, cumpliendo con sus obligaciones. Charity alcanzaría su objetivo de casarse en los más altos círculos de la sociedad.

¿Qué pasaba con Grace? No se arrepentía de sus acciones, por arriesgadas que hubieran sido. En los últimos diez días, había vivido más aventuras de las que jamás habría imaginado. Por desesperados y aterradores que hubieran sido esos días, también le habían mostrado a Grace que era capaz de mucho más de lo que la sociedad quería hacerle creer.

¿Podría volver a la forma en que eran las cosas antes? Porque eso es lo que la sociedad esperaría. Eventualmente, tendría que aceptar la propuesta de matrimonio de un hombre y convertirse en su propiedad, en esencia. Esa no era la vida que quería. Sin embargo, solo había conocido a un hombre que le había dado un atisbo de un mundo más amplio de posibilidades.

Ahora, él se casaría con su amiga más querida. Siempre a la vista, siempre fuera de alcance.

Sintiendo un revelador picor en los ojos, parpadeó lentamente, estudiando la forma en que su falda caía sobre sus piernas, y cuando levantó la mirada, se encontró directamente con un familiar par de ojos marrón oscuro.

Grace no sabía si Lord Percy había sentido de alguna manera sus pensamientos, o si era pura casualidad que sus ojos se encontraran a través del pasillo de la capilla. Mientras todos a su alrededor bajaban la cabeza en oración, sus ojos marrón oscuro no abandonaban su rostro. Ella bajó sus pestañas, pero no lo suficiente como para romper ese momento de conexión.

Luego, como siempre, la vida intervino. La oración terminó y las cabezas se levantaron de nuevo. Casi en un solo movimiento, Lord Percy y Lady Grace desviaron sus miradas en una nueva dirección.

No, decidió Lady Grace. Aquella aventura había terminado, pero la temporada y su amistad con Roland no habían terminado. Todavía había tiempo para encontrar la felicidad para sí misma, también. Una cosa era segura, ella y Roland se asegurarían de que los crímenes de Lady Fitzroy no quedaran impunes.



ESCENAS ADICIONALES -

Después de descubrir a dos huérfanos viviendo en una casa abandonada, Thorne tomó una decisión en una fracción de segundo. Los niños se quedarían con él y Roland. ¿Por qué tomó esta decisión? ¿Y cómo reaccionaron los Brotes ante la casa de la ciudad de Roland en Mayfair? Descúbrelo en su escena adicional - THORNE Y LOS BROTES.

Incluso después de ser secuestrada y drogada, Lady Charity demostró una notable sangre fría durante su encuentro con Lady Fitzroy y más tarde con la Reina Charlotte. ¿Curioso por saber cómo y por qué se mantuvo tan calmada, y qué motivó su petición de visitar Buckingham House en medio de la noche? Descúbrelo en su escena extra - CHARITY SE PREPARA PARA ENFRENTAR A LA REINA.

Haz clic aquí para obtener las **ESCENAS EXTRA** gratis:

lynnmorrison.myflodesk.com/diamanteperdido

Roland y Grace volverán en **La daga de rubí**, el segundo tomo de los **Misterios de las joyas de la corona**.

La intriga mortal se encuentra con las expectativas reales cuando el asesinato ataca a la corona.

Londres, 1813. En los pasillos dorados del palacio de St. James, Lord Percy y Lady Grace se enfrentan a un misterio que podría sacudir el trono mismo. Un asesinato y el audaz robo de la nueva daga de rubí del Príncipe Regente los sumergen de nuevo en una red de engaño y traición.

Manchado por su comportamiento pasado, Lord Percy se centra en recuperar el favor de la alta sociedad. Cuando la Reina exige que le entregue al asesino y el regalo robado, no puede negarse.

Lady Grace ve esto como su oportunidad de demostrar su valía a la corona. Hará cualquier cosa para evitar semanas interminables de bailes y pretendientes, incluso si eso significa trabajar de cerca con el hombre prometido a su mejor amiga.

Mientras Lord Percy y Lady Grace se adentran más profundamente en los bajos fondos de Londres, el amor y la lealtad serán puestos a prueba al máximo. Más aún cuando este culpable está dispuesto a derramar sangre.

En una sociedad donde todos tienen una agenda, y la mitad de la aristocracia es sospechosa, tendrán que cuidarse mutuamente. Si no pueden desenmascarar al cerebro criminal, esta vez les costará más que su reputación.

Descúbrelo en **La daga de rubí.**

La daga de rubíes
Un misterio de las joyas de la corona

La intriga asesina se mezcla con las expectativas reales cuando el asesinato amenaza a la corona.



Londres, 1813. En los pasillos dorados del palacio de St. James, Lord Percy y Lady Grace se enfrentan a un misterio que podría sacudir el trono mismo. Un asesinato y el audaz robo de la nueva daga de rubíes del Príncipe Regente los sumergen en una red de engaño y traición.

Manchado por su comportamiento pasado, Lord Percy se esfuerza por recuperar el favor de la alta sociedad. Cuando la Reina exige que le entregue al asesino y el regalo robado, no puede negarse.

Lady Grace ve esto como una oportunidad para demostrar su valía a la corona. Hará cualquier cosa para evitar semanas interminables de bailes y pretendientes, incluso si eso significa trabajar de cerca con el hombre prometido a su mejor amiga.

Mientras Lord Percy y Lady Grace se adentran más profundamente en los bajos fondos de Londres, el amor y la lealtad serán puestos a prueba como nunca antes. Especialmente porque este culpable está dispuesto a derramar sangre.

En una sociedad donde todos tienen sus propios intereses y la mitad de la aristocracia es sospechosa, tendrán que cuidarse mutuamente. Si no logran desenmascarar al cerebro criminal, esta vez les costará más que su reputación.

Descúbrelo en **La daga de rubíes.**

Notas históricas

El período de la Regencia duró oficialmente desde 1811 hasta 1820. A pesar de su brevedad, ha cautivado la imaginación durante mucho tiempo gracias a las obras de autores como Jane Austen, Mary Shelley, Percy Bysshe Shelley y Sir Walter Scott. Más recientemente, series como *Bridgerton* y *Queen Charlotte*, las numerosas adaptaciones de *Orgullo y prejuicio*, y el viaje en el tiempo de la película *An American in Austen* han moldeado nuestras ideas sobre cómo funcionaba la sociedad, qué era aceptable y qué no, cómo se vestía la gente y cómo vivía la clase alta.

Al escribir esta historia, hemos hecho nuestro mejor esfuerzo por apegarnos a los hechos históricos, comenzando por el tiempo que Roland pasó en la guerra en España, pasando por el apoyo de la Reina Charlotte a las mujeres intelectuales y cultas, el hecho de que Buckingham House aún no era un palacio oficial, y las restricciones sociales que enfrentaba una mujer soltera en Londres.

Dicho esto, en aras de crear una narrativa cautivadora, nos hemos tomado algunas libertades con las normas de la época. Es muy poco probable que Roland y Grace hubieran bailado el vals en 1813, ya que se consideraba bastante escandaloso y no ganó popularidad hasta más tarde en la era de la Regencia. Sin embargo, necesitábamos ponerlos en estrecha compañía. Deliberadamente elegimos organizar este baile en la residencia de Prinny, ya que él fue uno de los primeros defensores del vals y el más propenso a haberlo añadido a la lista de bailes. También fingimos deliberadamente cierta ignorancia sobre cómo se veía realmente un vals en esa época. Como todas las películas y series de televisión ambientadas en este período también lo han hecho, estamos en buena compañía. Dicho sea de paso, no recomendamos buscar un video de un vals auténtico de finales de la era de la Regencia; hay cosas que simplemente no se pueden borrar de la memoria.

Dato curioso: la verdad sobre la ropa interior masculina (o su ausencia) nos hizo reír tanto que tuvimos que compartirla. Las camisas de los hombres tenían "colas" lo suficientemente largas como para envolver sus traseros y meterse entre sus piernas por pudor y... higiene. No, no estamos bromeando. Gracias a Zoe Burton por alegrar nuestro día con este hecho histórico. Nos disculpamos si esto arruina las fantasías de alguien sobre la Regencia.

¡Cualquier error adicional es nuestro!

Agradecimientos

Gracias a Melody Simmons por la magnífica portada. Gracias también a Zoe Burton por señalar nuestras inexactitudes históricas. Ignoramos sus consejos en algunas ocasiones, y hemos resaltado estas elecciones en las notas históricas.

Gracias a Ken Morrison, Brenda Chapman, Jody Tappan y Bob Cousins por leer los primeros borradores del libro y dar su opinión.

Gracias al equipo de Podium Audio por adquirir los derechos de audio de esta serie sin haberla visto. Son unos socios fantásticos. Nos sentimos afortunadas de poder trabajar con ellos para llevar esta historia a los oyentes.

De parte de Anne:

Como tiendo a hacer más edición que escritura, y muchos de vosotros me conocéis más en ese papel, debo aprovechar esta oportunidad para agradecer calurosamente a todos los escritores que me han confiado sus personajes y tramas a lo largo de los años. Esto incluye, por supuesto, a Lynn Morrison. No solo he tenido el privilegio de verla evolucionar como escritora desde su primer libro, sino que también ha tenido la amabilidad de invitarme a escribir a su lado y dejarme deslizar algunas referencias y bromas frikis. Un gran agradecimiento también a mi marido que dijo: "¿Me vas a hacer leer un libro de chicas?" y aun así lo hizo. Eso es el verdadero amor.

De parte de Lynn:

Muchas gracias a Anne por aceptar embarcarse en la escritura de este libro sin previo aviso. Hay pocos amigos en el mundo a los que puedo llamar cuando tengo una idea completamente loca. Estoy muy agradecida de tener a Anne a mi lado en mi camino como escritora. Gracias también, como siempre, a mi familia por no enfadarse demasiado cuando me pasé el desvío para entrar en nuestro camino porque estaba ocupada pensando en lo que Grace y Roland estaban haciendo.

Gracias a las autoras Cara Devlin, Deborah Wilde, Heather G Harris, Natasha C Sass, Eryn Scott, Catherine Coles, Stella Bixby y Reagan Davis por animarnos a escribir este libro, aunque no estuviera en mi programa de escritura.

Acerca de Anne Radcliffe

Como expatriada estadounidense que vive en Ontario con su marido y su hijo adolescente, Anne Radcliffe pasa mucho tiempo editando o escribiendo para evitar tener que convertirse en fanática de los Maple Leafs. A Anne le encantan las buenas historias, sin importar el género o el medio: libros, novelas gráficas, televisión, películas o videojuegos. Puede obtener más información sobre Anne en su sitio web en AnneRadcliffe.com.



Acerca de Lynn Morrison

Lynn Morrison vive en Oxford, Inglaterra, con su marido, sus dos hijas y sus dos gatos. Nacida y criada en Mississippi, su espíritu aventurero la ha llevado a vivir en California, Italia, Francia, el Reino Unido y los Países Bajos. Aunque ha codeado con candidatos presidenciales y miembros del parlamento, ha festejado en discotecas de Ginebra y Praga, explorado templos japoneses y recorrido ruinas romanas, las verdaderas aventuras de Lynn no pueden competir con las historias que se desarrollan en su mente.

Es tan apasionada por la lectura como por la escritura, y casi siempre se la puede encontrar con un libro en la mano. Puedes aprender más sobre ella en su sitio web : lynnmorrisonwriter.com

